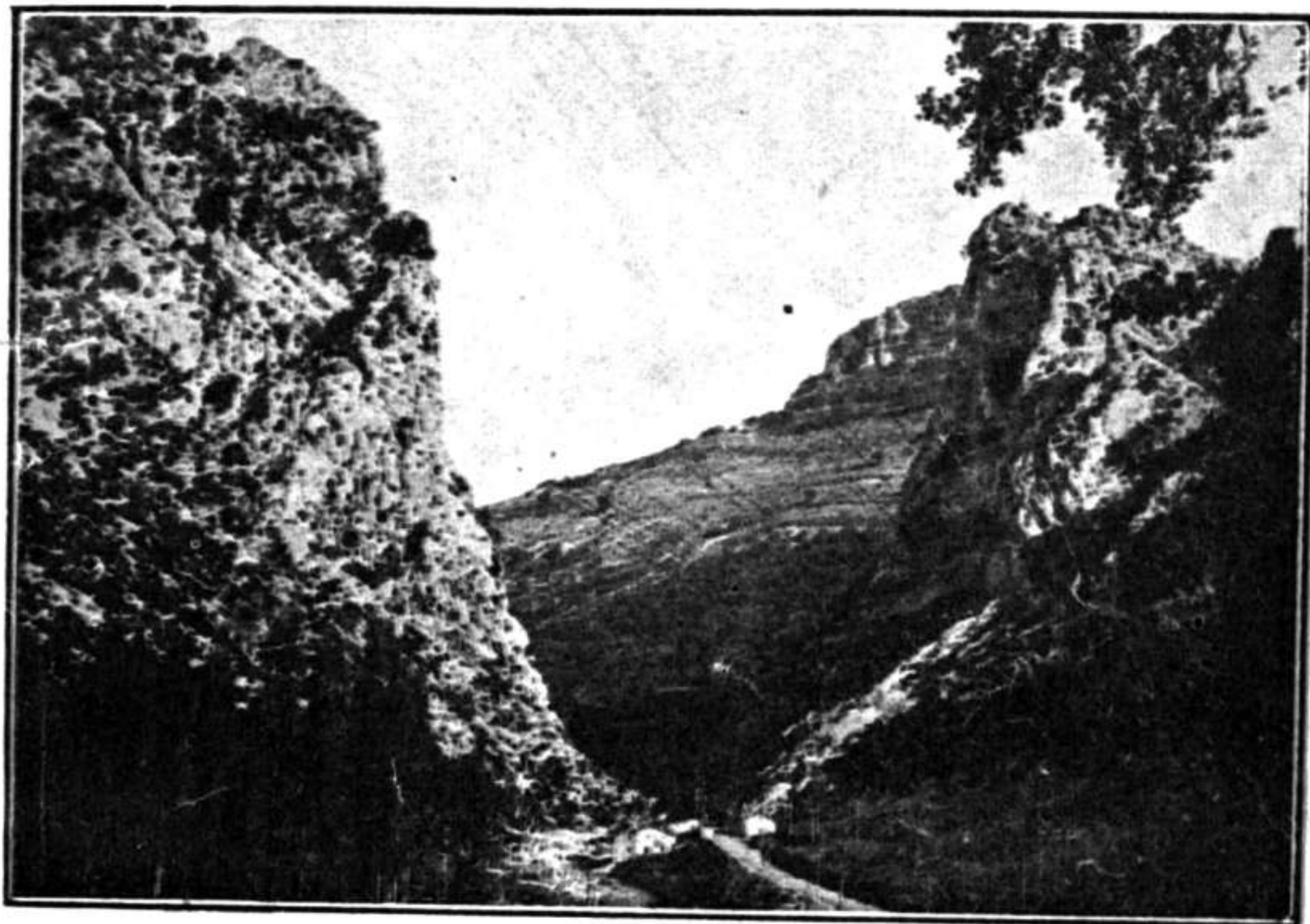

LA EXPÓSITA

TIPOS Y COSTUMBRES
DE NAVARRA



NOVELLA

POR

Mariano Arrasate Jurico

LA EXPÓSITA

TIPOS Y COSTUMBRES DE NAVARRA

NOVELA

POR

Mariano Arrasate Jurico



EL PRODUCTO DE LA VENTA DE ESTA EDI-
CION SERA ENTREGADO A LA JUNTA DE
HOMENAJE A LA VEJEZ DE NAVARRA PA-
RA EL FIN DE PENSIONAR A LOS ANCIA-
- - - - NOS POBRES - - - -



34372

PAMPLONA
Talleres Tipográficos "La Acción Social,"
1929

343392
194495

6-3/246

NARR

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

PROLOGO



E oído decir—y lo creo a puño cerrado—que cuando los indocumentados en el campo de las Letras solicitan de sus amigos que les hagan prólogos para sus libros, suelen proporcionar a los solicitados disgustos más que regulares, porque o no les gusta

exhibirse en sitio tan visible como el prólogo de un libro, o no les parece bien decir mil elogios de lo que a su juicio no merece ni uno, o no quieren garantizar con su firma obras que no ofrezcan muchas probabilidades de ser bien recibidas por el público letrado.

Posible es que yo haya dado a mis amigos algunos disgustos sin proponérmelo y aun sin saberlo, pero es lo cierto que les aprecio demasiado para dárselos «a sangre fría».

Esa es una razón para que no haya yo pedido a alguno de ellos un prólogo para «La Expósita».

Otra razón—y esta me ha decidido a hacerlo yo—es que, suponiendo haya algunas personas valerosas que se dispongan a leer este libro (¡soy un optimista!), quiero decirles previamente unas cuantas palabras por mi cuenta.

No trato de referirme al aspecto o al valor literario de la novela:

No voy a decir a los presuntos lectores que es medianeja, o mala, y que no merece la pena de que la lean, porque siempre me ha parecido desairada la figura de los autores que, en arranques asombrosos de modestia, dicen cosas feas de sus propias obras. Me parece más airoso y más lógico dejar al prójimo la tarea de sacar o poner a nuestras obras las faltas que tengan..... y las que el buen o mal humor de cada cual, quiera agregarles.

Tampoco he de decir que es monumental desde cualquier punto de vista que se considere, porque habría lectores que al leerlo pensarían que eso es un exceso, revelador de una frescura inaudita. Y no les faltaría motivo para pensarlo.

Lo que quiero consignar es algo que a primera vista va a parecer un contrasentido: y es que al escribir «La Expósita», al escribir una novela, mi idea fundamental no ha sido escribir una novela. El fin o la idea principal ha consistido en hacer un modesto trabajo descriptivo de tipos y de costumbres de Navarra; y la novela el medio para efectuarlo.

He ahí por qué he cuidado menos de las formas constructivas, de dar complicaciones a la trama y de orientar la obrita - la cual permite, dentro de su marco, diversos giros - hacia otro desenlace en que la imaginación y la pluma pudieran moverse con más facilidad, que de buscar las situaciones, escenas y término más adecuados, a juicio mío, para hacer y completar el trazado de los tipos y costumbres que me proponía describir.

Soy partidario entusiasta de los libros que ver-

san sobre tipos ejemplares y costumbres sencillas. Creo que es un género que se presta como pocos a que las plumas hábiles hagan libros, no solo amenos, sino muy instructivos y altamente educadores.

Sin embargo, ese género no se cultiva por los buenos escritores todo lo que en mi concepto debería. ¿Por qué? Tal vez porque suponen que no tiene simpatizantes, que no tiene público lector, pues, en efecto, hay personas que afirman con todo aplomo que tales libros no despiertan interés.

No pienso lo mismo: opino, por el contrario, que el género cuenta muchos simpatizantes, y que quien lo cultivara con algún acierto tendría público numeroso y selecto que le leería con gusto, le aplaudiría y quizás hasta le daría soluciones de librería. Y además haría un gran bien llevando o trayendo a la lectura popular un caudal cultural y educativo de valor y trascendencia inapreciables.

De veras me felicitaría si nuestros escritores se convencieran de esto y obraran en consecuencia. Y a este propósito no veo inconveniente en decir que no es extraña a este pensamiento o a este deseo mi decisión de publicar «La Expósita», para pasar de mero entusiasta del género o teorizante a «pre-dicar con el ejemplo», sin detenerme ante los riesgos que indudablemente corre en las incursiones de esta naturaleza quien antes no haya ganado, si no plena autoridad, cuando menos el concepto de apto para presentarse en los dominios soberanos de las Letras.

Quiero consignar también que a lo largo del libro he intercalado algunos toques a problemas sociales y morales quizás un poco ajenos al asunto.

to. No se trata de problemas nuevos, sino de problemas que todos conocemos; y mi idea ha sido sencillamente traerlos una vez más a la memoria del lector y a la mía.

No me sorprendería —y me refiero a los libros en general— haya personas que señalen inconvenientes a este procedimiento, y digan que al introducir materias que no sean enteramente propias del libro padece la forma literaria, se desorienta al lector desviando algunas veces su atención, se resta emotividad a la narración suspendiéndola de tiempo en tiempo, etcétera.

Incuestionable me parece que no carecería de lógica esa apreciación: que pueden ser los apunados, y otros análogos, inconvenientes en un libro, principalmente desde el punto de vista de la estética; pero, por otra parte, el procedimiento tiene, a mi ver, ventajas: detiene al lector ante problemas reales de indudable interés, cuyo recuerdo tal vez sacude su espíritu y le lleva a meditar, más o menos, produciendo emociones y reacciones que siempre tienen traducción saludable.

El libro, pues, puede perder un poco en belleza, pero ganará, sin duda alguna, en valor educativo,

¿Son más dignas de tenerse en cuenta las ventajas que los inconvenientes? A juicio mío sí, siempre que no se abuse en el número o en la extensión de esas interposiciones.

Consecuente con ese criterio, lo he seguido en la confección de «La Expósita».

Si el lector lo aprobara en lo que se refiere a este libro, proporcionaría una satisfacción grande a

EL AUTOR.



LA EXPOSITA

EZPELEGUI¹ es un pueblo situado en la zona media de Navarra.

Es inútil, ¡oh lector!, que lo busques en los mapas, porque en ninguno aparece Ezpelegui; pero yo lo conozco mucho y puedo darte detalles tan precisos acerca del punto que ocupa, de cómo era en continente y contenido hace ya buen número de años—precisamente en la época en que tuvieron lugar los sucesos que me propongo referirte—y de cómo vivía allí la gente, que te parecerá que lo estás viendo «con tus propios ojos».

Está sentado Ezpelegui en esa faja de terreno que se extiende entre el Pirineo y el Ebro. Con este dato tan preciso cualquiera puede apuntar con

(1) *Ezpelegui*: Voz vasca compuesta de *ezpel*=boj y de *egui*=sitio: BOJEDAL.

el dedo y decir sin temor a equivocarse: ¡Ese es Ezpelegui!

Desde luego llama la atención de quien no conozca la antigüedad del pueblo a que nos referimos, el nombre de Ezpelegui, porque es lo cierto que son pocos los bojes que en aquel término se ven; pero Ezpelegui es un pueblo antiquísimo cuya fundación se pierde en los tiempos más remotos. Una tradición dice que en los tiempos en que galleaba por España Sertorio—aquél gran general romano que tan admirablemente sabía sacar partido de la ligereza, la fuerza, la resistencia y la intrepidez de los montañeses pirenaicos—Ezpelegui era una especie de escuela de guerra y uno de los puntos en que Sertorio reunía y organizaba las columnas volantes que luego caían como un aluvión sobre los ejércitos que Anio, Metelo y otros experimentados generales romanos, hasta Pompeyo Magno, traían para derrotar y someter a Sertorio; columnas de montañeses que se disipaban como el humo en cuanto no veían claro el resultado de la batalla, para reunirse de nuevo algunas leguas más atrás o al flanco del enemigo, y volver al ataque por puntos a donde parecía imposible que pudieran haberse trasladado, acabando por fatigar y desconcertar al adversario. De manera que hace dos mil años bien completos, Ezpelegui, no solo existía, sino que era un centro importante desde el punto de vista guerrero; y no cabe duda de que cuando se fundó pre-

dominaba el boj en la vejetación de aquel terreno, y de esto seguramente tomó su nombre, como Espinal lo tomó de los espinos que poblaban su suelo, Olite de sus espléndidos olivares y otros pueblos lo tomaron de las plantas que más abundaban donde fueron fundados.

Pero, como he dicho, cuando yo lo conocí quedaban pocos bojes en aquel término, y Ezpelegui era un pueblo como la generalidad de los pueblos de la zona media: con muchas tierras de pan llevar o pan traer, en las que se alternaban los cultivos del trigo con los de diferentes cereales, legumbres y otros frutos propios de esas tierras; con una regular extensión de excelentes viñas y con buen número de trozos de huerta; es decir: era Ezpelegui a la sazón un pueblo eminentemente agrícola. Y como los labradores eran en general laboriosos e inteligentes en su oficio, los rendimientos de la tierra eran ordinariamente buenos, y Ezpelegui podía ser considerado como un pueblo rico en su clase.

Tenía Ezpelegui Ayuntamiento propio, todo entero para Ezpelegui, lo que quiere decir que tenía su correspondiente Secretario, todo entero para el pueblo; y Juzgado municipal con otro Secretario, o con el mismo del Ayuntamiento. Tenía también un médico; un boticario con su correspondiente botica; un veterinario tan entendido en su profesión que le hubiera arreglado un cuerno a la luna si por desgracia se le hubiera torcido o

roto, y que además le ajustaba unas herraduras a cualquier animal más o menos cuadrúpedo; un maestro de escuela, sistema antiguo, decidido partidario de los métodos quirúrgicos, en los cuales encontraba una pequeña compensación a la tacañería de algunos padres de familia que se permitían dar vueltas a su *pingüe* sueldo de 750 pesetas; un maestro barbero que lo mismo le hacía ver las estrellas a un parroquiano descañonándole la barba, que sacándole una muela sin dolor, o aplicándole unas friegas a puño cerrado; y hasta un organista que era un portento manejando los registros, los pedales y las teclas, y que no tenía más defecto que el de que a veces confundía en sus tocatas el sitio y la ocasión. En resumen: que había permanentemente en Ezpelegui, por razón de las necesidades públicas, una porción de señoritos empleados o de empleados señoritos, que tenían asegurado el uso del cuello planchado por sueldos que oscilaban entre tres mil reales y tres mil pesetas; y además unos cuantos vecinos que, siendo señoritos o dejando de serlo, procuraban vivir como tales.

Tenía Ezpelegui *su aldea*: una porción de pequeños pueblos próximos, cuya vida y producción eran exclusivamente la Agricultura; y por esta razón, y por ser Ezpelegui relativamente rico, vivía muy bien en este pueblo cierto número de tiendas de diferentes categorías y géneros, en las cuales, con una módica ganancia—no mayor del

cincuenta por ciento, ni menor del veinticinco, salvo casos excepcionales en que estaba indicadísimo pasar del cincuenta—se proveía al vecindario de Ezpelegui y al de los pueblos próximos de cuanto les hiciera falta, siempre que lo pagaran al contado. Porque en esto del pago eran inflexibles los comerciantes de Ezpelegui: si en las ganancias se conformaban con el mísero tanto por ciento indicado, el pago lo querían *a toca teja*. Al fiado no sacaba nadie de las tiendas de Ezpelegui una blusa, un pantalón, una camisa o un taparrabos aunque se presentara en cueros vivos.

Circunstancia digna de señalada anotación—porque rompe todas las costumbres pueblerinas, y aun las capitaleñas—es que en Ezpelegui no se hacía tertulia en la botica. El boticario era un hombre áspero, de genio avinagrado, «que no aguantaba latas ni lateros»—eran sus crudas palabras—en la botica ni en la rebotica porque, según él, los lateros en las boticas y en las tiendas no hacen más que azarar y ahuyentar a los parroquianos, y enterarse de mil cosas que no les importan un rábano. Era, en fin, un hombre el boticario que lo mismo disparaba sobre un convecino una píldora completamente purgante que una bala rasa con su lengua irrespetuosa y viperina.

Era, además, el boticario de Ezpelegui hombre de ideas avanzadas, cosa rarísima y especialmente pecaminosa en un boticario, porque los boticarios son por regla general conservadores: conservadores

en política nacional e internacional, conservadores en las soluciones sociales, conservadores en economía doméstica; por todo lo cual este extraordinario boticario resultaba una especie de hongo venenoso y explosivo sin raíz alguna en un gremio compuesto por hombres de ideas y genios apacibles, y notoriamente hospitalarios con los desocupados de los pueblos. Como que estoy completamente de acuerdo con la teoría—que no sé si alguien ha expuesto antes que yo—de que un boticario, sea alto o bajo, seco o rechoncho, es aquí y en las Quimbambas una garantía para la salud vecinal y para la disciplina pública, sin más excepción histórica que el boticario de Ezpelegui.

Y la parte grave del caso era que los desocupados de Ezpelegui—ese grupito, que hay en todas partes, de personas que tienen poco o nada que hacer y mucho tiempo para desollar y estorbar a la gente que trabaja—estaban enteramente desconcertados sin un buen sitio fijo y seguro donde reunirse y entregarse con toda comodidad *a sus habituales ocupaciones*. No les quedaba más remedio que reunirse: en días de lluvia o de frío en el atrio de la Iglesia o en la entrada de la Casa Consistorial, o encajarse en tal o cual tienda, de donde los lanzaban pronto a fuerza de indirectas y poco menos que a escobazos; en días de calor en las afueras del pueblo, bajo un árbol o a la sombra de alguna pared, donde generalmente reinaban olores fuertes, de esos que le ha-

cen exclamar a cualquiera «que lo mejor que le puede pasar a uno en ciertos pueblos, es perder el olfato»; en días de buena temperatura en las eras o en algún otro sitio al aire libre; pero en todas partes sin incomodidad y puede decirse que sin otro placer que el de poner al boticario que no había por dónde cogerlo, no por sus ideas—pues respecto de este punto convenían aquellos desocupados en que hay que respetar todas las opiniones—sino por aquella extravagante obstinación en ordenar su casa y su botica sin contar con las costumbres y los gustos del prójimo.

Con lo dicho creo que tenemos datos suficientes para formarnos una idea de conjunto respecto de Ezpelegui; y sin perjuicio de que entremos oportunamente en otros detalles, que por el momento no nos interesan, nos fijaremos ahora en una familia de dicho pueblo a la cual necesitamos conocer porque tomó parte importante en los sucesos que forman este relato.

* * *

Es la familia de los señores de Areta, la más acaudalada y una de las más distinguidas de Ezpelegui.

En la época a que nos referimos constituían esta familia cuatro personas: don Antonio de Areta, su esposa doña Marta, una hija que se había

hecho religiosa, y Fermín, el Benjamín de la casa, un *mocete* que era la alegría de la casa y la causa de muchos sofocones para Juana, la nodriza de don Antonio, a quien después conoceremos al detalle.

Vivían los señores de Areta en una gran casa con honores de palacio antiguo, palacio que formaba el centro del importante patrimonio de esta familia que, como hemos dicho, era la más rica del pueblo: poseía muchas y excelentes tierras, diversas pequeñas casas y dinero en abundancia.

El hecho de llevar don Antonio el apellido de la casa indica que él era de aquel palacio y de la familia dueña del mismo; y que su esposa era la *forana*.

Además de agricultor inteligente, don Antonio tenía el título de abogado. Su padre, don Pedro Miguel de Areta—hombre tan sensato como bueno, y a quien todos en el país recordaban con veneración por su caballerosidad intachable, su generosidad con los arrendatarios y con los pobres en general, y por su amable trato con todo el mundo—vió que su hijo tenía disposición para hacer una carrera, y tuvo empeño en que la hiciese: la que Antonio quisiera. Para este empeño encontraba don Pedro Miguel muchas razones: que los jóvenes están mejor con la imaginación y el tiempo ocupados en asuntos serios que sin hacer nada, por aquello de que la ociosidad es madre de todos los vicios; que una carrera puede

ser siempre para un hombre formal y con cuatro dedos de frente un medio decoroso de vivir con su trabajo; que estudiando es como se instruyen las personas, y se despiertan y desarrollan los entendimientos, y se inclinan los hombres al noble afán de investigar y de saber, y se elevan el corazón y la mente, pues es indudable que el hombre instruído no suele tener las mismas inclinaciones ni iguales gustos que el no instruído.

Por estas y otras razones don Pedro Miguel expuso su deseo al entonces pequeño Antonio y le invitó a elegir la carrera más de su agrado; y gustándole al muchacho la de abogado, hizo su padre que la comenzara en edad oportuna, en centros adecuados y adoptando las debidas precauciones para que no le mareara el ambiente de las ciudades.

Era el muchacho despejado y constante en el estudio, y tenía una buena dosis de pundonor que de ninguna manera le hubiera permitido perder un curso; y a base de tan ricos materiales Antonio de Areta hizo su carrera, no solo sin tropiezos, sino con verdadera brillantez, encontrándose a los 22 años con que era heredero único de un cuantioso patrimonio y con un título académico muy apreciable.

Diremos de paso que D. Antonio no ejerció nunca la abogacía ni pensaba ejercerla a no tener necesidad de ello para vivir, pues mirando las cosas desde la altura de su gran generosidad, que

había heredado de su padre, entendía que el ejercer una profesión, disfrutar de un empleo o realizar una explotación sin tener necesidad de hacerlo, es hasta cierto punto una ambición censurable, porque se le quitan o se le cercenan a otro medios o recursos que le son indispensables para librar la vida.

Con arreglo al mismo criterio, y estrechándolo más en este aspecto, don Antonio, al igual que su padre, nunca cultivó por su cuenta tierras de su propiedad mientras hubiera familias pobres que careciendo de tierras propias necesitasen tomar ajenas en arriendo. Decía don Antonio que el propietario que puede vivir de rentas debe ceder en arriendo sus tierras a las familias que las necesitan y cederlas con renta razonable que permita a esas familias obtener un beneficio para vivir; porque llevar la avaricia hasta el punto de cultivarlas el propietario con el fin de obtener un provecho mayor, mientras hay familias que pasan hambre, o el pretender una renta excesiva que arrebatase al pobre arrendatario el rendimiento de sus sudores y el pan de sus hijos, tan dura y legítimamente conquistados, es un abuso que pugna con las leyes divinas, aunque lo autoricen o lo consientan las leyes humanas; un abuso que reviste los caracteres de crimen de lesa humanidad.

Algún tiempo después de haber terminado don Antonio su carrera empezó a preocupar a don Pedro Miguel otra idea: la idea de casarlo. No en-

traba en su propósito casarlo a trompa y talega con la primera que pasara por delante de su casa, pero le parecía oportuno ir pensando en tan importante cuestión, y poco a poco ir inclinando al mozo a fijar su atención en la misma.

«Un muchacho de los años y las circunstancias de Antonio—pensaba el buen D. Pedro Miguel—no debe seguir mucho tiempo libre y suelto, porque hay en ello verdadero peligro. Lo mejor es que se case pronto con una mujer buena, y así se dará cuenta de que es ya un hombre que debe mirar la vida con seriedad, y ¡en fin!, que es lo mejor. ¡Y que hay mujeres buenas, gracias a Dios; y guapas. ¡Carachis! ¡Muy guapas! Pues nada: voy a empezar a pensarlo; y en cuanto me ocurra un plan le diré algo con disimulo a mi mozo.»

Y desde aquel momento don Pedro Miguel, que conocía toda la comarca de abuelos a nietos y nietas, fué haciendo memoria de las chicas casaderas, buenas y guapas, mirando particularmente a lo de buenas, con mayor interés que si él mismo hubiera de casarse.

Conociendo nosotros ese antecedente, que ignoraba Antonio, no nos sorprenderá que en un buen día de primavera en que paseaban pacíficamente padre e hijo por entre aquellas piezas plélicas de cosecha, inopinadamente, y quizás sin habérselo propuesto hacerlo en el momento don

Pedro Miguel, la conversación tuviera derivaciones que sorprendieron grandemente al hijo.

—¿Te fijas, Antonio,—preguntó don Pedro Miguel,—en lo hermoso que está el campo?

—En efecto—contestó Antonio—está verdaderamente hermoso.

—¡Espléndido! ¡Magnífico!—repuso su padre—¡Qué variedad de plantas y qué diversidad y riqueza de tonos y de colores arriba y abajo! ¡Qué grandeza, qué majestad tan imponente la de ese cielo de un azul purísimo sin igual, que conmueve intensa y gratamente al alma y la mueve a admirar, a adorar, a esperar y a reír con un gozo sobrehumano! Y qué bello espectáculo ofrecen esos prados espléndidamente alombrados de margaritas, violetas y lirios; los grandes trozos de huerta, que dominamos desde aquí, con sus frutales cuajados de flores blancas y encarnadas, en medio de los surcos irreprochablemente tirados a cordel, y entre los cuales verdean las legumbres tempranas, dando en conjunto la impresión de gigantescos jardines; estas piezas generosas que gentil y delicadamente, y vestidas de variadas galas a cual más vistosa y atractiva, ofrecen al hombre cuanto puede apetecer para sus necesidades y su recreo; esos montes de perfiles y contornos distintos y caprichosos, exuberantes de vegetación unos, pelados al rape por manos salvajes los otros, altos estos y bajos aquellos, redondos los de aquí, cortados por tajo ciclópeo los de allí, como si de propósito bus-

caran la manera de ofrecer a la vista del hombre un conjunto más bello cuanto más variado. ¡Qué grandiosidad y qué sencillez al mismo tiempo! Y qué ambiente tan puro y reconfortante! Te aseguro, hijo mío, que cuando salgo al campo me animo, me entusiasmo, hasta me siento rejuvenecido.

—No me extraña—exclamó Antonio, riéndose al oír a su padre expresarse con tanto calor—que no haya usted querido nunca ser otra cosa que agricultor ni ocuparse más que del campo.

—Como te sucederá a tí con el tiempo, Antonio, como te sucederá a tí. Porque me parece que te conozco un poco y te juzgo bastante parecido a mí: poco aficionado a las novedades y barullos; enemigo más bien que poco amigo de ese género de vida que se desliza entre locuras, en un estado de semi-perturbación moral y afectiva, por lo menos; y propendiendo naturalmente, sin violentarte, al contrario complaciéndote, a la vida tranquila del hogar, a los goces sencillos y puros, a pensar en el prójimo para proporcionarle oportunamente un socorro o una alegría, a lo que vulgarmente se llama la vida patriarcal. ¿Me equivoco?

—¡Hombre!—respondió Antonio en tono festivo.—Es muy posible que algo de esas patriarcales inclinaciones haya heredado yo de mi virtuoso padre. Todo se hereda, menos la hermosura...

—Y no temas, mi buen Antonio, que yo te censure o te combata tales inclinaciones: muy

al contrario, procuraré afirmarte en ellas porque me parecen las mejores y, desde luego, porque apartan al hombre de complicaciones y peligros. Y claro está que en todas partes, incluso en el corazón de una capital populosa, puede el hombre substraerse a las influencias y peligros del ambiente enrarecido y excitante propio de las grandes ciudades; pero, no obstante, ningún punto, ni otro ambiente, ni otro género de vida hay más indicados para personas de nuestras inclinaciones, que estos: el ambiente y la vida propios de los pueblos agrícolas; el campo, en una palabra, con su tranquilidad, con su grandiosidad, con su belleza, con sus admirables e incontables atractivos ¡Cómo se concibe aquí la inmensidad del Creador! Aquí en pleno campo, en presencia de esos espacios sin límite poblados de mundos desconocidos por el hombre, ante ese maravilloso y para nosotros incomprensible concierto del universo, el hombre, a pesar de su pequeñez y de su ignorancia, ve una sabiduría muy superior, capaz de concebir una creación tan portentosa; vé un poder infinito capaz de hacerla, ordenarla e impulsarla sin otra ley, ni otra base, ni otro término que el poder y la voluntad omnipotentes; vé a Dios tan grande y soberano, y a sus obras tan duraderas e inmutables, que lo concibe sin conclusión, sin principio ni fin.

—¡Canario!, padre, está usted hoy verdaderamente inspirado y profundo.

—Pues no te digo, hijo mío, más que una mínima parte de las ideas que naturalmente surgen en la mente al mirar y considerar lo que otros llaman la naturaleza, y yo llamo las obras prodigiosas y perfectas de Dios. Estoy seguro de que tú, que tienes más imaginación que tu padre, te harás sin proponértelo consideraciones más brillantes y reflexiones más profundas que las mías. Por cierto que aquí pienso muchas veces en la pequeñez del hombre, en los estrechos límites en que se desenvuelve nuestra vida. ¡Cuatro días nada más es nuestra vida!: una marcha de cuatro días contados, cargados a veces de miserias corporales, o de miserias morales, o de ambas clases, es la vida del hombre. Cuatro días que pasan tan aprisa que al cabo de ellos no se explica uno cómo han pasado: me parece que era ayer cuando, hecho un mozalbete con su docena de años justamente cumplidos, corría yo desafortadamente por estos caminos sobre un caballito pequeño que tú no conociste y que era digno de mejor jinete que yo y de manos más caritativas que las mías en aquella época; aún más cerca que ayer me parece que está el día en que, hecho ya un señor casado y padre de familia, veníamos por estos mismos sitios tu bonísima y bendita madre, llevándote unas veces de la mano y tomándote otras en sus brazos, y yo, entonces en plena juventud y pletórico de vida, que parecía había de durar siglos. Y sin saber cómo ha pasado ni en

qué he empleado el tiempo, me encuentro en las puertas de la ancianidad y tocando el fin por agotamiento. Sé que han pasado los años porque me veo viejo y te veo a ti hecho un hombre; pero créeme que casi me sorprende todo esto.

—¡Vamos! No exajere usted las cosas, porque ni es usted un viejo todavía ni yo paso de ser un chiquillo.

—No hay exajeración alguna en lo que digo: por lo que respecta a mí, las canas, las arrugas y las goteras que aparecen por un lado y por otro, no dejan lugar a dudas. Y por lo que respecta a tí, es inútil tratar de desfigurar la realidad: eres ya un hombre hecho y derecho, con todas las responsabilidades propias de tal condición, y sin excusas ni atenuantes. No mucha más edad que tú ahora tenía yo cuando me casé y cuando tu abuelo puso en mis manos la administración de la casa; y lógicamente no ha de pasar mucho tiempo para que tengas que relevarme en el cargo, el cual constituye una carga que, sin ser muy grande, resulta ya excesiva para mí.

—Afortunadamente—replicó jovialmente Antonio—el insuperable administrador actual de nuestra casa podrá llevar esa carguita muchos años tan gallardamente como la viene llevando desde su juventud.

—No te hagas ilusiones, queñido Antonio, porque yo estoy ya para poca cosa.

Y como obedeciendo a la idea que hacía al-

gún tiempo bullía en la mente de don Pedro Miguel, de pronto exclamó volviéndose hacia su hijo:

—Y a propósito de casarse: ya que ha salido a relucir la palabra y que, según decíamos, eres todo un hombre, y que conviene ir pensando en lo que inevitablemente ha de llegar, con la confianza y el buen deseo que debe existir siempre entre nosotros te voy a hacer una pregunta: ¿has pensado alguna vez en casarte?

Sorprendió tanto a Antonio la inopinada pregunta, que se quedó mirando a su padre; y ocurriéndole luego la idea de que se trataba de una broma, echóse a reír y dijo alegremente:—«Y para qué diablos había de pensar en semejante cosa?»

—¡Hombre!—repuso don Pedro Miguel completamente en serio.—No me parece que tendría nada de particular, sino, al contrario, que sería la cosa más natural del mundo.

—¿Así le parece a usted? Pues en ese caso le diré que, la verdad: no he pensado en tal cosa porque me parecía que no había llegado aún el tiempo de pensarlo y, además, ¡vamos!, que me parece justo disfrutar de mi juventud.

—¿Cómo? ¿Qué dices de disfrutar de la juventud? ¿Y a qué llamas tú disfrutar, hijo mío? ¡Nos hemos lucido con tu buena memoria, y voy a intentar refrescartela para que veamos si vienes disfrutando... desde que naciste, sin accidentes ni

interrupciones: de niño jamás te faltó nada en juguetes, en vestidos, en golosinas, en juegos y en cuanto un niño puede apetecer para sentirse dichoso....

—¡Canario! Veo, mi querido padre,—interrumpió Antonio en tono festivo,—que no me escapo hoy de un ajuste de cuentas, y empiezo a alarmarme....

—Al contrario, hijo, alégrate, porque esto no deja de tener sus ventajas. Mira: generalmente el hombre no hace bien sus propias cuentas, y de ahí nace que le parezca que está siempre alcanzando, que no aprecie bien lo que tiene, que esté descontento de su suerte, que piense en novedades y hasta que tenga pretensiones inmoderadas. Y suele convenir que otros nos digan algo de nuestras cuentas para que conozcamos el resultado verdadero del balance y nos dispongamos a ser razonables.

—Pues venga mi cuenta, a ver si están bien asentadas las partidas.

—Así me gusta verte, querido Antonio: sin miedo a que te hagan tus cuentas. Te aconsejo que a lo largo de tu vida llevas tus cuentas de manera que nunca temas que te las saquen a la luz del día; y además te aconsejo, en relación también con tus cuentas, que jamás hagas, solo ni acompañado, lo que no pueda ser examinado y juzgado a la luz del sol. Así te irá perfectamente y serás digno....

—De mi padre.

—Dí más bien de tus apellidos. Pero prosigamos la cuenta que te estaba ajustando, a menos que el señor Abogado....

—¡No, no! El señor Abogado no puede decorosamente oponerse al examen de su cuenta después de lo que ha dicho don Pedro Miguel.

—Pues vamos adelante. Llegó la época de tu carrera, y ya te tenemos en Madrid, en una casa donde la comida y el trato eran excelentes, y con veinticinco duros en el bolsillo. ¡Un estudiante con quinientos reales en el bolsillo! Ríete de los potentados de la tierra. Hay que hacerte la justicia de reconocer que nunca hiciste nada de que tengamos que avergonzarnos ni tú ni yo: ni vendiste la ropa, ni empeñaste los libros, ni hiciste otras a que, como a esas, llaman algunos calaveradas y yo llamo burradas: burradas si las hace una persona mayor; y si por hacerlas un muchacho se quiere rebajar un tanto, les llamaré pollinadas, pero no las saco en ningún caso de su categoría netamente asnal.

—Muchísimas gracias, querido padre.

—¡Sí!, todo esto es cierto, y con ello proporcionaste a tus padres muy grandes satisfacciones; pero eso no quiere decir que durante tu vida estudiantil viviste precisamente como un cartujo: de ordinario, ibas al picadero a montar un buen caballo y a hacer un poco de ejercicio, dabas tu paseo, tomabas café en el casino como una perso-

na mayor y allí echabas tu partida de carambolas o de ajedrez y estabas distraído y en buena compañía todo el tiempo que querías. Como extraordinario concurrías de vez en cuando a los teatros serios a ver la representación de una buena comedia o de una ópera de tu gusto, a la corrida de toros en que actuaban los verdaderos maestros del cuerno, a la carrera de caballos más importante de la temporada, a lo más saliente que hubiera en Madrid al alcance de un estudiante que disponía ¡de quinientos reales!... y de un padre que acostumbraba a renovarlos cuando se agotaban. Venías a casa; y entre reventar el caballo a fuerza de correr, matar codornices y perdices, el partido de pelota, la excursión a tal pico, la merienda en tal otro y revolver en casa cuanto se te ocurría, pasabas las vacaciones en la propia gloria. Terminaste la carrera; y posesionándote un poco de tu papel o de tu nueva categoría, has modificado algo tu plan de distraerte, pero sin dejar de darte la gran vida: por la mañana un rato en el jardín, otro en el campo paseando a pié o en un buen caballo, y otro leyendo o estudiando si te place; por la tarde el ratito de casino con los infaltables comentarios o la partida de tresillo si te parece bien, otro paseíto, luego la tertulia si te quedan ganas de hablar, o la biblioteca si prefieres estar solo. Y todo esto sin penas ni preocupaciones de ningún género, y mien-

tras la gente está mirándote a la cara y buscando tu amistad....

—¡Como un príncipe!—prorrumpió riéndose a carcajadas Antonio, a quien hacían mucha gracia las atinadas ocurrencias de su padre—.

—Si, hijo, estás como un verdadero príncipe. Por eso preguntaba yo a qué llamas disfrutar de la juventud, en el verdadero sentido de la palabra disfrutar. Salir de este marco en que vives para buscar emociones intensas y placeres fuertes, no es ya disfrutar, sino excederse, con peligro inminente del equilibrio moral, de la salud, de la situación económica y quién sabe si hasta del honor, del buen concepto social y de la tranquilidad y la dicha en el porvenir, porque de esas cosas pueden derivarse complicaciones y compromisos de que no siempre puede desenredarse el hombre. El terreno firme de la felicidad posible en este mundo es el que tú pisas, y te aconsejo no te dejes alucinar por apariencias seductoras y engañosas. Esto que tienes y disfrutas, y la perspectiva que se te ofrece para el porvenir, es sencillamente el ideal. En resumen, querido Antonio: que tampoco eso de disfrutar de la juventud es razón para que no te pares a pensar una cosa tan natural como la de que te has de casar.

—¡Canario con el tema!—exclamó alegre Antonio.—Pero el caso es que se me antoja problema muy serio, y muy complicado y grave, cuya

meditación por fuerza ha de quitar al hombre la tranquilidad y el buen humor....

—Es, efectivamente, problema grave, al cual hay que atender con la mayor seriedad; pero es inevitable: lo impone la ley de la vida y el hombre no puede juiciosamente eludirlo. ¡No debe eludirlo!

—¿De manera—preguntó serio Antonio, en el cual pesaba mucho la opinión de su padre—que cree usted que debo ir pensando ya en casarme?

—Sí, hijo, indudablemente: debes pensar en ello, no porque te hayas de casar mañana o la semana que viene con la primera que veas o de que te acuerdes, sino porque conviene que despacio busques una mujer que sobre todo sea buena, que te guste y que sea adecuada para tí. Pienso que sería un gran bien social que los hombres estuvieran casados para los veinticinco años, lo que, por otra parte, tiene varias y apreciables ventajas para los interesados. ¿Quieres que apunte algunas que me ocurren de pronto?

—¡Ya lo creo! Las escucharé con mucho gusto, porque me va interesando el tema.

—No me parece mala señal, y voy a apuntarte algunas de esas ventajas. La primera ventaja para un joven consiste en no tener prisa, en disponer de tiempo para mirar, elegir y estudiar las cualidades morales de su futura, aspecto este que, como te he dicho, es esencial, porque un poco más o menos de dinero y aún de belleza—no sien-

do una mujer más fea que Picio—es secundario. En cambio un hombre entrado en años que por fin se decide a casarse, tiene que hacerlo a escape, sin dar lugar a que la novia se arrepienta o a que a él le dé un ataque de reuma o de gota.

—No me parece mal pensado—objetó Antonio—lo que acaba usted de decir; y, sobre todo, teniendo yo veinticuatro años, me parece muy bien la teoría y tomo buena nota.

—Haces bien, y si la sigues no te pesará. Otra ventaja, no despreciable por cierto, es que a los veinticuatro o veinticinco años puede el hombre aspirar a lo mejor que haya en su clase en juventud, en belleza, en posición, en prendas morales; y podrá ser rechazado, pero nadie considerará que es un chiflado ni se le reirá, porque su pretensión es la cosa más natural del mundo. En cambio a los treinta y cinco o cuarenta años no debe pretender casarse con una muchacha de veinte o veintidos, porque podría juzgarse ridículo y porque las diferencias grandes de edad pueden ser peligrosas en los matrimonios. A esas edades debe el hombre mirar entre las de treinta o treinta y cinco, entre las cuales no es difícil encontrar quienes tienen ya hábitos y costumbres arraigados, están acostumbradas a mandar, y suelen ser bastante ducas en lo de salirse con la suya... aunque rabie un poco el marido; y como el marido por su parte tiene algunos resabios de mozo viejo, en estos matrimonios suelen presentar-

se y desatarse algunas borrascas, y hasta alguna tempestad con truenos y todo. Y no te digo nada de los matrimonios en edades más avanzadas, porque a estos los equiparo con las bodas entre viudos con hijos, las cuales—según la opinión autorizada de esa ex-viuda que tenemos en la vecindad, a la que supongo le ha resultado mal su reincidencia—debían estar prohibidas por la ley. De cada cien matrimonios entre personas que peinan canas y carranclas, cincuenta resultan pésimos, veinticinco malos, veinte medianos, y cinco en los cuales reina la paz porque uno de los cónyuges se ha resuelto a ser víctima o martir. Lo de «dos no riñen si uno no quiere», como expresión de la perfecta paciencia, nació sin duda de estos matrimonios venerables.

—¡Vaya si son espeluznantes los cuadros que presenta usted a los solterones!—exclamó jocosamente Antonio.—Oyéndole a usted no hay más remedio que decidirse a casarse antes de que asome alguna cana impertinente....

—Pues créeme que no exagero: de los cuarenta o cuarenta y cinco en adelante, por verdadera casualidad puede resultar completamente bien una boda. En todas las cosas la oportunidad es factor muy importante del éxito, y en el matrimonio lo es indudablemente.

—Pues también tomo buena nota—comentó Antonio sonriendo.

—¡Sí, sí, tómala porque puede serte de utilidad el consejo!

—¿De manera que a juicio de usted...?—interrogó Antonio a estas alturas, encantado de oír las reflexiones de su padre, al par que las ocurrencias con que exteriorizaba su buen humor.

—Pues a juicio mío estás en la edad ideal para este negocio, que es fundamental en la vida. Pregunta a todos los solterones del mundo y a cuantos hombres se casaron relativa o positivamente viejos, qué harían si comenzaran de nuevo a vivir, y te contestaran casi unánimemente que no cumplirían los treinta años sin casarse.

—Por de pronto me alegro, mi bonísimo padre, de que se haya suscitado esta conversación, que me ha permitido conocer la autorizada opinión de usted en problema tan transcendental, por si algo me ocurriera relacionado con el mismo, ya que estas cosas se presentan cuando y donde menos se piensa.

—Pues piénsalo, hijo, piénsalo despacio, que afortunadamente tienes tiempo para pensarlo; y si me necesitas, yo te ayudaré a pensarlo y te guiaré con mi experiencia y mis consejos. Consejero más leal y desinteresado no has de tener en la vida.

Antonio pasó un brazo por la espalda de su padre y atrayéndole hacia sí le dijo en un tono que rebosaba ternura:—¡Si digo yo que este pa-

drecito mío sigue siendo tan padrazo como hace diez y veinte años!...

—Y tú,—replicó don Pedro Miguel, mientras se le caía la baba por los cariños de su hijo—eres el hijo más zalamero y más pícaro de cuantos han engañado a su padre.

Después de esta conversación quedó Antonio un poco preocupado y don Pedro Miguel sumamente contento. Había temido don Pedro Miguel que Antonio se resistiera más a entrar en la idea, pues no todos se resuelven a dejar su independencia a las primeras de cambio; pero Antonio había comprendido el fundamento de las razones que su padre le había expuesto y había hecho, por otra parte, honor a su autoridad no rechazando de plano un consejo sugerido por su cariño y por su conocimiento de la vida.

Don Pedro Miguel estaba muy satisfecho de este resultado y se sonreía ante la probabilidad de verlo realizado en plazo no muy lejano, porque él tenía pensado sobre el particular algo más de lo que había dicho a su hijo: había pensado maduramente hasta la novia que le convenía.

Entre las muchas familias a que don Pedro Miguel conocía y trataba, vivía en un pueblo próximo, en Zubeldía, la familia de Arbayún, que habitaba una gran casa de su propiedad con corte y nombre de palacio, y que era poseedora de tierras y bosques que representaban una regular fortuna.

No era la familia de Arbayún tan rica como don Pedro Miguel de Areta; y si tenemos en cuenta que la fortuna de los Arbayún había de repartirse entre varios hijos, mientras que don Pedro Miguel no tenía más hijo ni otro heredero que Antonio, se ve claro que una boda entre Antonio y una hija de la familia Arbayún, en que se había fijado don Pedro Miguel, no era para este y para su hijo una ganga bajo el punto de vista económico. Pero ya hemos podido apreciar que el aspecto económico lo consideraba don Pedro Miguel bastante secundario en materia de casamientos, si bien no prescindía en absoluto de este aspecto porque los medios de fortuna son indispensables para la vida; y no dudó en fijarse en Marta de Arbayún, a pesar de la notable diferencia de posición, después de pesar otras circunstancias que concurrían en dicha familia y las personales que a su juicio reunía Marta.

* * *

El origen de la familia Arbayún se perdía entre la antigua nobleza navarra, en gran parte desaparecida; pero al cabo de los siglos esta familia, como tantas otras de su clase, había ido perdiendo títulos y privilegios de clase, amén de grados en su posición económica; y en la época

a que nos referimos solo le quedaban de sus antiguas grandezas un patrimonio de casa fuerte de labranza, la historia de las glorias de sus antepasados y el lema de la familia: «Dios y honor»; todo ello resumido y simbolizado en un flamante escudo que figuraba en la puerta del palacio y en los viejos pergaminos que la familia conservaba como oro en paño.

Con eso queda dicho que los Arbayún eran católicos a *macha martillo*, sin distingos ni tolerancias; y que las cuestiones referentes al honor eran en aquella familia cuestiones de vida o muerte. Si un Arbayún se hubiera hecho hereje, o siquiera filósofo con ribetes de heterodoxo, la familia, reunida en gran consejo, lo hubiera declarado espurio, degenerado y maldito de Dios y de los suyos. Si un Arbayún hubiera faltado a las leyes del honor y aún de la lealtad, la familia lo hubiera degollado con sus propias manos. Los Arbayún habían venido a menos en fortuna o riquezas, pero conservaban el mismo caudal espiritual y moral; los Arbayún habían perdido con los tiempos títulos o pergaminos, pero seguían siendo nobles: tan nobles como los que escribieron una a una las páginas de la historia de la familia.

De esta familia era Marta, la joven en quien don Pedro Miguel se había fijado como indicadísima para su hijo Antonio. Era una muchacha de veinte o veintiún años, muy bella, de porte distinguido y de maneras y trato verdaderamente

aristocráticos, que sin duda alguna anunciaban y denunciaban en ella a la gran señora. En su semblante encantador se reflejaban sin posibles engaños la inocencia y la bondad, y un alma generosa y nobilísima. Y no hay para qué hablar de su educación y del elevado concepto que tenía de la dignidad sabiendo que la familia Arbayún la contaba entre sus más preciadas joyas, todo lo cual contribuía a predisponer en su favor; y a poco que se la veía y se la trataba se llegaba al convencimiento de que era una criatura simpática y atractiva.

Hay que convenir en que don Pedro Miguel era hombre de gusto.

A la casa y familia de Arbayúa dirigió don Pedro Miguel sus primeros tiros.

Con un pretexto cualquiera, y sin decir ni hacer nada que pudiera despertar en su hijo la más leve sospecha acerca del fin que él perseguía—pues quería que su hijo hiciera con entera libertad su elección—algunos días después de la conversación que padre e hijo sostuvieron durante uno de sus paseos por el campo, se encaminaron un buen día a Zubeldía, pueblo donde residían los Arbayún; y después de hacer en el pueblo al-

gunas cosillas con que don Pedro Miguel justificaba su viaje, con el pretexto de visitar a antiguos amigos pasó con Antonio a casa de la indicada familia.

Entraron en la casa como antiguos y buenos amigos, pues aunque Antonio no conocía a la familia, don Pedro Miguel había sostenido en cuanto le fué posible las mejores relaciones; y como antiguos y buenos amigos fueron recibidos por la familia de Arbayún, la que entre las cualidades que la caracterizaban tenía la de la consecuencia en las amistades y la de una atentísima y amable hospitalidad para sus huéspedes.

Se dijeron y repitieron por unos y otros las protestas de amistad y las excusas por no haberse visitado a menudo que son de cajón en tales casos y propios de personas que se aprecian y que quieren que la amistad siga y sea expresiva, por decirlo así; se hicieron por ambas partes las mil preguntas y explicaciones obligadas acerca de la salud de todos y cada uno de los individuos de las respectivas familias; sobre las carreras, los progresos o las habilidades de hijos e hijas; sobre la marcha de negocios y cultivos, y sobre cuanto las familias pueden y quieren decir a los extraños, por amigos que sean; de modo que al cabo de una hora las dos familias sabían una de otra tanto como si se visitaran a diario o vieran pared de por medio.

La segunda parte de la visita de don Pedro Mi-

guel y de su hijo fué la natural y procedente entre personas bien educadas, y hasta de rúbrica, tratándose de gente tan cumplida como la familia Arbayún: la invitación a que se quedaran a comer, hecha de todo corazón y con las más vivas instancias; y como don Pedro Miguel no supo o no quiso encontrar excusas para declinar el honor, después de exigir y de obtener por su parte la promesa formal de que los Arbayún irían a Ezpelegui y proporcionarían así a los Areta ocasión de corresponder al obsequio en su casa, aceptaron padre e hijo el convite.

Durante la comida, sazonada con animadas conversaciones y atenciones recíprocas, se pusieron de manifiesto la franca alegría y el excelente apetito de los comensales.

Marta, a pesar de las protextas de don Pedro Miguel y de Antonio, hacía plato a todos con una soltura y una elegancia que acusaban mucha práctica en esa difícil función propia de las dueñas de casa grande; lo que daba lugar a que padre e hijo le pagaran su habilidad y su amabilidad con dichos y bromas del mejor tono, que ella sabía contestar con modestia y talento.

No le disgustaba a Antonio tener durante la comida motivos tan frecuentes para dirigirse a Marta y decirle algo agradable, porque a primera vista o a primera impresión no le parecía Marta cosa del todo despreciable. Era indudablemente bella y de buena salud, y Antonio la encontraba

además fina, admirablemente educada, inteligente y simpática, todo ello dentro de una sencillez y una seriedad que parecían realzarlo.

Bien lo penetraba el observador y experimentado don Pedro Miguel, quien estaba que no cabía en el pellejo de satisfacción. ¡Vaya si entendía él la aguja de marear!

Terminada la comida y el café, durante el cual se acentuó la confianza entre las dos familias, y tras de recabar enérgicamente don Pedro Miguel el cumplimiento a plazo corto del compromiso de visitarles la familia de Arbayún en Ezpelegui, los señores de Areta, jinetes en sus poderosos y bien domados caballos, tomaron la dirección de su casa.

—¿Qué me dices, Antonio?—preguntó don Pedro Miguel a su hijo en el camino.—¿Te has aburrido?

—No por cierto. Muy lejos de eso, he pasado el día completamente entretenido. Esta familia de Arbayún se me ha hecho sumamente agradable.

—Pues hijo, me alegro mucho de que sea así, para que veas que sé escoger las amistades y... para que vayas disfrutando de la juventud. ¡Vaya si me alegro!, porque así podremos hacer, cuando estemos de gana para ello, algunas excursiones como la de hoy, un día a un punto y otro a otro; con lo cual, sobre distraernos dando alguna variedad al sistema de vida, refrescaremos y reafirmaremos las buenas amistades que nuestra

familia ha tenido siempre en todo este país; amistades que a tí, que eres joven, pueden venirte muy bien.

Llegados a su casa y retirados los señores de Areta cada cual a su celda, como decía jocosamente don Pedro Miguel, Antonio empezó a repasar en su memoria, sin buscarlo ni proponérselo, las nimias ocurrencias de aquel día: el viaje a Zubeldía, que había sido un agradable paseo a caballo, como otro cualquiera; las cuatro vueltas para ver el pueblo, un pueblo corriente y vulgar sin nada notable, uno de tantos pueblos agrícolas, con sus calles estrechas, torcidas y sucias, y además poco menos que solitario: unos cuantos chiclelos a medio vestir pululando de aquí para allí, y tal que otra persona saliendo de alguna tienda; la comida en casa de los Arbayún, sin refinamientos de lujo ni de etiqueta, bien amenizada por una franca confianza, pero en resumen una buena comida *de pueblo*; y por fin el regreso a Ezpelegui escuchando la charla amena e instructiva de su padre. Con muy pocas e insignificantes variantes, lo de todos los días.

Y sin embargo, Antonio hubiera jurado que durante aquel día habían ocurrido cosas nuevas y gratamente emocionantes que le habían llenado de una alegría y una satisfacción que aún le duraba. Porque Antonio pensaba en todos los incidentes con una complacencia extraordinaria. Sobre todo, el recuerdo de la comida y de lo ocurrido

y comentado en casa de Arbayún le encantaba, siendo lo particular del caso que en todos los recuerdos y en todas las escenas había una figura que se destacaba cosa de veinticinco palmos sobre todas las demás: Marta de Arbayún. Marta de Arbayún, con su trajecillo casero, sencillo, y sin adornos que nublaran sus gracias naturales; Marta de Arbayún acompañando a sus padres cuando los Areta llegaron, recibéndolos sin orgullo ni fatuos remilgos, con una expresión naturalísima de persona que quiere manifestarse complacida y honrada con la visita; Marta de Arbayún saliendo con frecuencia de la sala de recibo desde que ellos aceptaron la invitación a comer, seguramente para prevenir y activar en la cocina y en el comedor; Marta de Arbayún haciendo plato a todos con una desenvoltura admirable, agradeciendo sin afectación ni coquetería las bromas y galanterías que ellos se permitieron, e interviniendo con oportunidad y talento en las conversaciones; Marta de Arbayún en todos los actos y en todas las cosas como figura predominante llamando, absorbiendo la atención de Antonio.

—Pues señor—dijo hablando consigo mismo, después de hacer memoria y análisis de lo ocurrido durante la excursión a Zubeldía—no hemos hecho ni nos ha ocurrido hoy nada de particular y, sin embargo, he pasado el día tan a gusto, tan entretenido y alegre, que mañana mismo repetiría la excursión. Es raro lo que nos sucede algunas ve-

ces: nos sentimos de pronto malhumorados, casi rabiosos, y si nos preguntan por qué, no encontramos la menor causa de disgusto; y otras veces, también sin saber por qué, nos sentimos alegres y contentos, y todo nos complace. Quizá habrán influido en mí las atinadas reflexiones de mi padre para hacerme comprender que esta vida y estas distracciones son deliciosas, en lo cual tiene razón; o habré simpatizado con Zubeldía sin darme cuenta y sin saber por qué motivo. Lo propio nos ocurre con algunas personas: una persona a quien no conocemos, que nada nos ha hecho, que no sabemos si es buena o mala, y que parece como cualquiera otra, nos resulta antipática y no queremos tratarla; y otra, también desconocida, nos inspira simpatías sin saber por qué, y no tenemos inconveniente en establecer trato y amistad con ella. Algo de esto, que no sabemos explicarnos respecto de las personas, me ha debido pasar respecto de ese pueblo.

Y por el momento Antonio de Areta, no supo profundizar más en sus propios sentimientos; sentimientos que don Pedro Miguel hubiera descifrado enseguida y con la seguridad de no equivocarse.

En casa de los señores de Arbayún se habló largamente de aquella visita y de la familia de Areta, que era de lo más granado del país por su origen y su posición. Los Arbayún agradecieron profundamente la visita, alegrándose de que re-

verdeciera la amistad con familia tan distinguida; y se prometieron devolverla puntualmente con muchísimo gusto. Irían en el viejo coche de su casa, que sería aderezado lo mejor posible, los padres de Marta y el hijo mayor, este a título de cochero de honor. El resto de la familia, o sea la gente más o menos menuda, se quedaría cuidando la casa y aguardando mejor ocasión.

Marta comprendió que esta resolución era la lógica y correcta, porque no hubiera sido correcto plantarse toda la familia en Ezpelegui. Y Marta sentía que por razones de buena educación y de decoro no pudiera ir toda la familia a Ezpelegui, especialmente ella, porque la verdad era que ella hubiera ido de buena gana. Le hacía mucha gracia don Pedro Miguel, con su conversación seria y profunda, o jocosa, pero siempre genial y amena; y también le agradaban la conversación y las maneras de Antonio. Antonio era un muchacho culto, sencillote y amable, de buena conversación y oportunas ocurrencias; y era además muy guapo. En resumen, Antonio era un mozo verdaderamente simpático. Al menos así le había parecido a Marta; y no le desagradaba la idea de poder contarle entre las buenas amistades de su familia.

Algunos días después, hallándose Marta y su madre en un amplio balcón de su casa, entretenidas con sus labores, se fijó aquella en que un ginete, todavía a gran distancia, se dirigía a Zumbeldía. Aunque distante, se apreciaba que su porte

era el de un caballero en correcto traje de montar; y de lo erguido y flexible del cuerpo y de la facilidad de movimientos se desprendía que era joven. Montaba caballo de buena alzada, brioso, bien enjaezado, y con el pelo lustroso y las crines peinadas como para una fiesta.

No tardó mucho Marta en conocer o adivinar quién era el jinete, ni el conocerlo le produjo el menor disgusto.

—¿Sabe usted—dijo a su madre—que me parece que ese jinete que se acerca es Antonio de Areta?

—¿Antonio de Areta?—exclamó doña Clara, dirigiendo hacia el jinete la cansada vista a través de sus gafas.—Sin duda que te equivocas, porque Antonio de Areta no ha venido nunca solo por aquí, que yo sepa.

Marta seguía mirando al jinete con la mayor atención; y convenciéndose pronto de que no se había equivocado en su suposición, lo comunicó a su madre:

—No me equivocaba—le dijo:—Es Antonio de Areta y viene hacia aquí a todo el galope de su caballo.

—Pues si viene aquí, será bien recibido; que a nuestra casa siempre llegan oportunamente los buenos amigos. Y mientras llega, date una vuelta por la sala y por esas habitaciones para ver si todo está en orden, como lo hemos dejado esta mañana.

Corrió Marta a cumplir la orden de su madre

con la mayor diligencia; y aunque todas las cosas estaban en su sitio y resplandecientes de limpias, aún encontró Marta algo que arreglar: sacar un poco más al centro de la sala la vistosa alfombra, colocar otro tiesto en aquella rinconera, poner bien derecho tal cuadro... mirarse cuidadosamente al espejo para ver si ella estaba bien peinada.

Cuando Marta, terminados todos estos exámenes, volvió al lado de su madre, esta se retiraba del balcón y llamaba a su esposo don Francisco y a su hija: Antonio había llegado y estaba apeándose ante la puerta de la casa.

Para cuando los señores de Arbayún y su hija quisieron bajar a recibirlo, ya estaba Antonio escaleras arriba, sonriente y afable. Los saludó con el cariño y la confianza de buenos amigos y les explicó su presencia allí de la manera más sencilla: había salido de casa sin plan ni rumbo fijo, como de costumbre; el día estaba verdaderamente espléndido; él, Antonio, se había levantado con ganas de hacer ejercicio, y el caballo con tantas ganas de correr que casi no podía contenerlo; en fin: que se habían reunido unas cuantas circunstancias indicando la conveniencia y el placer de dar un gran paseo. De repente había tenido una idea: llegarse a Zubeldía; y de este modo, al placer del paseo sumaría el placer de saludar a los amigos de Arbayún.

La familia Arbayún quiso obsequiar a Antonio y le convidó a comer, pero él no aceptó nada.—

«Bueno se pondría don Pedro Miguel—decía riéndose—si el chico no se presenta puntualmente a comer. Sería capaz de ponerme de rodillas o de azotarme las espaldas. Tiene un genio atroz».

Descansó y charló un rato Antonio con doña Clara, don Francisco y Marta; y después de recordarles la promesa de visitarles en Ezpelegui e insistir en que la cumplieran pronto, a trote largo tomó el camino de su casa.

Entre tanto don Pedro Miguel estaba extrañado de la tardanza de Antonio. Ordinariamente volvía este de su paseo matutino a las diez y media o las once, y aquel día había llegado el medio día sin parecer Antonio. Al dar las doce don Pedro Miguel empezó a impacientarse. ¿Le habría ocurrido algo al chico? ¿Lo habría tirado el caballo? No le parecía esto probable porque Antonio era buen jinete y «Hocicazo» era uno de esos caballos «inteligentes» y buenos, que parece se cuidan de no lanzar a sus amos. Pero el caso era que Antonio tardaba mucho más que otros días, y sin duda había para esa tardanza una causa que don Pedro Miguel no acertaba a explicarse.

Hacía rato se paseaba nervioso don Pedro Miguel de un lado para otro cuando oyó sobre el empedrado de la calle el galope de un caballo, un galope que él conocía muy bien, como conocemos las pisadas de las personas de nuestras casas; un galope que le hizo saltar el corazón: el galope de «Hocicazo».

Con más ligereza de la que correspondía a sus años, en cuatro saltos bajó al portal, dispuesto a echar una buena reprimenda a su hijo por el mal rato que le había hecho pasar, y a advertirle severamente que cuando pensara detenerse fuera de casa más de lo acostumbrado se lo dijera antes, para que él no estuviera con cuidado.

Pero llegó Antonio, descendió del caballo de un salto, de otro salto se acercó a su padre, y poniéndole sus manos sobre los hombros, con la sonrisa y la expresión del más tierno cariño le dijo:—«Padrecito, vengo de Zubeldía: sin pensar me he alargado hasta allí».

A don Pedro Miguel se le fueron del cuerpo todos sus enojos y de la memoria todas las cosas que pensaba decir a su hijo; y tendiéndole los brazos y estrechándolo en un abrazo exclamó:—«Has hecho perfectamente; haces muy bien en aprovechar este tiempo espléndido que Dios nos da».

Algunos días después Antonio se levantó también con ganas de hacer ejercicio, por lo visto; pues apenas salió de Ezpelegui, ginete en su flamante «Hocicazo», tomó otra vez el camino de Zubeldía, y a galope tendido se plantificó en la casa de los Arbayún.

Como en la visita anterior, se limitó a charlar un rato con las personas de la familia que estaban en casa, y a galope tendido, ejercicio que aquel

día le resultaba nuevo y delicioso, volvió a Ezpelegui.

Cuando ya comiendo mano a mano con su padre le contó la nueva excursión a Zubeldía, don Pedro Miguel quiso profundizar en el corazón de su hijo, y en tono de aparente indiferencia le dijo:—«Chico, chico, ¡cómo has simpatizado con ese camino y ese pueblo!»

—En efecto—replicó Antonio—he debido simpatizar mucho, porque lo cierto es que cuantas veces he ido se me ha pasado el tiempo muy de prisa y completamente a gusto.

Y después de unos momentos de silencio, durante los cuales parecía que meditaba profundamente, agregó:—«Y si le dijera a usted, padre, que puede ser que me haya enamorado, ¿qué diría usted?»

—Pues diría, querido Antonio, consecuente con mi manera de pensar, que en principio me parecería bien, admirablemente bien, pues ya recordarás lo que te tengo dicho respecto del matrimonio, y yo no digo a nadie, y mucho menos a mi hijo, cosa diferente de la que pienso. Pero estos asuntos tienen una segunda parte importantísima: la persona que ha despertado tales sentimientos. Si tú me dices quién es esa persona de la cual te crees enamorado, yo te diré, si es que la conozco, si la conceptúo digna de tu amor y de tu apellido e indicada para hacerte feliz.

—La conoce usted mucho. ¡A ver si se le ocurre a usted quién es!

—Tú me lo dirás. Pero antes quiero advertirte que lo que te he indicado no quiere decir que en cuestión de tu matrimonio haya yo de rebasar el mero papel de consejero, que es el que me corresponde; consejero lealísimo que solo se ha de inspirar en el bien y el interés de su hijo, pues este es el papel de los padres en tales negocios. Cuenta, pues, con que en todo caso no he de meterme más que en darte mi sincera opinión respecto de tu elección, ahora o cuando sea.

En realidad don Pedro Miguel estaba casi seguro de que quién había despertado en Antonio aquellos sentimientos era Marta de Arbayún, y hubiera sufrido un tremendo desencanto si su hijo le hubiera nombrado otra mujer. Por eso, cuando oyó decir a su hijo que le parecía estaba enamorado de Marta de Arbayún, don Pedro Miguel no pudo contener una franca y ruidosa carcajada.

Antonio, que no comprendía qué podía significar aquella carcajada de su padre, le preguntó tímidamente:—¡Qué!, ¿he dicho o pensado alguna tontería?

—No, hijo, no: no has dicho ni pensado ninguna tontería. En cuanto me has dicho que quizás estás enamorado, he supuesto de quién, y precisamente me río de que antes de hoy y antes de que tú te dieras cuenta de lo que te pasaba, ha-

bía yo adivinado esto. Una vanidad, hijo, es lo que ha provocado mi risa; y te lo digo para que veas que también a mis años hay pequeñas vanidades.

—¡Vamos, me parece que respiro ahora más fácilmente!

—Ya observé—repuso don Pedro Miguel jovialmente—que el día en que visitamos a los amigos de Arbayún tú estabas muy atento a la conversación y a la persona de Marta, pero no anticipé juicio porque ello podía ser pura galantería, que hubiera estado muy en su lugar; mas al ver que cuatro días después fuiste a visitarles otra vez, me escamé un poco. Y ahora resulta....

—Ahora resulta que es muy posible que no se equivocaba usted—concluyó con cierta emoción Antonio.—Se me hace Marta sumamente agradable, pienso estos días constantemente en ella sin proponérmelo, y pienso con singular complacencia. Veo constantemente ante mis ojos, como si tuviera yo puestos unos lentes en que estuviera grabada, su imagen bella y atractiva, su rostro con la gravedad de una mujer madura y a la vez con la expresión inocente de una niña; resuena en mis oídos su voz suave, de dulces y armoniosas inflexiones....

—No digas más, hijo, no digas más—interrumpió riéndose don Pedro Miguel;—conozco bien la enfermedad que tienes: tú estás enamorado hasta las cachas. Traducidos lógicamente tus sen-

timientos y complacencias, y las imágenes que percibes, y las músicas que oyes—que no tengo duda de que te parecen músicas celestiales, en la exacta acepción de estas palabras,—no quieren decir más ni menos que esto: que estás enamorado de Marta de Arbayún.

—Y admitiendo que así sea, ¿qué le parecería a usted, padre?

—Pues me parecería de perlas, y te felicitaría por tu buen gusto y tu elección, que consideraría acertadísima. ¡Carachis!, si estos abogados modernos saben preparar los pleitos! Y hay que ver si el pleito del matrimonio tiene importancia. ¡Es el pleito capital de la vida! Con que mira si importa prepararlo bien y ganarlo. Y me parece que tú vas por buen camino para ganarlo. Mas vamos por partes: personalmente te agrada Marta de Arbayún, ¿no es así?

—Así es: me parece sencillamente bella y buena figura.

—Y tienes razón, ¡qué carachis!: también a mí me lo parece. Por más que no hay que fiarse mucho del juicio de los viejos en estas cosas porque, según dicen esas personas que todo lo saben y en todo se meten, con los años se estraga el gusto. Pero si a tí te gusta Marta, no hay más que hablar sobre este extremo, y podemos pasar a fijarnos en otros: es una muchacha profundamente religiosa, lo que lleva aparejados sólidos principios morales; es instruída, es inteligente,

está bien educada, tiene maneras de señora de casa grande.... La única cuestión que podría haber aquí sería la económica, porque tú eres cinco veces, diez veces más rico que Marta; pero por mi parte no hay tal cuestión. Entiendo que en nuestra situación, y en todas, es secundaria la cuestión de dinero, porque no es el dinero lo que hace la felicidad en los matrimonios, ni en otras circunstancias de la vida; ni cuadra en nosotros, ni me gustaría que en una boda de mi hijo entrara como factor de importancia el dinero. Nada más repugnante que esas bodas de interés, en que apenas preocupa al novio y a la novia el conocerse ni averiguar los quilates del poco o del mucho oro que haya en el corazón, sino saber las onzas que tiene la arquilla, discutir y regatear la onza más o menos, hasta el ochavo más o menos. Tan extraño al matrimonio y tan asqueante me parece ese interés, que te aconsejo muy encarecidamente, y si es preciso te lo mando desde ahora, que si te casas con Marta de Arbayún, cuya dote será diez veces menor que la tuya, o con otra mujer que no tenga un céntimo, te abstengas de hacer en ningún caso la menor alusión a este respecto, pues el hacerlo es una brutalidad y es lanzar al seno del hogar un germen de división y de disgusto que puede durar toda la vida; porque si el cónyuge aludido comprende que aquello no ha sido más que la explosión de un momento de ira, la salida del pus de un panadizo, pero que el

cuerpo o el corazón está sano, puede no tener más transcendencia el incidente; mas si se empeña en ver en esa explosión la muestra de una convicción de superioridad, ha de considerarse para siempre ofendido y humillado, y sentirá y obrará en consecuencia.

—Comprendo perfectamente, mi buen padre, toda la fuerza de esas razones y participo por completo de su opinión, que será norma de mi conducta en el seno de mi familia. También en esto quiero ser heredero legítimo de don Pedro Miguel.

—Me complace sobremanera, querido Antonio, oírte hablar de ese modo, porque las cuestiones de interés son causa de muchos trastornos en la paz de los hogares. Y, volviendo al asunto que tratábamos, te diré que no veo nada que se oponga a que te cases con Marta de Arbayún si así te place; pero no hay que precipitarse, para ir sobre seguro. Trátala más antes de decir nada; convéncete bien de tus propios sentimientos, porque un verdadero caballero no debe dar un paso en ese terreno sin tener la seguridad de que no ha de volverse atrás dejando quizás hecho trizas el corazón y quién sabe si la fama de una muchacha, o inutilizándola para otras proporciones buenas; convéncete también de que Marta es lo que presumes, lo que yo mismo creo; y, en fin: estudia si su carácter y sus gustos son compatibles con los tuyos, porque te advierto que en la diferencia o incompatibilidad de caracteres han nacido

muchas catástrofes matrimoniales. Y si después de todo esto te parece Marta de Arbayún digna y adecuada para ser tu compañera, debes presentarle una instancia todo lo bien aderezada que un abogado puede hacer, porque condición indispensable es que los dos interesados estén completamente conformes; y si Marta te dice que sí, vienes con el cuento a tu padre, quien por de pronto te dará el parabién con toda su alma; y pocos días después verás a don Pedro Miguel, arrellanado en su gran coche, que adecentaremos lo posible, dirigirse a Zubeldía para solicitar de los señores de Arbayún la mano de su bella y virtuosa hija Marta para su hijo, heredero y perpetuador de su apellido, Antonio de Areta.

—¡Qué bueno es usted, padre!—exclamó conmovido Antonio ante aquellas expresiones de cariño de su padre, y dirigiéndose a él para abrazarle.

—¿Por qué, hijo, por qué?—interrogó don Pedro Miguel sintiéndose compensadísimo con la afectuosa correspondencia de su hijo.—Si todo esto es de cajón, y lo más agradable para un padre.

—Sin embargo—repuso Antonio—no son pocos los casos en que los padres o las madres que solo tienen un hijo o una hija, por un exceso de cariño, y seguramente por el temor de perder o de dividir el amor de su hijo, vacilan mucho para autorizarles a casarse, y les trastornan las bodas, y a veces los dejan solteros. En cambio usted...

—¡Oh!—interrumpió don Pedro Miguel.—Es que eso, que efectivamente hacen algunos padres, entra en la categoría de lo ilícito, y además de lo tonto. Porque un padre o una madre no pueden trastornar o desviar las inclinaciones de su hijo por un egoísmo o por un capricho, exponiéndole muy probablemente a ser desgraciado. Ese es un abuso irracional y, como he dicho, ilícito y de graves responsabilidades, porque muchas veces tiene como inmediata y mínima consecuencia el sacrificio y la desdicha de su propio hijo; y a esto no tienen derecho los padres, pues entre las obligaciones más estrechas de los padres cuento yo la de poner a sus hijos en los cauces más indicados y naturales para que toda su vida se desenvuelva normalmente. Los padres tienen el derecho y el deber de prevenir para sus hijos la solución de los problemas fundamentales de la vida, y aconsejarles y ayudarles para que los resuelvan bien; pero oponerse, de frente o de soslayo—pues hay muchas maneras de oponerse—por egoísmo de intereses o de mal entendido amor, a que un hijo se case dignamente, ¡eso, no pueden hacer los padres!

—¡Completa, absolutamente de acuerdo!—exclamó Antonio.

—Por lo demás—prosiguió don Pedro Miguel—eso es del género tonto, porque con tales procedimientos los padres consiguen lo contrario de lo que se proponen: no se gana el cariño de los

hijos violentándolos en cosas que tanto conmueven y apasionan el corazón, ni contrariándolos en una aspiración tan legítima y tan noblemente humana como la de crear un hogar y una familia. Si yo me opusiera hoy a que tu te cases con Marta de Arbayún porque es menos rica que tú, y mañana a que te cases con otra porque no es de tu clase, y pasado mañana y al siguiente, te fuera descartando con fútiles pretextos todas las novias que a tí te parecieran bien, ¿qué sucedería? Pues sucedería, o que tú te casarías a la tremenda y contra mi voluntad, quedando los dos desairadísimos, o que llegarías a los cuarenta o los cincuenta años sin casarte, y sin poder ya hacer una boda regular; y me mirarías como a un enemigo de tu felicidad, y quizá llegarías a aborrecerme, o cuando menos no aumentarías tu cariño hacia mí porque en realidad mi conducta no merecería un aumento de tu cariño. Por el contrario, si yo te ayudo con todo amor y con todo celo a que busques la dicha en tu unión con Marta de Arbayún, si este es al cabo el deseo de tu corazón; y pongo de mi parte potencias e intereses para contribuir a la felicidad de todos, estoy seguro de que tu cariño se afirmará en lugar de vacilar, y se transmitirá vehemente a tu esposa, y lo infundiréis en vuestros hijos; y os alarmaréis cuando yo enferme, y lloraréis con profunda amargura e intenso amor cuando yo muera, porque nunca habré sido un estorbo ni una contradicción para la formación,

la tranquilidad y las ternuras de una familia bien constituida; e iréis todos a mi tumba a depositar el homenaje de vuestro afecto y el espléndido obsequio de vuestras oraciones, comentando y ensalzando a porfía mi bondad y mi cariño y repitiendo mil veces vosotros y vuestros hijos: «¡el abuelo era muy bueno!». Y todo esto, aparte el cumplimiento de mi deber y de la satisfacción de la conciencia, que es lo primero, ¿no es también el ideal supremo o máximo de los padres?

—¡Oh!, sí, padre, así es—exclamó con vehemencia Antonio:—yo lo siento en mí: yo me doy cuenta de que el cariño que le tengo a usted—tan grande que creo que por ninguna causa se debilitaría—al ver cuanto usted hace y cuanto está dispuesto a hacer por mi dicha, se eleva y hasta se transforma: yo besaría donde usted pisa con la viva efusión y la profunda veneración con que besamos las huellas de un santo.

—¿Lo ves, hijo mío?—estalló gozosísimo don Pedro Miguel, para quien las efusiones de cariño de su hijo eran puras mieles.—Ya empiezo yo a ganar en este negocio. ¡Mira si soy gran negociante!

—En los negocios del corazón, insuperable y avasallador.

—Gracias, querido Antonio. Pero volviendo a nuestra conversación repetiré que lo más cuerdo a mi juicio es que no te precipites para dar un paso de esos que no permiten el retroceso. Proce-

damos con calma para que el tiempo y tu trato con Marta te digan con toda seguridad tus sentimientos y te den la indudable de que Marta es tal como hoy la juzgamos; y si todo ello se confirma, con el cuento a tu padre; y tu padre se pondrá a escape en plan de embajador.

Transcurrieron algunos meses, durante los cuales cambiaron varias visitas las dos familias y menudearon las excursiones de Antonio a Zubeldía; y como Antonio se sentía cada vez más enamorado, se decidió a presentar su instancia, como decía alegremente don Pedro Miguel.

Marta estaba tan enamorada de Antonio como Antonio de Marta; y aunque por las frecuentes visitas de Antonio a la casa de Arbayún y por las delicadas atenciones de que la hacía objeto, suponía los sentimientos del joven, al verlos confirmados por una formal declaración sintió una satisfacción inmensa y correspondió feliz y agradecida: feliz porque esa era la aspiración de su corazón; y agradecida porque no ignoraba que Antonio era mucho más rico que ella, y que por diferentes razones era una de las mejores proporciones del país.

Algún tiempo después se celebró la boda de Antonio de Areta con Marta de Arbayún, la cual, como es de suponer, fué boda de rumbo. Tanto la familia de Arbayún como la de Areta pusieron empeño en que aquella boda fuera de las que se recuerdan y comentan durante años por lo esplén-

didias, y no pusieron límite en lo de convidar y gastar.

Y con esa boda se constituyó la familia de Ezpelegui que queríamos y necesitábamos conocer, por la parte importante que tomó en los sucesos de esta narración; familia reducida a la sazón a don Antonio, doña Marta y sus dos hijos, pues don Pedro Miguel había muerto hacía varios años.

Algunos años después de morir don Pedro Miguel, y cuando los hijos del matrimonio Areta-Arbayún iban creciendo, la familia decidió pasar algunas temporadas en Pamplona, no tanto por distraerse de los penosos recuerdos de los últimos años, ni tanto para dar variedad a la vida, como para seguir de cerca la educación de los hijos. Pasaban generalmente el verano y el otoño en Ezpelegui, y el resto del año en la capital.

* * *

Con la familia vivía permanentemente, figurando con importante papel, la ya respetable Juana, la nodriza de don Antonio de Areta, respecto de la cual no estará de más dar aquí algunas noticias.

Entre don Antonio y Juana había existido siempre un cariño y una confianza verdaderamente familiares, como ocurre en muchos casos entre las

nodrizas y los niños que éstas crían. La inclinación de don Antonio a Juana desde su niñez, y el afecto de Juana a su *Tonucho*, lo retrataba bien don Antonio cuando refería los recuerdos de su infancia:

«Siempre que podía—refería don Antonio—iba yo de niño a casa de Juana, a casa de *mi madre*, que era para mí una especie de palacio encantado donde me encontraba completamente a placer. Todo me parecía allí mejor que en mi casa: mejor el pan moreno de ocho o diez días amasado por Juana, que el fino y hasta almibarado que mis padres hacían comprar en la panadería; más sabrosas las patatas sin pelar que extraía de la caldera destinada a los cerdos, que el puré bien condimentado en mi casa; y mejores, en fin, las manzanas y ciruelas verdes de la huerta de *mi madre*, que las más selectas y sazonadas frutas que presentaran en la plaza.» «Allí estaba yo el día de coger las guindas, las ciruelas y las alubias, y el día de la vendimia, y el día señalado de matar el cerdo; allí estaba yo todos los domingos para llevar el burro a beber en el río o en la fuente; y allí estaba yo los días de parva metiéndome en todos los trillos y estorbando a todo el mundo.»

Tanto quería Juana a su hijo de leche, que, aunque tenía un hijo, al cual ayudaba cuanto podía, que no era poco, no vivía con él, sino en casa de don Antonio. Bien es verdad que el hijo de Juana estaba casado, por cuya circunstancia personas

meliciosas habían supuesto que Juana no podía soportar a su nuera o que la nuera no podía soportar a Juana, y puede ser que hubiera en el asunto un poco de ambas causas; pero es lo cierto que tenía un cariño entrañable a don Antonio, y que por don Antonio y por su familia y sus cosas se desvivía la buena mujer. Y como don Antonio la comprendía y correspondía con gran afecto, y doña Marta y sus hijos no tenían otros afectos ni más voluntad que los de don Antonio, Juana respiraba allí un ambiente de cariño y bondad hacia su persona, y venía a ser en aquella casa una institución respetada y un personaje con facultades para meterse en todo y con todos, pues don Antonio y doña Marta, queriendo premiar sus servicios y su lealtad a la familia, la habían revestido de autoridad sobre toda la servidumbre, dando órdenes para que cuanto necesitase el personal para el servicio de la casa lo pidiera a Juana.

En realidad no estaba ya esta para hacer gran cosa de provecho porque, como don Antonio le decía cuando quería reirse viéndola apurada, Juana no era más que una ruina de la que solo quedaba viva la lengua, una lengua incansable; pero ella en cambio se creía el alma de la casa, la cabeza directora de los negocios domésticos, y en todo intervenía, y a todos mandaba, y a todos renegaba: a todos renegaba menos a don Antonio, porque don Antonio no tenía *pero* a juicio de Juana. Para esta, don Antonio era siempre im-

pecable e irrepreensible; y, por otra parte, como era el amo de todo y de todos, podía hacer y deshacer lo que le diera la gana.

Pero fuera de don Antonio ella se atrevía con todos los de la casa: a veces, y aunque en la forma más respetuosa, hasta replicaba a la misma doña Marta.

Después de recibir, examinar concienzudamente y atender las peticiones del personal a sus órdenes, Juana iba a ocuparse de lo suyo, como ella decía; que consistía en reventarse de cansancio yendo y viniendo, subiendo y bajando, y parándose de vez en cuando a revolver algo de lo que encontraba en su camino. Cuando se le ocurría inventariar la ropa blanca que había en aquel ropero antiguo, incrustado en la pared, de tres metros de alto y seis de ancho—cosa que se le ocurría con bastante frecuencia, porque le daba gozo ver y manosear aquella riqueza de lienzos caseros y de la tienda que en el enorme mueble se guardaban—se daba unas palizas horrorosas que la dejaban baldada para una semana. Frente al ropero se ponía Juana, alargándose y encogiéndose desde el suelo o sobre una silla, con inminente peligro de perder el equilibrio y de romperse algo importante; y allí braceaba y forcejeaba para sacar, contemplar satisfecha y contar piezas, hasta que quedaba completamente rendida.

Cada vez que doña Marta la veía así, no podía menos de decirle entre incomodada y risue-

ña:—«Pero ¿para qué te tomas ese trabajo tan inútil, puesto que hace un mes lo hiciste también?»—«¡Ah!, señorita—respondía Juana—ya sabe usted el refrán: «hacienda, tu amo te vea».

Otra de las tareas verdaderamente laboriosas a que se entregaba Juana con el mayor afán era la preparación de postres para el invierno. Todas las manzanas propias para conservarse, todas las peras de «graciola negra» y todas las uvas, le parecían pocas para asegurar el postre a la familia durante su estancia en la capital. Además acopiaba gran cantidad de mostillo en pucheros y ollas, y hasta en alguna tinaja. Y como ella hacía todos estos preparativos con el posible sigilo, para dar una grata sorpresa a la familia, el día en que habían de salir con dirección a Pamplona sacaba Juana de sus escondrijos una de canastos, cestas, ollas y pucheros de todos los tamaños y formas, que daba miedo. Tanto que doña Marta se solía incomodar, porque constituían las provisiones de Juana una impedimenta que complicaba bastante el viaje.

—Pero ¿a dónde vamos con semejante cargamento?—exclamaba enfadada doña Marta.

—Deje usted, doña Marta—respondía Juana satisfechísima de su obra,—que todo nos vendrá bien en Pamplona. ¡Buenas pesetas nos vamos a ahorrar con esto, porque ya sabe Vd que las frutas van allí tan caras que es un cargo de conciencia comprarlas.

A don Antonio le hacían gracia estas cosas de Juana; y cuando la veía sacar y amontonar cestas y pucheros, se reía a carcajadas:—«Mira, Juana—le decía,—tú tienes mucha voluntad, pero poco talento, porque me debías haber dicho lo que tenías preparado, para que yo hubiera encargado una de esas casas con ruedas en que viajan algunas familias de cómicos, y todo hubiera cabido allí, y, tú hubieras podido ir dentro cuidándolo bien; pero así, presentado todo esto de sopetón, nos creas un verdadero conflicto».

Y como para Juana lo esencial era que a don Antonio le hiciera gracia, ella se quedaba encantada de su labor y dispuesta a repetirla un año y otro mientras las piernas, ya débiles e inseguras, le permitieran remar.

No iba, ciertamente, muy a gusto Juana a la capital. No era aquel su centro ni su ambiente, ni el campo adecuado para desenvolver sus iniciativas de ministro de hacienda: ni podía arbitrar a su gusto, ni podía fiscalizar, ni siquiera podía ejercer plenamente su autoridad; todo lo cual le producía bastantes desazones.

En primer lugar no tenía a su disposición en Pamplona huertas, ni viñas, ni graneros, ni bodega, ni palomar, ni gallinero, de donde ella sacaba en Ezpelegui casi todo lo que a diario se necesitaba en casa, sin que fuera preciso comprar más que algunas cosillas insignificantes que no

costaban cuatro reales. Todos sus dominios y todos sus recursos en Pamplona se reducían a un pisito que se recorría en dos minutos, y del cual no se podía sacar absolutamente nada para llenar el puchero: había que comprarlo todo, ¡y a peso de oro! La buena Juana se aburría por falta de quehacer, y se desesperaba al considerar que para comer medianamente en la capital era preciso soltar a chorros el dinero.

En segundo lugar, toda su servidumbre, aquella servidumbre tan numerosa y variada en Ezpelegui, estaba reducida en Pamplona a un par de criadas; de manera que por esta razón y por otras, Juana no tenía allí a quién mandar, ni a quién renegar.

¡Renegar! ¡Bonitas estaban las muchachas para sufrir reniegos en la capital! En la capital cambiaban las muchachas de manera de ser: allí se le insubordinaban, se le subían a Juana a las barbas. Por ejemplo: en Ezpelegui no se les ocurría nunca pedir permiso en días de labor para salir un rato a pasear o a la calle, y si se les hubiera ocurrido tal disparate, Juana se lo hubiera negado y ellas se hubieran conformado sin chistar; y el día de fiesta las dejaba en libertad un rato, después de las vísperas, hasta las seis de la tarde, ¡y nada más! Pero en Pamplona se les antojaba dar una vuelta por la calle todos los días, y si Juana se negaba más o menos explícitamente, y como es consiguiente de mal humor,

a darles permiso, a la vuelta de cabeza se le escabullían una primero y otra después, y hacían su voluntad. Y los días de fiesta, quieras que no, se le escapaban enseguida de comer y no se les veía el pelo hasta la hora justa de poner la cena... aprieta y corriendo. Con todo lo cual sufrían atrozmente la autoridad de Juana y su vulnerable paciencia.

Otra causa de desazones para Juana en la capital era la dificultad de saber lo que costaba cada cosa. En Ezpelegui—donde no había más carnicería que la municipal, en la cual, de cada res, no se sacaba más que una sola clase de carne y se vendía a un solo precio; una sola plaza-mercado, donde todos los melocotones de un árbol constituían una misma clase y tenían igual precio; un par de panaderías en que no hacían panes ordinarios y panes finos; y de todos los artículos uno o más puestos, o una o más tiendas en que sin selecciones ni complicaciones se sabía a la primera y con seguridad el precio de cada cosa;—en Ezpelegui todo lo sabía Juana, y podía darse cuenta enseguida de si en las compras le sisaban una perra o un perro. Pero en la capital—donde había docenas de carnicerías que de cada res sacaban siete u ocho clases de carne, cada una con su correspondiente precio; donde los melocotones de un árbol se dividían en otras siete clases, con siete precios distintos; donde el pan se clasificaba en fino, refino, superfino, extrafino, francés, austria-

co, moro y más o menos turco, cada uno con precio diferente; donde hasta los huevos de una misma gallina aparecían de diversas clases y diversos precios; y donde, en fin, los expendedores de todos los artículos ofrecían una gran variedad de clases y de precios, bien fuera para servir mejor a los consumidores o bien para sacarles mejor los cuartos,—el caso es que Juana estaba en la capital siempre desorientada, desconcertada completamente, sin poder averiguar nunca si las muchachas le sisaban o nó. Y esto le dolía en el alma, porque Juana era una de esas personas que se interesan más por las cosas de las gentes a quienes quieren, que por las suyas propias, y a las cuales hay que disculpar de toda rareza, si alguna tienen, porque hasta las rarezas obedecen en tales personas a una causa noble y plausible: la lealtad y el cariño.

Y como con lo dicho tenemos todos los datos que por ahora necesitamos saber acerca de Ezpelegui, de la familia Areta-Arbayún y de Juana, pasaremos adelante, dando entrada en escena a un personaje que quizá en la sociedad pasaría por ínfimo, y que sin embargo es figura importante, según esta novela.

¡Así es la sociedad, o así es la novela! Y vaya usted a preguntar cuál tiene razón.

Era un buen día de Pascuas de Navidad, y la familia Areta estaba ya en Pamplona pasando la temporada de invierno.

Don Antonio de Areta, su esposa doña Marta y su hijo Fermín, después de despachar con excelente apetito la comida propia de ese día, con el indispensable capón y abundancia de turrone, hablaban entusiasmados de las escenas corrientes de la Noche-buena; mientras Juana, tras de recoger y guardar cuidadosamente los turrone y frutas sobrantes, iba sacando del amplio vajillero el servicio para el café.

Don Antonio había dado una grata sorpresa a su esposa presentándole al final de la comida, como obsequio especial de él y de su hijo, una espléndida tortada de almendras, cuyo adorno consistía en un diminuto pesebre en el fondo del cual aparecía un niño ante el que se veían, en actitud de adoración, reyes, pastores y ángeles.

—¡Qué canario!—decía don Antonio a su mujer,—¿nos habíamos de olvidar Fermín y yo de tu colación cuando teníamos tan presentes las de otras muchas personas?

—¡Vaya un mérito!—replicó doña Marta, mirando cariñosamente al padre y al hijo.—Creo que con eso no habéis hecho más que cumplir una obligación.

—Bien, mujer. Pero tienes que reconocer que no deja de tener mérito el cumplir las obligaciones cuando hay tanta gente que ni quiere enterarse de las tuyas.

—¿Y qué otras cosas buenas habéis hecho el padre y el hijo en estas Navidades?

—Por de pronto—respondió don Antonio —apunto con mención especial el ayuno de nuestro mozo, ayer. Ayunó en toda regla: suprimió el almuerzo y la merienda, y por la noche hizo una colación de cartujo: un cucharón de patatas, cuatro aceitunas contadas y dos nueces. Y sin probar el turrón, a pesar de la chirrinta (1) que tenía de comerlo. Claro que, como dicen en Ezpelegui, «hambre que espera comer no es hambre», privación que ha de ser satisfecha a las pocas horas no es privación; pero, no obstante, reconozco, Fermín, que a tus años y con lo que te gusta el turrón, privarte voluntariamente de comerlo tiene su mérito.

—Sí, hijo mío—asintió doña Marta,—es indudable que eso tiene mérito, pero entiendo que es lo menos que debes hacer en tal día, en obsequio del Niño-Dios.

—Pero sigamos—repuso don Antonio:—el padre y el hijo se pasaron el día repartiendo colaciones, y perras, y pesetas, en fin: que acabaron con los ahorros del año. Calculo que nuestro es-

(1) *Chirrinta*: equivalente a fuerte deseo.

tudiante debió quedar completamente arruinado. Hoy a primera hora, hemos comulgado en la «Misa de gallo», como dos santicos; después hemos acompañado a la dueña de nuestra casa, nuestra amada soberana, en su paseo, un paseo triunfal; y por último, cuando ni siquiera lo soñabas, ha aparecido esa tortada monumental, que es la mejor colación de cuantas hemos repartido. ¿Qué te parece?, ¿cabe negar que somos de lo mejorcito que hay, y que tenemos talento? Que lo diga Juana, que es siempre voto de calidad.

—Sí, señorito, sí—contestó Juana, a quien se le caía la baba oyendo y alabando a don Antonio.—Son ustedes de los hombres más buenos del mundo. Así lo hablamos muchas veces la señorita y yo....

—¡Chitón!—prorrumpió doña Marta en tono de fingido enfado.—Esas cosas no se les cuentan a los hombres. ¡Pues no son ellos poco vanidosos sin necesidad de que nosotras les alhaguemos!

—¡Sí!, es verdad—intervino Fermín mirando sonriente a su padre:—yo también se lo he oído más de una vez.

—Calla tú, chiquillo,—exclamó doña Marta.—Ya te tengo dicho que los chicos no deben hablar sin permiso de los mayores.

—Mira, Fermín—dijo don Antonio dirigiéndose a su hijo en aquel tono festivo y gracioso que le era peculiar.—Lo mejor es que te calles. De todos modos no te han de dar nunca la razón las mu-

jeros. En cambio yo te la he dado siempre... aún algunas veces en que hubiera procedido darte algunos azotes.

—Y así lo puedes echar a perder—replicó doña Marta;—así estás en camino de hacer de un niño dócil y bueno un hombre voluntarioso y rebelde.

—¿Será verdad eso, Fermín?—interrogó don Antonio mirando fija y expresivamente a su hijo.—¿Será verdad que a fuerza de cariño estamos formando en tí un mozo voluntarioso y rebelde, un fiero lobezo, en lugar de formar un Areta y Arbayún en una pieza? ¿Qué dices a eso tú, que eres testigo de mayor excepción?

—Que están ustedes formando un Areta y Arbayún en una pieza—respondió Fermín con todo convencimiento mirando sonriente a su padre.—El tiempo lo demostrará.

—¡Muy bien dicho, mocete mío—comentó entusiasmado don Antonio.—Venga un abrazo en prenda de que cumplirás esa palabra.

El chico se lanzó impetuoso y confiado a los brazos de su padre, quien, después de abrazarlo estrechamente, le dijo:—«Anda, dale otro abrazo a tu madre, que se está muriendo de envidia. Y al mismo tiempo la convencerás de que los hombres no somos vengativos».

Mas tierno y mimoso fué el abrazo que dió Fermín a su madre, la cual, arrullándolo dulcemente,

le decía:—«Si tú eres un ángel, hijo mío. ¡Lástima sería que tu padre te echase a perder!

—Ven aquí, Fermín, a pasear conmigo como un hombrecito, mientras desarrolla Juana su plan para el café—dijo don Antonio llamando a su hijo; —y me explicarás qué idea tienes de lo que significa ser un Areta y Arbayún en una pieza, como acabas de decir.

—Pues ser un Areta y Arbayún—contes'ó Fermín con esa lentitud y esa expresión que indican que se están buscando palabras para explicar un pensamiento—significa ser un caballero cristiano como, según me decía el abuelo Francisco, era mi abuelo Pedro Miguel.

—¡Canario! Con que ¿eso te decía el abuelo Francisco? Pues te decía una verdad, porque tu abuelo Pedro Miguel era un caballero cristiano muy completo; pero te ocultaba otra verdad: te ocultaba que él lo era de cuerpo entero, de los que podían figurar en primera línea. Sin duda que entre tus progenitores tienes buenos ejemplares a quiénes imitar y, por consiguiente, tu respuesta indica que tienes el verdadero concepto o que conoces el significado exacto de tus apellidos. Mas quiero que desmenuces, que expliques en detalles qué es lo que entiendes por caballero cristiano. Anda, explícamelo a tu manera, que yo te entenderé.

Puesto de improviso en ese brete por su padre, Fermín se quedó un rato pensativo para en-

contrar la manera de concretar sus pensamientos, y al cabo dijo:—«Ser un caballero cristiano, es ser un hombre que ama y cumple la Ley de Dios».

—Muy bien—asintió su padre.

—Y que no falta a las reglas del honor y de la justicia ni con los suyos ni con los extraños.

—Perfectísimamente—confirmó gozoso don Antonio.

—Y que procura tener y cultivar las virtudes propias del hombre, particularmente las del amor y el respeto al prójimo.

—¡Estupendo, chico, estupendo! Que diga ahora tu madre que te estoy echando a perder. ¡Bien, Fermín!—agregó en un tono entre conmovido y grave, pero rebosante de ternura:—conoces, indudablemente, tus deberes; y si los cumples, Dios te lo premiará, y si no los cumples, Dios te lo demandará.

—Me lo premiará, padre, me lo premiará—afirmó Fermín en tono alegre y de profunda convicción.

—¿Te sientes completamente seguro?

—Al menos me propongo no faltar a ellos a sabiendas.

—¿Faltar a sabiendas? Pues yo te aseguro que en ese caso no faltarás nunca a tus deberes, porque no hay nadie que al faltar a sus deberes ignore que falta a ellos. Siempre que se falta es a sabiendas. Mira, hijo: tu llevas aquí—prosiguió poniéndole la mano sobre la despejada frente,—

como llevo yo y lleva dentro de sí toda criatura humana, una potencia o una entidad que se llama conciencia, y que es un reflejo fiel del juicio de Dios. Esa conciencia es un juez que preside cuanto pensamos y cuanto nos proponemos, y lúcida, leal e inflexible nos aclara y nos dice con toda oportunidad, antes de realizar nuestros actos: esto es bueno, esto es malo, esto otro es por lo menos dudoso; de manera que el ser humano sabe al realizar un acto si obra bien o si obra mal, porque su juez propio se lo ha analizado ya, se lo ha dicho en juicio concreto, y se lo ha aprobado si el acto es bueno o se lo ha condenado si el acto es malo... Si tú atiendes, querido Fermín, los dictados de tu juez, de tu conciencia, de eso que casi me atrevería a decir que es una pequeña porción de la luz y del juicio divinos, que el Creador ha puesto en cada criatura humana para que la alumbre y la guíe, no faltarás nunca a tus deberes: no empañarás el título preclaro de caballero cristiano a que aspiras.

—Pues no pudiendo faltar por ignorancia, no faltaré nunca a mis deberes—afirmó Fermín con todo el aplomo con que afirma un muchacho de quince años cuando quiere que le crean.—¡Ojalá viviéramos todos cien años para que vieran ustedes si Fermín de Areta y de Arbayún cumple de mayor la palabra que dá ahora.

—¿Cien años?—exclamó don Antonio.—Un poco largo lo enfilas, y me temo que dentro de cien

años no quedarán para dar testimonio de tu proceder, en esta casa o en la de Ezpelegui, más que tus nietos, que ya peinarán tantas canas como ahora tu padre. Pero no obstante, nos contentan tanto tu buen deseo y tus solemnes declaraciones de esta tarde, que vas a tener que repartir una ronda completa de abrazos, sin exceptuar a Juana, la cual te está escuchando con la boca abierta. Ni siquiera se acuerda de que aún no hemos tomado el café. ¡Mírala!

—¡Y no es para menos!—replicó Juana con la mayor naturalidad.—Hace cuatro días que era un crío ⁽¹⁾, que para ir de un cuarto a otro tenía que chilingarse ⁽²⁾ de mis sayas, porque no sabía andar, y ya sabe más que todos los sabios de la *gracia*, como dice don Antonio.

—¡No! Yo habré dicho los sabios de Grecia, si es que lo he dicho, que no recuerdo, pues la verdad es que no apunto esas cosas en mis Memorias—protestó don Antonio riéndose a carcajadas, que coreaban con las suyas doña Marta y Fermín.—Y mira, Juana; te aconsejo una vez más, y con esta pasan de mil, que no te metas a hacer dibujos en tus conversaciones, porque no

(1) *Crío*: niño o niña. Se usa para referirse a ambos sexos.

(2) *Chilingarse*: colgarse. Chilingar es una voz o verbo que se usa corrientemente en algunos pueblos de Navarra en sustitución del verbo *colgar*, en algunos tiempos de este verbo.

te sale ni uno a derechas. Y además me desacreditas atribuyéndome cada garrafal que tumba a un gigante.

En tales expansiones de afectuosa intimidad estaba la familia de Areta cuando oyeron que llamaban a la puerta del piso.

—Vete a ver quién llama—dijo doña Marta a Juana.

—¿Quién ha de ser?—replicó Juana empezando a ponerse de mal humor.—Alguno que vendrá a decirnos que no ha comido o a contarnos alguna miseria, para que los señoritos le den comida y dinero. Pero yo me encargo de decirle que ya están abusando de la bondad de los señoritos y de hacerle correr escaleras abajo más que a escape.

—Eso no, Juana—repuso doña Marta en tono cariñoso y persuasivo.—Nunca, pero mucho menos en un día tan señalado y de tan grata solemnidad como el de hoy, se debe negar una limosna. ¿No sería una crueldad permitir que un prójimo o una familia pase hambre cuando en nuestra mesa han quedado manjares de sobra? Vete, pues, a abrir, y dinos quién llama y qué quiere.

Convencida a medias, pero al cabo siempre sumisa, fué Juana a abrir la puerta.

No había acabado de descolgar el pestillo, cuando una muchacha como de veinte años, vestida modestísimamente, pero con gran limpieza e irreprochable honestidad, y con una mantillita que casi le tapaba la cara, se abalanzó sobre ella, le cogió

la cabeza con ambas manos y empezó a besarla ruidosamente mientras decía con infantil alegría: —«¡La señora Juana! Qué jaque y qué salada se conserva. Está usted más joven y cien mil veces más guapa que en Ezpelegui.

Y sin dejar tiempo a Juana para darse cuenta de nada, la recién llegada, viendo a los señores de la casa en el comedor, situado al fondo del pasillo, se dirigió corriendo hacia ellos exclamando regocijadamente: —«¡Huy!, allí están mis señoritos, doña Marta, don Antonio y el señorito Fermín. ¡Qué guapos están ustedes, gracias a Dios, y qué deseos tenía de verles!»

Los Sres de Areta se quedaron tan sorprendidos y perplejos como Juana con la llegada de aquella joven modesta y cariñosa que los conocía a todos, pues que les daba sus nombres, y en cuyas manifestaciones se descubría un gran afecto hacia ellos, pero a la cual no conocían.

Don Antonio, que se reponía pronto, dijo mirando a la joven:

—¡Canario!, la verdad es que a pesar de que nos conoce usted tan bien y nos demuestra tanto aprecio, así, de pronto, no recuerdo....

—¿Que no me conoce usted, don Antonio?— replicó la joven echándose atrás la mantilla hasta descubrir casi totalmente la cabeza, y poniéndose cerca de don Antonio.—Míreme usted bien.

—¡Diablo!—prorrumpió don Antonio riéndose gozosamente.—¿Quién había de suponerse, de gol-

pe y porrazo, que una real moza como tú, y tan tapada con esa mantilla, es aquel mismo arrapiezo....

—¡Toma! ¡Si es Alejandra!—exclamó cariñosamente doña Marta, quién con su penetrante mirada había conocido a la joven en cuanto descubrió su rostro.—¡Ven, ingrata, pícara, que te abraze y te bese a mi gusto para que te acuerdes más de nosotros! Vaya si me he acordado muchas veces de la *brujilla*, como te llamaba Juana en Ezpelegui, sin conseguir verte en tanto tiempo....

A todo esto, la vieja Juana estaba sin saber qué le pasaba. Al sentir su cara estrujada por las manos de la visitante y besuqueada a más no poder, se sintió como sobrecogida; pero luego este sentimiento de miedo fué substituído por otro de indignación que la impulsó a ir al comedor tras de la desconocida, dispuesta a castigar aquellos descaros y hasta a echarla a la calle a escobazos. ¡Pues no faltaba más! Manosearle la cara sin consideración, besuqueársela hasta cansarse sin más aquí ni más allá, tirarla a un lado a empujones como si ella fuera un trasto inútil, y echar pasillo adelante sin contar previamente con su venia! Una porción de atrevimientos que no podían quedar así. En los cincuenta años que llevaba en la casa no se había propasado nadie a semejantes excesos....

Cuando con esas hostiles disposiciones llegó Juana al comedor y percibió a medias la escena

que tenía lugar entre sus señores y la joven, se quedó en una pieza, dudando de si soñaba o estaba despierta; porque ella no había visto en la vida a aquella muchacha, y se extrañaba de que sus amos la conocieran, pues precisamente su principal presunción consistía en conocer a todos los amigos y relacionados de la casa, pretéritos y presentes.

Mas al oír que su señora decía acariciando a la joven que era «la brujilla, como la llamaba Juana en Ezpelegui», a la bondadosa mujer le dió un vuelco el corazón, se revolvió en su memoria un recuerdo, y deponiendo su fiera actitud se acercó al grupo formado por doña Marta y la joven preguntando con vivo interés:

—¿Qué? ¿Quién es esta? ¿Esta es mi brujilla? ¡Toma!, si es ella! Y qué preciosa y resalada está! Ven, que me cobre yo también el sofocón que me has hecho pasar, que no ha sido así como quiera.

Y la excelente anciana, completamente emocionada, abrazó a la joven con tanta ternura como si hubiera sido nieta suya.

Ante aquellas expresiones de cariño, la pobre joven estaba tan conmovida que a pesar de sus esfuerzos para no romper a llorar, no pudo impedir que rodaran por sus rosadas mejillas dos gruesas lágrimas.

—Vamos, tontuela—díjole doña Marta al notar lo.—Deja de poner esa cara compungida porque

te hace muy fea, y siéntate para que Juana te ponga un poco de turrón y otro de tortada antes de que sirvan el café, que también tomarás con nosotros. Porque supongo que esta tarde la pasarás toda con nosotros, para que charlemos de largo.

—Si usted lo dispone así, comeré un poco de turrón, muy poco, porque he comido bien en casa; y tomaré café, pero lo haré en la cocina, con la señora Juana, mientras ustedes lo toman aquí. Y luego vendré a charlar cuanto ustedes gusten.

—Lo tomarás aquí con nosotros—insistió doña Marta queriendo dar a su tono cierto deje imperioso.—Aquí mando yo, y dispongo que comas un poco de tortada y otro de turrón, y que tomes café en esta misma mesa, con nosotros. ¡Ea!, Juana, saca esos dulces por de pronto, y luego vete a dar tus órdenes para que traigan el café. Te advierto, Alejandra, que esa tortada tiene un mérito particular: es la colación con que me han obsequiado los dos amos de mi casa: el amo viejo y el amo joven.

—¡Eh! Cuidado con eso de viejo—protestó don Antonio en su tono habitual,—porque aquí no hay ningún viejo. En buena lógica, y aunque otra cosa digan las canas y los certificados de la Vicaría, nadie tiene más edad que la que representa su buen humor, que es el termómetro de la juventud del corazón; y desde este punto de vista

yo soy un muchacho. Mas vamos a lo interesante, que es la tortada y los turrone: yo mismo te voy a servir, Alejandra.

—Ya le serviré yo—dijo Fermin apoderándose de un cuchillo y un plato,—porque conozco bien cuáles son los mejores turrone.

—¡Vamos! Si este mocete mío es un estuche—exclamó don Antonio.—¡A que también va a resultar tan cumplido como su padre...!

* * *

Dejaremos por ahora tomando café tranquilamente a la familia de Areta en unión de Juana y de la joven a quien llamaban Alejandra—a la cual distinguían con una confianza y un cariño poco menos que familiares—para dar noticias completas de esta joven. El lector necesita esas noticias porque dicha joven es el personaje principal en esta novela: es «la Expósita», cuya condición da nombre a la novela y cuya vida constituye la narración.

Al efecto necesitamos retroceder veinte años: los mismos que tenía la expósita cuando la vemos aparecer en la casa que los señores de Areta ocupaban en Pamplona, según se describe en el capítulo anterior.

Veinte años antes del día en que vemos a la expósita ir a visitar a la familia de Areta, al amanecer de una espléndida mañana del mes de Mayo,

el tren del Norte se deslizaba lento y majestuoso por una pendiente suave.

Eran tiempos en que los maquinistas de los trenes tenían que ir muy sobre aviso, porque manos criminales intentaban con lamentable frecuencia hacer fechorías: levantando los rieles en unos sitios, poniendo explosivos en otros, o quitando en otros traviesas de la base, siempre con la idea de producir descarrilamientos y trastornos.

Velando por los intereses que le estaban confiados, y especialmente por la vida de los viajeros, el maquinista de ese tren procuraba ir siempre dominando su convoy, y miraba atentamente a la vía por si en ella aparecía algo sospechoso.

Al doblar una curva, el maquinista percibió a alguna distancia un envoltorio de regulares dimensiones sobre uno de los rieles, cruzándolo de manera que sobresalían a ambos lados dos trozos iguales. Dió el maquinista la señal pidiendo frenos, los cuales jugaron inmediatamente, y pudo ser parado el tren, a pesar de la pendiente, antes de llegar al punto en que se hallaba cruzando la vía el envoltorio.

Saltaron a la vía los empleados, se aproximaron con precauciones al envoltorio, y... ¡cual no sería su sorpresa al ver que era una niña recién nacida, cubierta con unos trapos, que alguna persona había colocado en aquel sitio, para que fuera mejor vista, o para que fuera destrozada por el tren...!

La infeliz criatura estaba aterida de frío, mo-

jada, sofocada por las ligaduras, pero estaba viva, que era lo importante.

Pronto se enteraron del singular hallazgo los viajeros, que se habían asomado asustados a las ventanillas al oír las alarmantes llamadas del maquinista y ver que el tren detenía su marcha; y un coro de voces se elevó en expresiones de compasión hacia la pobre niña, y de reprobación hacia los que sin piedad la habían abandonado en un sitio en que pudo ser deshecha horriblemente.

Iba en el tren una humilde y bonísima mujer llamada Francisca, esposa de un modesto y honrado labrador del pueblo de Otearán, la cual llevaba un niño de pecho, hijo suyo. Además de ser madre, Francisca tenía un corazón compasivo, e inmediatamente se interesó por aquella niña abandonada. Saltó a la vía y suplicó que le dieran la niña para arreglarla y cuidarla hasta llegar a la capital más próxima, que era Pampiona, en cuyo punto las autoridades ordenarían su ingreso en la Inclusa.

Francisca tomó la niña con una ternura sin igual, y en un momento la despojó de los trapos que la envolvían, sucios y humedecidos; la limpió de arriba a abajo, la golpeó y friccionó suavemente para hacerla reaccionar; le puso pañales limpios de los que llevaba de reserva para su hijo; la fajó y, en fin, la puso nueva. Enseguida la dió el pecho, que la criaturita tomó con gran avidez, quedándose luego profundamente dormida.

Entre cuidados y mimos de Francisca y el interés de los demás pasajeros llegó la niña a la estación de Pamplona, en cuya ciudad ingresaría en la Inclusa.

No entraba en el itinerario de Francisca descender del tren en la estación de Pamplona, y el hacerlo le complicaba un poco el viaje; pero la compasiva mujer se decidió pronto a bajar en dicha estación con el único fin de llevar en sus brazos hasta la inclusa a la pobre criatura, que había despertado en su corazón un sentimiento intenso de compasión y de cariño.

Cuando Francisca llegó a su casa contó a Manuel, su marido, el extraordinario suceso con todo género de detalles: la alarma que cundió entre los viajeros al oír los silbidos de la máquina; la sorpresa del hallazgo; cómo estaba la niña de mojada, de fría, de sofocada y hambrienta; cómo ella, Francisca, la había limpiado, vestido y alimentado, dejando a Rufinico, su hijo, a media ración escasa; cómo se había reanimado y hasta reído la niña, y al cabo dormido profundamente; lo guapa que estaba después de lavada y fajada; y, en fin, cómo la había acompañado hasta la inclusa y dejado allí con los pañales de su hijico. Le había dejado los mejores, para recuerdo.

Manuel, que era un hombre de corazón tan sencillo y afectuoso como el de su mujer, escuchó el relato conmovido; y cuando su mujer terminó de contar, Manuel, dejando asomar las lágrimas, com-

pendió su compasión y su interés exclamando con toda su alma:—«¡Pobre mocetica!».

—Te digo—repuso su mujer—que me ha dado un sentimiento grandísimo el dejarla, y que de buena gana me la hubiera traído.

—Pues por mí—replicó Manuel—ya podías haberla traído, que de veras me hubiera alegrado. Y total, qué: nuestro mocé (1) está casi criado; y ayudando con la leche de la cabra me parece que tú podrías criar a los dos. Y después, con echar una patata más al puchero, ya estábamos arreglados. ¿No te parece así?

—Así es; y que podríamos hacer ese bien a la chica sin perjuicio por nuestra parte.

—¿Y te parece que aún podríamos...?

—Eso estoy pensando: que creo que aún estaremos a tiempo. A una cría tan pequeña no la recoge cualquiera, y me figuro que todavía estará en la inclusa. Si quieres podemos hablar con el señor Vicario; y como nos conoce y es tan bueno, quizá nos hará las diligencias para que nos den la chica.

—Bueno—asintió contento Manuel. — Mañana mismo hablaremos con el señor Vicario de este asunto.

En efecto: al día siguiente, luego de volver Manuel del campo, marido y mujer se vistieron con

(1) *Mocé*: Se usa bastante en algunos pueblos navarros, para referirse a niños y a mocetes y mozalvetes.

las ropicas del día de fiesta, pusieron a Rufinico los pañales de más lujo que había en casa, y fueron a la casa parroquial para contar al Párroco lo que había ocurrido y expresarle su deseo de recoger a la niña y tenerla por hija.

El señor Párroco, después de elogiar entusiasmado el rasgo de caridad de aquellas gentes tan buenas como humildes, les previno de las obligaciones y responsabilidades que contraerían al adoptar a la niña: habían de alimentarla suficientemente; vestirla con decencia; instruirla y enseñarla todos los trabajos propios de una mujer; educarla en los sólidos principios de la Religión y de la más severa moral; corregir con dulzura y cariño, pero con toda eficacia, cualquiera mala inclinación que andando el tiempo se manifestara en la niña, así como evitar que frecuentara malas compañías, lugares, actos y lecturas peligrosas; no darla nunca mal trato, ni trabajo inadecuado o excesivo, ni malos ejemplos; dejarla en libertad plena para elegir estado cuando fuera oportuno; cuidar, en fin, de ella con todo el amor y todo el celo con que cuidan de sus hijos los padres más escrupulosos en el cumplimiento de sus deberes.

Todo lo prometieron Manuel y Francisca: cuidarían a la chica más que si fuera hija propia. ¡Ya lo creo!

En vista de ello, al día siguiente se iniciaron las gestiones para llevar la niña a casa de Manuel.

Y al cabo de algún tiempo fué entregada al ex-

celente matrimonio, de cuya modesta casa *tomó posesión* Alejandrita—que tal nombre le habían puesto—en medio de la alegría más sincera de todos sus moradores.

* * *

En casa de Manuel, los primeros años de la pequeña expósita se deslizaron tan felices como humanamente es posible. Eran Manuel y su mujer trabajadores y juiciosos, por lo que, si no lujos, había siempre en casa para comer bastante bien y para vestir con decoro. Y como gozaban de excelente salud y tenían la paz y el mutuo cariño que hace atractivo el hogar y grata la vida, y que es el premio de los buenos, la más franca y sana alegría reinaba constantemente en aquella casa.

Invariablemente, después de la misa de alba—a la cual iba todas las mañanas para ofrecer al Creador sus trabajos del día y pedirle fervoroso y confiado que los bendijera—Manuel aparejaba su borrico, colocaba en los ganchos o echaba en los ojos del esportizo las herramientas de labor y la alforja, y se dirigía sin perder momento al campo, a la viña o a la huerta para luchar de sol a sol con los terrones y arrancarles a fuerza de darles vueltas, de cortes, de golpes, de caricias y de gotas preciosas de sudor «el pan nuestro de cada día». Iba contento, y contento trabajaba en su dura labor, dando gracias a Dios de que le

concedía una salud a toda prueba que le permitía conquistar honrada y heroicamente el pan para su virtuosa y amante compañera, para aquel hijo a quien quería más que a sí mismo, y para aquella «mocetica» de la inclusa, a la cual amaba tanto como a su hijo Rufino. ¡Vaya si la quería!

En los días de buena temperatura, Francisca, que como esposa modelo vivía pendiente de los deseos de Manuel, sabiendo cuanto disfrutaba éste teniendo los chicos cerca, y lo que gozaban también los chicos comiendo con el padre, un rato antes del medio día ponía la frugal comida en un canastillo, agarraba a los dos pequeños, y como podían iban todos al campo, a la huerta o a la viña, donde estuviera Manuel, para comer todos juntos entre cepas, espigas, árboles o terrones. Naturalmente, no le dejaban los chicos a Manuel comer tranquilo, porque, gateando a lo largo de sus piernas, uno a cada lado; agarrados a su pantalón, a su camisa o al pelo; o queriendo quitarle de la mano y aún de la boca el pedazo de lechuga, el pan y la cuchara, apenas podía Manuel llevar a la boca la comida.

Por lo demás, los chicos no le hacían cosa derecha en las heredades: el uno le sacaba las alubias recién sembradas del hondón en que él las había sepultado; el otro cortaba las flores de las habas o de los tomates; aquí le tiraban unos pámpanos cuajados de muestra; allí le pisoteaban un vivero de plantitas justamente nacidas; más allí

le desparramaban las mieses o las frutas... En fin: que después de amenazarles muchas veces cada día con darles una tunda con el ramal del burro, y con que no irían otro día a comer con él, los mandaba a casa con su madre. Y hasta otro día de buen tiempo, en que aguardaría Manuel a los chicos en el campo con ese afán y ese gozo indefinibles que nacen del cariño verdadero.

Cuando por la noche regresaba Manuel a casa, fatigado por el rudo trabajo, ya le aguardaban los chicos en la entrada de casa «para ayudarle a descargar el burro». Y empeñados en meterse a ayudar al *pae*, por más cuidado que tuviera Manuel, ocurría que en uno de los movimientos o pateos del burro perdía el equilibrio alguno de los chicos, o recibía un *colazo*, o se les llenaban las manos y la cara de rasguños producidos por las ramas o los sarmientos de que el animal venía cargado; de manera que casi siempre acababa la descarga del burro con el consiguiente y amargo lloro de los chicos, y con un verdadero disgusto del bondadoso Manuel. Pero «como si nó»; porque al día siguiente, un par de horas antes de oscurecer ya estaban los chicos en la entrada aguardando al *pae*.

Las cenas de Manuel eran, con pocas o ninguna variante, como las comidas en el campo: para cuando su mujer le servía la *soperilla* de sopa o de patatas, ya tenía los dos chicos agarrados, cada uno a una rodilla, quitándole a viva fuerza los

pedazos del moreno, nutritivo y sabroso pan casero, que Francisca amasaba y cocía con harina del «trigo de casa»; y reclamando a voz en cuello tantas cucharadas como las que él comía. Y al comer la *ración*—palabra con que muchos labradores denominan a las carnes de todas clases—Manuel tenía que proceder con absoluta equidad en el reparto, porque si nó las protestas eran atronadoras.

Algunas veces se incomodaba Francisca:—«Pero hombre—decía a su marido— esa no es traza de cenar, y además te quedas sin cenar de fundamento por darles a los chicos. Mándalos aquí, que ya cenarán conmigo, y tú cena tranquilo».

—Deja, mujer—respondía el buen Manuel—que ellos cenan así más a gusto que el mundo, y a mi me aprovecha la cena más que si comiera un pollo cenando solo.

Manuel no salía de casa después de cenar. Durante algún tiempo después de casarse, tediendo, más que a sus aficiones, a la equivocada idea de compromisos con algunos amigos parranderos, había salido algunas noches a pasar un rato en la taberna; pero atendiendo en parte los consejos suaves y juiciosos de su esposa—que le decía, con razón, que en la taberna surgen muchas veces disputas y cuestiones, y que además daría lugar con sus salidas a la murmuración;—atrayéndole después el hijo que Dios le había dado; y aumentando la atracción la llegada de la niña expósita, acabó por dejar de salir de casa en los días de la-

bor; y a la sazón no se acordaba de la taberna, ni aunque se acordase hubiera ido, porque comprendía que su deber era estar con su familia, y él era de los que cumplen sus deberes en cuanto los comprenden. En casa, pues, jugando con los chicos, se pasaba las cortas veladas que, como la generalidad de los labradores—los cuales quedan al cabo del día rendidos por el trabajo—hacia Manuel; mientras su mujer fregaba y recogía la modesta loza, le preparaba la alforja para el día siguiente y finalmente acostaba a los pequeños.

—Mi chica, *apa*, un besico en la cara al *pae*—decía Manuel levantando a la niña sobre sus piernas.

Como Manuel se afeitaba «de ocho a ocho»—pues a la mayor parte de los labradores no les llegan la paga y el tiempo para afeitarse dos o tres veces a la semana,—y su pelo largo y duro, lleno de tierra, le hacía daño a la pequeña, ésta no quería besarle en la barba sino en la nariz, en la frente o en las orejas, donde quiera menos donde estuvieran aquellos pelos duros y pinchantes que le hacían daño; y como Manuel quería lo contrario, y por más vueltas que la niña daba se encontraba siempre con las lanzas de la barba, acababa la niña por golpear con las dos manos, entre enfadada por lo que le hacían y gozosa por lo que hacía, la cara de Manuel, provocando la risa del matrimonio y de Rufinico, risa que se comunicaba ruidosa a la niña y que le hacía sal-

tar sobre las piernas de Manuel y apretar en su golpina a la pinchante barba.

Al verla tan mona y cariñosa, y contemplar la alegría que aquella criatura producía en su mujer y en su pequeño Rufino—quién no tenía envidia alguna de la niña, sino al contrario la hacía mil caricias y quería erigirse en su protector—alegre también y entusiasmado Manuel solía exclamar:—«¿Y a esta mocetica tan maja querían que hiciera el tren picadillo? ¡Reconcho! ¡Si yo hubiera llegado en el lance, hubiéramos visto quién iba a debajo del tren!

No siempre salía Manuel bien librado en aquellos entretenimientos de tan íntima y encantadora sencillez. Algunas veces, sin que mediara previo y cortés aviso, Manuel se encontraba mojado de arriba a abajo. Si en tales ocasiones se le ocurría decir a la chica: «Cochina moceta», o algo por el estilo, la niña fruncía el «morricon»—como decía Manuel,—arrugaba la frente y rompía a llorar desconsolada, haciéndole coro a continuación Rufinico. Francisca tenía que dejar los pucheros que estuviera fregando, secarse manos y brazos en la mandarra (1) y correr a acallar a los críos a fuerza de hacerles caricias y de simulados reniegos a Manuel.

Cuando los niños tuvieron cinco o seis años, y marchaban ya a la escuela de párvulos, durante

(1) *Mandarra*: de ar tal de arpillera o de un género basto.

las veladas se alternaban los juegos con el examen y las lecciones que les tomaba o les daba Manuel mientras Francisca despachaba sus quehaceres:—«¡A ver! Dí el «Padrenuestro», el «Ave-maría» o la «Saive», y si la sabes te daré dos confites».—«Decidme qué letras son estas—les decía con la cartilla en la mano,—y si las conocéis os daré a cada galletica...»

Porque hay que advertir que como Manuel no iba a la taberna ni era fumador, el pré o paga que su mujer le daba los domingos «para sus vicios», y que nunca pasaba de dos reales, lo iba gastando *cuatrena a cuatrena* y *ochena a ochena*, en modestas golosinas para los chicos, y aún había hecho economías para comprarles una cartilla, y les tenía prometido un libro de cuentos muy bonitos para el día en que supieran leer bien; con lo que sobre tenerlos contentos y mirándole a la boca, les estimulaba mucho para que pusieran atención a las lecciones de las monjitas que instruían a los párvulos.

Y así transcurrían, instructivas y deliciosas, las veladas de aquella casa humilde, hasta que alguno de los niños se dormía o Francisca, terminados sus quehaceres, daba con voz imperiosa y terminante el toque de silencio: «A la cama todo el mundo».

Los días en que había rogativa a alguna de las ermitas de la localidad, eran días de gran fiesta para la familia de Manuel:

El primer cuidado de Manuel era *asear* y *vestir* al burro, ponerlo en condiciones adecuadas al caso: lo cepillaba cuidadosa y completamente, y hasta lo peinaba, dejándolo tan brillante y tan lucido que parecía menos burro que de ordinario, o menos ordinario que un burro; le ponía la mejor cabezada con un ramal nuevo; le echaba encima el baste nuevo, cubierto con una manta de vivos colores en buen uso, y con cincha ancha y nueva; y sobre el baste aseguraba una anganeta de dos ojos anchos y profundos, cuidadosamente lavada de antemano.

Una vez arreglado el burro, Manuel se vestía el traje típico de nuestros labradores: pantalón de bombacho azul, doblado sobre los tobillos, resultando tan airoso que nada de particular tendría que la moda inglesa de pantalón con dobladillo hubiera tomado su modelo de alguno de nuestros labradores; chaleco de la misma tela que el pantalón; la recia camisa de lienzo casero muy limpia, y con las mangas remangadas, dejando a la vista los robustos y nervudos brazos, torneados por el ejercicio y tostados por el sol; la faja negra no muy ancha o doblada por la mitad del ancho; la boina navarra—ni tan grande como esas estrafalarías que algún guasón ha llamado «boinas de cría», ni tan pequeña como esos *tapacogotes* ridículos que algún tiempo se han introducido aquí—metida regularmente e inclinada en la frente a la derecha hasta muy cerca de la ceja; las alparga-

tas *valencianas* o abiertas, con muchas vueltas de cadarzo bien trenzado; y la blusa azul, sin cierre por delante, colgada en el hombro izquierdo. Con este traje tan varonil y tan típicamente navarro, y con su cara quemada y apacible, Manuel estaba hecho *un guapo chico*, a juicio de Francisca.

Por su parte Francisca preparaba a los chicos con las mejores ropicas que tenían, disponían un buen almuerzo, y se vestía con su traje de *Vergara*, los zapatos nuevos, y el amplio y blanco pañuelo para la cabeza, con lo que se ponía Francisca «más guapa que las pesetas», en opinión de Manuel.

A hora conveniente, procurando más bien ir temprano que demasiado tarde, Francisca se montaba en medio de las anganetas; metían un chico en cada uno de los ojos, poniendo, para igualar el peso, aquí el rallo, allí la alforja o la bota, o alguna piedra; agarraba Manuel una vara de fresno para *ayudar* al burro si era menester; y más alegres que unas Pascuas se iban todos hacia la ermita, en primer lugar a hacer sus devociones, porque eran ante todo personas piadosas; y en segundo lugar a disfrutar de la espléndida naturaleza, del sabroso almuerzo y de aquel bendito e inapreciable cariño que todos se tenían.

Pasaban los años, y no se habían interrumpido por un momento la tranquilidad y la alegría reinantes en aquella familia pobre y ejemplar.

Pero a pesar de todo pasaban los años, incansables, implacables; y Manuel se fijó un día,

casi asombrado, en que su hijo Rufino tenía ya ocho años y la pequeña expósita siete, y que eran dos chicos guapísimos que le parecían más a propósito para príncipes, o cuando menos para señoritos, que para labradores. Y al calor de este concepto y de este juicio, nacidos de su amor a los chicos, germinó en Manuel, primero una ambición, y después una idea que no podía apartar de su cabeza, y a la cual dió más de media docena de vueltas antes de exteriorizarla.

Manuel, que aunque no era hombre instruído era despejado y tenía buen criterio, comprendía y a su manera se explicaba, que la verdadera solución, la esencia y alegría de la vida es tener la salud envidiable que tenían todos en su casa, lo preciso para las necesidades materiales, cariño y fidelidad en la familia y paz en el espíritu, nacida del cumplimiento de los deberes; y que no vive, no disfruta el hombre de la vida cuando está agobiado por la desgracia, o turbado y aplanado por los remordimientos, o agitado por pasiones insanas, o dominado y desconcertado por la preocupación.

En efecto: cuando hay paz en el espíritu y el corazón se siente inundado de la alegría que dá esa paz, ¡cómo se goza con todo cuanto de honesto y bello ofrece el mundo!: ¡qué espléndida y agradable es la luz del sol; qué grandioso y admirable el firmamento, esté transparente y des-

lumbrante de luz, engalanado con manto bordado de tenues y preciosos celajes, o severamente encapotado por rugiente tempestad; qué caprichosos y bellos los contornos del horizonte; qué hermosa la campiña cubierta de plantas cultivadas y silvestres, de los arbustos que enriquecen con sus frutas nuestra mesa y de los que sostienen nuestra casa y la animan con su calor, y ofreciendo a la vista en incomparable conjunto todos los tonos y hermosuras de la vegetación; qué lindas y aromáticas las flores, aún las más vulgares; qué armonioso y regocijante el canto de los pájaros; cuán encantador es el hogar; cuán simpática y atrayente la relación social; cuán risueña y amable, en resumen, resulta la vida! En ese estado ideal, el espíritu percibe y recoge la magnificencia de la creación y las nobiezas y generosidades humanas; y todas las aprovecha para recrearse, para deleitarse de una manera inefable.

En cambio, cuando el espíritu está turbado por las preocupaciones, abatido por el remordimiento o conturbado por las tempestades del corazón, no percibe las grandiosas bellezas de la naturaleza, ni los atractivos de la relación y de la vida social, ni nada de lo que constituye el goce puro que mejor alimenta y más satisface al alma; no percibe nada, o todo se le antoja complicado, tenebroso o repulsivo; y lo que para el espíritu sereno es estímulo a la alegría, para el espíritu perturbado es motivo de tristeza y sufrimiento.

¡Paz del espíritu: tú eres realmente la vida; y aunque no fuera más que por poseerte, que poseerte es vivir, deberíamos los hombres ser juiciosos y buenos!

De esto se daba cuenta Manuel y pensaba que debía considerarse feliz, que tenía motivos para dar gracias a Dios que le concedía aquellos beneficios, que lo lógico y lo sensato era pedirle que se los concediera siempre, y que lo sensato y lo lógico era seguir disfrutándolos sin incurrir en la tontería o en la locura de comprometerlos; pero... Pero ¡reconcho!, desde que se dió cuenta de que los chicos habían crecido, el cariño a los chicos le hacía desear para ellos algo más, y allí se le había metido la idea en la cabeza y allí estaba de día y de noche, cuando trabajaba Manuel en el campo y cuando descansaba en casa. Hasta en sus ratos de charla y expansión con los chicos se distraía algunas veces.

Francisca, que había observado que se quedaba a ratos pensativo, extrañada y casi preocupada, porque no comprendía a qué podían obedecer aquellas abstracciones de su marido, se decidió pronto a interrogarle.

—Manuel—le dijo cariñosamente—a tí te pasa algo; porque he notado desde hace poco tiempo que a lo mejor te quedas pensando serio, y no te das cuenta de lo que hablamos, ni de lo que los

chicos te dicen, cosa que nunca te ha ocurrido. ¿Qué te pasa?

—Chica—contestó Manuel poniéndose encarnado y tosiendo como quien tiene algo parado en la garganta o miedo al efecto que causarán sus palabras—como no es nada malo, te lo voy a decir con franqueza.

Aún tosió Manuel dos o tres veces para acabar de limpiar la garganta y recobrar todo su ánimo; y habiendo conseguido, sin duda, ambos objetos, prosiguió:—«Cuando miro a estos pequeños, tan guapos los dos y tan listos, siento un deseo muy grande de que sean algo más que nosotros: que podamos instruirlos medianamente; que pueda aprender el chico un buen oficio si le gusta, o quizás entrar en algún comercio; y la chica que aprenda labores, y si puede ser que se haga costurera, y que sepa gobernar una casa grande en caso necesario; y que mañana, si se casan, ponga por caso, que tengan algo para poder entrar en una casa buena. Y ya ves; con nuestro trabajo no es posible adelantar aquí: diez años llevamos de casados, trabajando a cuál más, y justamente sacamos para vivir; y eso que no hemos tenido ni enfermedades ni tropiezos. En cambio en América dicen que se gana, que se gana.... ¿Te acuerdas de Rosendo, el cabrero? Pues cuentan que está de socio en una tienda de cosas finas y gorros y pelletas de las que usan las señoritas, y que gana lo que quiere; Pascasio, aquel gan-

dulón que picaba piedra, dice que también gana mucho en un almacén de materiales para hacer casas y palacios; y así cuentan de otros que no eran más listos, ni de más letras, ni más fuertes que yo para cualquier trabajo. Y estoy pensando que lo que esos hayan podido hacer, no sé por qué no he de hacerlo yo.

Francisca estuvo escuchando a su marido con toda atención y mucha curiosidad, y en el fondo satisfecha de que el motivo de sus preocupaciones fuera el que era. Le habían empezado a dar qué pensar las frecuentes obstraciones de Manuel. Y, por otra parte, era el caso que también en ella habían despertado los hijos cierta ambicioncilla de elevación, de mejoramiento; y también había acudido a su mente la idea de América.

Por todas estas razones, si le sorprendió la salida de Manuel—acerca de la cual nada había insinuado hasta entonces—no le desagradó en absoluto, aunque tampoco acabó de entusiasmarla. Por intuición más que por experiencia, tenía concepto de la realidad de las cosas y se daba cuenta de que la manera de vivir que tenían—modesta y hasta pobre, pero segura y tranquila—era muy estimable; y que indudablemente la envidiarían muchas personas.

—Yo también querría—replicó a su marido—que nuestros pequeños fueran algo más que nosotros, y en ello he pensado muchas veces, pero no te he dicho nada porque no veo el medio de

conseguirlo, a no ser ese que has indicado de ir a América. Pero antes de decidirse a eso tenemos que pensarlo mucho, porque aquí, aunque no tenemos dinero, vivimos bien y muy apreciados por todos; y no sea que por la ambición de mejorar nos echemos a perder y hagamos desgraciados a los chicos. Dice el refrán que «lo mejor es enemigo de lo bueno», como queriendo decir que cuando se está bien o se tiene una cosa buena hay que mirar mucho antes de dejarla o de meterse en compromisos. Nuestros hijos, aprendiendo nuestro oficio, nuestras costumbres y nuestras ideas, pueden vivir aquí trabajando tranquilos y felices como nosotros vivimos. Claro que si viéramos algo mejor sin comprometer el presente, no había que hablar; pero la verdad es que no sabemos si en América tendríamos buenas colocaciones, ni si tendríamos suerte, ni si pasaría alguna cosa que nos echara por tierra después de haber perdido la felicidad que aquí tenemos hasta ahora, gracias a Dios. Pero, de todos modos, tenemos la cabeza para pensar, y es idea tuya, y se trata del porvenir de nuestros hijos; y como los hijos y tú sois lo que me interesa en el mundo, lo pensaremos con calma y haremos de mutuo acuerdo lo que nos parezca mejor. ¿No te parece que esto es lo más prudente?

—¡Sí!: eso es lo más prudente, porque yo tampoco quiero dejar lo presente sin tener algo seguro para mejorar. Y de todos modos, tú tienes

mejor cabeza que yo y calcularás bien lo que nos conviene.

—Yo creo, Manuel, que por de pronto debemos consultar con alguna persona formal que pueda darnos alguna luz sobre el particular y que pueda aconsejarnos bien. Podemos lo primero pensar qué persona puede enterarnos...

—¡Hombre!, ya me había ocurrido esa misma idea, y había pensado que quizás nos enteraría ese señor a quien llaman «el americano»: don Vicente. Es un señor muy campechano que le habla a todo el mundo, muy formal, que ha estado en América y que no debe ser tonto, porque trajo mucho capital.

—Me parece que es una buena idea. No sabemos lo qué habrá sido don Vicente en América, porque las malas lenguas a lo mejor cuentan y no acaban de este o del otro americano; pero lo que es aquí nunca se ha podido decir de él un «pero», ni un «si es, no es», como suelen decir. Nada perderemos con que hables con él, si te parece.

—Pues mañana mismo iré a hablarle, y veremos qué le parece lo que estamos pensando.

Al día siguiente estaba don Vicente «el americano» muy tranquilo en su casa cuando se presentó a visitarle Manuel, el cual llevaba puesto el mismo traje que le vimos cuando iba a las rogativas, y que era el que usaba en las fiestas corrientes y en las visitas a las personas de calidad. Esto no quiere decir que Manuel no tuviera otro traje

de más categoría, pues estaba cuidadosamente doblado y cepillado en el cajón superior de la cómoda «el traje de la boda», destinado a concurrir a entierros, bodas, fiestas de cofradía en que Manuel tenía que ponerse en sitio visible de la iglesia y a otras grandes solemnidades; y cuyo traje sacaba Francisca de vez en cuando de la cómoda para solearlo y airearlo a fin de evitar la polilla. En general, los labradores pobres hacen durar su traje de boda, que es su traje de etiqueta, tanto como su vida, aunque vivan siglo y medio.

Don Vicente «el americano» era, como había dicho Manuel, un señor llanote y campechano, sin inflaciones ridículas ni petulancias impertinentes. Como la generalidad de los hombres que han corrido mundo y tratado gentes de todas clases y condiciones, y luchado y sufrido mucho, y adquirido la experiencia y la bondad que da ese gran maestro de la vida y gran tonificador de caracteres que se llama *tiempo*, don Vicente era accesible para todos, afable en su trato, sencillez de maneras, francamente sincero y sinceramente servicial; y saludaba y hablaba con las personas más humildes tan atento y amable como con las acomodadas y las encopetadas.

Al avisarle que estaba Manuel y deseaba hablarle, ordenó que lo pasaran enseguida, y él mismo salió a la puerta del recibidor alargándole la mano.

—¡Caramba!, Manuel, ¿Tú por aquí? ¿Qué tal estás y cómo están los tuyos? Pasa, pasa y siéntate.

—Gracias a Dios gozamos de buena salud—respondió Manuel sentándose.—¿Y ustedes, están bien?

—No podemos quejarnos: con algunos remienditos que echamos a la salud, vamos tirando bastante bien. Y ¿qué te trae por aquí, Manuel?

—Pues a molestarle un momento, don Vicente, si está usted desocupado...

—¿Molestarme? ¡De ninguna manera! Constante que te oiré con mucho gusto, y que si puedo serte útil, lo seré. Dime, pues, con toda franqueza qué deseas.

Con algunos rodeos y diferentes tropiezos fué exponiendo Manuel sus aspiraciones respecto de los chicos, su idea de que acaso en América podrían hacer algo, su conversación con Francisca y el acuerdo que habían tomado de consultarle a él, a don Vicente. Y al final le espetó, para justificar sus esperanzas, lo de la estupenda transformación de Rosendo el cabrero, la de Pascasio el picapedrero, y la de algún otro que siendo aquí un bodoque había resultado allá un hombre poco menos que versado en todas las ciencias.

Don Vicente, que ordinariamente tenía buen humor, soltó una carcajada sonora que dejó a Manuel cortado y perplejo.

—Dispense usted si faltó—dijo Manuel más

encarnado que un pimiento maduro.—Nosotros a lo mejor faltamos sin saber....

—¡Qué has de faltar, hombre, qué has de faltar! Me río de que suele haber algo de exageración o de inocente engaño en esas u en otras cosas parecidas: algo de tontería. Por ejemplo, yo he conocido a uno que escribía a sus amigos diciéndoles que era «expendedor de líquidos simples», y era sencillamente un aguador que andaba con el cántaro auestas todo el santo día; otro que se decía en las cartas «ayudante de arquitectura», y era un peón albañil, que se deslomaba arrimando ladrillos y gamellas de yeso al pié de la obra; y otro, en fin, que escribía que estaba de «auxiliar de veterinaria», y no era más ni menos que uno de esos mozos que tienen los veterinarios para sujetar las patas a las caballerías mientras les ponen las herraduras: un verdadero «agarrapatas», pues otros que se denominan agarrapatas usurpan el título a estos apreciables auxiliares de veterinaria.

—Ya me figuro que algunos por aparentar....

—Efectivamente: algunos por aparentar exageran o desfiguran las cosas. También hay personas que suponen—prosiguió don Vicente—o que parece lo suponen, que muchas fortunas se hacen en América por medios oscuros, o negros del todo; y en esto hay un gran error. No digo que en América no habrá alguno que otro caso, como los hay en todas partes, de esos oscuros; pero

sí a firmo, porque lo he visto, que la generalidad de las fortunas que los españoles traen de allí se han levantado trañajando y discurriendo mucho—trabajando y discurriendo lo que muchos hombres no son capaces de comprender,—viviendo con mucha formalidad, e imponiéndose grandes privaciones. Se puede afirmar que la mayor parte, casi la totalidad de los conquistadores de esas fortunas, han sido unos héroes en el trabajo, en el ahorro y en la honradez. Y esto, que es exactísimo, es un honor para los españoles, para España, porque prueba virtudes y cualidades excepcionales de sus hijos.

—Eso—comentó Manuel—bien a la vista está: que aunque en algunos casos se exagere algo, vemos por miles hombres que fueron de aquí como aquel que dice sin letras, ni ningún saber, y los vemos dueños de grandes negocios y hasta de Bancos, y que alternan y los aprecian entre la gente de alto copete; y para aprender y hacer todo eso, por fuerza tienen que tener esos hombres cabezas de primera.

—Cabezas y corazones de primera, amigo Manuel. Esos encumbramientos, verdad y bien conquistados, prueban, como te decía, virtudes y cualidades excepcionales en los españoles en general. Como las prueba también eso de las transformaciones con que me has hecho reír al referirte a Pascasio y a Rosendo. Porque si es cierto que a veces se disfraza o se exagera un poco con el

fin de figurar en mejor condición, no es menos cierto que hay muchos casos, numerosísimos casos de desarrollo, de crecimiento, de transformación asombrosa de nuestros hombres. Por ejemplo, más de la mitad del comercio, del grande y del pequeño comercio, de la América de habla española, está en manos de españoles; de españoles en su mayoría de clases humildes que hace unos cuantos años dejaron en su tierra los instrumentos de un oficio, o quizá la azada del hortelano, el cayado del pastor o el hacha del montero, y que justamente conocerían las letras y sabrían trazar su firma; y hoy son colosos del comercio, no solo porque tienen grandes establecimientos y buen capital, sino porque son verdaderos técnicos en su negocio. Poner en duda o negar esto, significaría desconocer o negar la realidad; desconocer o negar la fuerza decisiva de la voluntad y de la constancia en los progresos y los triunfos de los hombres de España; desconocer o negar la capacidad y la vitalidad avasalladoras de la raza española; desconocernos y negarnos a nosotros mismos.

—No, no, don Vicente, yo no pongo en duda que hay muchos que fueron escasamente sabiendo leer, y que son grandes comerciantes o banqueros y ocupan altos puestos, porque lo he oído decir a personas formales que tienen motivos para saberlo, como usted, pongo por caso....

—Bien, bien, Manuel, muchas gracias por la gentileza.

—La verdad es que usted tiene más motivos que yo y que otros para saberlo, y yo lo creo y por eso tengo esperanzas. Pero algunas veces le doy vueltas a mi cabeza a ver si caigo en cuenta cómo sucede eso....

—Para comprender cómo se verifica ese milagro. ¿No es eso lo que quieres decir?

—Sí, señor, eso mismo, porque parece verdadero milagro.

—Pues no hay tal milagro, sino un proceso y una consecuencia completamente lógicos en hombres del temple que tienen muchos de los nuestros, y que tú comprenderás enseguida: entra un muchacho que no tiene ni noción de comercio, en un almacén o en una tienda de esta o de la otra clase de géneros, y por de pronto no sale de allí en ocho o diez años; de manera que durante esos años está metido, encerrado en el negocio, sin otra vista, sin otra conversación y sin otro ambiente que el negocio. Todos sus sentidos y potencias están concentrados allí. La escala que en ese tiempo recorre, suele ser: al principio barre, ordena cajas y sacos, lleva o trae paquetes, siempre dentro de casa; luego pasa a empaquetar y enfardar hasta que es un verdadero artista; después aprende a pesar y a medir, y hasta se acerca al mostrador o a la mesa de ventas, donde va conociendo a la parroquia y adquiriendo ese espe-

cial trato de gentes que necesita el comerciante, que no es el trato exquisito del diplomático, sino un trato diplomático también exquisito, pero especial para el comercio; y por fin entra a alternar en las ventas. En el tiempo que le queda una vez cerrado el establecimiento, no está el muchacho ocioso ni ajeno al negocio, porque lo emplea en calcular partidas de género vendidas, en hacer facturas, en poner sobres, en copiar cartas, en leer correspondencia del extranjero o de los clientes, en hacer talones de expedición y en preparar la batalla del día siguiente; y entre tanto está oyendo a la plana mayor lo que hablan respecto de compras, de mercados y de otros extremos importantes referentes al negocio. En resumen, que a los ocho o diez años, ese muchacho, ese español, que llegó sin preparación alguna, conoce perfectamente los artículos del ramo en que trafica su casa, sabe dónde se producen y en qué época se compran más baratos, la manera de transportarlos con menos coste, quién los compra, y, en una palabra: es un hombre perfectamente enterado del negocio a fuerza de estudio, de constancia, de trabajo, de voluntad y de talento, positivamente. Además tiene unos miles de duros ahorrados, y quizá está interesado en los negocios de la casa. Y en la misma casa hace una fortuna o la hace en otra, porque ya tiene las bases principales de toda empresa: conocimiento del negocio en todo su desarrollo y sus

relaciones, algo de dinero y, lo que es de importancia capital en el comercio, una bien ganada fama de hombre laborioso, honrado y formal. ¿Comprendes ahora cómo se operan esas transformaciones que te parecen casi milagros?

—Sí, señor; no sabría explicarlo como usted lo explica pero lo comprendo bien y me parece natural.

—Pero de todos modos—y es en síntesis lo que me proponía decirte al conocer tus pensamientos, y quiero que te fijes en esto mucho, amigo Manuel—para hacer algo en América, dentro cada cual de sus condiciones de instrucción, de edad, etcétera, es preciso sujetarse mucho, trabajar mucho y privarse de mil cosas supérfluas, porque sé por los muchos casos que he visto, que hombre que no quiere sujetarse o que gasta lo que gana es hombre al agua, hombre fracasado. ¿Me entiendes bien?

—Sí señor, completamente bien, porque lo explica usted con toda claridad.

—He querido explicarte las cosas tal como yo las veo, para que no te forjes ilusiones infundadas y para que no desmayes. Si te decidieras a ir, conviene que vayas sabiendo lo que probablemente te ha de ocurrir si has de hacer algunas economías, que es lo que me ha ocurrido a mí, y les ha ocurrido a cuantos han hecho fortuna en América.

—Y le agradezco a usted de corazón tantas explicaciones, porque ya sé a qué atenerme: es pre-

ciso sujetarse, trabajar mucho, ser muy honrado y no gastar lo que se gana.

—Exáctamente: me has comprendido bien.

—Pues por lo que respecta a sujetarme, no me importa; por el trabajo tampoco me asusto; en cuanto a honrado, no es porque yo lo diga pero en esto no cedo a nadie; y con respecto a no gastar, no tengo más qué decir sino que no pienso más que en mi familia, y sería cargo de conciencia gastar un ochavo mal gastado. Ahora, que querría hacerle a usted otra pregunta, y usted dispense, don Vicente....

—Haz las que quieras sin darme excusas, porque te contestaré con gusto.

—Y si me decido a marchar, ¿cómo me las arreglaré para buscar allí una colocación a propósito para mí?

—Lo primero es decidirse, y para eso habéis de ver en tu casa los inconvenientes que el asunto puede tener. Ir a América un hombre de tus circunstancias, no es ir a dar un paseo para tomar el sol y volver a mediodía a comer a casa. Tenéis que ver vuestras cosas, tenéis que pensarlo bien. Yo te aconsejo que lo penséis despacio antes de decidirte a ir. Ahora bien: si después de pensarlo despacio persistes en la idea de ir, sin perjuicio de que mires si por otra parte consigues una colocación segura que te satisfaga, yo te prometo que te daré cartas para varios amigos, y paisanos nuestros, que están allí establecidos, para

ver si alguno te puede dar colocación en su casa, o buscártela en otra parte, y que de todos modos no te dejarán morir de hambre; y en caso necesario te facilitarían los medios de volver, con cargo a mi cuenta.

—Eso no, don Vicente; eso sería demasiado. ¡Bastante hará usted con darme las cartas! Y no sabe usted cuánto se lo agradezco. Cien años que viviera, cien años que estaría agradecido. Pero lo del dinero ya es cosa más delicada y desde ahora le digo que no, porque el admitirlo sería un abuso de mi parte.

—Calla, Manuel, que no sabemos en qué apuros puedes encontrarte. El hombre necesita constantemente la ayuda de Dios, y muchas veces en la vida la ayuda del prójimo. No lo digo solo por tí, sino por mí y por todos los hombres. Ponerlo en duda revelaría un orgullo pueril. Y, de todos modos, ya nos arreglaríamos tú y yo, y en último caso no te preocupes de tal cosa. Cuando yo ofrezco una cosa ya sé a quién la ofrezco. Tú eres un hombre bueno a carta cabal, y a los hombres buenos se les debe ayudar en sus legítimas empresas y en sus fracasos. No creas que esta idea es nueva en mí, pues precisamente he sostenido siempre la idea de que los navarros en América, sin perjuicio de esa ayuda a que nos obliga la solidaridad patria, debieran cuidarse de una manera muy especial y afectuosa de ayudar a

los navarros que llegasen a aquellas tierras, a condición de que sean lo que antes decíamos: honrados, laboriosos y formales; porque si aparece un truhán empedernido, un truhán que no quiere renunciar a sus malas mañas, hay que dejarlo a un lado. Algo así como una hermandad de navarros que se protegieran mutuamente en las verdaderas necesidades y, en cuanto fuera posible, en toda aspiración razonable y honesta. De manera, amigo Manuel, que con lo que te he dicho y ofrecido no he hecho más que ser consecuente con mi manera de pensar de hace muchos años.

—Bueno: yo procuraré no abusar de su bondad ni perjudicarle en lo más mínimo; y de todas maneras no olvidaré nunca su buena voluntad, que se la contaré en su tiempo a mis hijos para que lo respeten y lo quieran a usted como se merece.

—¡Vamos!, hombre, no exageres las cosas, que todo ello no vale dos cuartos. ¡Ni que te hubiera regalado una mina! Por consiguiente, hablad en casa; y cuando hayáis resuelto el asunto o cuando deseéis preguntarme algo, ven sin reparos a decírmelo. Te he dicho que no me molestas y yo no soy hombre de dos palabras.

Terminada esta conversación con don Vicente se fué Manuel tan contento a su casa que le bailaba el corazón. Aquella montaña del viaje a América se allanaba y parecía fácilmente franqueable gracias a las generosidades del campechano don Vicente, y a Manuel no le daba ya el menor

miedo «pasar el charco». En cuatro brincos llegó a su casa y contó a su mujer deshilvanadamente, sofocado por la emoción y la alegría, cuanto había hablado con don Vicente y cuanto don Vicente le había prometido.

Después de darse mutuos parabienes, de felicitarse por la idea de consultar con don Vicente, de hacer de don Vicente «el americano» y de todos los «americanos» la mar de elogios, y hasta de dar una *pasada* a las malas lenguas que cuentan y no acaban de este o del otro «americano», Manuel y Francisca convinieron en tomarse algunos días de tiempo para pensarlo, como había aconsejado don Vicente, antes de resolver el para ellos magno problema.

No tardaron mucho en resolverse: las facilidades ofrecidas por don Vicente se les presentaban como una vía ancha y libre, por la cual se llegaba sin tropiezo y sin grandes rodeos a la fortuna, a la realización de sus sueños, y no vacilaron en hacer su plan.

Después de recolectar sus modestas cosechas, iría Manuel a América con las cartas que don Vicente le había prometido. Si consiguiera colocación y viera que podían vivir todos en América y ganar para ahorrar y hacer un capitalito, aunque fuera lentamente, vendería Francisca lo poco que había que vender, e iría con los pequeños a reunirse con Manuel. Si no consiguiera Manuel colocación satisfactoria, o viera que no podían vivir

todos allí y ahorrar algo, volvería sin perder más tiempo, y definitivamente renunciarían a cambiar de fortuna, de lugar y de manera de vivir. En este caso, sus hijos aprenderían lo que ellos sabían y vivirían como ellos. Y a ese fin, de momento no venderían absolutamente nada del ajuar ni del modesto tren de labranza.

Acordado este plan se apresuró Manuel a comunicarlo a don Vicente, a quien se lo explicó con todo detalle y pidió su opinión.

—De manera—le preguntó don Vicente, después de escucharle con mucha atención—que habéis examinado despacio el asunto, y después de examinado despacio, habéis resuelto de común acuerdo llevar a cabo ese plan. ¿No es esto?

—Sí señor, estamos de acuerdo en casa.

—¿Y estás completamente decidido a ir?

—Completamente decidido.

—Pues bien: el plan que habéis hecho me parece juicioso; y además no ofrece, en mi opinión, ningún peligro serio. Y una vez que estás decidido te voy a dar un consejo: marcha adelante resueltamente, con la vista fija en el objeto que persigues, sin mirar atrás ni distraerte mirando a los lados. Debes concentrar tu atención y tu esfuerzo en la realización de tu aspiración, en la conquista de esa fortunita que necesitas o que quieres; porque eso contribuirá, decisivamente acaso, en tu éxito. Hace veinticinco siglos decían y repetían los romanos un axioma o dicho senten-

cioso que ha sido y será de actualidad en todos los tiempos, y que también en nuestro caso puede tener aplicación: «Haz lo que haces», decían los romanos; es decir: concentra tus sentidos y potencias en lo que estás haciendo, sin pensar en otra cosa, sin mirar a otro lado, sin distraer de ninguna manera tu atención de aquello que haces. ¿Estás estudiando? Pues pon toda tu atención en el estudio, y obtendrás el máximo provecho que puede obtener tu mentalidad. ¿Estás trabajando? Pues si concentras tus cinco sentidos en el trabajo, sacarás la obra más acabada que sepas hacer. ¿Te ocupas de llevar a cabo un plan, una empresa? Pues no apartes tu atención de ese propósito, y si el éxito es posible llegarás probablemente a conseguirlo. Por eso te doy este consejo: «haz lo que haces», es decir: concentra tus sentidos y potencias en el fin que te lleva a América, sin preocuparte demasiado por las dificultades de la empresa, ni detenerte y aplanarte ante el temor de un fracaso, ni oscilar entre seguir adelante o volverte atrás, a menos que tropezaras con una dificultad insuperable, superior a tus fuerzas. Toda preocupación dividiría tu atención y te restaría entusiasmos, y esto sería un mal, porque quien divide la atención no atiende nada bien, y el entusiasmo es preciso para la acción: el entusiasmo se traduce en acción, y la acción muchas veces en éxito. De modo que hay que poner en las cosas que se están ejecutando

toda la atención y decisión de triunfar. Ten en cuenta, amigo Manuel—y te lo digo por si llegaras a este caso—que ningún hombre se desacredita, y aún me atrevo a afirmar que no fracasa, aunque no consiga su empeño, cuando el empeño es tan honesto, tan legítimo, tan noble como el tuyo, cuando es conquistar un mayor bienestar para tu digna compañera y para tu hijo, y, lo que aún tiene más mérito, un mayor bienestar para esa niña exposita, de la cual os habéis constituido en padres con una caridad heróica, sublime. Créeme, Manuel—y te lo dice un hombre que tiene ya alguna experiencia—que si se dejara elegir entre algunos éxitos consumados y un fracaso originado por tan elevado móvil como el que te anima y te impulsa, muchos hombres, todos los hombres honrados se quedarían con tu fracaso, que es como decir con tu nobleza, que es el caudal más rico, el verdadero tesoro del hombre que merece la denominación de «ser humano».

—Me da usted muchos ánimos con lo que me dice, don Vicente, y ya no tengo miedo a nada de lo que puede suceder.

—No debes tenerlo, amigo Manuel, porque el fin que persigues es bueno. Así, pues, adelante, una vez resuelto, cuanto antes vayas, mejor. ¿Que nuestros paisanos de allí te dan o te encuentran buena colocación? Pues por nuestra parte contentos y agradecidos. ¿Que no es posible colocarte bien, y que ves aquello imposible? Pues no hay

nada perdido: regresar a Otearán para seguir viviendo aquí como has vivido hasta ahora. Los ochavos que te hagan falta para reponer tus cosas te los prestaré yo, y aquí no ha pasado nada.

—Malo ha de ser que llegue este caso, don Vicente; pero de todos modos lo agradezco mucho. Crea que me da mucho valor todo lo que usted me dice. Y respecto de sus consejos, los seguiré al pié de la letra: a mi asunto, y a mi asunto, y nada más. Lo primero buscar colocación para mí; lo segundo mirar si puede ir mi familia; lo tercero estar muy atento a lo que mandan los amos y trabajar a conciencia para cumplir y darles gusto; y lo cuarto, que peseta que venga a mis manos la meto debajo de siete estados y no sale de allí aunque se hunda el mundo. ¡Como quiera me gasto yo un real en simplezas!

—¡Muy bien, Manuel—exclamó don Vicente, riéndose de la espontaneidad con que Manuel había hablado.—Llevas un programa que te hará más o menos rico, o que por lo menos te hace digno de serlo.

No se descuidó Manuel para comenzar la realización de su plan, pues en cuanto terminó la recolección de sus cosechas, salió con dirección a América llevando—bien asegurados en bolsillos que Francisca le hizo en la parte interior de la camiseta—el dinero que pudieron reunir, y que

no ascendía a muchos miles de duros, y las cartas que don Vicente le había dado para diferentes paisanos y amigos suyos bien acomodados, establecidos en América, a los cuáles recomendaba y suplicaba don Vicente con todo interés que dieran o proporcionaran a Manuel una colocación adecuada. En un nudo del amplio moquero azul puso unos reales para los gastitos menudos.

Eran tiempos de prosperidad y de negocios en aquel país; y Manuel, con su aspecto de hombre robusto y curtido en el trabajo, su cara de hombre bonachón y formal, y la eficaz recomendación de don Vicente, tuvo en la primera casa a que se dirigió con una carta, colocación adecuada y buena, pues si había trabajo y sujeción, había también sueldo satisfactorio y buen trato.

Además, no bien explicó a su principal la familia que tenía y el plan que habían formado de ir la familia para estar todos juntos—extremo que ya indicaba don Vicente en sus cartas—le hizo ir a su casa para que hablara con su esposa; y ésta, que precisamente deseaba confiar ciertos cuidados domésticos a alguna mujer sesuda y experimentada, le aseguró que Francisca entraría al servicio de la casa el mismo día en que desembarcara; le indicó una soldada, para empezar, que a Manuel le pareció mentira que pudiera ganarla ninguna mujer; y le dijo, finalmente, que destinarían a Manuel y a su familia habitación dentro de la casa para que sobre estar allí reunidos, y

Francisca a la vista siempre de su cometido, no gastaran en habitación.

Manuel se puso «más contento que un chico con zapatos nuevos». Aquello salía «a pedir de boca»; y Manuel, medio atontado por la alegría, solo pensó por de pronto en comunicar la buena nueva a su familia y a don Vicente, a quien Manuel hubiera dado en aquel momento un abrazo estrangulante. Manuel había oído hablar en su viaje de cable y cablegramas y le ocurrió, para ganar tiempo, dirigir un cablegrama a Otearán diciendo: «tenemos todos colocación y grandes sueldos, y amos la mar de buennos, y casa en su casa», y otras noticias más; pero le enteraron de que el cablegrama costaba una barbaridad de dinero, un verdadero montón de duros, y optó por escribir una carta larga y con muchos detalles, la cual echó enseguida de terminada al correo, poniendo en el sobre con letras grandes: «Urgente. Por la vía más rápida».

«Sobre todo—escribía Manuel a su mujer—cuida mucho a los chicos para que no se trastornen con el viaje. Llévalos siempre bien abrigados para que no se enfríen. Pon para el camino un par de chorizos y algo de jamón, que os vendrá muy bien, porque la comida en tercera, a veces tiene mediana cara. Y ¡si podrías llevar agua para el viaje...! Porque el agua se chupa por una boquilla que je...! Porque el agua se chupa por una boquilla que saie de una tina grande; y como todos beben por

aquella boquilla, pues tiene que haber babas y si a mano viene otras cosas. También será bueno que lleves al barco cuando menos dos o tres mantas, recias, porque las camas de tercera son a modo de unos estantes de lienzo tan juntos, que cuando el lienzo se estira, casi se tocan el que está arriba y el de abajo, y que si marea o se destempla alguno de los que están en los lienzos de arriba del estante, escuso decirte lo divertidos que están los de abajo; por lo cual, si no hace frío, lo mejor es dormir sobre la cubierta del barco. En fin: cuidame bien a los chicos y tráemelos sanos, porque tengo una gana de verlos.... Solo hace dos meses que me separé de vosotros y me parece que ya hace muchos años».

No bien recibió esa carta Francisca, se puso también medio loca de alegría. Ya no eran sueños sus esperanzas, sino realidades. Cogió a los chicos, los besó alternativamente cincuenta veces, mientras les decía que habían de hacer un viaje muy bonito para ir a donde estaba el padre, que éste ganaba mucho dinero, que tenía mucho deseo de verlos, que irían los chicos a unas escuelas donde aprenderían mil cosas.... Dió enseguida la buena noticia a las vecinas, anunciándoles que se marcharían pronto, y ofreciéndose a todas. ¡Qué día feliz para la buena Francisca!

Solo sentía Francisca una cosa: que no estuviera en el pueblo don Vicente; porque si estuviera, con mucho gusto hubiera ido Francisca a

su casa con sus dos hijos y con la carta de Manuel y le hubiera dicho: «recreese usted en la alegría de esta familia, que le debe a usted su felicidad presente, y quizás un gran porvenir. ¡Que Dios se lo pague! Nosotros le pediremos siempre que le tenga en buena cuenta». Pero don Vicente no estaba en el pueblo: como les sucedía a muchos «americanos», su salud se había gastado prematuramente por el exceso de trabajo mental y corporal, y tenía que cuidarla para poder ir tirando; y a la sazón se hallaba con su familia pasando el invierno en el clima templado del mediodía.

Al día siguiente comenzó Francisca sus gestiones para vender lo que había de vender: tres o cuatro pequeños trozos de tierra, el burro, algunos útiles de trabajo de su marido, unos cuantos muebles.... Peseta más, peseta menos, para todo hubo compradores, por lo que en pocos días concertó la venta de todo y pudo dedicarse de lleno a hacer y arreglar los trajecillos y ropas necesarios, y a ultimar los preparativos del viaje.

¡Qué contenta estaba Francisca! Su marido colocado enseguida. ¡Y qué bien colocado! No le extrañaba, porque Manuel valía su peso en oro, y donde quiera se hacía apreciar. Ella con colocación también, y no así como quiera, sino en casa muy rica, según decía Manuel; gente muy fina, y habitación con todos los suyos en la misma casa. ¡Como si fueran ellos de la misma familia!

Por otra parte, ¡cuánto le alhagaba el cariño de su marido! Otros van a América, y a los cuatro días no se acuerdan de sus padres, de sus esposas, ni de sus hijos, ni se ocupan de si les sobra o les falta el qué comer; y en cambio Manuel estaba con el cuerpo en América y con el corazón y el pensamiento en su casa: en su mujer y en sus hijos. Claro que ella lo esperaba así, porque Manuel era hombre de corazón y de vergüenza y no podía hacer lo que hacen en América y en otras partes los que no tienen vergüenza ni corazón: olvidarse de su familia y de otros elementales deberes; pero aún cuando Francisca lo esperaba así, al verlo confirmado plenamente por los hechos, al ver la confirmación rotunda del amor de Manuel, tuvo una de las satisfacciones más grandes de su vida.

Las personas que se olvidan de sus familias o que de algún modo demuestran que no les tienen cariño, no saben cuánto hacen sufrir a los suyos. Para toda persona buena, el cariño de la familia es más de la mitad de la vida: es la esencia de la vida; y cuando una persona así se convence de que los suyos o alguno de los suyos no le ama, recibe un rudo golpe que repercute en sufrimientos a lo largo de la existencia. Para Francisca, mujer buena y de corazón, el olvido o el desvío de su marido hubiera sido un golpe mortal; y por eso, al recibir una nueva prueba de su cariño, lleno de solicitud y de expresión, el

corazón de Francisca saltó de gozo, y de gratitud y correspondencia al cariño de Manuel.

Llevaba Francisca adelantados los preparativos de su viaje y se aproximaba el día solemne de partir con sus hijos, para «pasar el charco» y reunirse con Manuel, cuando fué a decir a don Evaristo, el viejo secretario del Ayuntamiento, que le quitara la hoja de la contribución porque había vendido todo para marcharse a América, donde estaba Manuel.

Don Evaristo era un hombre bondadoso y amable que atendía complacido a cuantas personas se acercaban a hablarle o a solicitar los servicios de su cargo, y que procuraba despacharlas contentas. Llevaba ejerciendo el cargo cuarenta años en Otearán y había cobrado verdadero afecto al pueblo, que consideraba suyo, y a los vecinos en particular, a la mayor parte de los cuales conocía desde que nacieron y hasta les había tirado alguna vez las orejas suavemente, pues era incapaz de dar a nadie un tirón de esos que hacen ver las estrellas.

Siguiendo su costumbre de buscar la ocasión de decir alguna palabra afectuosa, una vez que don

Evaristo tomó nota de lo que quería Francisca, le preguntó por su marido.

Francisca le enteró al detalle de lo que escribía Manuel, así como de su proyecto de ir en breve con los dos chicos a reunirse con él.

—Y ¿qué dices?—le preguntó don Evaristo,—¿que piensas llevarte también la chica?

—También la chica, si señor.

—Pero vamos a ver: ¿te refieres a la chica que tenéis de la inclusa?

—A esa misma, a la que trajimos de la inclusa hace ya más de siete años.

—¿Y te han dado en la inclusa autorización para llevártela a América?

—¡No, señor!—respondió Francisca empezando a apurarse.—No hemos preguntado nada a la inclusa. Pero qué, don Evaristo, ¿no puedo llevármela sin permiso de la inclusa?

—No, por cierto. La niña sigue bajo el dominio de la Inclusa, que te la puede reclamar a cualquiera hora; y para moverla de aquí necesitas indispensablemente consentimiento de las autoridades de la inclusa, si es que te lo dan, tratándose de ir a América.... Y el caso es..., y el caso es....

Francisca se alarmó ante la duda que reflejaban las palabras y la expresión de la cara de don Evaristo. Indudablemente don Evaristo no veía la cosa tan lisa y llana como a ella le había parecido hasta aquel momento; y queriendo saber qué veía o qué pensaba don Evaristo, le preguntó en un tono en que se revelaba la ansiedad:

—Pero, ¿qué inconveniente cree usted que puede haber?

—¡Chica, chica! Siento haberte dicho una palabra de estas cosas—exclamó don Evaristo eludiendo una contestación concreta.—Comprendo que te he proporcionado un disgusto y, ¡a fé!, que no me gusta dárselos a nadie.

—El disgusto no me lo dá usted, porque siempre me lo había de llevar si las cosas no son como yo me figuraba. Pero el caso es que yo necesito saber a qué atenerme, y nadie mejor que usted me puede enterar. Por eso le suplico que, por lo que más quiera, me diga qué inconvenientes hay para que yo me lleve la chica a América, o qué tengo que hacer para poder llevármela. Haga favor de decírmelo, don Evaristo, porque no quiero quedarme en la duda y que a última hora me salgan con alguna «pata de gallo»; y porque si debo hacer alguna diligencia quiero hacerla a tiempo.

—Pues mira, Francisca: mejor es que lo sepas de una vez y de un amigo—contestó don Evaristo sudando materialmente y manifestando verdadera pesadumbre.—Es mejor que desde ahora renuncies a llevar la chica a América porque no te permitirán llevarla.

—¿Qué me dice usted, don Evaristo!—exclamó Francisca con acento tan dolorido como si acabara de saber el mayor infortunio.

—Desgraciadamente es así, y se explica sin

gran esfuerzo, y tu lo comprenderás si te fijas con calma. Son varios los inconvenientes o los motivos que lógicamente se oponen a dejarle llevar la chica, siendo tan niña, a América: en primer lugar los derechos, o más bien las responsabilidades de la inclusa; en segundo lugar los derechos de los padres de la niña....

—¿De los padres de la niña?

—Sí: de los padres de la niña.

—¿De los que la abandonaron?

—De los que le dieron el ser y la abandonaron.

—Pero esos padres, al abandonar un hijo, ¿no pierden hasta el nombre de padres?

—En buena lógica, o más propiamente: en humana lógica puede ser que tengas razón, porque quienes renuncian o abandonan el hijo parece que renuncian al título, y al derecho, y a los sentimientos de padres, y hasta que incurren en muy serias responsabilidades ante Dios y ante la sociedad. Sin embargo, por virtud de una caridad sublime se les reserva un derecho preferente sobre esa criatura a que han dado el ser para el caso de que si en el trascurso del tiempo se tonifica o reacciona en ellos el espíritu o, como decimos vulgarmente, se arrepienten y quieren ser verdaderos padres, puedan recobrar el hijo. Para ello solo necesitan probar que son los padres....

—Pero eso es una injusticia. El abandonar un hijo clama al cielo....

—No te exaltes, Francisca—interrumpió don

Evaristo—porque todo tiene su razón de ser. Déjame enumerar los inconvenientes de más bulto que yo veo y luego te los iré explicando, y espero que convenciéndote. El tercer inconveniente es que Alejandrita es muy niña; y el cuarto, vuestra situación económica. Te los voy a explicar uno por uno para que veas que todos esos reparos son muy justificados: Una vez que una criatura abandonada ingresa en la inclusa, esta casa contrae deberes y responsabilidades respecto de ese huérfano, sobre el cual la inclusa ejerce, y es justo que ejerza porque de derecho y de obligación le corresponde, una tutela y una vigilancia celosa mientras los huérfanos llegan a la mayor edad. La inclusa tiene obligación y tiene el derecho de saber si los huérfanos que han sido confiados a las familias son bien tratados, si los instruyen, educan y dirigen convenientemente, y si están en camino seguro para llegar a ser personas decentes y de provecho, o si por el contrario se les trata o se les dirige mal; y para ello necesita tenerlos a su alcance, especialmente cuando son pequeños, como ocurre con tu chica; y mal puede observar a una criatura que lleven a América.

—Sin embargo: tratándose de una familia conocida y buena....

—Pero comprende que son difíciles las excepciones. En cuanto al segundo reparo, que tanto te ha excitado, tiene también su explicación: una

explicación que nadie puede comprender mejor que quien tiene tu bondad y tus sentimientos religiosos. El abandonar un hijo, el rehuir los deberes de padres y renunciar al amor y a las caricias de un ángel que ha nacido de nuestra sangre, es tan enorme y tan absurdo que se nos hace incomprendible y, humanamente pensando, imperdonable; pero si elevamos el corazón, comprendemos y aprobamos esa previsión, en que hay un fondo de caridad saludable: ese derecho preferente reservado a los padres infelices, o desalmados si quieres, de un niño abandonado, es una puerta abierta para la regeneración, un dulce reclamo, un llamamiento amoroso, un toque delicadísimo a esos padres que se extraviaron y olvidaron sus deberes, para que vuelvan a recoger y besar a ese ángel que Dios les dió, y a reparar su abandono y sus culpas colmando al hijo de ternuras y de solitudes para que sea bueno, y viviendo ellos como Dios manda al calor de un hogar regularizado y purificado por el arrepentimiento, y animado y confortado por la alegría y los goces santos del afecto familiar. Hay en esa previsión algo tan elevado, tan por encima de las flaquezas humanas, que al alma serena se le ofrece como una inspiración celestial que la llena de admiración y de entusiasmo. ¿No lo comprendes tú así, bonísima Francisca?—exclamó don Evaristo verdaderamente entusiasmado.

—Ya lo comprendo—respondió Francisca. —

Aunque me perjudique, bien pensadas las cosas, comprendo que eso puede hacer mucho bien.

—Y lo hace, Francisca, lo hace, porque hay muchos casos en que al cabo de unos años se acuerdan los padres de sus hijos y de sus deberes, y gracias a esa previsión los recogen y reparan sus culpas. No te hablo de oídas, sino porque conozco varios casos. Mas volvamos a nuestro asunto, porque también el tiempo se pasa: el tercer inconveniente es la poca edad de la chica. Hasta que sean mayorcitas y estén completamente educadas, y puedan distinguir lo bueno de lo malo, no las dejarán ir a América, y hacen bien; y aún siendo mayores se necesitan muy especiales condiciones para que las dejen ir. Yo, ¡la verdad!, en este punto sería muy riguroso: no las dejaría ir a América hasta que fueran mujeres hechas y de fechas, con criterio formado y maduro que pueda resistir toda influencia. Es nota característica de América la indiferencia religiosa. Aún creo más: creo que en general—y me complazco en salvar todas las excepciones—hay allí hasta hostilidad a la religión, que se traduce en muchos casos en una especie de placer en combatir las creencias, en desacreditar a los sacerdotes y en satirizar o ridiculizar a los fieles. Pero aún cuando solo sea indiferencia, hay que convenir en que no es ese el ambiente más adecuado para acabar de formar a una muchacha en ideas religiosas, que algunos llaman anticuadas y oscurantistas, pero que a mí

me parecen las mejores, que son indudablemente un alimento moral de primera fuerza, y que cuando arraigan bien en la mujer la hacen sólidamente virtuosa, sólidamente buena. Y desde nuestro punto de vista, que pone la fé sobre todas las cosas, la sola perspectiva de un riesgo me inclinaría a ser en este punto riguroso, inflexible.

—Pero una muchacha que está con una familia muy cristiana, no corre el peligro de perder la fé—arguyó Francisca con tanto calor como si fuese don Evaristo quien hubiera de decidir el caso.

—En el seno de la familia, no; pero esa muchacha ha de ir a trabajar, a comprar, a pasear; y en el taller, en la tienda o en la calle, ha de tropezar la indiferencia, las conversaciones despectivas o los ataques, y poco a poco, sin darse cuenta, irá perdiendo el calor, la viveza de la fé, que es su vida. Cuantos han llegado a la indiferencia religiosa han llegado a ella insensiblemente, y al darse cuenta de la evolución operada en su espíritu, se han sorprendido. No han sentido uno a uno los golpes asestados a su fé, sino que al cabo se han encontrado con el efecto mortal de todos. Por eso entiendo que cuantas precauciones se adopten en este respecto estarán bien adoptadas.

—Pues yo le aseguro a usted que si por cuidar a la chica había de ser, no cambiaría.

—Ya sé que tendríais mucho cuidado, pero

créeme que es muy difícil evitar la influencia del ambiente. Y finalmente, para concluir: el cuarto inconveniente que he señalado es vuestra situación económica. La familia que haya de llevarse una huérfana a América debe tener una posición desahogada que ofrezca garantías de que estará atendida con suficiencia y decoro en el seno de la misma familia. Hoy por hoy, no estais vosotros en esas condiciones: no tenéis capital que ofrezca esa garantía de seguridad material. Vuestro capital son vuestros brazos y vuestra salud, para trabajar si tenéis colocación; y como no tenemos la salud asegurada, podéis enfermar y, en tal caso, pasar verdaderos apuros vosotros y la chica....

—En resumidas cuentas—interrumpió impaciente Francisca—que no me dejarán llevar la chica. ¿No es eso?

—En efecto: eso es. Al menos eso es lo que yo creo, y lo que te digo, porque así lo deseas, con buen dolor de mi corazón.

—Pues nos hemos lucido. Empezar el viaje a América por la chica, tanto como por el chico; deshacernos la manera de vivir aquí, y cuando nos parecía que tocábamos el cielo con la mano resulta que no hemos hecho más que un chandrío (1). ¡Y qué chandrío tan grande!

Tanto se desazonó Francisca con las impresiones

(1) *Chandrío*: hecho que origina perjuicios o trastornos, o ambos efectos.

que acababa de darle don Evaristo que éste, tan fecundo en recursos y en palabras amables para dejar contentos a todos, no consiguió contentarla.

Salió de allí Francisca desconcertada, aturdida, y llegó a su casa llorando a lágrima viva. Hizo esfuerzos inauditos para que los chicos no se apercibieran, y a la hora de cenar comió dos bocaditos para hacerles creer que cenaba, y luego se acostó entre sus dos pequeños.

Pero no pegó los ojos, dando vueltas en su cabeza al conflicto que se le había presentado, hablando algunas veces en voz alta y suspirando tan angustiosamente, que después de despertar a los niños varias veces conocieron estos que su madre sufría y lloraba; y con esa notable intuición de los niños, adivinaron que algo grave pasaba.

El corazón del niño es muy sensible para los afectos; probablemente más sensible que el de las personas mayores. Como no tiene el corazón del niño la variedad de afectos que el de una persona mayor, ni las múltiples expansiones y distracciones que esta, es extraordinaria la intensidad de sus sentimientos hacia las personas a quienes ama.

Por eso los corazoncitos de los dos hijos de Francisca latieron con violencia cuando oyeron llorar y suspirar a su madre; y no es de extrañar que Rufino le preguntara completamente sobresaltado:

—¡Madre! ¿Qué tiene usted?

—¿Yo? Nada, hijo mío; no tengo nada—respondió Francisca procurando serenar la voz.

—Pues ¿por qué llora usted tanto?

—¡Si no lloro, hijo! Es que estaría soñando.

—Yo también la he oído a usted quejarse mucho y llorar, madre—confirmó la niña muy compungida—y por eso estoy llorando yo.

La pobre mujer, que tenía el corazón acongojado y necesitaba desahogarlo para que no estallara, no pudo contenerse al oír aquellas amorosas inquisiciones de sus hijos; y, sin pararse a medir la imprudencia que cometía, abrazándolos como si fueran a arrebatárselos, prorrumpió en sollozos mientras les decía:

—¡Sí, hijos míos, sí! Tengo una pena muy grande porque quieren llevarse la Alejandrica a otra casa....

No es fácil describir la escena que estas imprudentes palabras de Francisca provocaron. Incorporados los dos niños, cada uno a un lado de su madre, la abrazaban, la besaban y lloraban desconsoladamente con ella.

—No la dejemos llevar, madre—decía alteradísimo Rufino.—Vamos pronto a donde está el padre, y si no que venga el padre y les pegará a los que quieran llevársela.

Alejandrita por su parte, con la inocente y bella carita llena de lágrimas, con una expresión de suprema angustia, ora abrazando estrechamente y besando en el rostro a su madre, ora descompo-

niendo nerviosamente sus sedosos cabellos, o dirigiendo los bracitos y los angelicales ojos al cielo en actitud de suplicar, era un retrato vivo y bellísimo del sufrimiento y de la desesperación infantil.

—¡No, madre, no me deje usted!—exclamaba con acento dolorido y tierno.—Yo no quiero ir a ninguna casa; quiero estar en la nuestra con el padre, con usted y con Rufino. Vayamos enseguida a donde está el padre para estar todos juntos. Y si me llevan a otra casa, yo me moriré.

Francisca estaba profundamente conmovida, y agitada por encontrados sentimientos: de pena y de gozo. Sufría al pensar que había de separarse de la niña y al contemplar la alarma y disgusto de sus hijos a la sola noticia de que eso pudiera suceder, y sentía un gozo inmenso ante aquellas espontáneas y expresivas manifestaciones de cariño y adhesión; lamentaba haberlos despertado en medio de la noche y causádoles con su imprudencia aquel sobresalto, y se alegraba de haber provocado en los niños aquellas explosiones de amor filial, que colmaban y enorgullecían su corazón de madre: de madre que se siente adorada por sus hijos y que extiende temerosa y satisfecha sus alas para dar amparo y amor heróicos a sus polluelos, amenazados de un peligro y que le piden confiados protección y defensa.

Comprendió, no obstante, que era necesario

tranquilizarlos; y sobreponiéndose a sus emociones les dijo en tono de dulce reconvención:

—No os apuréis, arrapiezos, que lloráis por nada. No permitiremos que nadie se la lleve. ¡Pues no faltaba nada más! ¡En eso estamos pensando el padre y yo! Vén aquí, criatura—dijo dirigiéndose a la niña— que te limpie esa cara que parece que la sacas de la carbonería. Y tú, ¡mocoso!, que también la tienes como para echarla a la colada. Y ahora, recemos una Avemaría a la Santísima Virgen para que nos ampare siempre, y a dormir tranquilamente.

Y acariciados por su madre, pasando del estado de sobresalto al de completa tranquilidad con esa rapidez envidiable peculiar en los niños, a poco se durmieron profundamente. Y la misma Francisca, rendida de cansancio y de emociones, quedó sumida en una especie de sueño o de sopor que reparó sus fuerzas y ordenó un tanto su espíritu.

Al día siguiente, con más calma, se puso a analizar la situación.

¿Qué le iba a ocurrir a la chica al separarla de su familia? Separarla era matarla, o por lo menos destrozar su tierno corazón, porque no solo creía la chica que ellos eran sus padres y Rufino su hermano, sino que los quería como a tales, con exaltación propia de una criatura amante, de una sensitiva. La escena de la noche anterior, en que la pobrecilla se revolvía y agitaba angustiada y

llorosa a la sospecha o la posibilidad de la separación, daba a Francisca la medida del golpe tremendo que recibiría la chica ante el hecho real de la separación.

¿Y su hijo? ¿Cómo quitarle a Rufino aquella hermanita a la que amaba con delirio, a la cual guardaba cuanto él pudiera tener y cedía invariablemente lo mejor de las frutas y de la comida, y de la cual vivía pendiente? ¿Qué disgusto no se llevaría su bondadoso mocete?

Ella misma, ¿cómo dejar la chica? La verdad era que ella la quería con toda su alma.—«¡Si es una monada!—pensaba Francisca,—con su **carica tan fina y tan alegre, buena y dócil como una malva, lista, aplicada, cariñosa, modosica para todas sus cosas, y con aquella ley que les tenía lo mismo a su marido y a su hijo que a ella!**». Y además, que ella le había salvado la vida, como quien dice, y la había criado, y la había limpiado cincuenta mil veces, y le había enseñado a hablar, y a rezar, y a saludar a las personas mayores, y ¡vaya!, que la quería como si fuese hija **suya**, y no la cambiaría por nada del mundo. Hasta aquel momento no se había dado cuenta Francisca de lo que amaba a la niña.

Y, lo que era aún más importante, ¿qué diría Manuel? ¿Cómo presentarse a él sin la chica? Aquel hombre, con un corazón tan grande que no le cabía en el pecho; que tenía concentrados su cariño y todos sus sentidos en la familia; que

cifraba la ilusión de su vida en los chicos, hasta el punto de haberse resuelto a abandonar la vida apacible que disfrutaban—y con la cual tan admirablemente se avenían los gustos de ambos esposos—y a correr los peligros de empresa tan arriesgada como la de ir a América, empezando por desquiciar su modo de vivir, todo ello por los chicos; aquel hombre que idolatraba a sus hijos, lo mismo a la chica que a su hijo propio, ¿qué diría y qué haría si ella se presentara en América sin la *moceta*? ¡Oh, no! No era esto posible porque se desesperaría su marido.

—Pues, ¿qué hacer, Señor, qué hacer?—se preguntaba apurada Francisca.—¿Escribiría a Manuel refiriéndole lo que ocurría y diciéndole que volviera? Era esto lo más sencillo, pero tenía una porción de inconvenientes:

En primer lugar habían vendido las pocas tierras que poseían y renunciado a otras que llevaban en arriendo; habían vendido también su borriquillo, los útiles de labranza, en fin: todo lo que constituye el tren de trabajo y el elemento de vida de los pequeños labradores, y no era fácil adquirirlos de nuevo para ponerse en el mismo plan, cuando en el viaje de Manuel y en lo que tuvo que llevar, y en los preparativos para los chicos y para ella se había empleado una buena parte de lo obtenido con la venta de sus cosillas. Para esto, además, había que aguardar meses mientras las cartas iban y venían, y entre tanto habían de comer los

chicos y ella, comprando todo «a peso de oro», con lo que llevarían sus pequeñas reservas un apretón que quizás no podrían resistir.

En segundo lugar, en el pueblo se burlaban cruelmente de los que habiendo ido a América o a una capital o mejorar de fortuna habían regresado «con las manos en la cabeza», y los tachaban de vagos, de viciosos o de malos; y los recibían en todas partes con unas risicas y con unos dichos, y hasta con cantos más o menos argentinos, que levantaban ampollas; y les largaban unas indirectas que sacaban sangre. ¡Como si en los éxitos y en los fracasos de lo que los hombres nos proponemos no intervinieran a veces (no siempre) circunstancias independientes de nuestra voluntad, de nuestras aptitudes, de nuestra diligencia y de toda previsión humana!; pues aunque los hombres en nuestro orgullo atribuimos fácilmente los éxitos propios a nuestra voluntad fuerte, a nuestro talento o a nuestra habilidad, y los éxitos ajenos a la suerte, así como los fracasos propios a la desgracia, y los ajenos a la ineptitud o a la imprevisión, esto en la mayor parte de los casos no es exacto: porque si es incuestionable que la voluntad contribuye y es en muchas ocasiones la determinante del éxito, es también incuestionable que, por razones que no alcanza el hombre, hay seres a quienes casi todo sale bien, y hay seres que rara vez aciertan en lo que se proponen y

que, por tal desgracia o tal contratiempo, no consiguen en su vida «sacar los pies del plato», por mucho que suden.

Y respecto de este punto, Francisca conocía bien a su marido: el trato cruel a los fracasados en la lucha por conquistar la fortuna será todo lo injusto que se quiera en una buena proporción de casos, pero era en Otearán una realidad, era moneda corriente y admitida; y como Manuel tenía su dignidad, o su orgullo, o su amor propio, no volvería en condiciones de tener que sufrirlo: o volvería con algunos ahorros, o no volvería.

De manera que no era posible llevar la niña porque no lo permitían; no era posible ir sin ella; no era posible dejar de ir a América, ni era posible aguardar. ¡Nada!: un problemita que no lo hubieran resuelto fácilmente los sabios de la tierra, y que a la buena Francisca le volvía los sesos agua.

Así anduvo la pobre mujer unos cuantos días preocupada, sin comer de fundamento, sin dormir, sin saber qué hablaba ni qué hacía, y realizando los mayores esfuerzos para no llamar otra vez la atención de los niños; mientras estos, procurando formarse una idea del país en que estaba su padre y al cual habían de ir ellos, la acosaban preguntándole si había allí cerezas, si había pollicos, si había corderos blancos, si había casas tan averiadas como en Otearán, si los viejos y las viejas de allí tenían tantas arrugas y tan mal ge-

nio como los de aquí, y si la gente andaba en dos pies. Y contestando como podía y «sudando el quilo», pasó Francisca unos cuantos días sin ver la salida del atolladero.

Mas la necesidad aguza el ingenio, según dice el refrán, y también aguzó el de Francisca: a fuerza de dar vueltas en aquel callejón, sin salida al parecer, se le ocurrió una idea que le pareció felicísima, y que resolvía de plano su conflicto: llevarse la chica a escondidas, sin que nadie lo supiera.

Tuvo sus dudas de si con ello cometería una falta, pero no se le ocurrió que fuera un acto de verdadera gravedad que podía costarle un disgusto serio. Tenía Francisca su punto de vista particular para juzgar esta cuestión y orientar su conducta, y con arreglo a este punto de vista resolvía la cuestión a su favor y justificaba sus propósitos presentes y conducta futura con una claridad pasmosa:

La chica había sido encontrada sobre la vía férrea, expuesta a ser destrozada por el primer tren; luego era indudable que los padres de la niña la habían abandonado. No quería Francisca suponer que los padres la habían colocado o mandado colocarla allí para que el tren la destrozara, pues así como un legislador romano omitió incluir el parricidio en su código penal porque, según dijo a los que le llamaron la atención sobre esa omisión, no concebía que hubiera un hombre capaz

de matar a sus padres, tampoco Francisca, tan excelente madre, podía admitir que hubiera unos padres capaces de perpetrar el horrendo crimen de matar a su hijo; pero en todo caso resultaba incontestable que habían abandonado a la chica, entregándola a una persona cualquiera, y acaso a una persona que estuviera interesada en hacerla desaparecer. Y Francisca pensaba que los padres que abandonan un hijo, y más si lo abandonan sin adoptar las debidas precauciones para que sea recogido en una de esas santas casas de maternidad, pierden todos los derechos sobre ese hijo, al título de padres y al cariño del niño. El derecho de los padres sobre la niña quedaba, pues, totalmente excluído en concepto de Francisca, y dejaba la cuestión de justo derecho limitada a la inclusa y a ella o a su familia.

Puestas las cosas en ese punto, pensaba Francisca en lo que la inclusa y ellos habían hecho respectivamente por la chica: la inclusa la recibió cuando fué recogida en la vía y la tuvo unos meses, cuidándola muy bien, ¡eso sí!, pero al fin unos meses; mientras que ellos la tenían en casa hacía siete años dándole lo mejor en la comida, en los vestiditos y en las caricias de la familia. Por todo lo cual concluía Francisca que en justicia la chica era más de ellos que de nadie.

En cuanto a lo bueno o mejor en la resolución de la cuestión, Francisca pensaba, a su manera, que una madre desnaturalizada o despegada hasta el

punto de no sentir el amor maternal,—el más intenso, el más abnegado, el más heróico, el más puro, el único quizás desinteresado en la familia humana cuando la mujer es buena y aún cuando no está completamente depravada;—que una mujer, por otra parte, probablemente viciosa, acaso sin fundamento moral y tal vez incapacitada ya para formar un hogar de honradez, de confiada intimidad, de santos afectos, de mutuos sacrificios, que forman el ambiente de un hogar debidamente constituido, y donde mejor se modela el corazón de niños y niñas; que una madre así no daría cariño: verdad, ni sólidos principios morales, ni sana y adecuada orientación a la chica, aun cuando le diera cierto barniz de instrucción. En manos de una mujer así—pensaba Francisca—una niña corre peligro de perderse, o por lo menos es muy probable que se la prepare deficientemente para la vida en sus diversos aspectos. En resumen: después de excluir el derecho de los padres al dominio del hijo al cual abandonaron, Francisca lo excluía también en lo que afecta a este aspecto de la cuestión, y dejaba el pleito planteado, como antes, entre la inclusa y ella.

En la inclusa—discurría—¡sí!: sin duda alguna estaría la chica a cubierto de todas las necesidades; le enseñarían cuanto es preciso saber para ser una mujer instruída y apta para gobernar una casa, y hasta cosicas extraordinarias en bordados, labores y otros conocimientos propios de

la mujer; le inculcarían sólidos principios religiosos y morales; le proporcionarían oportunamente colocación de buenas garantías si hubiera de trabajar; y, cuando hubiera de tomar estado, le facilitarían el modo de ser religiosa, si tal fuera su vocación, o una boda, más o menos ventajosa materialmente, pero siempre decorosa y aceptable, si estas fueran sus inclinaciones.

Pero todo esto—se decía Francisca complacida—lo tendría la chica con nosotros, y tendría además una familia completamente amante y completamente suya que estaría como hasta ahora: «mirándole a la boca». Manuel estaba ganando bastante en una buena casa, y ella tendría colocación en la misma casa con un sueldo magnífico para una mujer. Contarían, por tanto, con medios para pagar un colegio bueno, aunque modesto, a la chica, donde aprendería ésta letras, labores finas y otras cosas hasta de lujo; y ella le enseñaría en la casa de sus amos y en el seno de la familia a guisar, a limpiar y a arreglar una habitación, a gobernar una casa, a coser, a zurcir, a echar buenos remiendos a pantalones y faldas, y hasta a hacer un vestido nuevo y flamante con pedazos de prendas viejas. Respecto a religión y otros buenos principios, además de lo que le enseñaran en el colegio—que ellos mirarían a que fuera de buena ley—Francisca le machacaría todas las cosas que puede y sabe decir una mujer

buena; y, sobre todo, la chica solo vería en casa buenas prácticas y saludables ejemplos, porque en su casa nunca había habido un asunto obscuro, ni una riña, ni una palabra mal dicha, ¡ni, Dios mediante, la habría nunca! ¡A eso nos podíamos dar a la vejez!—se decía la buena Francisca riéndose, con esa expresión que pinta la seguridad de que no ha de ocurrir lo desagradable en que se piensa.

Después de hacerse estos considerandos a medida de su deseo, Francisca se convencía de que lo mejor para la chica era estar con ellos. Y resultando que por razones de justicia era la chica más de ellos que de nadie, y que en cuanto a lo bueno, y aún a lo mejor del caso también estaban las razones de su parte, a pesar del tono solemne con que el respetable don Evaristo le había dicho que no podía llevársela, Francisca se afirmó definitivamente en su propósito de llevársela a escondidas; y solo pensó ya en la manera de efectuarlo sin que se apercibiera nadie que pudiera impedirselo, a fin de que no le echaran el alto.

Para combinar su plan de fuga le sirvió a maravilla la carta que unos parientes suyos de otro pueblo le escribieron, instándole con gran empeño a que fuera a pasar con ellos unos días antes de marchar a América. Enseñó, con manifestaciones de gran satisfacción, aquella carta a sus vecinas, y les dijo que como eran parientes cercanos y siempre había mediado entre ellos gran cariño

y trato de verdaderos parientes, no quería desairarlos, y que iría a pasar una temporada con aquellos parientes; con lo cual despistó a las vecinas respecto de su plan verdadero, que era del modo siguiente: como los vapores para América salían los días quince de cada mes, ella saldría de Otearán con sus dos hijos tres o cuatro días antes, diciendo que iba al pueblo de sus parientes; pero en lugar de ir a ver a éstos iría directamente al puerto de embarque, donde una paisana y gran amiga suya tenía una fonda o casa de huéspedes; llegaría con un par de días de tiempo para embarcar cómodamente, y se largaría con los chicos antes de que nadie se diera cuenta de su jugada.

Llevaría a la mano algunas ropicas para el viaje, las menos posible; y el resto del equipaje se lo dejaría a una vecina de toda confianza, a la cual escribiría oportunamente, una vez en América, dándole instrucciones para la remisión.

A sus chicos les dijo lo mismo que a las vecinas, para evitar que una vez más se confirmara aquello de que «los niños y los locos dicen las verdades».

Y era tal la fama de formal y de veráz que gozaba Francisca, que nadie en la vecindad puso en duda que iba al pueblo y a la casa de sus consabidos parientes con el fin de pasar en su compañía algunas semanas.

Combinado así el plan de escapatoria y preparadas convenientemente sus cosillas, el día once,

muy de mañana, salió Francisca de Otearán con sus dos chicos; y un par de horas antes de llegar el tren estaban los tres en la próxima estación.

Llegó el tren a su hora dando unos resoplidos terribles y produciendo unos ruidos que hacían temblar a los pequeños; y nuestros viajeros se apresuraron a subir y a acomodarse encogiditos en un rincón. Luego sonaron las campanadas y los avisos de reglamento, y el tren reanudó majestuosamente su marcha.

Francisca estaba sobrecogida, completamente asustada. Abandonaba, quizás para siempre, aquel pueblo que era el suyo, aquella tierra que tanto le gustaba y donde había vivido siempre tranquila y feliz; se separaba de aquellas vecinas sencillas y buenas que la respetaban y querían casi con veneración, acaso para no verlas más; y emprendía el viaje a un país muy lejano, de donde unos volvían ricos y al parecer felices, otros pobres y abatidos por los trabajos, las decepciones y los años; y otros no volvían: seguramente los más desgraciados, salvo contadas excepciones. ¡Y en qué condiciones emprendía aquel viaje!: teniendo que ocultar su marcha, teniendo que sustraerse a la mirada de las gentes, como un criminal, por temor a que le arrebataran aquella hija, como ella la llamaba.

Cuando el tren llegó a la estación del pueblo en que vivían sus parientes, Francisca retiró los chicos de la ventanilla y ella se recogió cuanto pu-

do. Hubiera querido meterse debajo de los asientos, por si daba la casualidad de que estuviera en la estación alguno de ellos o alguna persona conocida. Pero no apareció por allí persona alguna que la conociera; y cuando el tren se puso de nuevo en marcha, Francisca respiró como si le hubieran quitado un peso de encima. ¡Ya había salido del primer apuro!

Mas no desaparecieron sus temores del todo, ¡ni mucho menos! Hasta que se viera en alta mar no se creía libre de contratiempos; y por eso hubiera visto **con** gusto que el tren y el tiempo volaran, que aquellos cuatro días que faltaban para verse en alta mar pasaran en un instante. Pero las cosas no iban tan de prisa como ella quería: aquel tren, que decían que *andaba* una barbaridad de kilómetros cada hora, iba tan despacio como una carreta tirada por bueyes. Y luego las paradas en las estaciones: ¡qué eternidad! ¿Para qué detenerse tanto rato en cada estación? «Dos minutos de parada», «cinco minutos de parada», decían los empleados; pero seguramente los minutos del ferrocarril eran diez o veinte veces más largos que los de todas partes. Francisca recordaba que en su casa se pasaban las horas y los días «en un abrir y cerrar de ojos»; y en aquellas estaciones no se acababa nunca un minuto. ¡Qué manera de engañar a la gente!

Como todo tiene término en esta vida, también lo tuvo el viaje de Francisca y sus hijos; y al

cabo de diversos sobresaltos e impacencias se vió Francisca, ¡no se lo creía!, en la casa de huéspedes que en el puerto de embarque tenía una paisana y excelente amiga suya: la señora Bernarda, a la cual encontró Francisca tan amable y campechana como siempre, y un poco más gorda que otras veces. Unas horas más, y el barco al salir pondría fin a las inquietudes.

Bernarda era también de Otearán, como Francisca y su familia; y aunque tenía algunos años más que ésta, desde la infancia habían sido buenas amigas.

Cuando tenía Bernarda veintiún años fué a servir a la misma casa de huéspedes a que se dirigieron Francisca y sus hijos; casa que a la sazón era propiedad de Bernarda, y que cuando esta fué a servir pertenecía a otros paisanos, parientes lejanos de Bernarda. A los veintiún años entró de criada en esa casa, y a los veintitrés era ya dueña y señora de la misma. Su encumbramiento fué, pues, rápido, pero honroso y, además, merecido:

Bernarda era una mujer fuerte, moral y físicamente; una de esas mujeres fuertes y admirables que constituyen y caracterizan el tipo más genuino de mujer navarra. Robusta y lista, se hacía pronto cargo de las cosas y ponía un caudal enorme de voluntad para cumplir su obligación y aún excederla; era honrada a carta cabal en todas las acepciones de esta palabra, y celosa de parecerlo;

delicada para mirar por los intereses ajenos; abnegada hasta cuidarse de los demás más que de sí misma; ahorradora sin cicatería; de un fondo de bondad o de generosidad que la impelía en toda ocasión a socorrer una necesidad, a aliviar un sufrimiento o a echar una mano al trabajo que correspondiera a otras; y de carácter franco y jovial, que suele ser patrimonio de las personas buenas. Una de esas mujeres admirables y benditas que llenan una casa de sana alegría, de confianza familiar y de respeto, de austeridad, de virtudes, por decirlo así. Una de esas mujeres ante las cuales huye o se desvanece toda idea de baja; ante las cuales el bueno se alegra de ser bueno y de merecer su aprecio, y el malo deplora serlo y se siente inferior y avergonzado. Una de esas mujeres con cuya presencia y trato todo el mundo se siente contento y se considera honrado.

Toda mujer de esas condiciones, sea cual sea la esfera en que actúa, conquista siempre y en todas partes la consideración y la estimación de cuantos le tratan y un puesto distinguido; y así sucedió a Bernarda: luego de llegar a la casa ganó el aprecio de todos, se hizo cargo perfectamente del negocio, y a poco era la indispensable en todos los quehaceres y en todas las secciones: era el alma de la casa.

Tenían los dueños de la casa un hijo que miraba con marcada simpatía a Bernarda, no solo por su despejo y aplicación, ni solo por su fi-

gura—pues era una buena moza,—sino particularmente porque era buena y de una dignidad delicadísima y resuelta para parar los pies, a las primeras de cambio, a cualquiera que se permitiera la menor libertad de ademán o de palabra; y convencido Gregorio—que así se llamaba el hijo de la casa—de que además de todas esas circunstancias que tan atractiva la hacían a sus ojos, concurría la de tener un carácter y una gramática parda muy a propósito para el negocio de sus padres, que él había de heredar, la habló formalmente exponiéndole lisa y llanamente su deseo de casarse con ella. Y tras la sorpresa de ella ante la salida de Gregorio—que ni le había pasado por la imaginación, porque creía que Gregorio tendría otras aspiraciones;—y tras de la sorpresa y las reflexiones de los padres de Gregorio—quienes no se opusieron a esa boda porque solo querían la felicidad de su hijo y veían que, efectivamente, la muchacha valía mucho—se efectuó la boda; y Bernarda pasó de un salto, de criada a dueña joven de la casa.

Murieron los padres de Gregorio algunos años después, y también murió Gregorio, dejando a Bernarda dos hijas, un pequeño capitalito y un negocio en su casa de huéspedes, no muy grande, pero seguro siguiéndolo bien, porque estaba la casa acreditada.

Con estos antecedentes, y sabiendo que Bernarda amaba con pasión a su tierra y a todas las

gentes *de por allí*, y que era además antigua amiga de Francisca y de su familia, nos explicaremos que se pusiera loca de alegría al ver a su amiga: la apretó en un abrazo, con aquellos brazos formidables, casi hasta ahogarla; le estampó media docena de besos completamente intirreglamentarios por lo fuertes y ruidosos, que le hubieran descompuesto a Francisca la figura si hubiera tenido la endemoniada costumbre de pintarse la cara; y se entregó a verdaderos transportes de efusión entre reniegos y reconvenciones cariñosas, por no haberla avisado Francisca su viaje.

Dejó por fin a la madre para coger a los chicos, los cubrió alternativamente de besos, los zarrandó. los sobó a su gusto, y les llenó los bolsillos de galletitas. ¡Caramba! ¡Qué estiradito estaba Rufino y qué guapillo: pintado a su padre!; porque Bernarda recordaba que cuando ella estaba en Otearán, Manuel era ya un guapo mozo. ¿Y la chica? ¡Qué criatura tan preciosa y qué simpática, con aquella carita fina y sonriente, con aquel pelo sedoso, con aquella mirada clara y candorosa! ¡Y que también iba creciendo!

—Pero, ¿esta es vuestra borti... (1)—quiso interrogar Bernarda.—Mas no pudo acabar porque Francisca le cortó con tan brusco ademán, y puso

Borte, o borta: En Navarra es bastante corriente denominar con estas palabras a los expósitos y expósitos.

tal cara de ansiedad, que Bernarda se tragó el final de la pregunta, adivinando lo que había respecto del particular, esto es: que la chica no sabía nada acerca de su origen y creía que era hija de Manuel y Francisca.

—Esta es nuestra hijica, Bernarda—respondió con la posible naturalidad Francisca;—nuestra Alejandra, que ha de ser la moza más resalada y más buena de América. Porque aún no te he dicho, Bernarda, que en el barco que saldrá pasado mañana embarcaremos para ir a donde está Manuel.

—¿En el barco de pasado mañana? Y ¿qué clase de amiga eres tú—prorrumpió indignada Bernarda—que no has venido quince días antes para pasarlos con nosotras, para que yo os enseñara la población, descansaseis del viaje e hiciéramos las cosas despacio? ¡No tienes fundamento ni ley de amiga! Las cosas no se hacen así.

—Pero mujer, ¿no comprendes que todo el tiempo es poco para preparar un viaje de estos? Para cuando se vende lo poco que los pobres tenemos, y se cosen las ropicas y se hace una cosa y otra, se pasa el tiempo sin sentir. Y luego, ¡vamos!, que como una no tiene los dineros abundantes....

—¡Qué dinero ni qué cuerno frito!—exclamó impetuosamente Bernarda.—Aquí no tienes tú cuestión ni apuros de dinero. Hubieseis comido con nosotras, la comida de casa, monda y lironda, que

eso no vale nada; y si no queríais que os tuviera de balde, que es lo que yo hubiese querido, me hubieras dado lo mismo que gastabas en casa, y negocio concluído. «Entre sastres no hay costuras», como dice el refrán. Y hubiésemos pasado dos semanas gloriosas, contándome tú tu^s cosas, contándote yo las mías; diciéndome tú lo que escribe Manuel de aquel país, y lo que pasa con toda aquella buena gente conocida de nuestra tierra; y andando arriba y abajo en esta población, que es muy hermosa y animada; y divirtiéndome mucho a los chicos, porque aquí hay medios de hacerlo. ¡Pues no tengo yo pocas ganas de hartarme de noticias de las cosas y familias conocidas de nuestro país! ¡Vamos; si sería capaz de encajarte ahora mismo una buena zurra!

—¡Sí, sí, mujer!, ya te creo que serías capaz de dármela, porque se te conoce en la cara—respondió Francisca riéndose de buena gana, al ver la indignación con que hablaba su amiga;—pero hazte cargo de que ahora no podía yo disponer de tanto tiempo, porque eran un sin fin las menudencias que tenía que preparar. Pero no hay que apurarse, que otra vez será, porque no nos vamos del mundo y, Dios mediante, ya volveremos nosotros y vendremos a tu casa, y hablaremos por los codos, y hasta vendrás con nosotros a la tierra, pues para entonces se habrán casado tus hijas y llevarán tu casa, y tú no harás aquí maldita la falta.

—¡Quién sabe, mujer, quién sabe! De menos nos hizo Dios. Sino que cuando volváis vendréis con mucho sombrero y mucho guante y querréis una fonda de más copete que la mía. Y—agregó, dando suelta a su carácter alegre—si os ocurre venir aquí, vendréis hablando muy finos, tratándome de «vos» y diciendo y haciendo cosas muy aristócratas. Y habrá que ver a Manuel llamándome «señora doña Bernarda» y haciéndome reverencias, y a mí sin saber qué contestarle ni qué cara poner.

—Búrlate cuanto quieras; pero yo te aseguro que si vivimos nos has de ver aquí en tu casa tratándote «a la pata la llana», como siempre, aunque te empeñes en que te llamemos señora doña Bernarda y en que te tratemos de usía. Porque nosotros somos como somos, y no seremos nunca de otra manera; y porque aún sin la amistad que tenemos de antiguo, lo que hoy me has dicho te lo agradeceremos siempre, pues bien conozco que te has ofrecido de todo corazón.

—¡Bueno, Francisca, bueno!, de lo último no se hable, pero de lo primero te cojo la palabra: aquí habéis de venir cuando quiera que volváis y como quiera que volváis, y aquí estaréis en vuestra casa.

Mientras hablaban las dos amigas, la servidumbre y las hijas de Bernarda fueron sirviendo la cena a los huéspedes; y cuando estos terminaron, se reunieron las dos familias en el comedor.

cito reservado para los de casa, donde despacharon una cena sencilla y verdaderamente familiar, pero tan distinta de la que Francisca y sus hijos acostumbraban, que a estos les pareció la tal cena una especie de banquete de Lúculo.

Durante la cena prosiguió la conversación, con variaciones sobre el mismo tema, acerca de las cosas y las gentes de la tierra de las dos amigas, y con las miradas retrospectivas inevitables entre personas entradas en años que se han conocido de jóvenes.

—¡Chica, chica!—decía Bernarda.—¡Cómo pasan los años! Parece que era ayer cuando yo era una moza de veinte años y tú una *moceta* de diez y siete, que andábamos bailando en las fiestas de aquellos pueblos, y cantábamos en las rogativas, sin más pena ni preocupación que un pajarito en primavera; y en un abrir y cerrar de ojos se encuentra una con que las amigas tienen hijos casi mozos y con que una misma tiene hijas mozas, canas y hasta estas gorduras que dicen que dan a la vejez. Y eso que ya hace años que no me peso, en primer lugar porque no quiero saber si engordo o nó; y en segundo lugar, porque el ganso ese del boticario que tiene la báscula me gastaba algunas veces unas guasicas que me encendían la sangre, y algún día le iba a dar yo algún zartaco (1), que le iba a volver la cara al

Za rtaco: bofetón.

revés. ¡Ya estamos hechas unas viejas, Francisca; unas viejas que en la plaza del mercado no se venderían por cuatro pesetas la pareja! Y a todo esto sin saber cómo se han pasado los años. Decía aquí un huésped de esos que leen mucho y se enteran de tantísimas cosas, que un tal Calderón decía que la vida es un sueño. Como aquel que dice, que se pasa sin sentir. ¡Qué razón tenía el tal Calderón!

—Por lo regular sí, se pasa sin sentir; sino que algunas veces se siente más de lo que se quiere....

—Yo me acuerdo mucho—prosiguió Bernarda sin fijarse en el tono ni ver la miga de las palabras de Francisca—de lo que gozábamos en las fiestas de aquellos pueblos, y dando gavillas, y cantando en las parvas, y vendimiando, y en mil cosas por el estilo; así como de toda la gente de nuestro tiempo. Me acuerdo mucho de Manuel, de tu marido, cuando era mozo, alto, guapo, serio, sin decirle una mala palabra a nadie ni dar qué hablar en ninguna forma. ¡Como que no te merecías semejante marido!,—terminó riéndose.

—Pues hija—replicó Francisca siguiendo con gusto la broma—le estás echando unas flores que me vas a poner celosa perdida.

—«A buena hora mangas verdes», podemos decir aquí, porque ya estamos todos hechos unos vejstorios. Pero créeme que cuando me dijeron que se casaba contigo, dije: Ahí si que pega bien

aquello de «tal para cual»: guapo él, guapa ella; bueno él, buena ella; serio él, seria ella; en fin: una boda que ni pintada. No tendrán nunca palabra de más ni palabra de menos.

—Y así ha sido, gracias a Dios—confirmó Francisca.—Nunca me ha dado mi marido motivo de disgusto, grande ni pequeño, porque es un hombre bueno a toda ley; ni yo tampoco he debido darle motivos de queja, porque jamás me ha regañado ni le he visto enfadado. Pero tú tampoco puedes quejarte, Bernarda, porque según mis noticias tu Gregorio era un bendito, un hombre buenísimo y buena figura, y que además te quería con delirio. ¡Por supuesto, que eso de que te quería, bien a la vista está! Como que me parece que ahora pega mejor que antes lo de «no te merecías semejante marido».

—Poco a poco, hija—protestó Bernarda soltando una carcajada,—que tampoco Gregorio se tiró al mar. Bueno era él, buenísimo, amante de su casa, formal todo lo que puede ser un hombre, y enemigo de dar que hablar; pero yo, aparte de que decían que era una real moza, he sido siempre una mujer como se debe ser: sin pensar más que en hacer felices a todos los de mi familia—¡pudieran decirlo los padres de Gregorio y los míos!;—en cuidar de mis hijas, en trabajar sin tenerle compasión al cuerpo, y en ahorrar hasta una cuatrena para que ninguno de los míos careciera de lo preciso. Ya les digo a estas hijas

mías, porque es la verdad y aquí, en confianza, lo puedo repetir:—«Tenéis que ser muy buenas si habéis de llegar a vuestros abuelos y a vuestros padres; y si alguna de vosotras se torciera, ¡Jesús no lo permita!, vuestros abuelos y aquel bendito padre vuestro, vendrían de la sepultura a pedirnos cuenta, y yo me volvería loca de pena».

Entre estas conversaciones íntimas y gratas terminó la cena; y como los viajeros se caían de cansancio y de sueño, especialmente los niños, los llevaron a la habitación dispuesta para ellos por Bernarda: una habitación grande relativamente, aunque obscura, donde pudieran estar los tres con amplitud y cierta comodidad, junto a la que ocupaba Bernarda con sus hijas.

Les puso Bernarda sobre la mesa una gran botella de agua y un buen puñado de caramelos; ayudó a desnudar y a acostar a los chicos—a los que Francisca persignó devotamente,—y los dejó para que descansaran, no sin decir dos o tres veces a Francisca: «Si algo os ocurre no dejes de llamarme, porque ya sabes que aquí estás en tu casa. No dejes de hacerlo, ¡vaya!».

Y se despidieron Bernarda y sus hijas con el tan genuinamente navarro: «hasta mañana, si Dios quiere».

Los niños, no bien tocaron la almohada se quedaron profundamente dormidos. Con sus caritas inocentes y hermosas, y agitados de vez en cuando

por algún bello sueño que les hacía sonreír, parecían dos angelitos.

Francisca se quedó embelesada mirándolos, y no pudo resistir a la tentación de besarlos con amoroso afán, suave, suavísimamente, para no despertarlos, pero poniendo un inapreciable caudal de ternura en aquella expansión maternal. ¡Qué guapísimos eran sus hijos! «Dos verdaderas perlas preciosas que podían presentarse donde quiera en la seguridad de causar admiración y envidia»—pensaba Francisca;—y se sentía altamente alhagada en su legítimo orgullo de madre.

«La verdad es—seguida pensando Francisca mientras se disponía a acostarse—que me van saliendo las cosas muy bien. Mi mentira la han creído en Otearán a puño cerrado: todos me creen en casa de mis parientes, y ni la menor sospecha tiene nadie de que estoy aquí para embarcar dentro de algunas horas. Bien me duele haber mentido y haberles engañado, pero lo que es ahora no había más remedio. Ya lo comprenderán así cuando lo sepan, que lo han de saber, porque cuando yo tenga segura la chica he de escribirles al pueblo explicándoles el caso en que me veía, para excusar mi mentira y también para que nadie se imagine alguna otra cosa, pues a lo mejor hay gente mal pensada».

«¿Y ésta Bernarda?—proseguía en su soliloquio Francisca.—¡Qué mujer tan buenaza y qué

amiga tan verdadera! Vale lo que pesa en oro, ¡y hay que ver lo que pesa!, porque, como estar «de buen año», como decimos en nuestra tierra, lo está de verdad. Bernarda sí que no se parece a otras gentes de las capitales, que en los pueblos son muy llanas y campechanas con todo el mundo, pero si se les encuentra en la capital, «si te he visto no me acuerdo». ¡Con qué cariño me ha recibido, qué abrazos y qué besos me ha dado, que parecía que me iba a comer los dos carrillos! ¿Y a los chicos? Temiendo estaba yo que me los estropease a fuerza de besuquearlos y manosearlos, y de peinarlos con los dedos. Y luego, el trato como de familia, el meternos todo por la boca, porque todo le parece poco para hacernos agasajo; y, lo que más estimo, tanto ofrecerse con la mejor voluntad del mundo, y tanto incomodarse porque no hemos venido unos días antes para pasarlos con ellas. ¡Ay!, Bernarda, Bernarda! ¡Si supieras en qué condiciones hemos venido! ¡Si supieras en qué brete me veo! Después de lo bien que se porta con nosotros yo debía decirle lo que me pasa; pero por otra parte tengo miedo, no sea que el diablo, que siempre está a lo que se presenta, meta la pata. Lo mejor será callarse ahora y escribirle en cuanto lleguemos a América, explicándole la cosa y diciéndole que si no le he contado todo no ha sido por falta de confianza, sino por no comprometerla si sucedía algo».

«De todos modos—continuó diciéndose Fran-

cisca, muy animada ante este pensamiento—en poco está: dentro de cuarenta y ocho horas ya estaremos mar adelante; y dentro de treinta días, si no hay novedad—que no la habrá, porque dicen que los barcos son ahora segurísimos—ya estaremos en América. Y se acabaron los apuros, y toda la familia reunida, y a la chica «que le echen un galgo». Por supuesto, que ya, por pasados los apuros, porque en arrancando el barco se acabará el peligro.

Y tanta alegría sintió Francisca ante estas risueñas reflexiones que se hubiera echado un baile ella sola por menos de una *cuatrena*.

«¡Por cierto!, ¿quién me había de decir—se preguntaba Francisca—que había yo de desear embarcarme con tanto afán como lo deseo en este momento? Yo, que tanto miedo he tenido siempre al mar, y que cuando veía a una persona que se despedía para América me parecía que miraba a una persona que se despedía del mundo, estoy tan impaciente por embarcar que no veo la hora de poner el pié en el barco y volar por el agua. Aquí sí que es verdad que el dolor vivo quita el dolor sordo, porque el miedo grande a perder la chica me ha quitado el miedo a embarcarme. Porque la verdad es que a pesar de lo bien que va saliendo mi plan, no estaré tranquila hasta que vea en lugar seguro a esta muñeca. ¡Asco de críos—exclamó envolviendo a los chicos en una intensa y dulcísima mirada,—que le dan a una más

disgustos que todo lo que ellos valen! Pero es que soy una fátua, con tanto miedo, precisamente cuando solo me faltan unas horas para salir de cuidados. ¡Ea! No pensemos más que en dormir tranquilamente, por de pronto, y en preparar mañana todo para embarcar y echar un vuelo de treinta días para reunirnos con Manuel, que estará contando las horas que faltan para llegar. ¡Menudo alegrón va a tener aquel hombre cuando nos vea allí a los tres, porque es el hombre más amante de la familia que puede haber. Si él supiera lo que me sucede, ¡vaya unos apuros que estaría pasando!».

«Y luego—terminaba Francisca—a trabajar de firme, para tener contentos a los amos y ganar para estos dos pelendengues, y para ahorrar cuatro cuartos para cuando seamos viejos, que a viejos hemos de llegar, y si no mal pleito. «Una mujer laboriosa y de confianza», dice Manuel que quieren los amos. Lo que es por trabajar sin tenerle duelo al cuerpo, ya pueden estar tranquilos los amos, lo mismo de parte de Manuel que de la mía, porque además de que estamos en buena edad, somos fuertes y estamos bien zurrados en el trabajo; y en cuanto a gente de confianza, no es porque yo lo diga, pero lo cierto es que ni Manuel ni yo tenemos que acusarnos de haberle quitado a nadie el valor de un alfiler, ni quiera Dios que jamás nos dé semejante tentación. ¡Pues hombre!, a eso nos podíamos dar a la vejez. ¡No, no! :

ya pueden estar sin cuidado los amos, que si oro molido nos entregan, oro molido encontrarán, sin que falte un grano».

Entre estos planes y estas ilusiones, y viéndose ya en una casa grande y lujosa disponiendo comidas, ordenando ropas, cuidando niños hermosos y ricamente vestidos, limpiando muebles preciosos y por ella nunca vistos, y hablando con Manuel y con los hijos después de concluido el trabajo cotidiano, allá en una habitación retirada de la casa grande y señorial, sobre lo que habían hecho durante el día, sobre lo que habían de hacer al día siguiente, sobre lo cariñosos que eran los amos, el buen trato que recibían y la buena soldada que ganaban, amén de alguna que otra excursión por el vasto y accesible campo de las imaginaciones acerca del porvenir de los pequeños; con la cabeza llena de diversos y gratos pensamientos, y sin acordarse ya de los temores de los pasados días, la buena Francisca se durmió tranquilamente y soñó de largo las venturas que apetecía y esperaba, corregidas y aumentadas con esa variedad, riqueza de tonos y dimensiones maravillosas que adquieren las cosas y los acontecimientos en los sueños.

A la mañana siguiente, por la fuerza de la costumbre se despertó Francisca muy temprano, y al punto quedó más despejada que un gallo, y un si es no es agitada. Por más que procuraba tranquilizarse diciéndose y repitiéndose que no había el menor motivo de inquietud, tenía cierto desasosiego, cierto sobresalto, una especie de miedo que no le permitía estar tranquila.

Los chicos seguían durmiendo tan ricamente, y del resto de la casa no se percibía una voz, ni el menor ruido, señal segura de que no era hora de levantarse las personas decentes. Y sin embargo, Francisca hubiera jurado que había dormido una eternidad. ¡Tan satisfecha de sueño y tan despejada se encontraba!

—¿Qué hora será?—se preguntaba Francisca.

Acostumbrada a conocer la hora en la *altura* de las estrellas, en la de la luna *cuando había*, o en la proximidad del sol al horizonte, o en el canto puntual de los gallos, o en el alegre bullicio con que los pájaros saludan al amanecer de cada día, a Francisca se le hacía imposible orientarse en aquel cuarto a que difícilmente llegaba en pleno día la luz del cielo, y a ninguna hora los sonoros y regocijantes cantos de los pobladores del campo y del espacio.

—Pues, «quieto el perro»—se dijo Francisca, queriendo convencerse de que debía seguir dur-

miendo;—y a dar media vuelta más». Y Francisca dió varias medias vueltas a la derecha y otras tantas a la izquierda para cuando oyó ¡por fin! algunos ruiditos leves, luego pasos dados con cuidado para no molestar a la población durmiente, y al cabo la voz poderosa de Bernarda, dando órdenes a su pequeño y disciplinado ejército:—«Usted, Brígida—decía a una de las criadas—vaya a arreglar el número seis y el número catorce, cuyos huéspedes se han marchado la noche pasada; usted, Jacinta, riegue los tiestos y póngalos en la azotea hasta las once, para que reciban las caricias vivificantes del sol naciente, como dice aquel comisionista de garbanzos mejicanos y de jamón yankée que hace las décimas de catorce versos; usted, Carlota, disponga el comedor para cuando empiecen a levantarse los señores; tú, Encarnación, hijica querida, date una vuelta por la cocina para ver como van los desayunos... ¡Ah!, y poned en el hornico unos bollos con manteca, para que estén bien tostados cuando se levanten Francisca y los chicos, porque eso les gustará mucho».

—«¿Has visto qué mujer esa?—se dijo Francisca, que había oído todo el plan de batalla dispuesto por Bernarda, y que se apresuró a levantarse de la cama.—¡Estar pensando en nosotros desde el punto de la mañana! No sabes cuánto te lo agradezco, Bernarda; y si algún día puedo, has de ver que somos gente que entiende y corresponde

el cariño que le dán. Pero... ¿qué ha dicho? ¿Bollitos con manteca para desayunar? ¡Jesús, qué porquería! Nosotros no queremos guisar ni las patatas con manteca, y aquí, por lo visto, se la comen con el chocolate. ¿Habrá ocurrencias en el mundo? Bernarda, te agradezco muchísimo tu buena voluntad; pero eso de que yo me empapuje de manteca de par de mañana, «no lo verán tus ojos...»

—«Y entre tanto—pensaba Francisca vistiéndose—el tiempo pasa sin parar un momento, lo mismo para el que espera lo bueno que para el que teme lo malo; y yo me encuentro con que solo me queda un día de estar en España y de tener miedo. Porque la verdad es que no me lo puedo quitar. ¡Qué ganas tengo de verme en medio del mar!».

«Y a todo esto—prosiguió fijando la vista en los niños, que dormían como dos justos—estos dos señoritos durmiendo como dos leños. ¡Ea!,—exclamó golpeándolos alternativa y suavemente:—tú, señor dormilón, y tú, princesita, ¡arriba!, que ya es hora de levantarse los niños formales. Con que fuera pereza y vamos a ver si nos lavamos bien, si nos vestimos las ropicas de cristianar, si nos ponemos como dos soles, y a dar los buenos días a la tía Bernarda, que hace rato está levantada y nos tiene preparado el desayuno».

Y en efecto: momentos después, Francisca y sus hijos, con los mejores vestidos disponibles,

se presentaron en el comedor familiar, donde ya les aguardaba Bernarda, la cual los recibió con la cara sonriente y cariñosas palabras de salutación.

—Vamos a ver—les dijo—qué queréis desayunar. Aquí no se permiten cumplidos, sino que cada uno ha de comer lo que le apetezca. Hay café y chocolate hechos, y en casa tenemos de todo, porque como muchos huéspedes hacen una especie de almuerzo cuando se levantan, necesitamos estar preparadas. Por tanto, decid si queréis cualquiera otra cosa, porque no hay que salir de casa a buscarla.

—Pues con franqueza, Bernarda: el mejor desayuno para nosotros es una jicarica de chocolate, con unos remojones de pan.

—¿Una jicarica de chocolate?—replicó Bernarda riéndose.—¡Ah, infelíz!, ¡una jicarica! Si ya no se usan las jícaras más que en los pueblos, donde la gente se mata de trabajar y vive poco menos que en perpetuo ayuno. En estas poblaciones, el que se conforma con tomar chocolate lo toma por tazas, y tan adornado y reforzado que el chocolate resulta lo de menos, a pesar de tratarse de una taza. Así que si queréis chocolate tomaréis una taza con su correspondiente bollo con manteca, o bizcochos, o ambas cosas el que tenga gana, y un buen vaso de leche, como de ordinario toman la dueña de la casa y sus distinguidas hijas. ¿Qué os parece mi plan, queridos?—terminó dirigiéndose a los chicos.

La cara risueña y los ojillos alegres que pusieron los chicos demostraban claramente que estaban en un todo conformes con la proposición de Bernarda; pero enseñados a no aceptar nada sin permiso expreso de su madre, miraban a esta esperando una resolución favorable en atención a lo excepcional del caso, y en atención también a que ya les habían abierto el apetito; mas a Francisca le parecía semejante desayuno una enormidad, un verdadero derroche, y se opuso resueltamente:

—¿Estás loca, Bernarda? ¿A dónde vamos a parar?

—Bueno, Francisca; aquí no se discute. Tu comerás lo que te pongan delante, y los moços comerán lo que yo les dé, porque hoy mando yo en ellos. ¿Lo entendéis, *salaus*? Hoy mando yo en vosotros, y habéis de hacer lo que yo diga y nada más. ¡Ea!, ya están aquí los chocolates, y yo misma voy a hacer el reparto: esto para tí, esto para los pequeños, y la mejor ración para mí, por aquello de que «el que parte y bien reparte...», y porque no se puede negar que soy la persona de *más peso* en la reunión. A comer todo el mundo de buena gana porque hasta el mediodía hay buena porción de horas, y además vamos a tener movimiento toda la mañana. Quiero que aprovechemos las pocas horas que os quedan de estar aquí para que veáis algo de esta población. Unos ratos en coche y otros andando, podremos ver por la mañana

algunas cosas: iremos primero al puerto para que veáis los barcos y sepáis cómo es el que os ha de llevar; entraremos en la iglesia del puerto, que es muy bonita, y después pasaremos en coche por el Paseo de los Castaños, por la Plaza del Ayuntamiento, y entraremos en el mercado para que veáis las montañas de frutas y verduras, y la cantidad de pescados, de carnes y de mil cosas, que nos comemos aquí todos los días.

—Y oye, Bernarda, ¿y cuándo hay que sacar el bolote?—preguntó a este punto Francisca.

—¿Qué dices? ¿Qué es eso de bolote?

—Ese papel para el barco, mujer. El bolote, el bollete, el bonete, o la chanfaina. Aguarda, que aquí tengo la carta de Manuel que lo dice.

Y diciendo y haciendo, Francisca levantó su saya o falda encimera para buscar la carta de Manuel en una *faltriquera* «de padre y muy señor mío»: una bolsa descomunal que traía atada a la cintura con una sólida cuerda; una bolsa que bien podría llamarse media alforja, porque de todo tenía: tenía el nombre de bolsa, pero por sus dimensiones parecía un ojo de alforja. Una de esas bolsas que la generalidad de las mujeres usaba en tiempos de nuestras abuelas, y que no se explica uno por qué no las usan las mujeres de ahora, pues tales bolsas eran evidentemente muy prácticas, ya que en ellas metían las mujeres antiguas, la media que estaban haciendo con su buen ovillo de hilo de algodón o de lana, traspasado

por medio con cuatro o cinco grandes agujas; un par de carretes de hilo blanco y negro; un canuto con agujas de coser; un portamonedas de cierres metálicos con varios compartimientos en que cabían cómoda y separadamente la plata que había en casa, la calderilla, el rosario y los retratos de la familia; la baraja para jugar la partida de truco; un *moquero* de a metro en cuadro; la merienda de los chicos; la chocolatera con su correspondiente molinillo, mas alguna pastilla de chocolate, por lo que pudiera tronar en la partida de truco, que a veces se enredaba y complicaba; y alguna otra cosilla que pudiera hacer falta en la iglesia o en el zaguán donde se echaba la partida. Una bolsa a la cual se podían aplicar perfectamente unos versos muy malos con que los niños de mi pueblo—los que eran niños hace 80 años—se desquitaban de su maestro cuando éste les castigaba sus faltas sacudiéndoles a toda marcha la badana:

Monsieur Chuleta
Tiene un gabán,
Que en cada bolsa
Le cabe un pan;
Y si le aprietan
Cuatro libretas,
Y si le apuran
Dos criaturas.

En esa bolsa buscó y rebuscó y al cabo encontró Francisca la carta de Manuel, que entregó

abierta a Bernarda, señalándole el párrafo que trataba del asunto a que se refería.

—¡Acabáramos!—exclamó Bernarda después de leerlo.—Se trata del «boleto», como llaman los americanos al pasaje o billete de pasaje para el barco.

Y después de haberse quedado un momento pensativa, mirando a Francisca le preguntó:

—Pero qué, ¿a estas horas no tienes aún tomado el boleto?

—¿Yo? ¡No!, no lo he tomado aún.

—Pues hija—replicó Bernarda riéndose— por mí me alegro mucho, porque así voy a conseguir tenerte aquí unas semanas; pero por tí, que tanta prisa parece que tienes por marchar, lo siento en el alma. Mas es el caso que en el barco de mañana no iréis: tendréis que aguardar al del mes que viene, porque para el de mañana no habrá ya pasajes.

Un rayo que hubiera caído a los pies de Francisca no le hubiera producido más grande terror ni mayor angustia. Le pareció que se le desplomaba la casa encima, que temblaban las esferas, que se acababa el mundo. ¡Un mes más sin embarcar! Pues no podían ocurrir pocas cosas en un mes.

—¡Qué me dices, Bernarda?—interrogó desolada.—¡Por Dios!, ¿qué me dices?

—Lo que oyes, Francisca: que hará ya muchos días que estarán tomados todos los pasajes para ese barco. Algunas veces se puede conseguir

a última hora algún camarote de los más caros, de esos que solo pueden pagar las familias millonarias; pero los pasajes baratos, que son para gente pobre, los despachan con anticipación de semanas y aún de meses, debido a que viajan más personas pobres que millonarias. Pero ¡si ya te lo dice aquí tu marido: «Encarga con bastante tiempo el boleto, no sea que luego no lo puedas conseguir».

—¿Con más tiempo aún del que tenemos, un día nada menos? En el tren se toma el billete cuando una se va a montar, y yo creía que para los barcos era igual.

—Pues no es igual, sino muy distinto, porque es preciso pedir el billete para los barcos varias semanas antes de su salida. Pero no te apures por eso, ¡mujer!—decía Bernarda con risa creciente—ni pongas esa cara de angustias, que no es puñalada de pícaro: ya te digo que aquí estás en tu casa, que no tienes que apurarte por dinero ni por ninguna otra cosa, y cuando ofrezco, ofrezco con alma, vida y corazón. ¡Que tengo yo pocas ganas de hartarme de hablar de nuestra tierra! Verás, verás, qué mes tan a gusto vamos a pasar. Te has de alegrar infinito de pasarlo aquí, sobre todo por los chicos.

—¡No, Bernarda, no; eso no puede ser! No sabes el trastorno tan grande que eso sería. Es preciso de todo punto que mañana mismo embarquemos, sea como sea.

—Pero chica, ¿por qué esas prisas? Verás qué sencillamente se arregla todo. Mira: hoy escribes una carta para Manuel diciéndole que os quedáis a pasar unos días con nosotras, porque yo me he empeñado tanto que no has podido escapar del compromiso; y que en el barco del mes que viene iréis. Y como esa carta la recibirá Manuel por el barco que saldrá mañana, se quedará tan tranquilo y contento, y aquí no se ha perdido nada.

—¡Imposible: no puede ser! Tenemos que ir en el barco de mañana aunque paguemos más; y si no basta el dinero que tengo, tú me prestarás lo que falte y te lo mandaremos de allí. Pero es preciso que embarquemos mañana. Créemelo: ¡es preciso!

—Bien, bien—asintió Bernarda, suponiendo que había alguna razón para esa actitud de Francisca y que no debía insistir más.—Si tanto empeño tienes, vamos a ver si es posible. Dificilillo lo veo, pero miraremos si hay medio de que embarquéis mañana.

—Te suplico, Bernarda, por lo que más quieras, que te valgas de todas tus amistades para que vayamos mañana. ¡Por Dios, Bernarda!—agregó con voz ahogada y casi llorando.—No nos descuidemos, te lo suplico.

—Pues, nada, nada—repuso Bernarda, quien empezó a sospechar que algo de particular había en las prisas y los apuros de Francisca.—Manos a la obra. Si de mi depende embarcaréis mañana.

Por consiguiente, para las ocho y media estate preparada, pues yo también me prepararé; y a las nueve en punto estaremos en las oficinas de la Compañía.

—Y ¿por qué hemos de aguardar a esa hora? ¿No sería mejor ir enseguida?

—Sería inútil ir antes de las nueve, porque hasta las nueve no abren las oficinas. Iremos, pues, para esa hora, o un poquitín antes para que nadie nos coja la delantera. De todos modos el tiempo se pasa a escape y las nueve llegarán sin sentir. Así que vamos a arreglarnos para salir; y entre tanto calma, mujer, no te acongojes de esa manera, que no se acaba el mundo.

Momentos después Bernarda, mientras se vestía un flamante traje de calle, pensaba en el incidente ocurrido con motivo del billete de pasaje de Francisca y sus hijos; incidente que primero despertó en ella alguna sospecha y luego su curiosidad. Y despierta la curiosidad en una mujer, ¡vaya usted a poner vallas a su imaginación y a su afán de saber las cosas!

«Pues señor—pensaba Bernarda—aquí debe haber algún misterio, porque parece que está Francisca «que no le llega la camisa al cuerpo». ¡Cómo se ha apurado cuando le he dicho que no podrán embarcar mañana, y cómo ha perdido el color! ¡Si estaba ya para romper a llorar! Pero ¿qué misterios se puede traer entre manos una mujer como esta? Enredos de faldas o de panta-

lones, ¡ni soñarlo!, porque lo mismo de moza que de casada ha sido tan formal y tan seria como la que más y verdaderamente una mujer como Dios manda; trapisondas de cuentas o cosa por el estilo tampoco debe ser, porque estos han vivido siempre con mucho juicio, no han estirado la manga más que el brazo, y dentro de su pobreza, les ha sobrado siempre un pan; apreturas de dinero en el momento, tampoco es, porque ya sabe que yo le daría con gusto lo que le hiciera falta, y además, ya me ha dicho hoy que si tiene que pagar más por el pasaje y no alcanza lo suyo, me pedirá lo que sea menester. Y ¿qué otra cosa puede ser? ¡Vaya!, quiero saberlo; no sea alguna cosa que yo pueda remediar y esté la pobre Francisca con reparos para decírmelo. ¡Voy a su cuarto ahora mismo!»

Y sin pensarlo más, y quizás sin poder aguantar más, Bernarda se coló de rondón en la habitación que ocupaba Francisca con sus hijos, en la cual estaba la consternada mujer con sus humildes vestidos ya puestos, sentada en una silla y tratando de ocultar a los pequeños dos lagrimones que se le escapaban de los ojos.

—Vengo—le dijo en voz baja sin más preámbulos a Francisca—a decirte que no se por qué se me figura que a tí te sucede algo; y si es así y yo puedo remediarlo, me sabría muy mal que no tuvieras franqueza para decírmelo.

Los dos lagrimones que hacía rato bailaban en los ojos de Francisca saltaron seguidos de otros, luego que Bernarda comenzó a hablar. En su estado de ánimo, con menos que aquella afectuosa solicitud de su amiga le basta a una persona como Francisca para romper en llanto, y eso mismo le ocurrió a ella; pero aún tuvo sobre sí dominio suficiente para indicar con un ademán a Bernarda, que no siguiera hablando delante de los niños—los cuales estaban afortunadamente entretenidos en conversaciones y proyectos trascendentales,—y darle a entender que hablaría con ella a solas.

Francisca, que se veía en verdadero aprieto y que iba sintiendo la necesidad de comunicar su situación y sus temores a Bernarda, se los contó con toda franqueza, persuadiéndola con su relación de que su prisa por embarcar al siguiente día no era un mero capricho, sino una medida necesaria para poder llevarse la chica y quién sabe si para evitarse algún contratiempo.

Cuando oyó las explicaciones de Francisca, Bernarda se quedó un rato pensativa y callada, pues no quería soltar una palabra que aumentara las inquietudes de su amiga; pero se hacía a sí misma algunas consideraciones:—«¡Caramba!—pensaba Bernarda—a mí me parece este un lío bastante complicado. Resulta que Francisca no es dueña de disponer de la chica como a ella le parezca, porque hoy por hoy quien manda en la chica es la inclusa; y si la que manda es la inclusa

y la inclusa no le ha dado permiso para que se la lleve a América, si Francisca se la lleva viene a ser, ¡vaya!, como si se la llevara robada. Y en estas cosas de los huérfanos, las leyes son muy rigurosas, y tienen que ser porque hay gente desalmada que haría con los boricos herejías. Y aunque ¡claro!, estos son más buenos que el pan y se la quieren llevar con la mejor intención del mundo, la ley es igual para todos, y a pesar de la buena intención de esta familia, si esto se averigua y cogen a Francisca, le darán un disgusto mayúsculo. Esto es lo que me parece a mí, por lo que tengo oído».

Como es corriente y natural en la criatura humana, instintivamente pasó Bernarda enseguida a pensar en sí misma: en las derivaciones que pudiera tener aquel lío que se traía entre manos Francisca; en los perjuicios que a ella pudiera acarrearle.

Nada pone más de manifiesto la pequeñez del ser humano que ese egoísmo que todos llevamos como si lo arrancáramos del vientre materno antes de salir al mundo, y que en muchos casos, en la mayor parte de los casos, preside y dirige las acciones y la vida del hombre. Ante todo asunto de interés general, ante todo negocio que se relaciona con nosotros, ante un problema cualquiera que se presenta a nuestra vista, la imaginación se fija y se detiene a analizar estas interrogantes o estos conceptos: ¿qué beneficios puede

traerme esa cuestión? ¿Qué complicaciones pueden sobrevenir, o qué perjuicios puede acarrear?

Tal es el movimiento primo, el impulso egoísta que surge espontáneo en el primer momento, y que tropieza y en muchos casos es reñido por la razón y la voluntad, pues no en balde es el ser humano un compuesto de animalidad y raciocinio: tiene pequeñeces y egoísmos, pero tiene también concepto de lo justo y de lo bueno y, en general, espiritualidad. Son dos tendencias contrarias que cada criatura lleva dentro de sí, y que la llaman y la sacuden en pugna para que las atienda y satisfaga. Y precisamente porque existen y actúan activamente en toda criatura esas dos tendencias opuestas, que la llaman y requieren con imperio en sentido contrario, existen el ser generoso y el egoísta: el grande, moralmente, y el ruin; como en otros aspectos, dentro también de la condición humana, existen el hombre *racional* y el hombre *animal*, porque es la misma criatura humana quien decide con su voluntad a cuál de esas clases o categorías quiere pertenecer. Quién después de sentir los tirones del egoísmo, o de los apetitos, razona, se les sobrepone y los vence, es un ser racional; quien se deja dominar y sucumbe, es un hombre animal. La determinante de ser altruísta, caritativo, generoso, bueno en una palabra, consiste o está en eso: en que hay en la criatura egoísmo natural, una inclinación fuerte a cuidarse

de sí propio, y el hombre los vence por razón de bondad, de generosidad, de espiritualidad.

También en Bernarda, mujer generosa y buena, pero al fin criatura humana, surgió ante las explicaciones de Francisca ese movimiento primo, ese impulso espontáneo, extraño a la voluntad, esa idea sugerida por el egoísmo innato; y se puso instintivamente a reflexionar:—«Si esto que intenta Francisca es según la ley, como a mí me parece, cuestión bastante grave; y si se averiguan las cosas antes de que embarque, cosa que puede muy bien suceder si no embarca mañana; y si se llega a saber que no solo ha estado aquí con la chica, sino que yo favorezco su marcha, ¿qué puede ocurrirme a mí? ¿hasta qué punto puedo verme envuelta y complicada en este lío?»

Mientras Bernarda, completamente abstraída y entregada a sus meditaciones, callaba, Francisca la miraba con el alma puesta en sus ojos, extrañándose del silencio de su amiga. Ella había esperado una aprobación espontánea y completa a lo que intentaba hacer, y un apoyo incondicional en Bernarda; y a medida que se prolongaba el silencio de esta, aumentaba gradualmente la inquietud de Francisca.

Al cabo de varios minutos, que a Francisca le parecieron tan largos como los del ferrocarril—¡y cuidado que aquellos eran largos!,—Bernarda sacó de penas a su amiga disponiéndose a hablar. Había terminado sus reflexiones, y en su corazón genero-

so se habían impuesto a todo egoísmo y a todo temor la decisión de contribuir a lo que le parecía bueno, su consecuencia con la amistad y cierto sentimiento de compasión hacia Francisca.

«Manuel y su mujer—había pensado Bernarda—son gente de sanas ideas y excelente corazón, están en buena edad para trabajar, son fuertes y laboriosos, tienen buenas colocaciones, aman a la chica de verdad, y parece indudable que con ellos estará la chica perfectamente y saldrá una mujer de bien. Precisamente todas las previsiones de la ley referentes a los huérfanos persiguen eso: que los expósitos estén bien atendidos en su instrucción, en su educación y en sus necesidades materiales; y desde este punto de vista, si los que habían legislado en esta materia conocieran a los padres adoptivos de Alejandrita, serían los primeros en darles la huérfana. Por otra parte, Bernarda veía a una familia amiga metida en un conflicto, y a una mujer atribulada que le confiaba sus secretos y pesares, y ponía en ella toda esperanza; razones muy suficientes para decidir a la bondadosa Bernarda a ayudar resueltamente a su amiga.

—Mira, Francisca—le dijo.—Tan ajena estaba yo a sospechar lo que te sucede, que no es de extrañar que sin querer le haya dado mi cabeza unas vueltas a lo que me has contado. Pero ya he tomado mi partido, que es el que te puedes suponer: pase lo que pase y venga lo que venga, tan mío

cuento el asunto como tuyo, y por consiguiente iremos pensando las dos lo que convenga hacer. Ahora que me has hecho la confianza, pienso, como tú, que lo mejor es que desaparezcáis pronto de aquí: si es posible en el barco de mañana, y si no es posible en ese, en el primero que salga. Iremos, pues, a las oficinas de la Compañía ahora mismo, que ya es hora, y suplicaremos que os admitan aunque sea para ir encima de las maromas; y si a pesar de todo no puede ser, anotaremos el pasaje para el primer barco, y entre tanto calma, que no se consigue nada con llorar y apurarse; y «ver venir».

—Gracias, Bernarda, gracias. No sé cómo te podremos pagar tanto cariño y tanta voluntad. Pero haz todo lo que puedas para que embarquemos mañana, porque me ha entrado un miedo que no me cabe en el cuerpo.

—Déjate de cumplidos, que entre nosotras no hay por qué, y vamos derechas al asunto.

—¡Carlota!—gritó Bernarda a la criada.—Vaya a escape a esa plaza de al lado y traiga un coche de punto que nos lleve a las oficinas de la Compañía. Pero volando ¿eh?, porque la cosa es urgente.

A las nueve en punto estaban las dos mujeres en las oficinas de la Compañía ante la ventanilla de la sección de pasajes, cuyo jefe era un señor amable y servicial, y además muy amigo de Bernarda.

—Don Ramón—dijo ésta llamándolo por su nombre.—¿Me hace usted el favor de atendernos un momento?

—¡Caracoles!, doña Bernarda—exclamó el llamado don Ramón, dirigiéndose a la ventanilla con un semblante risueño que denotaba el placer que le producía la visita.—¡Qué cara de vista! Ni por equivocación viene usted por aquí, aún sabiendo cuánto se le aprecia.

—¡Sí!—replicó Bernarda riéndose como se ríe a los buenos amigos.—Vendré a verle a usted la cara. ¡Como la tiene usted tan atractiva...!

—No todos hemos de tenerla como usted, amiga mía—repuso don Ramón galante y alegremente:—cada vez más guapa, más simpática y hasta más joven. ¡De veras que sí!

—¡Vaya usted de ahí, señor embustero!, que no piensa más que en reirse de las amigas. No le creo una palabra de esto que ha dicho de mi cara... ni de lo otro—terminó Bernarda recalcando sus últimas palabras.

—¿Cómo de lo otro? ¿A qué se refiere usted?—interrogó don Ramón, quien se había fijado en la manera particular de pronunciar Bernarda sus últimas palabras.

—Me refiero a eso que decía usted: que aquí se me aprecia mucho, que todo es deseo de complacerme, etc.

—¡Ya lo creo que es así, doña Bernarda!, y la mejor manera de saber como hablan las personas

es ponerlas a prueba. «Obras son amores y no buenas razones»; los hechos prueban la amistad y el afecto, no las palabras, muchas veces vanas o hipócritas. Y conste que no se lo digo a humo de pajas, porque al verla a usted aquí—a usted, ingrata amiga, que ni a dar los buenos días se acerca al pasar,—y al verla venir tan de mañana, no me cabe duda de que algo desea de nosotros. ¿He acertado?

—Ha acertado usted, amable don Ramón. Es un asunto sencillo a mi parecer.

—¡Ya pareció aquello! Bien me figuraba yo que usted no venía solo por saludarme. ¡Bueno!, pues a decirme enseguida qué asunto es ese para que se lo despachemos en un periquete.

—Se trata sencillamente de que esta señora, que es de mi tierra y una amiga de siempre a quien aprecio mucho, tiene necesidad de embarcar inmediatamente con dos hijitos suyos para América, donde está su marido, y quiere pasaje de tercera clase para el buque que saldrá mañana.

—¡Caracoles!, doña Bernarda, lo siento mucho, ¡créamelo!, pero es el caso que en eso que a usted le parece tan sencillo es absolutamente imposible complacerla porque hace ya muchos días que todos los pasajes están comprometidos.

—¡Vamos!, don Ramón—insistió Bernarda,—haga usted un poder: busque usted un hueco para estos amigos, aunque sea en la bodega de mercancías, porque tienen verdadera precisión de ir en el

barco de mañana, y porque yo tengo el mayor interés en que se les sirva, aunque sea de clase más cara.

—Muchísimo lo siento, mi querida amiga, pero no puede ser porque, como he dicho, todos los pasajes están comprometidos. Precisamente es esta la época en que vuelven a América los españoles de buena o de regular posición allí establecidos que suelen venir a pasar una temporada en su tierra, los cuales ordinariamente traen pasaje de regreso, o si no los anotan con toda anticipación; y como, por otra parte, van ahora muchos trabajadores atraídos por el reclamo de que hay allí mucho trabajo y buenos sueldos o jornales, resulta que semanas antes de salir cada buque nos piden los pasajes de las clases superiores y los pasajes baratos. De modo que es imposible de todo punto proporcionarles lo que desean.

—¡Por Dios!, don Ramón—se atrevió a decir con voz desfallecida Francisca, que estaba poco menos que demayándose,—busque usted un medio de que vayamos en el barco de mañana. Iremos en la bodega, como dice Bernarda, en la cocina, en cualquier rincón donde no estorbemos a nadie.

—Señora—respondió don Ramón dirigiéndose a Francisca—doña Bernarda, cuya familia ha tenido siempre gran amistad con la mía y cuyo marido era quizá mi mejor amigo, me conoce bien y sabe que si fuera posible las hubiera complacido sin dar lugar a insistir, por ella y por usted, basta

que es su amiga y y recomendada. Ningún buque puede admitir más pasajeros que los determinados de antemano con arreglo a su capacidad, sin faltar a la Ley. Por tanto, eso que ustedes piden no se puede hacer porque lo prohíbe la Ley.

—¡Porra!, con la dichosa Ley—prorrumpió impetuosamente Bernarda,—que por todas partes está estorbando a la gente.

—Efectivamente—replicó riéndose don Ramón al ver el aire con que Bernarda había protestado contra la Ley,—en este caso nos estorba y yo lo siento mucho; pero considerando la cuestión imparcialmente hemos de convenir en que esas previsiones de la Ley están bien adoptadas, para impedir abusos y evitar molestias a los pasajeros.

—Así será, cuando usted lo dice, aunque es verdad que por ahora nos revienta. Pero en nuestro caso, ¿qué nos aconseja usted que hagamos, don Ramón?

—Sencillamente, que anoten ustedes ahora mismo los pasajes para el mes próximo. Les digo que ahora mismo porque en este momento quedan pasajes sin comprometer, aunque no son muchos; pero como va tanta gente de todas clases a América, es muy probable que dentro de una semana, quizás dentro de dos o tres días, nos pidan los que quedan. Todo se reduce a aguardar un mes; y un mes, señoras, pasa como quiera.

—¡Un mes, Dios mío, un mes todavía!—ex-

clamó Francisca consternada.—Y ¿no será posible ir antes de alguna manera?

—No lo creo. Pero si por casualidad, que no espero, hubiera algún buque especial para América, yo avisaría enseguida a doña Bernarda y reservaría desde luego pasajes para ustedes.

—Pues entonces, chica—dijo Bernarda—aquí no hay más remedio que anotar los pasajes para el barco del mes que viene. Por consiguiente, don Ramón, tome usted nota de tres: uno para Francisca y los de sus dos pequeños.

—Perfectamente. Quedan anotados.

—Y nada más, amigo don Ramón. Muchas gracias por todo y, si hubiera algún barco antes, no se olvide de avisarme.

—Pierdan ustedes cuidado, pero no confíen mucho en eso porque es poco probable que ocurra. Con que vayan con Dios; siento no poder servirles mejor, y usted, doña Bernarda, ya sabe dónde está un amigo que siempre se alegra de verla tan guapa, tan simpática y cada vez más joven, como he dicho antes.

—¡Vaya a paseo, vejestorio, que también usted se está haciendo viejo tan aprisa como yo. Hasta por el mal genio que se le ha puesto se le conocen las *quintas* que tiene encima.

Riéndose volvió don Ramón a su mesa y a sus números, y las dos mujeres entraron en su coche para regresar a casa de Bernarda, completamente

contrariadas ante la imposibilidad de que embarcaran al día siguiente Francisca y sus hijos.

En las dos era igual el disgusto ante aquella contrariedad, mas no era igual en ambas el estado de abatimiento, pues había una diferencia de perfecta relación con la diferencia de temple en el ánimo, o de caracteres: Francisca, de espíritu si no precisamente pobre, tampoco esforzado, viviendo siempre en su casita en envidiable tranquilidad, sin sacudidas de espíritu, sin choques, sin siquiera emociones fuertes, estaba amilanada, poco menos que temblando de miedo; por el contrario Bernarda, de ánimo naturalmente más fuerte, casi varonil, que se había fortalecido y templado en una vida de verdadera lucha, no estaba acobardada. Le disgustaba mucho y le preocupaba el ver como se iban enredando las cosas de su amiga y la situación delicada a que iban llegando, pero no se acobardaba ni perdía la serenidad. Y no era esta serenidad porque la cosa no iba con ella directamente, sino consecuencia del temple de su carácter. Si el asunto hubiera sido suyo personalmente, Bernarda hubiera estado lo mismo.

Mas de un hombre entre los acostumbrados a hacer pinitos filosóficos, han dicho que los acontecimientos, los reveses y las situaciones en general, tienen exactamente la importancia y el color que cada cual les concede; y esto no será una

verdad absoluta, pero encierra un fondo de razón, porque, sin duda alguna, el revés y la desgracia tendrán más o menos importancia, y la situación nos parecerá más o menos crítica, y aún contraria o favorable, según la apreciemos o según el ánimo con que nos dispongamos a afrontarla.

«Todo es según el color

Del cristal con que se mira».

Un suceso adverso que afecte por igual a cien personas, o una situación que afecte al mismo número, no será apreciada de la misma manera por las cien, ni por diez, ni acaso por dos. Hay quien en un contratiempo o en un pequeño quebranto se empeña en ver una verdadera desgracia, y desgracia resulta para él; mientras eso mismo no tendrá para otro más que importancia nimia, y no le quitará una hora de sueño ni de tranquilidad. Hay quién a sucesos naturales y corrientes les concede proporciones de catástrofes irreparables e insufribles, y se desespera; mientras otro, más razonable o más fuerte, los comprende como son y los soporta o les hace frente con entereza. Una familia que tiene de renta o de ingresos seis mil pesetas y que no alimenta otras pretensiones que las que corresponden a sus seis mil pesetas, vive dando gracias a Dios de que le concede medios de un pasar feliz; y otra familia con esa misma renta, pero con fastuosidades y grandezas en la cabeza, vive renegando de su

perra suerte. Un solterón *de los de varias quintas*, según la expresión de Bernarda, vive encantado con su independencia; y otro solterón tan maduro como aquel, se siente asustado, aterrado de su soledad. Y así sucesivamente ante todos los hechos y en todas las situaciones, como resultado de eso que llaman cuestión de apreciaciones, o cuestión también de caracteres; diferencia resultante de nuestra educación, de nuestra experiencia, de nuestra manera de pensar o del temple de nuestra alma. Lo cual demuestra que los que filosofan tienen razón... alguna vez.

Por esa razón, sin duda, mientras Francisca estaba atribulada y llorosa, Bernarda se mostraba serena y dispuesta a afrontar la situación.

—Mira, Francisca—dijo a su amiga,—seca ese lagrimeo, con el cual vas a acabar por alarmar a los chicos, porque no hay motivo para apurarse así. Toda la cuestión se reduce a aguardar aquí otro mes, que lo pasaremos perfectamente. Así que ¡ánimo!, que no se acaba el mundo ni mucho menos.

—¿Y si sucede algo en ese mes?—interrogaba Francisca, que no las tenía todas consigo.

—¿Qué ha de suceder, mujer, qué ha de suceder? No sucederá nada; pero aunque suceda algo, ¿qué por eso? ¿Nos van a ahorcar o a meter en la cárcel para siempre? ¡Mira!, vamos a pensar lo peor que puede suceder para que no nos sorprenda nada, porque me estoy temiendo que si

ocurre algo de improviso te va a dar un *patatús gordo*, que te va a acortar el viaje a América.

—Bueno, sí, pensemos todo bien.

—Supongamos,—dijo Bernarda,—que se averigua que estás aquí y que quieres embarcarte llevándote la chica, y que te dicen que nones, y te la quitan.

—¡Por Dios!, Bernarda, no me digas semejante cosa, porque solo de pensarlo me pongo mala. ¡Y aquél hombre, y nuestro *moqué!*, ¿cómo se pondrían? Y la chica, esa mocetica que nos tiene tanta ley y que no tiene más pensamiento que ver a su padre, porque hasta durmiendo lo llama, y soñando con su padre palmotea y se ríe, ¿qué había de ser de esa criatura sin nosotros? ¿No lo comprendes tú, Bernarda?

—¡Ya lo creo que lo comprendo; lo comprendo muy bien!—contestó Bernarda admirada y conmovida ante aquella mujer que se olvidaba de su propio riesgo para pensar en el corazón y el interés de su querida familia;—y precisamente porque lo comprendo bien quiero que supongamos lo peor que puede suceder, a fin de convencerte de que cualquiera cosa que suceda ahora, tiene un remedio fácil; que todo se reducirá a un poco de paciencia. Te voy a decir como veo yo las cosas: supongamos que sucede lo que te decía: que te quitan la chica. Pues en ese caso la llevarían a la inclusa, donde la irían educando y enseñando todo lo que necesita saber una mujer de provecho; tú te

irías con el hijo a donde está Manuel, y a la vuelta de unos cuantos años habréis reunido algunos ochavos, vendréis y podréis recoger otra vez la chica para siempre, o hasta que se case, o se vaya monja. ¡Y quién sabe si andando el tiempo—es una idea que se me ocurre de pronto—Rurfinico y la chica se encariñan y se casan! ¡Entonces la dicha para siempre en casa!

—No creas que no se me ha pasado eso por el pensamiento alguna vez—comentó Francisca animada con la idea y un tanto tranquilizada por la actitud y las explicaciones de Bernarda; —pero eso da tiempo para pensarlo. La cuestión es lo presente, y en eso puede ser que lleves parte de razón.

—¡Claro que tengo razón! Y aún te voy a poner las cosas peor, para que veas que todo tiene remedio y que todo es cuestión de paciencia; y así aprenderás a no ahogarte en un vaso de agua. Supongamos que dijeran que te llevas la chica, ¡vamos!, como si dijéramos robada.

—¡Ay, Jesús!—suspiró Francisca recayendo de nuevo en alarma.

—Déjame acabar, mujer, que solo estamos suponiendo. Pero aunque sucediera eso, el resultado sería siempre el mismo: siempre cuestión de paciencia, «nada entre dos platos», porque aunque quisieran decir eso y te llamaran a declarar para que dijeras por qué te la querías llevar y qué

pensabas hacer con ella, en cuanto abrieras la boca te dejarían ir.

—Y el chico, ¿qué vida había de llevar entre tanto?—preguntó la buena Francisca, que siempre pensaba en los demás antes que en ella.

—¿El chico? Pues aquí, conmigo. Malicamente había de estar: se le pondría su camica en nuestro cuarto, comería lo que le apeteciera, pasearía con mis hijas, que tanto lo quieren, y conmigo como ahora, y estaría como en la gloria. ¡Como que tendríamos luego nuestro trabajo para hacerle ir con su madre! Y todo esto suponiendo que no me dejen o no pudiera ir yo contigo, porque pudiendo ir, iría.

—Y con Manuel, ¿qué habíamos de hacer?

—Pues la cosa más sencilla del mundo: le escribiríamos contándole de pe a pa lo que ocurría; le explicaríamos el remedio que se podía poner un poco más adelante, le diríamos que no pasara cuidado por vosotros; y aunque el hombre se llevaría al pronto su disgusto, se quedaría luego conforme. Y por lo que a tí se refiere, aunque no me preguntas nada, para tu tranquilidad te digo desde ahora que, pase lo que pase, no os ha de faltar nada de cuanto necesitéis: comida, ropas, dinero, todo lo que haga falta. Gracias a Dios tengo medios para ayudaros en cualquier apuro y no tienes que preocuparte por nada. Los amigos y el dinero son para las ocasiones. Pero volviendo al cuento: suponiendo que sucediera todo

eso, que es lo peor que puede suceder, la chica iría a la inclusa, nosotras iríamos con el chico a donde fuera menester y volveríamos a esta misma casa en cuanto te dejaran en paz, que yo creo sería pronto; y luego a América, para que al cabo de algunos años hicierais lo que decía yo antes. ¿No te parece a tí así?

—Claro que, siendo tú como eres, todo resulta fácil—respondió Francisca casi riéndose al ver la sincera y generosa amistad de Bernarda.—Pero, ¿cómo y cuándo te podremos pagar tu grande voluntad, querida y bonísima Bernarda?

—¿Cuándo? Cuando vengáis de América con muchos miles y con todo el tren de sombreros, de pieles, de cadenas y de otras cosas que traen los americanos ricos. ¡Ja, ja, ja! A ver si se me presenta Manuel con uno de esos bombos desparrantes que me gastan algunos. Pero no hablemos siquiera de pagar porque no está bien hablar de tal cosa entre verdaderas amigas. Lo importante es lo que hablábamos; y ya veo que te vas convenciendo de que no tenemos la argolla al cuello.

—Así me parece, después de lo que has dicho.

—Pues no hay que darle más vueltas al asunto: calma y nada más. Y si ocurre alguno de esos contratiempos que hemos supuesto, calma también. «Al mal tiempo, buena cara», dicen por nuestra tierra; y es una receta que se le puede recomendar a cualquiera. ¡Ea!, punto en boca, por-

que vienen ya los chicos con mi querida hija, que los trae peinados a la moda y más brillantes que dos estrellas.

* * *

Al día siguiente ya se le había pasado a Francisca la impresión de cuanto le había dicho y razonado Bernarda, y estaba tan intranquila, o mejor dicho: más intranquila que si ésta no le hubiera dicho una palabra.

Las consideraciones y animosas resoluciones de Bernarda no habían sido más que una inyección de energía o de valor, cuyos efectos habían pasado; y a Francisca le parecía a cada momento ver entrar por la puerta dos alguaciles o dos guardias civiles, que iban a apoderarse de Alejandrica y a llevarla a ella atada codo con codo. Al renacer sus temores, como renacen invariablemente en las personas de carácter débil o que no están curtidas en la lucha y la adversidad, lo que había oído a Bernarda no le servía para calmar su inquietud, sino para aumentarla o exacerbarla. Ella no había pensado que las cosas pudieran tomar tanto vuelo como había indicado Bernarda. Que le quitarían la chica si se averiguaba que trataba de llevársela a escondidas, ya lo tenía descontado, y buena amargura le producía solo el pensarlo;

pero que pudieran meterla a ella en la cárcel, Dios sabe por cuánto tiempo, no le había pasado por el pensamiento. Recordando lo que Bernarda le había dicho comprendía que, efectivamente, las complicaciones podían llegar hasta ese punto, y esto la preocupaba extraordinariamente, no por lo que ella hubiera de padecer, sino por el conflicto que tales complicaciones significarían para todos los suyos, y quién sabe si también para Bernarda. Y en tal estado de ánimo, una voz, el ruido de unos pasos de persona que se acercaba, un rumor más o menos confuso, le producía la mayor alarma. Por la noche soñaba las cosas que temía y aún otras peores, y se despertaba frecuentemente muy asustada, extrañándose mucho al convencerse de que nada de aquello fuera verdad, para lo cual tenía que preguntarse repetidamente si estaba aún viva y pellizcarse para adquirir la seguridad de que estaba despierta. ¡Tan a lo vivo soñaba!

Pero transcurrieron dos o tres días sin que ocurriera nada de particular, y el cuarto día, y el siguiente, y la semana y la otra semana, sin que nadie se presentara por allí; y Francisca, en los comienzos ya del mes, en que debían embarcar, sentía tranquilizarse su corazón y alegrarse su ánimo hasta el punto de avergonzarse de su anterior cobardía.

—¿Lo ves? ¿No te decía yo que nada ocurriría?—exclamaba Bernarda, que iba leyendo a dia-

rio los cambios operados en el ánimo de su amiga.—Llegará el día quince tan tranquilamente, os marcharéis y «santas pascuas»; aquí no ha pasado nada ni ha habido más que una mujer *gabacha* que se moría de miedo.

—¡Qué quieres, chica! No lo puedo remediar, pero soy muy falsa: en cuanto me pasa cualquiera cosa me parece que estoy en un callejón sin salida.

—Pues haces mal, mujer, porque eso no es vivir. De todos modos, como nada se arregla llorando, es una grandísima tontería apurarse de esa manera. Lo mejor es lo que yo hago: si se presenta un negocio malo o un caso desagradable, lo estudio con calma, le pongo el remedio que me parece, pero sin alterarme, porque esto no conduce a nada. ¿Que el remedio resulta bien? Pues, de perlas. ¿Que no resulta bien? Pues paciencia: pleito que se perdió y no hay para qué acordarse de él, porque el acordarse no sirve más que para sufrir y desesperarse. Y a ocuparse de otras cosas que te produzcan lo que allí perdiste o que te quiten el escozor, sin volver la cabeza atrás. Te aseguro que es un sistema que ahorra muchas desazones.

—¡Qué fácil hablas, Bernarda! ¡Como si una pudiera hacer de sí misma lo que quiere! Si desde pequeñas nos enseñaran esas cosas, no digo que con la educación y el tiempo no llegara una a

dominarse; pero a mis años no se aprenden ciertas cosas porque están ya los huesos duros.

—No digas eso, porque tampoco yo las aprendí en la escuela a donde íbamos de niñas tú y yo. Las he aprendido «en la escuela de la vida», como dice aquel viajante de las décimas, y a fuerza de pasar rabieta y años. De manera que esto se aprende de vieja más que de niña, y en todas las edades viene bien. Y te lo recomiendo mucho a tí, porque creo eres una de las personas que más lo necesitan.

—¡No es para tanto, mujer! pues ya ves que estoy completamente tranquila.

A esta tranquilidad de que Francisca disfrutaba y de que casi quería hacer alarde, contribuía también la vida distraída que hacían.

Salían por la mañana Bernarda y ella acompañadas de los chicos, y en primer término iban misa, hoy en una iglesia y mañana en otra, a fin de ir viendo todas; de la iglesia iban a la plaza del mercado, donde refrescaban la boca con algunas frutas; del mercado al puerto, para ver la carga y descarga de los buques, y la animación propia de tales sitios. Por la tarde, después de comer «como unos duques», según la frase de Francisca, y de dar una «coscadica» para atenuar los horrores de la digestión, otra vez a la calle: a admirar los espléndidos ventanales de grandes tiendas, al muelle de los pescadores a ver llegar las lanchas abarrotadas de sardinas y otros pescados,

y a tal o cual espectáculo barato, que a Francisca le parecían el colmo del arte, y de riqueza y gusto en los vestuarios. Los ratos que pasaban en casa, las dos mujeres los entretenían haciendo algunas labores de provecho y hablando de su tierra. ¿No es tal vida como para resucitar a un muerto?

Los chicos por su parte, unas veces con Bernarda y Francisca, y otras con las hijas de aquella, estaban en la calle constantemente, y constantemente eran obsequiados con dulces, frutas y juguetes. La ciudad encantada les parecía aquella a los chicos; y en su infantil curiosidad se preguntaban por qué no estaba su padre allí, donde tan en grande se vivía; y por qué no había de durar aquello toda la vida. ¡Si era tan bueno!

Mas estaba dispuesto, por lo visto, que aquella vida tan apacible y aquella tranquilidad tan grata fueran interrumpidas; e interrumpidas fueron, bruscamente, dolorosamente, cuando menos lo esperaban nuestros personajes.

Habían ya olvidado hasta que podía amenazarles riesgo alguno, y confiadas y contentas se hallaban una mañana solas, las dos mujeres en el comedor particular de la casa dando un repaso a sábanas y manteles—pues los chicos habían salido con una de las hijas de Bernarda—cuando súbitamente, y sin haberse hecho anunciar, apareció en el comedor una figura que en cualquiera otra ocasión les hubiera agradado ver, pero que en

aquel momento les pareció aterradora y les heló la sangre: la figura de un sargento de la Guardia Civil.

Francisca no abrigó duda desde el primer momento: el sargento iba tras de ella, le quitaría la chica, la llevaría a ella detenida, en fin: se había formado sobre ella la tempestad y empezaba a descargar. Su primer impulso fué echar a correr, pero esto hubiera sido venderse, y además apenas se sentía con fuerzas en aquel momento.

Bernarda, por el contrario, hacía esfuerzos para sobreponerse a su impresión y se disponía a hacer frente a lo que se presentara con su acostumbrada entereza. Miró, pues, cara a cara al sargento tratando de dar a su rostro una expresión de satisfacción por la llegada del mismo.

—Buenos días, doña Bernarda y la compañía— dijo el sargento saludando amable y serio a la vez, mientras fijaba su mirada escrutadora en Francisca.

—Muy buenos los tenga usted, sargento Vázquez—correspondió Bernarda con voz serena.— ¡Caramba! ¡Cuánto tiempo hace que no viene usted por aquí! Cuando quiera era hora de que nos hiciera una visita.

—Pues no me la agradezca usted, doña Bernarda—replicó el sargento, quien seguía mirando con singular interés a Francisca.—Otro día vendré a visitarles, pero hoy no vengo de visita, sino por cosas del oficio, por razones de un servicio.

—Y ¿dónde ha de prestar usted ese servicio?— le preguntó Bernarda ligeramente alterada.

—Aquí mismo, en su casa. Ya ve usted si hay cosas desagradables.

—¿Aquí en mi casa? Pues ¿qué ocurre? ¿De qué se trata, señor Vazquez?—interrogó de nuevo Bernarda fingiendo extrañeza, pues en realidad, al ver la insistencia con que el sargento miraba y examinaba a Francisca, Bernarda se había tragado a qué iba.

—Sucede que reclaman de Navarra a una señora llamada Francisca Arangoiti, quien salió de su casa de Otearán hace tres semanas con dos niños, niño y niña; y reclaman también a esa niña que con ella está. Y como por los informes adquiridos se presume que dicha señora está en casa de usted con la niña en cuestión, me han ordenado que venga a busca a los dos: a doña Francisca y a la niña.

Al oír aquello, Francisca hubiera querido esfumarse en el espacio, o hundirse siete estados bajo tierra, y casi morirse, para no pasar aquel trago. Intensamente pálida, como si la sangre no llegara a su cara, y con expresión de verdadero terror, trató de hacer un esfuerzo para huír, pero sus piernas flaqueaban de tal manera que no le fué posible sostenerse de pié.

Nada de esto pasó desapercibido para el ojo perspicaz y experimentado del sargento, el cual se

convenció plenamente de que aquella mujer que tenía delante era la que él iba buscando.

El sargento sacó de un bolsillo un papel escrito, que desdobló; y mirando alternativamente al escrito y a Francisca, fué leyendo: «...dicha Francisca es una mujer como de treinta y siete años, más bien alta que baja, sin serlo exageradamente; de tez blanca con algunas pecas, aunque tostada; pelo rubio, peinado en trenzas y recogido sobre la nuca en forma de rosca; ojos azules y claros, mirada franca; en conjunto, buena presencia y aspecto de mujer bondadosa; viste como la generalidad de las labradoras navarras de modesta posición, y con telas oscuras...»

—Y no sigo leyendo—prosiguió el sargento hablando por su cuenta—porque, además de que las señas coinciden todas con las de esta señora, la impresión que le han causado mi presencia y mis palabras me dicen con toda claridad que esta señora es doña Francisca Arangoiti. ¿No es así?

—Sí, señor, yo soy—respondió Francisca con voz tan débil que parecía la de un moribundo.

—Así es; esta buena amiga es Francisca Arangoiti—confirmó Bernarda con voz entera.—Pero, ¿por qué la busca usted, amigo Vazquez? ¿Por qué y para qué ha de llevarse usted a Francisca y a la niña, si es que podemos saberlo?

—El «por qué», se lo puedo decir a ustedes con toda seguridad: porque me han ordenado conducir las dos al Gobierno Civil, y a esto he

venido. El «para qué», no es de mi incumbencia y, por tanto, no me corresponde hablar del asunto.

—Pero bueno, amigo señor Vazquez, usted es hombre que se hace cargo de las cosas y no tengo duda de que ha formado juicio de este asunto. Y como necesitamos saber de qué se trata, hasta para calcular qué necesita llevar Francisca, me tomo la libertad de suplicarle nos diga qué lio cree usted que es este.

—La verdad es que no me gusta hablar, porque nunca he tenido que arrepentirme de guardar silencio, y en cambio me he arrepentido algunas veces de haber hablado, a pesar de que, como usted sabe, no soy hombre propiamente hablador; pero como no se trata de un secreto de estado, ni de un asunto que requiera sigilo confesional, ni hay el menor peligro en que sepan ustedes en este momento lo que han de saber oficialmente dentro de algunos minutos, no veo inconveniente en acceder a su súplica diciéndoles que todo ello se reduce a que doña Francisca intenta llevarse a América una niña que no es suya, pues pertenece a la Inclusa; y que eso constituye un intento de robo de la huérfana.

—¡Qué robo ni qué ocho cuartos!—prorrumpió con voz fuerte Bernarda.—Esta amiga es una mujer de conciencia incapáz de robar nada.

—¡Bien!,— replicó el sargento riéndose del arranque de la impetuosa Bernarda:—quite usted la palabra cruda y sustitúyala con otra todo lo

suave que quiera, pero el hecho será siempre el mismo: que la huérfana pertenece hoy por hoy a la Inclusa, y no se la puede llevar nadie sin su autorización.

—Mire usted, señor sargento—intervino Francisca un tanto recobrada de su primera impresión.—Cierto es que yo me la quería llevar y que daría cualquiera cosa por llevármela, pero no con mala intención, sino todo lo contrario, porque, gracias a Dios, no somos gente mala. Es una cría que yo recogí recién nacida, que la crié a mis pechos, que he hecho con ella todo lo que hubiera hecho con una hija propia, y que lo mismo para mi marido que para mi hijo y para mí, es como si dijéramos la niña de nuestros ojos. Todo nuestro afán es tenerla bien y que viva con nosotros, porque nos parece que en ninguna parte ha de estar mejor. Ahí tiene usted por qué quería llevármela.

—¡Se lo creo a usted, señora, se lo creo a usted!—exclamó el sargento con acento de convicción.—Por razón de mi oficio he tenido que aprender a leer en la cara de las gentes lo que dice su corazón más que su lengua, y en la de usted estoy leyendo la sinceridad de sus palabras, o sea: la bondad de su corazón y el cariño que tiene a la expósita. Si yo no fuera sargento de la Guardia Civil quizás la aplaudiría a usted, porque comprendo toda la nobleza de su corazón; pero soy un sargento de la Guardia Civil que ha recibido

una orden y que solo debe pensar en cumplirla con todo celo. De manera que, señora, estoy a su disposición para acompañarla, juntamente con la niña, al Gobierno Civil.

En Francisca se estaba operando una de esas reacciones frecuentes en personas que, aunque de carácter débil o mal templado, tienen un corazón sensible que en los conflictos afectivos se excita o se crece, y a impulsos del sentimiento revelan en momentos críticos una resolución que ellas mismas no hubieran sospechado. Quien temblaba a la sola idea del peligro o de recibir un golpe, asombra a todos afrontando sereno el peligro o recibiendo el golpe impávido, o devolviéndolo decidido y violento. Es una reacción lógica de los corazones que sienten y aman intensamente, los cuales se ponen a tono con la situación y se revuelven y se elevan hasta el sacrificio o hasta la protesta airada al ver llegar el daño para los seres amados; es una explosión de cariño, que dá a esas personas valor para la defensa heroica y hasta para la rebeldía cuando puede conducir a algo, y en todo caso una indiferencia o un desprecio grande del peligro en cuanto a ellas mismas se refiere.

No tiene nada de particular que en Francisca, mujer de corazón sensible y bueno que vivía más para su familia que para sí, y en quien las alegrías y tristezas consistían en que estuvieran alegres o tristes los suyos; no tiene, repito, nada de

particular que en Francisca se operara una de esas reacciones al ver llegar el golpe que iba a arrebatarle la chica.

—Pues lléveme usted a donde quiera—dijo, dirigiéndose al sargento en tono tan resuelto que sorprendió a este.—Si no puedo llevarme la chica, todo lo que hagan conmigo me tiene sin cuidado; con tal de que tú, Bernarda, te cuides de Rufino si es preciso.

—¿Cuidarme del chico? ¡Y de tí también! ¡Pues no faltaba más! No te dejaré un momento. Voy a arreglarme, para ir con vosotros, mientras llegan los chicos; porque los chicos, sargento Vázquez, han ido a la plaza con mi hija y volverán de un momento a otro.

—Pues haga favor de ir a arreglarse, doña Bernarda, para que marchemos en cuanto los chicos lleguen.

—¡Ah!,—repuso Bernarda dirigiéndose a Francisca,—al chico lo dejaremos en casa mientras no sepamos lo que van a hacer con la chica y contigo. Ten cuidado de que no se te escape algo que les haga sospechar que ocurre esta novedad.

—Pierde cuidado. Estoy muy sobre mí, y me siento con un valor que nunca me hubiera imaginado que lo tenía.

Mientras Bernarda se arregla para acompañar a Francisca y al sargento, explicaremos cómo habían tenido las Autoridades noticias que les permitieron, primero sospechar, y después adquirir

la certeza de que Francisca trataba de embarcar llevándose la huérfana.

Como recordaremos, Francisca salió de Otearán diciendo que iba a pasar una temporada con unos parientes suyos de otro pueblo que se habían empeñado en que así lo hiciera, lo cual era exacto en parte porque, en efecto, los aludidos parientes le habían escrito invitándole. Y algunos días después de la partida de Francisca, esos mismos parientes, viendo que pasaban los días sin que Francisca pareciera por allí con sus chicos, fueron a Otearán decididos a llevárselos; pero al encontrar su casa cerrada, preguntaron a los vecinos qué era de ella, quedando los parientes extrañadísimos de que Francisca hubiera dicho al salir que iba a casa de ellos, y los vecinos pasmados al saber que les había engañado.

No hay para qué decir que a los pocos minutos la noticia era del dominio de todo el vecindario y el tema de todas las conversaciones en Otearán.

En los pequeños pueblos, a donde llegan tarde o muy alteradas, o no llegan nunca, las cuestiones políticas, sociales y otras de mayor entidad que se miran y comentan al día en las poblaciones de mayor vecindario; ni las que se refieren a recreos, a espectáculos, a modas, a disposiciones sobre los perros o a exhibiciones y cosas más o menos caninas, que también preocupan y entretienen a mucha gente en esas poblaciones; en los peque-

ños pueblos, a donde llega poco o nada de todas esas cosas que son en otras partes pasto para las conversaciones, se habla constantemente de lo que ocurre en el mismo pueblo o en el próximo, y de ordinario se les dá una vuelta diaria a las cosas y negocios municipales o concejiles; y cuando ocurre algo de particular entre vecinos, de esto se habla en el campo, en la taberna y en el río una semana, un mes y otro mes, hasta que haya otro asunto que ofrezca materia para cambiar de conversación.

No nos extrañará, sabiendo esto, que un asunto tan granado y misterioso como el de Francisca fuera enseguida objeto de todas las conversaciones en Otearán, ni que de allí irradiara la noticia rápidamente a los pueblos próximos.

Siendo el asunto tan del dominio público, y tan comentado que era inadmisibile que nadie quedara en Otearán sin enterarse, las Autoridades locales, presumiendo fundadamente la verdad del caso, para ponerse a salvo de toda responsabilidad, después de cerciorarse de que la Inclusa no había autorizado la marcha de la huérfana a América, y de que ni noticia tenía de tal marcha, de común acuerdo comunicaron a la Autoridad competente lo que se sabía del asunto y la presunción de si trataría Francisca de llevarse la chica sin estar autorizada para ello.

No tardaron mucho las autoridades en averi-

guar en qué estación había tomado el tren Francisca con sus dos pequeños y el punto a que se había dirigido, dando todo ello la convicción de que eran fundadas aquellas presunciones y una buena pista para encontrarlos si todavía estaban en España.

Una vez en posesión de esa pista, e interesada la Autoridad gubernativa en cuya jurisdicción se suponía a Francisca con la niña, para la busca y detención de ambas, esta Autoridad adoptó como primera providencia la de enviar al sargento Vázquez a las oficinas de las Compañías navieras, para que le enteraran de cuanto supieran respecto de Francisca y de la huérfana, y recomendara que guardaran absoluta reserva respecto de esa gestión, porque así convenía mientras no parecieran las personas que se buscaban; noticias que tuvo que dar el propio don Ramón, a quien ya conocemos; con lo cual quedó completamente en claro que la intención de Francisca era llevarse la expósita sin obtener ni siquiera solicitar la indispensable autorización de la Inclusa, y que se hallaba en plena ejecución de ese intento o proyecto de llevársela, de robarla.

Don Ramón se quedó con un palmo de boca abierta, verdaderamente estupefacto, cuando el sargento Vázquez, llamándole misteriosamente aparte, le pidió noticias de Francisca Arangoiti; y una vez que las obtuvo le recomendó la reserva más absoluta.

—¡Para que se fíe usted de las apariencias, tratándose de mujeres!—decía para sí don Ramón, cuando se marchó el sargento Vázquez.—¿Quién había de pensar que aquella aldeana, tan humilde, que parece que no se atreve a romper un plato, había de estar metida en ningún lío? ¡Y que debe ser lío gordo para que anden en danza los gobernadores y quizás algún tercio de la Guardia Civil! ¿Y doña Bernarda, que a todo trance quería facturarla en primer vapor, sacarla del atolladero en gran velocidad? Seguro que estaría enterada de la trapisonda, y sin embargo, dale que dale para empujarla de aquí. ¡Le digo a usted que estas mujeres son de la piel de Barrabás! En eso de que la mujer es de una costilla del hombre debe haber una pequeña equivocación, porque parecen de una costilla del demonio. ¡Ya le ajustaré las cuentas, a doña Bernarda cuando yo pueda hablar sin faltar a esta reserva que he prometido, porque bien merece una reprimenda!

Y el buen don Ramón, después de estos fieros desahogos, y alterado por el temor de que a Bernarda y aún a la misma Francisca pudiera sobrevenirles alguna complicación seria en aquel lío que él no conocía, pero que suponía grave, volvió a su asiento luchando entre el deber de callar a que le obligaba por entonces la palabra empeñada, y un deseo casi irresistible de ir corriendo a casa de Bernarda, y ponerla en autos «bajo la

más absoluta reserva». Dado su estado de ánimo, no parecía del todo seguro que don Ramón se fuera a su casa sin darse una vueltecita por casa de Bernarda, porque realmente lo dominaba el afán de librar de un contratiempo a su buena amiga.

Mas no era necesario esto porque, como ya sabemos, las cosas se habían llevado con la mayor rapidez: no bien el sargento Vázquez obtuvo en las oficinas de la Compañía los informes precisos, fué a escape a dar cuenta a sus superiores, de los cuales recibió orden de trasladarse inmediatamente a casa de Bernarda, a la que le hemos visto llegar en busca de Francisca y de la expósita, y en la cual lo hemos dejado aguardando a que Bernarda se arreglara, con el fin de acompañarles, y a que los chicos volvieran de la plaza.

Llegaron a poco los chicos con la hija de Bernarda; y dejando, mediante un engaño, a Rufino en casa, se dirigieron en un coche las dos amigas con la niña y el sargento Vázquez al Gobierno Civil, donde enteraron a Francisca de que la reclamaban de Navarra en unión de la niña que llevaba en su compañía, la cual pertenecía a la Inclusa; y de que, en consecuencia, saldrían ambas con dirección a Navarra en el tren de la tarde, acompañadas de un agente de la autoridad.

—¿Y podré yo acompañarlas?—preguntó Bernarda.—Es una amiga a quien no quiero abandonar.

—No veo en ellos ningún inconveniente—contestó accediendo amable el representante de la autoridad, quien comprendió aquella solicitud amistosa.

—¡Quítate, mujer!—exclamó Francisca.—¡Qué has de venir tú! Tú haces falta en tu casa, y en tu casa tienes la obligación.

—Yo puedo dejar mi casa por unos días sin que haya ningún perjuicio, porque mis hijas saben atender el negocio; y además, quiero ir contigo, ¡y nada más! Solo tenemos que pensar en el chico, y a mi me parece lo mejor que se quede aquí con mis hijas hasta que veamos en qué para todo esto. ¿No te parece?

—Sin duda alguna eso es lo mejor, pero les molestará y estorbará...

—Ya sabes que no, y no hay que hablar más de estas cosas. Voy, pues, a poner un baúl de ropa para todas nosotras, y una cesta de comida para el camino, y a la tarde a tomar el tren, y de un tirón a Navarra. Te digo que a pesar de ir en estas condiciones se me va a remozar el corazón al respirar aquel aire y ver a nuestros paisanos. Así que, señor, quede usted con Dios y muchas gracias por todo. Y vosotras, hasta luego. Volveré volando para que no estéis aquí solas.

Y cogiendo a la chica—que miraba extrañada aquella reunión y aquellas caras serias sin entender de qué se trataba, pues todos habían procurado

dejarla *en ayunas* del asunto—le dijo mientras la besaba:—«Ya verás, salada, qué tierras tan bonitas vamos a ver».

Y salió hecha un brazo de mar en dirección a su casa a preparar lo necesario para el viaje, sin olvidar ponerse bajo el jubón un buen puñado de billetes de banco, por lo que pudiera suceder.

Así preparadas para lo previsto y lo imprevisto, tomaron el tren las dos amigas y la huérfana acompañadas de un agente de la autoridad encargado de conducir las al Gobierno Civil de Navarra; a cuyo agente había dado su superior instrucciones para que en todo momento guardara a las viajeras las debidas consideraciones.

Hecho el viaje sin contratiempo, al día siguiente estaban nuestras viajeras en presencia del Gobernador Civil de Navarra, quien, bien enterado del caso—pues Francisca no trató de ocultar que quería llevarse la huérfana a todo trance, creyendo hacerla y queriendo hacerla feliz a su lado—puso la huérfana a disposición de la Inclusa y a Francisca a disposición del Juez de primera instancia en unión de los antecedentes conocidos, cuyas circunstancias indicaban un caso de sustracción de menor, para lo que hubiere lugar.

Bernarda fué a la Inclusa acompañando y engañando a la huerfanita, cuyo desconsuelo no tuvo límites cuando, tras de las conversaciones y escenas de aquellos dos días, que le habían llamado la atención y la habían inquietado un tanto,

se vió separada por completo de toda su familia— que tal creía a la de Manuel—y hasta de las personas conocidas que ya le habían inspirado confianza, como Bernarda y sus hijas.

Las Hermanas de la Caridad que regían la Inclusa necesitaron poner a contribución los recursos inagotables de su ingenio y su ternura para calmar a Alejandrica. Y no solo el día en que la niña llegó a la Inclusa, sino también en otros sucesivos, porque la huérfana se impacientaba y revolvía en ruidosa protesta cada vez que por su imaginación pasaba el recuerdo de la que ella creía su familia y la sospecha de que por un abuso de fuerza la arrancaban de los brazos de los suyos y la aprisionaban en aquella casa con la cual no tenía ella nada que ver.

A Bernarda, a pesar de su fortaleza, se le escaparon dos lagrimones como dos garbanzos al separarse de aquella criatura que se le hacía tan interesante y le inspiraba ya gran cariño; y se le partía el corazón al considerar que de un golpe perdía la niña, quizá para siempre, su familia y la manera de vivir a que estaba acostumbrada. No obstante, se apresuró a volver al lado de Francisca suponiendo que estaría deshecha de pena.

Y en efecto, era así: Francisca, después de haber besado muchas veces a la chica poniendo su alma en aquellos besos, y de haber hecho esfuerzos sobrehumanos para no dejar salir la pena de que rebosaba su corazón, al perderla de vista

rompió a llorar con indecible amargura, culpándose de no haberse opuesto a la idea de ir a América la primera vez que Manuel le habló, idea que fué el origen del actual conflicto; y de su torpeza al planear las cosas tan mal, que todo lo había echado a perder. Se alegraba, en medio de todo, de que Bernarda hubiera tenido la feliz ocurrencia de dejar en su casa a Rufinico, porque si el chico hubiera estado allí, probablemente se hubiera desarrollado una escena que a ella, a Francisca, la hubiera matado.

Llorando y gimiendo estaba Francisca cuando Bernarda volvió de la Inclusa, ya repuesta de la emoción que le produjo el separarse de la expósita.

—¿Qué es eso, mujer?—le dijo Bernarda tratando de consolarla y animarla.—¿Aún volvemos a las andadas? ¡Yo que creía que estabas ya curada de espanto, y te encuentro como a un crío, llorando a moco tendido! Vaya una navarra de alma que eres tú. ¡Ea!, arriba ese corazón, que el mundo no se acaba hoy. Ya te tengo dicho que todo tiene remedio, menos la muerte; y gracias a Dios no parece que estamos para morir en este momento.

—Gracias, Bernarda, gracias de todo corazón. Ya tengo ánimo, sobre todo teniéndote a tí aquí, que eres la mujer más serena y más valiente que he conocido, porque por mucho que tú quieras disimular bien comprendo que también te intere-

sas y sufres con nuestros contratiempos. Había hecho propósito de no acongojarme al dejar la chica, pues ya sabíamos que nos la habían de quitar; pero al verla ir tan mona y tan rica, y pensar que quizás no la veremos más, se me ha partido el corazón y no he podido contenerme. Mas ya ha pasado el mal rato. Y a todo esto no me has dicho, Bernarda, como la han recibido, qué ha hecho ella, en fin: qué ha pasado.

—Pues la han recibido muy bien: han salido varias Hermanas de la Caridad, incluso la Superiora; la han rodeado, besado y mimado a cual más; le han dado caramelos, han hecho muchos elogios de lo guapilla que es y de lo bien vestida y limpica que está.

—¡Eso sí: más limpia que el oro!—afirmó Francisca con orgullo.—También ella se presta, porque es fina y curiosica como ella sola.

—Cuando más entretenida estaba la chica—continuó Bernarda—la señora Superiora me ha hecho una seña para que la siguiera, y hemos ido solas a una habitación, donde hemos hablado de vosotros y de la chica, del género de vida a que está acostumbrada y hasta de la intención que tenéis respecto a la pequeña. Me ha dicho luego que era mejor que no me despidiera de la chica, que ya se arreglarían ellas para ir conformándola y contentándola; y que te diga que ya saben que la habéis cuidado muy bien y el mucho cariño que la tenéis, y en fin: que también estará perfectamente en la Inclusa.

—¡Pobre hija mía!—exclamó conmovida Francisca.—Tan amante como ella es y tan encariñada como está con nosotros, se va a echar un lloro como de aquí a América cuando se dé cuenta de que la hemos dejado sola. ¡Qué le vamos a hacer! Lo principal es que ella esté bien y que vivamos todos muchos años, porque, Dios mediante, hemos de volver a buscarla.

Entre tanto se habían adoptado en el Gobierno Civil las medidas pertinentes para formar el atestado que se había de remitir al Juez en unión de la presunta culpable. De ello fué encargado un delegado o Comisario muy empapado en materia penal, especializado en lo de empapelar a la gente, y hombre muy celoso de hacer guardar absoluto respeto a la Ley. Uno de esos hombres que parece han nacido para policías o acusadores.

Este Comisario fué quien tomó declaración a Francisca, la cual, con muchas palabras, se redujo a repetir lo que dijo al sargento Vázquez: que pensaba, en efecto, llevarse la huérfana a América, pero que en ello no le había guiado otra intención que el bien de la niña.

Bernarda corroboró terminantemente este último extremo, afirmando de la manera más rotunda, que Francisca era la bondad personificada, e incapáz, por tanto, de hacer mal a nadie y mucho menos a la huérfana, a quien amaba como a una hija.

Con la declaración de Francisca y los datos su-

ministrados por las autoridades de Otearán, formó el Comisario su atestado: un atestado cargado de antecedentes acusatorios, o una acusación atestada de cargos.

En el informe que, para mayor claridad, agregó el Comisario, se hacía constar que de las declaraciones y antecedentes se desprendía, no solo que Francisca había tratado de robar la expó-sita, sino que se revelaba como una ladrona de menores verdaderamente temible, porque para realizar el hecho, en cuya ejecución había sido sorprendida, había conseguido engañar y desorientar por completo a todos sus amigos y convecinos; y a no ser por una verdadera casualidad hubiera consumado el hecho sin que nadie se hubiera apercebido.

De atenuantes, nada se incluyó en el atestado. De haberlos, tiempo y ocasión tendría el Juez para conocerlos, comprobarlos e incorporarlos al sumario si le parecía oportuno. Esto, además; era de la incumbencia del Juez, y no debía nadie invadir terreno extraño ni usurpar atribuciones ajenas.

Ultimados estos indispensables preparativos, el propio Comisario se metió en un coche con las dos mujeres para conducir a Francisca a presencia y disposición del Juez correspondiente, que lo era el del Distrito judicial a que corresponde Otearán.

Durante el viaje el Comisario demostró que un

hombre escrupuloso en lo de imponer todo respeto a la Ley, puede ser atento y sociable como el que más; que un hombre poco menos que intratable en relación con extremos legales, puede ser hasta un hombre fino en cuanto se separa de esos extremos, pues durante todo el camino fué dando conversación a Francisca y Bernarda. Parecía mentira que un hombre capaz de poner aquellas cosas en el atestado fuera tan amable, o que un hombre tan amable, fuera capaz de poner aquellas cosas en el atestado.

Entre charla y charla corría el coche y cruzaba carreteras y pueblos, hasta que al cabo se detuvo ante un edificio cuya denominación y cuya vista produjo a Francisca una impresión pasajera de pavor: era la cárcel.

En este establecimiento las recibió amablemente el Alcaide o Director, el cual mandó un alguacil para que acompañara al Comisario a presencia del Juez, a fin de que dicho Comisario terminara su intervención en el asunto haciendo oficialmente la entrega de Francisca Arangoiti, conocida ya y famosa en el país como hábil ladrona de menores; y del atestado consabido.

Poco después llegó a la cárcel el Juez, el cual no tenía el aspecto de hombre terrible que Francisca y Bernarda se habían quizá imaginado, sino el de un hombre bondadoso que inspiraba simpatía y confianza desde el primer momento. A la vista de aquel señor, las dos mujeres cobraron

aliento. Acaso se habían imaginado un Juez de presencia imponente, de cara fiera, con unos ojos penetrantes que quemaran hasta el alma y una barba erizada que le cubriera casi hasta los ojos; uno de esos hombres aterradores que parece que siempre alargan la mano para agarrotar o cuando menos para arrancar un buen trozo de pellejo y de carne al desdichado que cae en sus jurisdicciones; y quedaron asombradas y encantadas al encontrarse con que el Juez parecía el hombre más bonachón del mundo.

También al Juez le sorprendió un tanto y le impresionó bien el aspecto de Francisca. Tratándose de una mujer que había sustraído o robado, o secuestrado un menor—pues el Juez no conocía el hecho exactamente y no podía, por tanto, juzgar de su importancia o gravedad—nada de particular tenía imaginarse una de esas mujeres de ceño torvo y mirada airada, que parece revelan una anormalidad moral; y acaso por esto le sorprendió encontrarse con una mujer con todas las trazas de sencilla y de buena. No obstante, no aventuró juicio desde el primer momento, porque en la práctica de su carrera había tropezado con personas que por el aire y el pelaje parecían inofensivas ovejas o inocentes corderos, y que en realidad eran lobos peligrosos, poseedores a la vez de tal arte para disimular y engañar que era difícil conocerlos. Tal vez Francisca, a pesar de todo su aire de aldeana inocente y sanísima, ocultaba

algún fondo de mayor o menor malicia, o quien sabe si de perversidad.... Ciertamente, la acusación que pesaba sobre ella decía algo en su contra. Convenía entrar en el asunto, aunque desechando todo prejuicio infundado, sin olvidar que aquel caso podía ser uno más de hipocresía y de engañoso contraste con las apariencias personales de Francisca.

Sin prejuicios comenzó el buen Juez a interrogar a Francisca, y pronto formó el juicio de que no era una de esas mujeres perversas o extraviadas que se apoderan de un menor para llevar a cabo explotaciones inicuas u horrendos crímenes; sino una mujer de buenos sentimientos que por exceso de cariño, y queriendo asegurar para ella y su familia la posesión de la huérfana, había planeado el hecho que daba lugar a su detención y demás complicaciones. Y como era un hombre afectuoso y expansivo, todo corazón, que idolatraba a los suyos, que miraba y trataba a sus servidores y subalternos como si fueran algo de su familia, y que tomaba cariño hasta a los animales, el buen Juez comenzó a interesarse por la suerte de aquella mujer. ¡Arriesgarse, quizás hasta delinquir, en una exaltación de cariño! ¡Interesante mujer!

—De manera,—seguida preguntando el Juez a Francisca, mientras la observaba atentamente—que usted, al pretender llevarse la niña, no perseguía ningún fin de lucro, por ejemplo: cederla por al-

guna cantidad a otras personas; u obligarla a ir a teatros o circos a representar algún papelito sencillo, o a vender billetes y golosinas, u otras cosas que se suelen vender en tales sitios; o exigirle que pidiera limosna; o de alguna manera hacerla trabajar **excesivamente** en provecho de usted?

—¡No por cierto, señor Juez!—respondió con vehemencia Francisca.—¡En eso pensábamos!, yo me llevaba la chica porque todos en mi casa la queremos como si fuera nuestra. Y nuestra es, digan lo que quieran la ley y la gente. Después de Dios, que es el **dueño** de todas las criaturas, nadie tiene más parte que nosotros en la chica: nadie la ha limpiado tanto como yo, nadie la ha alimentado y vestido como nosotros, nadie como nosotros le ha hecho callar y reír cuando lloraba, y nadie le ha dado ni puede darle tanto cariño como nosotros. Que pregunten a la chica a quién quiere más en el mundo, y pongo la mano en el fuego si no dice que a sus padres y a su hermano, pues padres suyos nos supone y nos llama y padres de verdad hemos sido para ella. Y que le pregunten si jamás le hemos pegado o dado un mal trato, y como los chicos dicen las verdades, la nuestra dirá que nó. Mire usted, señor Juez: esa criatura era el encanto de nuestra casa, y al quitárnosla, nos han quitado la mitad de la vida; puede usted creerlo. Con esa criatura había siempre en mi casa alegría y, en lo que es posible, felicidad. ¡Si viera usted qué ri-

sas, qué juegos, qué algazaras armaban todas las noches el padre y los dos hijos! Venía mi buen hombre, mi pobre marido, molido de trabajar todo el santo día en el campo, y lo natural era que quisiera acostarse enseguida para descansar, o irse un ratico a la taberna para distraerse y tomarse un vasico de vino; pero nó, nada de eso, porque los chicos lo cogían por su cuenta y lo entretenían, le hacían reir a más no poder, y le hacían olvidar la taberna y hasta la cama. Y yo, ¡la verdad!; viendo a toda la familia siempre reunida y siempre contenta, viendo a mi marido siempre en casa—mientras otros iban a la taberna a gastar lo que no debían gastar y quizás a tropezar con algún compromiso—estaba loca de gozo y cada día quería más a la chica, que tanto contribuía a la felicidad de mi casa. Realmente parecía que teníamos una porfía a ver quién la quería más. Y, ¡a fé!, que la pobrecita sabía corresponder, porque no es posible que una criatura, por cariñosa que sea, quiera a sus padres y a su hermano más que lo que esa chica nos quiere a nosotros. Y por eso me la llevaba, señor Juez—terminó Francisca enternecida,—porque la queremos mucho; y por consiguiente no teníamos otra intención que tenerla como los padres buenos tienen a una hija, con la intención de que la chica fuese la primera en nuestra casa, como lo ha sido siempre.

El Juez había dejado hablar a Francisca cuanto

esta quiso para ver si tenía vacilaciones propias del que inventa o finge, o si incurría en contradicciones sospechosas, y quizá también porque aquellas expansiones de toques tan delicados como sencillos conmovían su corazón afectuoso; y cuando Francisca terminó sus largas explicaciones, el Juez estaba casi convencido de que aquella mujer era sincera, y el buen señor se sentía inclinado a ella con verdadera simpatía. Si no hubiera sido juez es probable que le hubiera dicho, «ha hecho usted perfectamente, y yo en su caso hubiera hecho lo mismo»; pero era juez, y juez que observaba escrupulosamente sus deberes de hacer respetar y cumplir la Ley; y ante un caso con apariencias de infracción de la Ley, no vaciló un momento.

—Señora—dijo a Francisca después de meditar durante unos momentos—he dejado hablar a usted tan largamente como ha tenido a bien, y la he escuchado con toda atención, para ir formándome el juicio más exacto posible respecto del caso en que usted es personaje principal. Después de oírla, me siento inclinado a admitir que en lo que usted ha hecho no se ha mezclado ninguna intención criminal ni siquiera un interés mezquino, sino que ha obrado usted movida, dominada por un sentimiento que tal vez no es aventurado que yo mismo califique de noble, supuesto que haya obrado usted impulsada por el cariño hacia la

huérfana y por el deseo de hacerla feliz. Pero la Ley tiene previsiones juiciosas y necesarias en relación con la protección a los menores, con el fin, ¡claro está!, de evitar que sean objeto de comercio o de explotación; y aunque muy probablemente no es este el caso de usted, no puede el Juez proceder al dictado de una impresión o de las simpatías del corazón, sino con arreglo a los mandatos de la Ley, que disponen el esclarecimiento completo de todo hecho que tenga apariencias o trazas de delito, como indudablemente las tiene el realizado o intentado por usted, de sustracción de una menor perteneciente a la inclusa. En consecuencia, procede instruir un sumario para conocer circunstancias y depurar responsabilidades; y crea usted que seré el primero en celebrar que no resulte ninguna responsabilidad grave contra usted. Se lo notifico para su gobierno.

—Perdone usted, señor Juez—observó Francisca,—pero no le entiendo bien. ¿Es que me van a seguir causa?

—Justamente: causa o proceso, que es lo mismo; durante el cual se pondrán en claro los hechos.

—Y ¿tendré que estar aquí mucho tiempo?—interrogó de nuevo Francisca con la mayor ansiedad.

—Inevitablemente, algún tiempo: por lo menos hasta que termine el sumario, y acaso hasta que la Audiencia, en su vista, resuelva.

—¡Hay, Señor, qué trastorno más tremendo!— exclamó desconsolada Francisca.—Aquel hombre en América, solo y aguardando a su familia de un momento a otro.... ¡Si supiera lo que nos pasa! La hija perdida para nosotros. El hijo con la madre en la cárcel.... ¿Qué va a ser de nosotros, Dios mío?

—¿Qué ha de ser, mujer, qué ha de ser?—arguyó Bernarda, que estaba aguardando una oportunidad para dar su capotazo, pues no se le escapaban los desmayos de su amiga ni dejaba de comprender el estado difícil a que habían llegado las cosas.—Pues no será más sino que escribiremos a Manuel explicándole lo que sucede y lo tranquilizaremos; que el chico estará con mis hijas como si fuera un hermanico suyo, ¡el Benjamín de la casa!; y que tú y yo estaremos aquí hasta que este lío termine, que terminará pronto, porque nada grave te pueden probar; y procuraremos pasarlo bien. Nada más que esto puede pasar. ¿No tengo razón, señor Juez?

—Pero es el caso, señora—repuso el Juez, quien advirtiendo la nobleza de alma de aquellas dos mujeres estaba casi enternecido,—que usted no puede estar aquí, por lo menos en la cárcel, para hacer compañía a doña Francisca, que es lo que se propone; porque en estos establecimientos no pueden habitar más que los empleados de los mismos y las personas sometidas o condenadas por la Ley.

—¡Y que tampoco yo lo consentiría!—protestó Francisca vivamente.—¡Pues no faltaba más! Una mujer que tiene su casa y su negocio, que tiene dos hijas casi niñas, y que tiene que atender tantas cosas. ¡No, no, Bernarda: eso no puede ser! Tú te vas a ir a tu casa, que bastante has hecho, y desde allí nos ayudarás lo que sea posible; y yo aquí me arreglaré bien. Lo que sí podemos pensar es qué hacemos con mi hijo.

El Juez, que observaba con la mayor atención aquella escena, aquel generoso y delicado pugilato de abnegada amistad entre dos mujeres sencillísimas, quiso facilitarles una solución e intervino diciéndoles:

—Quiero hacerles saber, para que lo tengan en cuenta si les parece bien, que estoy dispuesto a hacer en favor de doña Francisca suanto sea posible dentro de las circunstancias en que se encuentra y dejando a salvo su seguridad. He formado el juicio, ¡y ojalá no tenga que rectificarlo!, de que es una buena mujer que ha obrado avasallada por el cariño a la huérfana y a su propia familia; me siento compadecido y casi podría decir que interesado por su suerte; y mientras no se pruebe lo contrario—lo cual hemos de ver al instruir el sumario—me propongo hacer en su favor cuanto un Juez puede hacer por una persona acusada. Les doy la seguridad de que en cuanto sea posible se le evitarán las molestias propias de su situación. Respecto de su hijo, si ese

niño puede estar en casa de doña Bernarda, que tan admirable amiga de usted es, creo que deben dejarlo allí, porque siempre ha de estar mejor que aquí; pero si optan ustedes por traerlo, veríamos el medio de que el niño estuviera en condiciones aceptables. Pueden contar con esta base para resolver sus asuntos particulares.

—Muchas gracias, señor Juez, por su buen deseo, al que le estaré agradecida toda la vida—dijo Francisca con acento de reconocimiento.—Aunque soy una mujer ignorante, me doy cuenta de las cosas y comprendo que usted es un señor muy bueno, un Juez buenísimo que hace por mí lo que puede sin faltar a su obligación. A mí me ha hecho usted un bien muy grande, pues hace un momento me parecía que se nos caía el mundo encima y ya no veo tan negras las cosas. La cuestión ahora es acertar en lo que debemos hacer. ¿Qué te parece a tí, Bernarda, que hagamos con el chico?

—Pues a mí me parece como al señor Juez: que lo mejor es que el chico esté en mi casa hasta que esto termine.

—Eso—contestó Francisca riéndose—ya me lo figuraba yo antes de que contestaras.

—Pero te diré las razones, mujer. En primer lugar el chico no tiene necesidad de enterarse de lo que pasa ni de cómo está su madre, porque los chicos, que no entienden bien las cosas, fabrican a su manera y todo les parece más grande y más

feo, y ¡vamos!, que yo creo que es mejor que no sepa una palabra por ahora; y aquí él vería cosas raras o se enteraría de todo, mientras que en mi casa no se enterará de nada.

—En esa parte tienes razón.

—En esa y en todas—replicó oronda y satisfecha Bernarda.—En segundo lugar el chico ha de estar en mi casa mucho mejor que aquí. Te lo dice el señor Juez, y eso que no me conoce, por más que dicen que a las personas se les conoce lo que son en la cara. ¿No es así, señor Juez?

—Así es—respondió el Juez riéndose de buena gana por las espontaneidades de aquella mujer campechana.—No tengo duda de que la cara de usted es espejo de una alma espléndida.

—¡Bueno! Ríase usted y diga con verdad «alá-bate, pavo...». Porque todo se reduce a que yo quería convencer a Francisca de que siendo mis hijas como son, y yo como ella sabe, y teniéndonos tanto cariño las dos familias, el pequeño estará en mi casa en palmetas, como se dice «a lo que quieras, boca». Como que el trabajo lo tendremos después que esta se desenrede de este lío para conseguir que el mocoso quiera ir con su madre. ¡Como quiera lo van a separar de las faldas de su tía Bernarda, como me llaman el chico y esa preciosa chiquilla que ha quedado en la Inclusa!

—¡Bueno, bueno, como ustedes quieran!—así-

tió Francisca contenta ante tales demostraciones de cariño.—Encárgate tú del chico y engáñalo como puedas para que no sepa lo que nos sucede, y cuidalo mucho, que Dios te lo pagará, porque hay cosas que no se pueden pagar en el mundo, y una de ellas es lo que haces con nosotros en semejante situación. De rodillas te daría gracias y te serviría si esto se pudiera hacer con criaturas humanas. Vete a tu casa, Bernarda, a atender a tus cosas, a tus hijas y a mi hijo, y yo aguardaré aquí tranquila lo que resulte de todo esto, bajo el amparo del señor Juez.

—Y espero,—replicó el Juez,—que no tendrá usted que quejarse, porque ¡qué caramba!, también los jueces tenemos corazón. Y ahora, señoras—terminó el Juez levantándose—dejo a ustedes solas por unos momentos para que hablen libremente de sus secretillos.

Cuando salió el Juez, no se había repuesto aún Bernarda de la emoción que le produjo la explosión de gratitud de su buena amiga. Aquella mujer de corazón tan entero frente a desgracias y dificultades, se conmovió profundamente ante las expresivas manifestaciones de agradecimiento de Francisca y sintió que afluían a sus ojos unas lágrimas dulcísimas, compensación merecida a su leal y generosa amistad, y a la vez estímulo para seguir invariable en su línea de conducta de hacer el bien, dentro de lo que le permitían sus recursos y circunstancias, en cuantas ocasiones de

hacerlo le presentaba la vida. Bernarda pensaba que Francisca le pagaba bien con su inmensa gratitud y con sus palabras lo que ella venía haciendo por aquella familia, no dándose cuenta exacta de que su gratísima emoción, aquel bienestar inefable de que se sentía invadida, era la satisfacción de haber procedido bien.

Haciendo las dos mujeres un exámen rápido de la situación, convinieron en que no era precisamente desesperada. Indudablemente el trato afectuoso del Juez había producido en ellas un efecto de tranquilidad. Acordaron escribir a Manuel aquel mismo día, diciéndole que habían surgido algunas dificultades, pero desfigurando un tanto la verdad para no alarmarlo demasiado; y que al día siguiente se marchara Bernarda a su casa, ya que no podía seguir allí. Quería Bernarda dejar a Francisca una buena parte del fajo de billetes de banco que había tomado en su casa por si hacían falta, pero Francisca se negó a aceptarlos porque aún tenía un resto regular de sus recursos, que por el momento le bastaba. No obstante, Bernarda le exigió la formal promesa de escribirle con toda franqueza si algo llegara a hacerle falta, así como en el caso de que por razones de su asunto judicial pudiera necesitar que ella volviera.

Al día siguiente partió Bernarda para su casa después de dar gracias al Juez con francas y alegres espontaneidades propias de su carácter; dejando a su amiga instalada en su celdita, una cel-

dita limpia y provista de lo preciso para una mujer de gustos tan modestos como los de Francisca.

Durante el tiempo que estuvo en la prisión, a Francisca, acostumbrada a matarse trabajándo desde la mañana hasta la noche, casi le parecía que se daba la gran vida; y a no ser por la pesadumbre que le producía la pérdida de la huérfana, el estar aislada de su familia, y la incertidumbre del resultado del proceso, hubiera dicho que lo pasaba tan bien como en su casa.

El trato que se daba a Francisca era en general satisfactorio, y hasta bueno, pues aparte o además del interés del Juez, el Alcaide o Director de la Cárcel era un hombre de buen criterio que conocía la diferencia que hay entre los que se ven envueltos o cogidos en las mallas de la Ley, y que habiéndose dado cuenta de lo que Francisca era, procuraba hacerle llevadera, cuando no agradable, la prisión, tratándola con muchas consideraciones.

Respecto de la comida, en la cual Francisca no estaba acostumbrada a regalarse mucho, tampoco veía motivos de quejarse, porque además de algunas cosillas extraordinarias que le permitían adquirir con su dinero, frecuentemente pasaban de la mesa del Juez a la celda de la detenida una ración regular de algún principio especial o una porción de los dulces o frutas del postre, con la sentencia inapelable de que se lo comiera todo sin réplicas ni protestas.

Y no le faltaban algunos ratos de expansión y amena charla, porque la esposa e hijas del Juez, que parecían modeladas en este por lo buenas y amables, iban de vez en cuando a la cárcel, y en unión de la esposa del Director le proporcionaban algunos ratos de tertulia, mientras se entretenían todas y aprovechaban el tiempo haciendo sencillas labores, hermosa y útil costumbre muy generalizada a la sazón aún entre las señoras de las más altas clases.

En esas conversaciones con Francisca se enteraban aquellas buenas señoras de los apuros que la familia de un labrador pobre pasa para criar a sus hijos y atender a las necesidades más penitentes de la vida; del tremendo esfuerzo que en esas familias realizan todos—el padre, la madre y los hijos, cada uno en su papel—desde que nace el día hasta después de anochecer, para arrancar a la tierra y a los animales del corral los alimentos que a todos nos nutren y recrean, y de los cuales rara vez participa directamente esa familia que a fuerza de fatigas y desvelos los obtiene, porque necesita venderlos para comprar otros de ínfima clase, y ropas y enseres; y de las increíbles privaciones a que vive sujeta esa familia, esa clase humilde y bendita, que constituye el factor más importante de la existencia de la comunidad humana, y que es siempre, a pesar de todas las desconsideraciones, una clase respetuosa de la Ley y de la Autoridad, e incondi-

cional defensora del orden y del trabajo; una clase que se releva por su fé ejemplar, por su patriotismo y por sus virtudes.

Quien haya mirado con detenimiento a las clases agrícolas, especialmente a las más humildes, y observado el esfuerzo extraordinariamente rudo y penoso con que libran la vida; su heróica conformidad ante las estrecheces y privaciones; sus entusiasmos por la vida ordenada, laboriosa y honorable; su adhesión a toda sana orientación y a toda buena causa; su repulsión espontánea y enérgica a todo lo injusto, inmoral, indecoroso o de alguna manera malo; su sólido fondo de bondad, en suma; y si además ha tenido en cuenta cuán esenciales son estas clases para la vida de todos, habrá pensado muchas veces que el mundo es evidentemente injusto al no hacer a las clases agrícolas, y particularmente a las más humildes, objeto preferente de su estimación y sus consideraciones; y que peca de loco al no premiarlas y estimularlas con una protección decidida que las conserve y vigorice para que sigan existiendo como un fundamento más, como una garantía más, como un factor eficiente, de orden y de soluciones morales y materiales.

Mientras Francisca pasaba el tiempo más o menos agradablemente, el sumario seguía sus trámites regulares, y llegaban uno tras otro los datos, antecedentes y declaraciones solicitados por el Juez. Seguramente con satisfacción de éste, en ninguno

de los documentos que iban llegando aparecía nada obscuro, nada grave, nada que revelara perversión o intención criminosa por parte de la acusada. Las declaraciones de cuantas personas conocían a la familia, coincidían en que Manuel y Francisca habían sido siempre personas de conducta intachable, un matrimonio ejemplar, y, en cuanto a la huérfana, modelo de padres adoptivos; y respecto del hecho que había motivado el sumario, si de las declaraciones resultaba claro el propósito de Francisca de llevarse la huérfana sin estar autorizada para ello, resultaba también claro que en ese propósito no había entrado ni por asomos un proyecto criminal ni un bajo cálculo de explotación, ni circunstancia alguna que pudiera revestir al hecho de caracteres inequívocos de delito. Don Evaristo, el excelente Secretario de Otearán, que extendió la declaración o certificado que luego firmó el señor Alcalde, incluyó complacidísimo cuantos datos favorables y palabras encomiásticas caben en un documento de esa naturaleza; y Bernarda y don Ramón, el Jefe de la sección de billetes de pasaje de la Compañía marítima que ya conocemos, personas ambas tan directamente relacionadas con el intento de escapatoria de Francisca, al prestar sus declaraciones consignaron cuanto les fué posible para favorecer y descargar a la **acusada sin faltar a la verdad.**

Analizadas escrupulosamente por el Juez las declaraciones prestadas en relación con el he-

cho, se convenció de que en la aparatosa sustracción de una menor, de que estaba acusada Francisca, no había nada grave, no existía delito, sino a lo más la imprudencia de una mujer que, arrebatada por su cariño extraordinario hacia la niña, había intentado llevársela con la mejor intención.

En vista de esto el Juez procedió a dictar la libertad de la detenida, con la obligación de que ésta se presentara periódicamente a la autoridad competente mientras la Audiencia aprobara esta resolución y decretara en definitiva; resolución que se apresuró a comunicar a Francisca, a la cual proporcionó con la notificación un alegrón soberano.

Como además de quedar, por de pronto, sujeta a presentarse a la autoridad en los plazos legales, Francisca deseaba hacer una visita a la Inclusa para ver qué le decían respecto de la niña, le pareció bien escribir a Bernarda participándole su libertad y suplicándole que viniera a Navarra para acompañarla en esas gestiones y en el viaje.

Sin perder momento se plantó Bernarda en Navarra, para abrazar a su amiga, para felicitarla por su libertad, para ayudarla en sus gestiones, para hacer en su obsequio cuanto fuera posible.

Procedieron ante todo las dos amigas a dar gracias al Juez, al Director de la cárcel y a sus familias respectivas por lo mucho que habían hecho en favor de Francisca. Huelga decir que du-

rante las visitas reinó la más franca alegría y menudearon las felicitaciones, las protestas de sincera amistad y los mutuos ofrecimientos, en los cuales no quedó atrás Bernarda, la cual decía al Juez y al Director mientras les señalaba la cárcel:

—No dejen ustedes de ir por mi ciudad y mi casa alguna vez, porque en un puerto de mar siempre se pasan bien unos días, y porque quiero demostrarles que yo trato mejor a mis amigos y a mis huéspedes en mi casa que ustedes a los suyos en ese hotel feo y sombrío donde hospedan a la gente. No lo echen en saco roto porque teñiremos.

Cumplidos estos gratos deberes de gratitud y cortesía, las dos mujeres se trasladaron a Pamplona, con el fin de ir a la inclusa. No querían, ni casi podían marcharse sin ver a la huérfana, y, por otra parte, Francisca deseaba hablar con la Superiora para llevarse siquiera una impresión acerca de lo que podían esperar y deberían hacer en el porvenir para recobrarla, al mismo tiempo que saber qué podría decir a su marido y a su hijito para esperanzarlos y tranquilizarlos.

Una vez llegadas a la inclusa, dijeron a la Hermana que las recibió quiénes eran, y le expusieron sus deseos de hablar con la Superiora y de ver a la niña.

Y en efecto, pocos momentos después apareció en el recibidor la Superiora, una monjita de as-

pecto bondadoso y simpático, de faz apacible que reflejaba sin sombra de duda la pureza y la tranquilidad del corazón, de mirada clara y dulce, y de maneras sueltas y finas como de persona distinguida o muy acostumbrada al trato de las gentes. Entró en el recibidor, donde aguardaban las dos amigas, sonriendo y con esa expresión de alegría que denota la satisfacción que produce la visita de personas a quienes se aprecia y se desea ver, aunque no se las conozca.

Saludó afablemente a las visitantes, y enseguida, con la misma bondadosa expresión y el propio tono de cariño, interrogó:

—¡Vamos a ver!, ¿quién de ustedes es la muy famosa Francisca Arangoiti?

Y apercibiéndose de que Francisca se ponía ligeramente encarnada, sin darle lugar a responder, la Superiora agregó:—«No tiene usted necesidad de responderme, porque ya la conozco: usted misma es Francisca Arangoiti. ¿No es así?»

—Si, señora, yo soy Francisca Arangoiti—contestó la interesada un tanto confusa.

—Celebro mucho, muchísimo, que haya tenido usted la feliz ocurrencia de venir por aquí—repuso la Superiora de la manera más amable.—No puede hacerse una idea del deseo que todas las Hermanas de esta Casa y yo teníamos de verla, para tratarla y para darle gracias por el amor y los cuidados que ha prodigado con nuestra huérfana Alejandrita, que Dios trajo a nuestras ma-

nos y que la inclusa, con verdadero acierto, puso en las de usted y su apreciable familia. Sino que a última hora—continuó en tono de broma—quería usted hacernos una picardía: ¡llevársela de cualquiera manera, nada menos que llevársela robada! ¡Vaya, vaya si es usted una mujer de cuidado!

—En punto a la chica, sí, soy una mujer de cuidado. Pero qué quiere usted: le hemos tomado tal cariño que no me decidía a separarme de ella ni a presentarme sin ella a mi marido, que está con esa cría verdaderamente chocho.

—¡Oh!, no es necesario que usted me lo diga—asintió la Superiora.—Me basta con haber oído a la niña. No pueden ustedes figurarse qué guerra nos dió durante semanas enteras llorando, revolviéndose y pidiendo en todos los tonos que la llevásemos a casa de sus padres—que así llama a ustedes a boca llena,—o que sus padres y Rufino vinieran aquí; y aún ahora, aunque se distrae en los juegos con las otras niñas de la casa, frecuentemente se acuerda y habla entusiasmada de su padre, de su madre y de su hermanito, que tanto la mimaban. Los quiere a ustedes con delirio. ¡De veras que han echado ustedes en ese tierno corazón raíces profundas, que seguramente no desaparecerán de allí en toda la vida! ¡Dios les pagará todo el bien que han hecho con esa criatura!

Y como viera a Francisca muy conmovida y en disposición de romper a llorar, la Superiora, que

había considerado justo rendir aquel homenaje a la excelente familia de Francisca, pero que quería evitar escenas patéticas y explosiones de ternura, que solo podían conducir a que Francisca pasara un mal rato. hábilmente inició otro giro en la conversación.

—Por cierto—dijo dirigiéndose a Bernarda—que también suele recordar Alejandrita a su tía Bernarda y a sus hijas Encarnación y Trinidad, que la llevaban a pasear en una población grande y bonita, y le daban dulces y juguetes; y ahora, de pronto, me ocurre la idea de si doña Bernarda es usted. ¿Es usted doña Bernarda?

—Yo soy, para lo que usted guste mandar—contestó Bernarda muy satisfecha del cariño con que las recordaba la huérfana y de las buenas referencias que de ella y de sus hijas había dado en la inclusa.

—Me alegro también mucho de conocerla. ¿Y es usted hermana política de Francisca?

—No somos parientes, sino que somos del mismo pueblo y desde jóvenes tenemos la mejor amistad. Cuando estos fueron a mi casa para embarcar, le dijimos a la chica que me llamase tía, y tía suya cree que soy.

—Mas qué amiga—exclamó Francisca interviniendo—esta es una hermana para mí: una hermana de las mejores que hay en el mundo.

—¡Eche usted exageraciones! Esta es capaz de

decir que la he sacado del purgatorio a fuerza de ayunos y de otras penitencias. ¡Claro!, que al verme tan lucida nadie lo creería.

—De manera—siguió la Superiora interrogando a Bernarda para apartar la imaginación de Francisca de lo que había motivado su intensa emoción—que vive usted en esa población con sus hijas?

—Sí, señora, fui de joven a servir, me casé allí, y allí sigo con mis hijas y con el mismo negocio de fonda que tenía mi marido.

Repuesta Francisca con estas conversaciones de su emoción, para no prolongar excesivamente la visita expusieron las dos amigas los fines que las habían llevado a la Inclusa: enterarse de si Francisca podría recobrar la chica y cuándo y cómo había de proceder para conseguirlo, y su deseo de despedirla y entregarle unos regalitos que querían dejarle para recuerdo de sus padres adoptivos, de su hermanito y de su tía Bernarda.

—Respecto de si podrán ustedes recobrar la niña—contestó la Superiora—les diré mi opinión. Cuando de un pueblo de la provincia solicitan una huérfana, no se exigen grandes cosas—pues ya sabemos que nuestras niñas no han de ir a vivir como princesas precisamente;—sólo exigimos que la familia que la solicita sea honrada, de buenas ideas y que viva bien, porque sin estas circunstancias no parece posible que las niñas reciban educación adecuada; y en cuanto a medios

materiales, debe tener esa familia los precisos para sostener con suficiencia y decoro, aunque sea muy modestamente, a la huérfana que solicita. No se exige más cuando las niñas han de estar aquí cerca, casi, casi a nuestra vista, y por consiguiente podemos recogerlas en el momento en que por cualquiera razón proceda traerlas a la Inclusa. Pero para llevarlas fuera, nada menos que a América—que no es el caso frecuente—indudablemente son indispensables otras garantías: para estos casos las huérfanas han de ser ya mayorcitas, no solo para que al salir de la Casa tengan una educación basada en los principios religiosos, sino también para que se hallen en edad y condiciones de discernir, y no sea fácil deslumbrarlas o extraviar sus ideas y sentimientos; y en cuanto al aspecto económico, es lógico también que se pida que la familia ofrezca amplias y, si es posible, absolutas garantías de que la huérfana no carecerá de lo indispensable. Se comprende perfectamente que se ha de exigir más para un caso así, porque no ha de ser posible tener noticias de las huérfanas a diario, como se pueden tener de estos pueblos, ni recogerlas en cualquier momento. Son previsiones juiciosísimas, muy en su lugar.

—Ya lo comprendo—asintió Francisca.

—De modo, mi buena doña Francisca—continuó la Superiora—que es necesario tener paciencia durante algunos años. En primer lugar, Alejandrita es muy niña para ir a tan lejanas tierras; y en segundo lugar, es indudable que hoy por

hoy no están ustedes en condiciones de ofrecer las amplias garantías económicas que son precisas: van ustedes a ganar trabajando, no tienen en la actualidad recursos importantes, y por el momento su manera de vivir depende de que tengan salud y suerte en las colocaciones. Si les faltase a ustedes la salud o las colocaciones se veían en un aprieto grave. ¿No es esto exacto?

—Exacto es—asintió Francisca sinceramente.

—Pues nada: un poco de paciencia para aguardar algunos años, al cabo de los cuales la niña tendrá edad adecuada y una educación esmerada que aquí le daremos; y ustedes trabajando y economizando habrán reunido una fortuna con la cual estarán en condiciones de solicitar la niña ofreciendo como garantía para su seguridad, no solo el caudal de su laboriosidad, de su honradez y de su cariño a Alejandrita—caudal muy digno de tenerse en cuenta—sino también su fortunita. Unos años más allanarán todas las dificultades.

—Así lo espero y lo deseo de todo corazón—repuso Francisca;—¿pero, y si entre tanto alguna otra familia pidiese la chica?

—Puede suceder, en efecto, que entre tanto alguna familia de la provincia en la cual concurren las circunstancias que la Inclusa determina, pida la huérfana, y que como no es posible tener a todas siempre aquí—y el ideal es precisamente colocarlas bien,—se le conceda, lo cual podría ofrecer a ustedes alguna dificultad; pero ustedes tie-

nen indudablemente cierto derecho adquirido sobre Alejandrita: el trato que ustedes le han dado predispone a su favor, la niña les ama mucho, y confío en que en todo caso volverá al seno de la familia que ella considera su familia verdadera: la familia de ustedes.

—El caso es, señora Superiora—dijo Francisca—que con las explicaciones que acaba usted de hacerme para darme esperanzas de recobrar la chica, me ha hecho ver claramente las complicaciones y dificultades que podrán ocurrir, y me ha puesto en cuidado.

—Yo he dado a usted mi opinión—replicó la Superiosa,—y me ha parecido mejor advertirle de lo que puede suceder—aunque no es seguro que suceda—para que si sucede y ustedes lo saben no se alarmen demasiado, y en todo caso para que no sufran una decepción. Pero no se preocupe usted desde ahora y deje el asunto a la voluntad de Dios, que sabe lo que nos conviene a todos. Pídanle ustedes todos los días, y yo le pediré también, que si conviene a la niña y a ustedes que la recobren, El disponga las cosas de manera que así suceda; y si no ha de ser conveniente, que El trastorne los planes que ustedes pongan en práctica. Y después de esto, aguarden sin impaciencia ni preocupaciones los acontecimientos, porque serán los más convenientes. Por de pronto Alejandrita quedará aquí, donde ha de estar bien atendida y se la irá instruyendo en todo lo que una mujercita

de clase humilde necesita saber para gobernar una casa y para ganarse la vida; y esto es lo importante por el momento.

—Tiene razón la señora Superiora—confirmó Bernarda tratando de convencer a Francisca, en cuyo rostro se manifestaba una gran contrariedad —Por de pronto la chica queda aquí, donde estará bien y se irá haciendo una mujercita de provecho. De todas maneras, esté aquí o esté donde esté, la chica ha de ser siempre la misma para vosotros, y vosotros para ella. Por otra parte, sois relativamente jóvenes y la chica justamente tiene uso de razón; de manera que hay días por delante para pensar y hacer muchas cosas. Y lo que dice la señora Superiora: «Dios dirá», Dios dispondrá las cosas.

—Sí, señora, así se debe pensar—repuso la Superiora.—Es una solemne tontería preocuparse excesivamente del porvenir en las cosas materiales, y aún en otras, porque el porvenir pertenece a Dios, y no a los hombres, que caducan, que se equivocan y que hasta cambian de opinión y de deseos cuando y como menos ellos lo esperaban. Pensando serena y razonablemente en este mismo caso que nos ocupa, ¿cuántas cosas y cuán diferentes pueden ocurrir? Puede ocurrir que ustedes hagan fortuna, echen raíces en América y opten por quedarse allí; puede ocurrir que vuelvan a su tierra con o sin fortuna; puede ocurrir que muera uno de ustedes, o dos, o los tres; puede

ocurrir que muera Alejandrita; y puede ocurrir que todo salga tal como ustedes se lo proponen: que recobren la huérfana y sean muy felices. Pues si todas estas cosas, y otras que no prevemos, pueden ocurrir, ¿para qué marearse dando vueltas y más vueltas al asunto?

—Ni más ni menos—asintió Bernarda.—Hacer lo que se pueda en las cosas con sana intención, y tras de esto tranquilidad, y a vivir y a esperar.

—Y ¿nos darán ustedes noticias de la chica?—preguntó Francisca.

—Siempre que ustedes las deseen. Y si algo excepcional ocurriera les avisaríamos inmediatamente. Respecto de este punto puede usted ir sin cuidado, porque han de estar siempre enterados de lo que ocurra con la niña. Y cuando ella sepa escribir una carta, también recibirán ustedes las suyas.

—Muchas gracias, señora Superiora. Con esta esperanza me voy contenta, hasta cierto punto. Y ahora, para no entretenerla más a usted, si le parece bien despediremos a la chica.

La Superiora se detuvo a meditar un momento y luego dijo:

—¿Saben ustedes que me parece mejor que no vean a la niña?

—¿Pues? ¿Por qué, señora Superiora?—preguntó Francisca afectada.

—Por una razón que me ocurre en este momento y que creo comprenderán ustedes: nos ha costado mucho trabajo, como les he dicho, tran-

quilizar a la niña y conseguir que se vaya distra-
yendo y conformando con vivir aquí, no sabe
ella por cuánto tiempo. Si ahora las ve a ustedes,
creerá que vienen a buscarla, se pondrá loca de
gozo.... Y ¿cómo separarla luego de su madre?
¿No comprenden ustedes que para la niña y para
la misma Francisca va a ser penosísima la separa-
ción? ¡Como que temo que tendríamos que usar
de la violencia, porque la niña tiene un geniecillo
bastante vivo. ¿Y después? ¿Cómo se la tran-
quiliza otra vez? En fin: que el verla ustedes
tendrá probablemente como resultado un disgus-
to soberano para la niña y para todas nosotras,
y un conflicto para después que ustedes se va-
yan; por todo lo cual juzgo que es mucho mejor
que no la despidan.

—No dejo de comprender el fundamento que
tiene lo que acaba usted de decirnos—expresó
Francisca,—pero el marcharnos sin verla después
de estar aquí, ¡se me hace tan penoso...!

—Penosísimo ha de ser para usted marcharse
sin verla, ya me lo figuro; pero el verla para tener
que dejarla aquí sería aún más penoso y de peores
consecuencias, por cuya razón sigo opinando que
no deben despedirla ustedes. ¡Nada!, doña Fran-
cisca,—continuó en tono insinuante y persuasivo,—
todos ustedes se han impuesto sacrificios por Ale-
jandrita, y ahora conviene que haga este otro en
bien de la niña... y de usted misma. ¿No opina
usted así, doña Bernarda?

—Sí, señora, opino como usted—respondió la buena Bernarda.—También yo siento no darle cuatro besos, o cuarenta; pero comprendo que tiene sus inconvenientes y, por tanto, que no debemos despedirla.

—Pues si las dos opinan ustedes que es mejor que no la despedamos, no la despediremos—dijo Francisca con voz doliente mientras los ojos se le cuajaban de lágrimas.—¡Qué le vamos a hacer! Ya comprendo que la despedida había de ser muy fuerte.

—¡Ea!, pues: no tenemos más que hacer aquí.—exclamó Bernarda para poner fin a aquella escena.—Dejemos ya a la señora Superiora, que seguramente tendrá que atender a otras personas y a otras cosas.

Despidiéronse enseguida y salieron las dos amigas de aquella casa,—donde a Francisca le parecía que dejaba un pedazo de su corazón y hasta la felicidad de su familia,—para ponerse en camino en busca de sus respectivos hijos, a los cuáles ansiaban ver, especialmente Francisca, que había pasado una temporada sin ver al suyo.

Hicieron el viaje sin contratiempo, y Francisca pudo hartarse de besar a Rufino al cabo de tantas zozobras y tanto miedo de haber de estar en la cárcel durante meses o quizá durante años.

Al llegar a casa de Bernarda se renovó en Francisca la pena por la pérdida de la huérfana, pues Rufino, en medio de su alegría al ver a su madre

tras de tan larga y extraña ausencia, no perdía el recuerdo de su hermanita y acosaba a su madre con preguntas. Al ver que su madre volvía sola, en la memoria del chico surgió el recuerdo de lo que su madre les había dicho una noche en que, vencida por la pena ante la idea de tener que dejar la niña, no calculó que cometía una imprudencia diciéndoles «que se querían llevar la chica a otra casa»; y agitado por este recuerdo, lanzaba angustiado un aluvión de preguntas sobre su madre y sobre Bernarda: ¿Dónde está mi hermanita? ¿Con quién está? ¿Cuándo ha de venir? ¡Qué!, ¿nos la han quitado? ¿Por qué nos la han de quitar si es nuestra?

No hay para qué decir los apuros de las mujeres para improvisar mentiras que tranquilizaran al chico, todas a base de que Alejandrica se les reuniría pronto.

Otra persona, conocida nuestra, se alegró extraordinariamente cuando tuvo noticias de la vuelta de Francisca y Bernarda, y al saber que aquella estaba ya desenredada del lío en que se había metido: el bondadoso don Ramón. No bien supo la llegada de las dos amigas corrió a saludarlas y a felicitar a Francisca, les confesó el mal juicio que había hecho de ambas cuando el sargento Vázquez fué a interrogarle bajo absoluta reserva, les pidió perdón—pues nadie está libre de un mal pensamiento—y tan campechano y servicial como siempre se ofreció a facilitar el embarque de

Francisca y de su hijo en el primer buque que saliera para América.

Y en efecto: sobreseída la causa por la Audiencia, algunas semanas después Francisca y su hijo —acompañados hasta el vapor por Bernarda, las hijas de esta y don Ramón, y llevando a la mano una cesta bien provista para el camino—tras de las despedidas más cariñosas que caben entre personas que se profesan verdadera amistad, partieron para América, no sin que don Ramón hablara con el Sobrecargo del buque para recomendarle que cuidara durante el viaje de Francisca y su hijo a fin de que no carecieran de nada.

El tiempo fué excelente durante el viaje; y sin más de particular que el consiguiente mareo, llegaron a América Francisca y su hijo, encontrando en el muelle a Manuel y a otros navarros, que también aguardaban a parientes o a conocidos suyos.

Manuel estaba bien de salud y contentísimo con su colocación, y solo le faltaba para sentirse del todo feliz, ver allí a su familia, que él creía llegaría completa. No es, pues, de extrañar que el buen hombre sufriera una gran desilusión y un enorme disgusto cuando vió que la chica no iba con Francisca y con su hijo.

—¿Y la moceta?—preguntó afanoso y desasosegado a su mujer, pues aunque en las cartas le habían indicado algo de las dificultades surgidas, no había él vislumbrado toda la verdad.

Francisca le hizo una seña para darle a entender que no quería hablar delante de Rufino, y luego respondió en voz alta:

—La moceta se ha tenido que quedar ahora en España, pero será por poco tiempo: pronto nos la mandarán. Vamos a casa y despacio te explicaré todo.

No debía ni quería Francisca ocultar por más tiempo a su marido lo ocurrido; y en cuanto llegaron a casa—que era la casa en que Manuel estaba colocado,—y se desembarazaron de maletas y paquetes, Francisca refirió a Manuel lo ocurrido, sin omitir ningún detalle, refiriéndole también al por menor cuanto había preguntado a la Superiora de la Inclusa y lo que ésta le había dicho.

Manuel escuchó con la boca abierta y sumamente afectado la relación que su esposa le hizo; y cuando ésta terminó, el buen hombre condensó sus pesares y sus amores por la niña, sus deseos y sus pensamientos, en una frase que no por ser vulgar dejaba de expresarlos bien:

—Pues hombre—dijo con el corazón más que con los labios—«buena burra hemos *comprau*» (1). Todas nuestras combinaciones y todos nuestros sacrificios han sido por los dos mocetes, para que pudiéramos educarlos bien y tuvieran ma-

(1) *Buena burra hemos comprado*: Dicho usado en algunos pueblos de Navarra para significar que el resultado de un asunto ha sido contrario a lo que se deseaba.

ñana un pasar mejor que el de volver y romper
tormos de tierra, y ahora resulta que por hacer
las cosas mejor hemos perdido la moceta. Razón
tenías al advertirme que «lo mejor es enemigo de
lo bueno», pues buscando lo mejor hemos per-
dido lo bueno que teníamos seguro. ¿Qué demonio
me habría tentado a mí—exclamó exaltándose y
culpándose de todo lo ocurrido—con esta idea de
venir a América y haceros pasar a vosotros y a
aquella pobre mocetica semejantes tragos? ¡Yo
tengo la culpa de todo, y no tú, Francisca! Tú
no has podido hacer más de lo que has hecho,
y pocas mujeres hubieran hecho tanto. Estoy por
presentarme ahora mismo al amo y decirle que
en el primer barco nos iremos a España, a nues-
tra tierra; y una vez en nuestra tierra yo creo que
enseguida arreglaremos todo y viviremos como
antes. Porque ¿para qué queremos ahora dinero?
¿No te parece?

—¡Calma, Manuel, calma!, que no hay que
tomar una resolución como esta sin pensarlo mu-
cho. Todo lo iremos mirando, y después haremos
lo que mejor nos parezca. Así, de primera inten-
ción, me parece que por el momento no debemos
pensar en otra cosa que en trabajar y en ahorrar
algunos dineros, que nunca vienen mal; pero de
todos modos lo pensaremos despacio y bien. Aho-
ra vamos a acomodar en nuestra habitación los
cachivaches que traemos, y enseguida me enseña-
rás la casa y me llevarás a donde la señora para

que me explique cuál ha de ser mi obligación, y pueda yo comenzar a cumplirla inmediatamente. Para lo demás, quedan muchos días por delante para hablar y pensarlo.

Hablaron, en efecto, los dos esposos en días sucesivos del asunto que les preocupaba; y Francisca, con su buen criterio y el ascendiente que tenía sobre su marido, acabó de convencerle de que lo más juicioso era seguir trabajando allí hasta hacer algunos ahorrillos, y entonces, sobre una base sólida, resolverían acerca de Alejandrica. Entre tanto, se cuidarían de instruir a su hijo Rufino lo mejor que pudieran, aunque sin lujos; y de que aprendiese un buen oficio o alguna manera decorosa y segura de vivir, ya que en lo referente a educación y buenas ideas tendría en casa una excelente escuela, teórica y práctica.

En este acuerdo y en este plan dejaremos por ahora a esta simpática e interesante familia, a la que encontraremos nuevamente en nuestra narración; y volveremos a ocuparnos de Alejandrita, de la expósita, para referir su vida hasta el momento en que aparece en la casa de don Antonio de Areta hecha una pollita en la cual se distinguen a simple vista el recato en el vestir y en las maneras, y la compostura y moderación propias de la joven bien educada, según hemos visto en capítulo anterior.

Después de que Francisca, con dolor de su corazón, partió para América sin poder llevarse a su hija—como llamaba a la pequeña expósito—esta siguió en la Inclusa por espacio de algunos años.

Durante este tiempo, las monjitas de la Inclusa fueron levantando discretamente un poco el velo que cubría el origen de la niña. La enteraron de que no tenía padres; de que sus padres habían muerto cuando ella era pequeña; de que en la Inclusa la habían recogido como a otras muchas niñas y niños que se quedaban sin padres; de que el señor Manuel y la señora Francisca la habían llevado a su casa luego de nacer y que, por consiguiente, no eran sus padres, pero que la habían querido y cuidado mucho, como si verdaderamente lo fueran; y de que al ir a América no habían podido llevársela, pero se acordaban siempre de ella y escribían preguntando con mucho interés cómo estaba.

Todo esto, y los solícitos cuidados y cariños de las Hermanas de la Caridad, juntamente con la influencia de aquel ambiente embalsamado por la inocencia y la bulliciosa alegría de tan gran número de niños y por las virtudes y santas ternuras de las Hermanas, fueron apagando en Alejandrita la viveza de aquellos deseos de volver a

casa de Manuel que sentía en los primeros días de su reingreso en la Inclusa, y contribuyeron a que gradualmente se fuera conformando con la idea de vivir allí. Con esa intuición admirable en algunos niños, Alejandrita comprendió que en su situación su verdadera casa era aquella: la Inclusa; y que aquellos otros niños y niñas que allí había eran tan semejantes a ella por la condición y la desgracia, que naturalmente resultaban hermanitos suyos, dignos de su compasión y de su cariño.

Mas nada de esto disminuyó el amor de Alejandrita hacia Manuel, Francisca y Rufino, su hermanico, como ella lo consideraba siempre. Por el contrario, se sumó en su corazoncito la gratitud al cariño; y recordando cuánto la querían y contemplaban, se decía: «si no son mis padres, aún debo yo agradecerles más cuanto han hecho conmigo».

No desatendieron, ciertamente, las Hermanas la enseñanza de nuestra expósita; y como era despegada y aplicadita, a los doce años había adquirido conocimientos casi superiores a los que corresponden a esa edad: leía y escribía correctamente; sabía en Aritmética lo que podía necesitar saber en este respecto en el transcurso de su vida; tenía nociones de Geografía, de Gramática, de Historia Sagrada, Nacional y Universal, y de otras materias que constituyen la enseñanza primaria; sabía hacer un dobladillo a un pañuelo, festonar un mantel, hacer una cadeneta, zurcir un *siete*,

hacerse unas medias más o menos ajustadas a la medida, y hasta estaba iniciada en algunas labor-citas finas, para las cuales mostraba una rara habilidad. En resúmen: que a los doce años Alejandrita era una niña instruída, relativamente.

Por entonces fué una familia de Ezpelegui, del pueblo donde don Antonio de Areta tenía su casa y sus propiedades, a buscar en la Inclusa una niña de esa edad; y como esa familia tenía noticias de Alejandrita—que se había hecho famosa a causa de los extraños sucesos desarrollados en torno y por razón de su diminuta persona, cuando Francisca quiso llevársela a América de contrabando—solicitaba preferentemente la mencionada familia a esa expósita, si era posible concedérsela.

La familia de Clemente Ascunce—que era la que solicitaba una huérfana, y preferentemente a Alejandrita—probaba con los certificados correspondientes que era familia honrada y de buena conducta, y que podía sostener a la huérfana decorosamente.

Se componía la familia referida, de Clemente, su mujer, llamada Carlota,—matrimonio sin hijos, como son la generalidad de los que solicitan de la Inclusa un huérfano o una huérfana a quién adoptar o a quién tener para compañía o ayuda,—y de los padres de Carlota: dos venerables ancianos ya inutilizados para el trabajo por los años

y los achaques, y que constituían una carga casi superior a las fuerzas de la casa.

Eran los Ascunce labradores de profesión, propietarios de la casita en que vivían, de algunos pequeños trozos de tierras blancas para el cultivo de trigo y menuceles, de un trocito de viña y otro de huerta; y como las necesidades de la casa eran relativamente grandes, y Clemente y Carlota tenían energías y mucho ánimo, aún tomaban en arriendo otras tierras, en las cuales, como en las suyas propias, sudaba el quilo el matrimonio joven para ganar el sustento y atender cumplidamente a los gastos generales de su casa.

Con esa base de las energías y la laboriosidad incansable de Carlota y Clemente, con la de su casita y sus tierras, y teniendo en cuenta que procuraban arbitrarse para obtener de sus productos, según iremos viendo, el mayor partido posible, no faltaba el pan en la casa y, por consiguiente, Alejandrita podía contar con que en el seno de aquella familia, si bien no podía esperar lujos en el vestido ni en la mesa, podía estar segura de que tendría vestido aceptable y la ración suficiente.

En cuanto a la bondad de los solicitantes no había reparo que oponer: todos los informes coincidían en que la familia de Ascunce era desde el principio hasta el fin, formal, de intachable conducta, de sanas ideas, buena y honrada a carta cabal.

Y en efecto: uno solo de los datos que ya co-

nocemos de esa familia nos inclina a formar un buen concepto de la misma: el dato de que Carlota y Clemente tuvieran en su compañía, y los mantuvieran y cuidaran con amor y delicadezas de verdaderos hijos, a los padres de Carlota, ancianos agotados por los años, los achaques y el esfuerzo heroico en el trabajo; ancianos totalmente inutilizados para hacer algo de provecho, y cuyo cuidado requería una suma considerable de gastos y de molestias.

Porque en un mundo en que aparecen tan brutales egoísmos: de hijos que abandonan a sus padres a la miseria, a la caridad pública, o a un aislamiento sepulcral, hasta a la desesperación; de hombres que condenan a sus hijos o a sus esposas a las privaciones, al sacrificio o a la muerte; de hermanos que se manifiestan capaces aún de arruinar a sus hermanos. En un mundo cuyos brutales egoísmos han sugerido a un pensador profundo—de cuyo escepticismo, sin embargo, no es juicioso participar en absoluto—el tremendo concepto de que «cuando se dice de dos personas que se quieren como hermanos, se dice todo lo contrario de lo que se quiere decir», y arrancado a un infeliz anciano la dolorosa exclamación de que «en estas casas (refiriéndose a la suya y a otras como la suya) más vale ser buey joven que amo viejo». En un mundo en que desgraciadamente hay gentes que permanecen sordas a las voces de la sangre, a los mandatos imperiosos

del deber y a los conmovedores estímulos de la caridad, una familia pobre que se esfuerza y se sacrifica por atender a sus ancianos y por alegrar a fuerza de amor las horas tristes de la vejez, nos ofrece un hermoso espectáculo de cumplimiento de obligaciones verdaderamente sagradas y nos dá la impresión, más bien la seguridad, de que es una familia excelente.

Como todos los informes, debidamente certificados, coincidían en que la familia de Asuncion reunía las condiciones requeridas para la concesión de huérfanos de la Inclusa, las autoridades de esta Casa le concedieron la huérfana Alejandra con las obligaciones anejas a tales concesiones; pues, como es perfectamente comprensible, necesita la Inclusa ir colocando a las huérfanas siempre que sea posible colocarlas en condiciones aceptables, porque de otro modo se reunirían en tan gran número que no podría contener a todas.

Alejandrita no se sintió contrariada por aquella novedad. Sea que recordara con entusiasmo la vida y el tiempo pasados en casa de Manuel y tuviera la esperanza de pasar en la de Clemente días tan tranquilos y alegres como en casa de «sus padres»; sea que no le satisficiera por completo la situación que disfrutaba, cosa tan común a las gentes que se puede asegurar que uno de los axiomas más aplicables es el que dice que «nadie está contento con su suerte»; sea que sintiera esa comezón de novedades que se apodera

de muchas personas y las domina hasta que el tiempo—gran maestro de la vida, gran entonador de espíritus y de corazones y gran destructor de ilusiones infundadas—les enseña que «no es oro todo lo que reluce», que no es felicidad todo lo que tal parece en la casa del vecino; sea por otra causa que no conocemos—pues hasta en los niños hay arcanos,—el caso es que Alejandra no se sintió contrariada ante la idea o el hecho de haber de dejar la Inclusa e ir a casa de Clemente. —«A ver qué tal se vive allí—pensaba a su manera,—y en último caso siempre me queda el recurso de volver a la Inclusa para estar como ahora». No tenía en cuenta que no siempre se puede recobrar la posición abandonada, que al ser abandonada, generalmente es ocupada y defendida por otros. El axioma «quien fué a Sevilla perdió su silla», como tantos otros axiomas, es algo más que una frase bonita: es un pensamiento, una sentencia que encierra enseñanza profunda.

Y contenta e ilusionada con lo que esperaba, y sin sentimiento por dejar lo que tenía, Alejandra se puso en camino para Ezpelegui, tan tranquila.

Pronto notó la huérfana que su vida en casa de Clemente no era, no podía ser tan descansada y apacible como en casa de Manuel. Las necesidades de la casa eran diferentes, y por fuerza habían de ser diferentes la distribución y participa-

ción en los quehaceres y en la organización, para cuantos pertenecían a la misma.

Como las bocas a mantener eran cinco, contando con la huérfana, se hacía preciso, para poder comer, sacar el mayor partido posible de los productos de la tierra que cultivaban; y a esos efectos Carlota salía a la plaza del mercado a vender al por menor aquellos productos, y aún compraba otros para revenderlos con una pequeña ganancia.

Esas atenciones de la venta y reventa de productos exigían, como es natural, la permanencia en la plaza durante una porción de horas cada día; y como el cuidar y preparar lo necesario para cinco personas, por muy modestamente que vivan, requiere también tiempo y trabajo, por mucha actividad que Carlota desplegara y por mucho que se subdividiera, resultaba imposible que atendiera a todo, y se hacía preciso que Alejandrita le ayudara y sustituyera en algunos quehaceres que la niña podía desempeñar, como llevar la comida a Clemente, subir agua del río, hacer algunos jabonados sencillos, coger en la huerta patatas y verduras, y muchos ratos estar en la plaza al frente del pequeño negocio, a fin de que Carlota pudiera hacer la colada, comprar despacio y bien regateado lo que había de revender, y ocuparse de otras cosas por el estilo.

Empezó Alejandrica a hacer los quehacericos que su tía Carlota—como ella la llamaba, pues el llamarla madre le hubiera parecido la usurpa-

ción de un legítimo título que pertenecía a Francisca—le mandaba hacer: llevaba la comida para el tío Clemente al campo, a la huerta o a la viña; subía agua en una pequeña herrada; iba al río con su canastillo de jabonados; se colocaba algunos ratos en el puesto de venta de la plaza....

Al principio le resultaban penosos esos trabajos, y muchas veces se sentaba fatigada en una piedra o en cualquier punto saliente del camino, y con las manitas cruzadas meditaba tristemente mientras descansaba; más poco a poco se fué acostumbrando y fué viendo compensaciones al esfuerzo y al cansancio.

Una vez que el tío Clemente había terminado de comer, y que ella había metido en la cesta el puchero y la soperica en que había llevado la comida, se encontraba Alejandrica sin más carga que una cesta vacía y en libertad de distraerse un rato a sus anchas, pues su tía no le limitaba al minuto el tiempo para volver a casa. Podía, pues, dedicar un rato a hacer un ramo con las flores silvestres que había a un lado y a otro del camino; a correr tras de una mariposa brillante y bonita; a escuchar el concierto interminable de los ruiseñores en el chopar que había en la orilla del río; a buscar entre los tormos del campo layado el nido de las cogujadas; y a extasiarse en la contemplación de un inimitable retrato suyo en el fondo azulado del barranco.... Unos momentos de libertad plena, en que nadie se

metía con ella; unos momentos deliciosos que le compensaban de los sudores que le arrancaba el peso de la cesta llena.

Luego se sumó a tales distracciones otra que agradaba mucho a nuestra expósita: la reunión con otras niñas que también llevaban la comida a sus padres y hermanos. Salían juntas del pueblo con sus respectivas cestas; y al separarse para ir cada cual a la finca en que estaba su padre o su hermano, quedaban citadas para reunirse en un punto del camino después de despachar su cometido. Una vez desocupadas y de nuevo reunidas, pasaban un gran rato corriendo, saltando, deteniéndose a coger moras y arañones, o desparramándose ligeras y bulliciosas sobre la florida y espléndida alfombra del soto para ocultarse entre los juncos y llamarse y acariciarse unas a otras con lindos cánticos y alegres trinos....

Con tan inocentes y encantadores esparcimientos venían recreándose las niñas, cuando un día....

Un día, en el grupo de niñas que se reunían con Alejandrita después de llevar la comida, surgió una proposición mala: la de coger frutas en algunas huertas próximas a los caminos. La empresa era sencilla y sin riesgo probable: las mujeres y los chicos de los hortelanos regresaban a sus casas en cuanto los hombres acababan de comer; y los hortelanos, rendidos de trabajar desde la salida del sol, dormían tan profundamente la siesta que no despertarían aunque se apaleara un árbol.

En resúmen: que se podía entrar en las huertas como si no hubiera nadie; y a mayor abundamiento, las niñas que se quedaran fuera vigilando darían la señal de aviso en cuanto notaran algo de particular, a fin de que la o las excursionistas pudieran escabullirse a tiempo.

Expuesta esta censurable idea por una niña atrevida, y seguramente mal dirigida, ninguna de las otras niñas la aplaudió de palabra ni la aprobó interiormente, pero todas guardaron silencio, por un temor indefinido, por una cobardía... en que no solo las niñas incurren.

Es singular lo que ocurre algunas veces al surgir en el seno de una reunión una proposición disparatada: ninguno de los que la oyen la aprueba, y a veces ni el mismo que la ha expuesto está convencido de que la quiere, pues la ha lanzado sin meditarla, «hablar por hablar»; pero el alzarse en primera oposición es desagradable o parece peligroso, y nadie despliega los labios, y todos se dedican interiormente a buscar pretextos para callarse y aún para tranquilizar su conciencia. El uno piensa que no es él el más indicado para hablar el primero porque en la reunión hay personas de más edad; el otro encuentra una razón para callarse en que la posición o la competencia de Fulano y de Mengano los hace más autorizados para intervenir en primer término; y con parecidos y siempre fútiles motivos van descansando unos en otros y se callan todos, y callan-

do aprueban por aquello de que «el que calla otorga», y si no otorga deja hacer, que prácticamente es lo mismo. Muchos graves errores, muchas malas acciones y hasta crímenes—que se hubieran evitado con que alguien hubiese iniciado en la reunión una leve protesta o una tímida observación en contrario, de la cual hubieran tomado otros base para acentuar la disconformidad—se han realizado por esa cobardía que cose muchos labios; cobardía absurda: en casos o cosas de índole grave, gravemente culpable; y siempre de desagradables consecuencias para el mismo que la tiene.

Alejandra y sus amiguitas desaprobaban interiormente la perversa idea de robar frutas, pero no se atrevieron a condenarla. Al igual de muchas personas mayores, discurrieron razones o pretextos para no manifestarse en franca oposición: Alejandra se juzgaba la menos indicada para contestar la primera porque era forastera y no tenía confianza como las otras niñas; y como estas, haciéndose otras consideraciones, callaron también, la atrevida autora de la proposición, entendiéndolo o queriendo entender que el silencio de sus amigas significaba completa conformidad, se dispuso a llevar a cabo la empresa ejecutándola ella misma, pero con la colaboración de las otras niñas.

Y efectivamente: allá fué la atrevida niña arrastrándose entre las plantas de alubias hiladas, de maíz y de otras altas que le permitían ocultar a la vista del observador su pequeño cuerpo, y

volvió al cabo de un rato al lado de sus amiguitas con una buena porción de hermosas ciruelas y de dorados albrichigos, que llenaban el fondo de su diminuto delantal.

Aún en presencia de las frescas y apetitosas frutas las niñas se sentían entristecidas: se daban cuenta de que no eran suyas, de que no las tenían bien adquiridas, de que las tenían por una mala acción, en la cual eran cómplices. De buena gana se hubieran abstenido de comerlas, pero el mismo miedo que antes les impidió protestar, las empujaba ahora a comer, ya que no comer equivalía a protestar, aunque tardíamente. Por otra parte, el mal estaba ya hecho, el mal paso estaba dado; y después de dar un paso en el mal camino es bastante más difícil sacudir o desembarazarse de compromisos y ligaduras que antes de darlo.

¡Cuidado con dar el primer paso en el mal camino, porque una vez dado puede hacerse difícil retroceder! Y, además, siempre será un mal paso, lo cual no es precisamente igual que no haberlo dado.

A pesar de los ánimos que a sus amigas pretendía dar la autora de la sustracción, aquellas empezaron a morder las frutas casi temblando. Les parecía que estarían amargas, ácidas, con algún gusto verdaderamente endemoniado. Se sorprendieron al notar que estaban dulces y sabrosas.

¡Parecía mentira quee siendo robadas estuvieran tan ricas!

Lógico es pensar que Dios permite el atractivo en las transgresiones a las leyes divinas y humanas, precisamente para probar en el hombre el respeto a las prohibiciones, y para establecer la virtud en la obediencia. Si el vicio, en sus diversas manifestaciones, no tuviera atractivos, si no ofreciera provechos o goces, ¿qué habría de meritorio y plausible en ser austero?

Consumada totalmente la mala acción volvieron las niñas, asustadas, a sus respectivas casas, y asustadas pasaron aquella tarde y aquella noche, temiendo que se divulgara el hecho y que un alguacil del Ayuntamiento las llevara a todas al calabozo obscuro, lleno de ratas y de horribles sabandijas. Pero pasó la tarde y pasó la noche sin que los largos bigotes del alguacil asomaran por las casas de las niñas; llegó el nuevo día y lució el sol tan esplendente como en cualquier otro día, como si nada hubiera pasado en los árboles de albérchigos y ciruelas; y a la hora reglamentaria, se reunieron otra vez las niñas en el camino con sus respectivas comidas y hablaron de su hazaña y de sus miedos animadamente, regocijadas como quién se ha quitado un peso de encima; y la consabida niña atrevida se hartó de llamar a las demás falsas y miedosas, convenciéndolas de que se habían asustado sin motivo.

A partir de este primer éxito, las niñas repi-

tieron sus excursiones a diferentes huertas para sustraer otros albérchigos y otras ciruelas, así como melocotones, manzanas y peras, alternando en la ejecución de las raterías y en la vigilancia, todas las niñas; y al poco tiempo de haberse iniciado en la carrera, el grupo de niñas era un grupo de temibles ladronzuelas de frutas.

De frutas... por de pronto. Después, ¿quién sabe?

¡Después! ¿Quién sabe hasta dónde llegará la piedra que empieza a rodar por una pendiente?



Es bastante corriente disculpar a los niños de esos y de otros desmanes. «¿Qué sabe la pobre moceta?, ¿qué sabe el mocé?»—se suele decir para disculparles.

Pues la moceta y el mocé saben que el apoderarse de lo que no es suyo, tratése de frutas o de un objeto, está mal hecho; saben que realizan un acto prohibido por las leyes divinas y las humanas. La prueba de que lo saben es que lo ocultan si pueden hasta a las personas de su familia.

Sería injusto suponer que un niño de diez, de doce o de catorce años tiene concepto exacto de lo que es el hurto, o que en ese niño el hurto significa la malicia ni el desquiciamiento moral

que en una persona mayor; pero es indudable que sabe que es un acto prohibido y reprobado por Dios y por la Sociedad. Y se le debe corregir enérgicamente, implacablemente, porque tal vicio, como todo vicio, es un gérmen pernicioso que puede tener, que tiene de ordinario desarrollo y consecuencias desmoralizadoras que duran toda la vida. Los vicios hay que contenerlos y destruirlos antes de que desmoralicen y dominen al hombre, porque después que lo han desmoralizado y dominado será difícil destruirlos, en los pequeños y en los mayores.

Ninguno de los profesionales del robo, y otras personas que sin ser precisamente profesionales del robo se apoderan de lo ajeno cuando creen poder hacerlo sin riesgo, han nacido con inclinación natural a robar; muy pocas habrán empezado su carrera robando grandes cosas o importantes caudales, y pocas serán también las que han adquirido tan detestable afición siendo ya personas mayores, siendo hombres o mujeres hechos y derechos. Admitir que hay personas naturalmente inclinadas a robar, que natural e irresistiblemente se sienten impulsadas a robar, sería admitir un fatalismo profundamente perturbador y peligroso y enteramente irracional. El ladrón se forma generalmente bajo la influencia de un ambiente viciado, y en muchos casos por falta de moral, de cuidado, de celo, y hasta de consciencia en las personas encargadas de dirigirlo en la infancia

y en la adolescencia, especialmente en la adolescencia, que es cuando arraigan las ideas y se modelan los corazones; cuando el árbol adquiere fuerza y forma definitiva. Ese hombre y esa mujer desmoralizados que huyendo del trabajo o buscando regalos y placeres se dedican a robar, y prefieren pasar la vida de cárcel en cárcel, sin percibir y acaso sin comprender los alhagos de una vida honrada; y hasta el monstruo capaz de llegar al asesinato por robar, seguramente no serían desmoralizados ni desalmados, no serían ladrones ni criminales si se les hubiera educado bien y se les hubiera encauzado en los derroteros de una manera honesta y decorosa de vivir. En suma: deficiencias de educación, de formación, de construcción moral, de atención y dirección inteligentes en esos períodos fundamentales en que la criatura humana tiene uso de razón y *no razona*, es decir: no tiene verdadera potencia analítica, no discierne por completo ni tiene exacto concepto de lo bueno y de lo malo ni de su trascendencia; pero de ninguna manera predisposición natural. ¡No existe tal predisposición!

Esto se manifiesta plena y lamentablemente en algunos muchachos que se crían entre ladrones, en una verdadera y horrible escuela del robo, en la cual se les enseña, se les empuja y hasta se les obliga a robar, y se les inclina a hacer del robo la manera de vivir. Tales muchachos salen in-

variabilmente ladrones, y si el robo lo hace preciso, criminales.

Pero se manifiesta también en otros muchachos y muchachas, que, estando fuera de un ambiente tan corrompido, carecen de la necesaria atención o de una dirección inteligente y rígida en esos periodos de la vida en que, como decíamos, la criatura humana tiene uso de razón y *no razona*. En estos muchachos la afición al robo suele comenzar y tener su desarrollo de una manera sencilla: la sustracción de unas frutas, de unos dulces, de unos juguetes, de un objeto que les llama la atención, de algunas monedas, muchas veces en sus propias casas, suelen ser las primeras hazañas. Por falta de cuidado no se averiguan esas pequeñas cosas, o por imprevisión no se corrigen radicalmente; y el autor de la sustracción, al calor de lamentables descuidos o de una censurable tolerancia, repite las sustracciones y se aficiona a adquirir las cosas *a poco coste*, y gradualmente se desarrolla esa afición hasta que desconcierta y domina al individuo.

Desmoralizado el individuo, es ya el elemento dispuesto a pasar a mayores, porque si es exacto que hay personas que robarían una suma *que los sacara de apuros* y no robarían un duro, que no resuelve nada, es también exacto que quien es capaz de robar un duro robaría cien, o mil, o un millón. Quien es capaz de comprometer sus valores morales por un duro o por cinco, ¿no

ha de ser capaz de comprometerlos y hasta de enfanganlos por una cantidad importante?

El pequeño ladrón es pequeño ladrón hasta que haya ocasión de serlo en mayor escala. Quien no corta, o desarraiga, o cura a un ladrón en germen, dá vida a un ladrón de cuerpo entero. ¡Tan grave es el mal y tanto vuelo toma si se le da tiempo para que se desarrolle y domine!

Los vicios, repito, hay que cortarlos y destruirlos antes de que desmoralicen y dominen al individuo, porque después será difícil cortarlos, en los pequeños y en los mayores.

Por eso, cuantas precauciones y medidas adopten los padres y los encargados de dirigir a la infancia y a la juventud para prevenir o arrancar de raíz toda mala inclinación, serán pocas.

Por eso, cuanto hagamos para fundar y dotar cumplidamente instituciones que se cuiden de que se eduque, se prepare, o se reforme cuando sea menester a los niños, estará muy bien empleado.

Y por eso, finalmente, no me ha parecido muy fuera de tiesto este parrafejo, en el cual no he dicho nada original ni nada nuevo, ni nada que no se le ocurra al lector en cuanto se ponga a pensar en estas cosas; pero que es un recuerdo a importantes problemas de índole moral y social, de seguridad y de dignidad humanas; y que en último término nos ha servido para llenar algunas páginas.

¡Y así se escriben muchos libros!

Pero la verdadera piedra de toque, el punto o el medio de prueba para Alejandrita fué la llamada plaza del mercado de Ezpelegui.

La plaza del mercado era sencillamente una plazuela cualquiera, un espacio rodeado de casas en un punto del pueblo; en cuyo espacio o plaza se reunían con sus canastos, sacos y envoltorios las dos docenas de mujeres que querían vender frutas, verduras, legumbres, patatas y otros frutos del campo; animales del corral y algunas piezas de caza.

Ya hemos indicado que a esa plaza del mercado salían algunas mujeres e hijas de labradores del pueblo a vender al por menor, lo mejor posible, una fruta o una verdura especial, o los sobrantes de su cosecha. Hemos dicho también que Carlota, para ayudarse a vivir, acostumbraba a vender en esa plaza algunos productos de su casa y tal o cual cosilla que compraba para volver a vender con una módica ganancia. Y hemos dicho que para que Carlota pudiera atender ciertos quehaceres y cuidados domésticos, se hacía preciso que Alejandra la sustituyera algunos ratos en el puesto de venta de la plaza del mercado.

En general las mujeres y las hijas de labradores salían a la plaza accidentalmente, por unos días o por cortas temporadas: el tiempo indispensable para dar salida a la fruta o verdura especial, o al pequeño sobrante de su cosecha que se proponían vender al por menor.

Concurrían también a dicha plaza algunas vendedoras profesionales, mujeres que se dedicaban exclusivamente a la compra y reventa de los productos y artículos que se expendían en aquella plaza, y que vivían de este pequeño comercio. Naturalmente, estas mujeres, estas verduleras profesionales concurrían todos los días del año a la plaza para ganar con qué comer y con qué pagar la contribución, pues en Ezpelegui, ¡en el pueblo de Sertorio!, las complicaciones administrativas habían clasificado y sujetado al catastro hasta la manera de andar. ¡Si Sertorio levantara la cabeza...!

Estas verduleras, estas profesionales de la plaza, eran unas mujeres honradotas, incapaces de faltar a sus maridos e incapaces también de apoderarse de lo ajeno; pero mujeres de geniazos terribles: de sueltas y temibles lenguas que le plantaban un descaro al lucero del alba; familiarizadas con las grescas, gordas y flacas, y avezadas a luchar a brazo partido; mujeres que por defender una venta de dos reales eran capaces de arrancar a la vecina o de dejarse arrancar por ella la mitad del moño; en una palabra: verduleras de pelo

en pecho siempre dispuestas a reñir, por afición... o por cálculo.

Estas mujeres eran las que en la plaza dictaban reglas, señalaban puestos a cada cual—quedándose ellas ¡naturalmente!, con los mejores—y cobraban el barato. Las labradoras que iban a la plaza por unos días, se conformaban con todo lo que aquellas disponían y se guardaban bien de contradecirlas ni de contestar destempladamente, porque sabían que las profesionales tenían pocas aguantaderas y necesitaban de muy leve motivo para armar una marimorena que se oyera en todo el pueblo. Allí no había más que someterse incondicionalmente o quedarse en casa, a menos de tener diariamente una riña de órdago a la grande, con puñetazos y hasta con pesazos; y disponerse poco menos que a jugarse la vida. Y como ninguna de aquellas labradoras quería otra cosa que adinerar las cosillas que llevaba a vender, aceptaban el puesto que les señalaban, se hacían las sordas a cualquiera indirecta que se oyera por allí, vendían en cuanto podían y salían escapadas de aquella peligrosa compañía, contentas de haber realizado su modesta venta sin recibir un arañazo.

Cuando Alejandrita fué por primera vez a esa plaza acompañando a su tía Carlota, se quedó asombrada y espantada de los gritos, de los descaros, de los insultos, de las provocaciones y desafíos que aquellas mujeres soltaban por el menor motivo, y aún sin verdadero motivo. En su

manera de preguntar y de responder, en su atrevimiento para meterse en todo y con todos, en su fiera mirada, en sus posturas y hasta en sus brazos remangados, se veía la resolución y probablemente el deseo de reñir con cualquiera.

Asustada se acurrucó la huérfana al lado de Carlota, tratando de quedar oculta entre los canastos de verduras y frutas, y las sayas de su tía. Quería pasar desapercibida, que no la vieran aquellas mujeres que hablaban tan en voz alta, que menudeaban los vocablos fuertes, que agitaban sin cesar aquellos brazos y aquellas manos formidables, y que en todas las actitudes daban miedo.

Pero no consiguió pasar desapercibida. Para aquellas mujeres tan despiertas no pasaba desapercibido ni el perro que cruzaba la calle, y no pasó desapercibida la recién llegada. Y en cuanto una de ellas, la que menos despacho tenía, acabó de pesar y cobrar el cuarto de arroba de fruta que estaba despachando, se dirigió al puesto de Carlota y le preguntó señalando a Alejandrita:

—¡Qué!, ¿esta es la bortica que habéis traído?

Carlota hizo a la verdulera un guiño, queriendo indicarle que la niña ignoraba algo de su origen, y enseguida respondió:—Esta es la chica que hemos traído para que viva con nosotros.

—¡Qué recuernos vienes aquí con tapujos!—replicó alterada la verdulera, poco dispuesta siempre a ceder en nada.—¡Si sabrá la moceta a estas

horas que es borta! Y si no lo sabe ya, lo sabrá pronto, porque no faltará quien se lo diga. De manera que no hay para qué andar con misterios. ¡Ni que fuera una princesa que quieren robar la tal borta!

A Carlota se le revolvió la sangre y sintió un impulso de cólera al oír la salida de tono de la verdulera. Aquello era una brutalidad, y con gusto hubiera castigado Carlota a aquella mujer; pero como para eso hubiera sido preciso armar un escándalo y ella era enemiga de riñas, se calló. Cualquiera objeción que hubiera hecho hubiera complicado la conversación, porque aquellas mujeres tenían unos genios endemoniados.

Alejandrita estaba anonadada. Aquella mujer que hablaba con su tía no le parecía una verdadera mujer, sino una fiera dispuesta a comerse en un par de dentelladas a su tía y a ella; e instintivamente se encogía la niña cuanto podía y se metía entre las sayas de Carlota, como para evitar que la primera acometida le tocara a ella.

Entre tanto fueron terminando sus ventas del momento las otras vendedoras y se fueron acercando al puesto de Carlota para conocer a la huérfana. A duras penas pudo Carlota conseguir que la huérfana sacara la cabeza de entre sus sayas. ¡Tan atemorizada estaba la pobre niña! Las mujeres la miraron con atención, emitieron sus respectivos juicios acerca de si era guapa o fea, hicieron algunas preguntas discretas o indiscretas, se-

gún el gusto de la preguntante, y volvieron a sus puestos.

El día terminó sin más complicaciones, porque Carlota, según su costumbre, se mantuvo en su puesto sin levantar la voz ni dar de ninguna manera motivo de quejas ni a la más susceptible de las vendedoras; y a hora conveniente recogió sus canastos y su peso y se marchó a casa con la huérfana.

Cuando se vió fuera de la plaza, fuera de aquel círculo donde había mujeres tan violentas y agresivas, la huérfana sintió un gran alivio como si le hubieran desatado un corsé que la oprimiera hasta ahogarla. Porque ahogada había estado toda la mañana: ahogada de miedo a los gritos, a los descaros y a los zarpazos que temía de aquellas mujeres.

Una vez en casa de su tía, lejos del punto de peligro, pasó la impresión de miedo y comenzaron a aparecer y a saltar en la imaginación de la huérfana, unas veces sueltas y otras unidas y completas, las extrañas preguntas y dichos de las vendedoras de la plaza respecto a ella. Deducía de las palabras de las vendedoras que respecto a su persona había algo que ella no conocía, algo que no le habían dicho las personas buenas que la habían tenido desde que nació; y ese algo no debía ser muy agradable cuando todas aquellas personas que la querían se lo habían ocultado.

El velo que caritativamente habían puesto, pri-

mero Manuel y su familia, y después las Hermanas de la Caridad de la Inclusa, para que Alejandrita ignorara siquiera durante algunos años su origen oscuro y triste, había sido desgarrado brutalmente por las vendedoras de la plaza. La niña empezó a pensar; y pensando con lógica que no debía favorecerle ese algo que ignoraba, cuando se lo habían ocultado personas de cuyo cariño no podía dudar, se llenó de confusión y de zozobra.

¿Qué misterio había alrededor de su persona? ¿Qué querían decir aquellas extrañas palabras y aquellos gestos como de desprecio de las mujeres de la plaza?

Se despertó en la huérfana, más que una curiosidad infantil, un afán grande, un afán loco de saberlo. Ansiaba la niña saberlo todo, fuera lo que fuera, y al efecto hizo la resolución de preguntárselo a Carlota y de llorar y arrastrarse suplicándole que le dijera la verdad. Y en su ya acalorada imaginación forjaba la idea de preguntárselo a las mismas mujeres de la plaza que habían hablado, si su tía se negara a decirle toda la verdad.

Algunos ratos de sueño le quitó aquella noche el dar vueltas a esta idea y el madurarla; y aunque por fin se durmió profundamente, al siguiente día persistía en la idea y en el propósito de averiguar la verdad. Y en cuanto Clemente salió de su casa para ir al campo, la niña, con voz tem-

blorosa, hija de ese sentimiento mezcla de emoción y temor que se apodera de las personas en los momentos solemnes, dijo a su tía las dudas que le habían despertado las mujeres de la plaza y lo que ella deseaba saber.

Carlota se quedó tan sorprendida, que de pronto no supo qué contestar concretamente, y hubiera acabado por confirmar todas las piadosas mentiras que hasta entonces habían mantenido a la huérfana en la ignorancia de las verdaderas circunstancias de su nacimiento; pero vió en la niña tal ansiedad, tan gran deseo de saber la verdad, y leyó tan clara su resolución de averiguarla, que se decidió a decírsela. Se hizo la reflexión de que, en tal estado las cosas, no tardaría la huérfana en saberlo por una persona o por otra, y probablemente quien se lo dijera lo haría inoportuna y cruelmente, quizás acompañando el descubrimiento con bárbaras rechiflas; por lo cual era preferible que ella se lo dijera procurando dorar la píldora.

Y entre consideraciones para restar importancia al hecho y para convencerla de que en todo aquello nada había de depresivo para ella, Carlota le explicó la verdad exactamente.

No consiguió Carlota lo que se proponía: todas sus caritativas razones no bastaron para convencer a la huérfana de que en aquello no había nada de malo para ella. Dando mil vueltas en su embarullada cabecita a lo que Carlota le explicó, pensaba que ella no era como los demás niños y

niñas, ni sus desconocidos padres eran como los demás padres: los otros niños, al llegar al mundo se encontraban con unos padres amantes que los aguardaban como una bendición de Dios, que les tenían preparadas la cuna y muchas lindas ropitas, que habían avisado al señor Párroco y a los parientes para el bautizo, que les ponían un padrino o una madrina para llevarlos a la iglesia y regalarles vestidos y juguetes, y que después los tenían siempre con ellos, queriéndolos mucho; y ella había nacido sin saber dónde ni de quién, y no le habían preparado nada, ni nadie la esperaba, ni nadie la quería, pues la habían abandonado, la habían dejado solita luego de nacer...

—«¡No!—pensaba la niña.—Mis padres no eran como los otros padres, quizás no serían ni personas.... ¡Qué horror! Y si eran personas, ¿por qué no me querían? ¿Por qué me abandonaron sin decir de quién soy hija? ¿Serían mis padres muy malos?—se preguntó la niña al asaltarle esta dolorosa duda, que la pobrecita quiso rechazar como una tentación.—Lo cierto es que yo no he nacido como los demás niños y niñas, ni soy como ellos».

Tras de tan desconsoladoras deducciones, Alejandrita se consideró inferior a los otros niños, al nivel de los perros de la calle, sin padres conocidos y sin nombre, y blanco natural de burlas y de insultos. Y sintiéndose tan tremendamente inferior y humillada, se recogió en un

rincón y rompió a llorar con toda la amargura de que es capaz una niña de trece o catorce años, sin que en un buen rato pudiera conseguir Carlota tranquilizarla prodigándole caricias y amorosas palabras.

Otro comentario se nos ocurre al oír las palabras despectivas de la verdulera de Ezpelegui al referirse a la huérfana, a la *borta*, como la verdulera decía a boca llena; y al conocer las consideraciones injustas que se hizo la propia huérfana acerca de su condición.

Desgraciadamente es cierto que hay personas que tratan a los expósitos como a seres inferiores, como si estuvieran contaminados o deshonorados. Ni siquiera los llaman por su nombre, sino «el borte de tal», «la borta de cual», como para recordarles a cada instante su nacimiento y mantenerlos humillados y sometidos.

Eso es terriblemente cruel e injusto, y por ser injusto y cruel es indigno de cristianos, es indigno de hombres aunque no sean cristianos.

Y si es injusto que una persona cualquiera considere a un expósito inferior a los demás, solo por razón de su nacimiento, dicho se está que es también injusto consigo mismo el expósito que

solo por ser tal se juzgue a más bajo nivel moral que los demás hombres, por altos que en la sociedad estén. Tal concepto de sí mismos suele tener por causa en la generalidad de los casos la conducta de otras personas, que no desaprovechan ocasión para despreciarlos; y a fuerza de verse así tratados o maltratados, llegan a convencerse de que son inferiores a los demás.

Y no hay tal inferioridad moral.

El hombre, lo mismo que la mujer, tienen exactamente el valor moral que corresponde a sus actos propios, a los actos que realizan con pleno conocimiento y plena o libre voluntad. Ni más, ni menos.

Se heredan y transfieren los títulos, las riquezas, los apellidos, las relaciones de familia y hasta las influencias, pero la valía moral no se hereda: se gana con actos personales, la conquista cada uno para sí con noblezas y virtudes. Y esta valía moral es tan propiamente personal, tan exclusivamente individual, que no se extiende ni enriquece a ninguna otra persona: es caudal intransferible del individuo.

Puede un padre de familia, por ejemplo, ser un hombre austero y del más puro metal moral, y tener una familia desacreditada: el uno por libertino y borracho, el otro por tramposo o estafador, la otra por prostituta; sin que se extiendan a estos individuos los méritos del padre ni pueda

éste descartar la deshonra de los vicios y traqui-sondas de aquéllos.

En sentido contrario y por las mismas razones, la degradación moral, la ruina moral, los crímenes y actos deshonrosos de una persona, no manchan el honor de otras personas, ni merman su valía moral, aún cuando tengan el más próximo enlace o parentesco con el autor. Tales actos disgustarán a la familia y hasta podrán perjudicarla materialmente, pero no la deshonran, porque la responsabilidad y, por consiguiente, la depreciación moral que se deriva de los hechos deshonrosos, solo puede alcanzar al autor de los mismos, y aún al colaborador y al que transige conscientemente con los hechos, el cual viene a ser un cómplice por omisión voluntaria, por inexcusable, culpable tolerancia; más no al que nada tiene que ver con los hechos.

Esto sentado en líneas generales, y teniendo presente que un niño que acaba de nacer no ha colaborado ni por acción ni por omisión, la deducción se desprende por sí sola: considerados en el aspecto meramente moral, lo mismo es el niño que nace de una mujer intachable, honrada y virtuosa, que el que nace de quien ha prescindido de la honra y del pudor. ¿Qué ha hecho de malo este niño? ¿Qué delito ha cometido para que le alcance la infamia de sus padres? Y como la responsabilidad y la infamia están en tomar parte

consciente y voluntariamente, al niño no puede alcanzarle responsabilidad ni infamia.

El tener padres virtuosos y de honrados apellidos, estimables y estimados, y amantes de sus hijos, es una suerte del niño: una suerte que despierta en todos complacencia. El nacer de padres viciosos y abyectos en que vive en pleno dominio la animalidad, y desnaturalizados hasta el punto de poner ese hijo en cualquiera mano o de abandonarlo, es una desgracia del niño: una gran desgracia digna del mayor respeto y que debe despertar en nosotros la simpatía hacia esa criatura y el noble afán de consolarla, de compensarla del abandono de sus padres con nuestra consideración y aprecio, y de incorporarla y sumarla a la sociedad como uno de tantos.

Tratar a los expósitos despectivamente, recordarles con motes y dichos cómo han nacido y cómo fueron sus padres—recuerdos que han de ser necesariamente dolorosos para ellos,—y pretender deprimirlos y humillarlos, es injusto e innoble; es indigno de cristianos, de caballeros y de hombres.

El hombre, que ha recibido de Dios el imponderable privilegio de entender y discurrir, tiene el deber de ser racional y generoso, sencillamente el deber de ser hombre. Quien en cualquier aspecto procede fuera de las características del

raciocinio, queda desfigurado como hombre y adquiere cierta semejanza con el bruto.

* * *

Aplanante había sido la impresión que sacó Alejandrita de su primera visita a la plaza del mercado de Ezpelegui. Aquellas mujeres tan descaradas y gritadoras, y aquella verdulera tan cruda y retadora que la había tratado a ella con desprecio y que había metido el resuello en el cuerpo a su tía, habían producido a la huérfana un miedo tremendo; y al saber por Carlota la verdad acerca de su nacimiento y la significación de la palabra «borta», su miedo llegó al colmo. El recuerdo de la plaza le producía escalofríos; y la idea de volver a aquel sitio, tan horrible a pesar de estar inundado de un sol esplendoroso y riente, le hacía temblar y le producía desmayos. Cualquiera cosa o cualquiera ocupación hubiera hecho ella mejor que volver a la plaza: hubiera preferido pasarse el día barriendo porquerías, limpiando escupideras y retretes, jabonando ropas plagadas de miseria, cuidando enfermos.... Todo le parecía mejor, o menos malo, que estar en la plaza con la perspectiva de una gresca, de un chorro de insultos y quién sabe si hasta de golpes y tirones de moño, con aquellas mujeres que tenían

las manos tan grandes como una pala de levantar trigo. ¡Pobre moño el que cayera en semejantes manazas!

Pero no había remedio: si Carlota había de atender a los quehaceres domésticos de más importancia, era preciso que la huérfana la sustituyera en la plaza del mercado muchos ratos. Con miedo o sin miedo, la huérfana tenía que volver a ver a aquellas mujeres, a oír sus gritos, presenciar sus algaradas y estar entre ellas muchas horas y muchos días.

Para acostumbrarla poco a poco al espectáculo y enseñarle a vender, Carlota la llevó consigo diferentes veces. La instruía acerca del modo de tratar a las compradoras y la manera de pesar y servir los géneros, y le recomendaba mucho no levantar la voz, ni contestar a una alusión, ni dar pretexto en forma alguna para una riña. Y predicando con el ejemplo, si oía una indirecta o si algo decían de la huérfana, se hacía la sorda y daba la callada por respuesta.

Con tan paciente táctica consiguió Carlota evitar complicaciones, pero no tranquilizar a Alejandrita, la cual pasaba el tiempo en la plaza en continuo sobresalto, temiendo ver a cada momento una catástrofe en que ella fuera una de las víctimas. E instintivamente, respondiendo a una presunción propia en el bello sexo, se llevaba las manos a la cabeza como para cerciorarse de que su

pequeño y sedoso moño estaba aún en su sitio, o para defenderlo de inminentes peligros.

Llegó por fin el día en que Alejandrita se había de quedar sola en el puesto de la plaza, porque Carlota debía ocuparse de algunos de los quehaceres de mayor entidad que la retenían alejada de allí. En ese día fué Carlota con la huérfana a la plaza a llevar los canastos y el peso, y a colocar todo debidamente en el puesto; y después de repetir todas las recomendaciones que le tenía hechas, se marchó a su trabajo.

Quedó Alejandrita sola en el puesto encogiéndose detrás de la batería de canastos para no llamar la atención, y muy dispuesta a seguir las instrucciones de Carlota, oyera lo que oyera. ¡Buena estaba ella para gallardías! Le cabía el corazón en el hueco de una nuez.

Y acurrucadita y callada pasó el tiempo que Carlota tardó en volver, contestando casi sin voz a las personas que se acercaban a comprarle algo o a preguntarle precios, despachando sin hablar, y oyendo sin levantar la vista las frases redondas y de grueso calibre que se cruzaban en otros puestos por cualquiera incidencia o palabra relacionada con la venta. Cuando se vió en casa con su tía Carlota, sin la menor avería en el moño ni en la nariz, sintió la alegría que siente el guerrero que ha salido ileso de una batalla. Bien que en Alejandrita la alegría se anublaba a la idea de

que había de volver a la plaza otras veces, quizás al día siguiente, porque era indispensable que ella atendiera muchos días el puesto para que Carlota atendiera los quehaceres que exigían su fuerza, su disposición y su actividad.

Le tocó, pues, a Alejandrita quedarse otro día y otros muchos días sola en la plaza; y siguiendo las sabias recomendaciones de Carlota—de hacerse la sorda cuando la aludían, de no hablar a nadie ni mirar a nadie sin necesidad—fué evitando por algún tiempo choques y acometidas directas; pero era muy difícil, si no imposible, evitarlos siempre entre aquellos encrespados elementos; y un día, cuando menos lo temía y lo esperaba, fué víctima de un ataque tan violento como inmotivado, que por el momento dejó a la pobre huérfana deshecha.

Se había acercado a un puesto próximo una mujer que al parecer quería comprar patatas; y sea que no le gustaran las patatas que en aquel puesto veía, o que no le gustara el precio que le pedía la dueña del puesto, la mujer se alejaba sin comprarlas.

Tan próximo estaba el puesto, que Alejandrita, que estaba sola en el de Carlota, oyó lo que en el puesto vecino habían hablado respecto de las patatas; y siendo la compradora conocida, porque otras veces le había comprado a ella, cuando vió que se marchaba sin comprar, se le ocurrió

decirle:—«Buena mujer, yo también tengo patatas buenas, si quiere verlas».

Una avispa que hubiera picado a la otra vendedora no la hubiera hecho revolverse con más viveza. Con los ojos centelleantes, las greñas erizadas, y abiertas aquellas manos que tanto miedo daban a la huérfana, le lanzó un chorro de insultos y amenazas:

—Oye tú, borta asquerosa, hija de mala madre—le dijo furiosa;—como llames a mis parroquianas te encajo dos soplamocos que te vuelvo la cara al revés.

—Pero si no he hecho nada malo—replicó la huérfana llorando;—si esa buena mujer se iba ya....

—Ahora te voy a contar si has hecho o no has hecho—gritó la verdulera mientras separaba sus canastos para echarse sobre la huérfana.—Te voy a quitar las ganas de meterte en toda tu vida con mis parroquianas.

Y probablemente hubiera hecho alguna barbaridad con la huérfana si providencialmente no hubiera pasado por allí en aquel momento una respetable señora: doña Marta de Arbayún y de Areta, quien, tomando la defensa de la huérfana, con tono grave y aire resuelto reprendió a la verdulera, diciéndole:

—Señora, está usted cometiendo un atropello con esa niña; y, o la deja usted en paz, o yo me

encargo de defenderla y de referir al señor Alcalde la iniquidad que ha perpetrado usted.

Poco acostumbrada a sufrir contradicciones, y en fuerza de su hábito de contestar y reñir, irguióse la verdulera al oír a doña Marta, montó sus puños formidables sobre las caderas y fijó en ella sus ojos, fosforescentes entonces como los de un gato enfurecido. Cruzó por su rostro uno de esos relámpagos que reflejan la ira. Parecía que iba a estallar en denuestos y zarpazos contra doña Marta, quien la contemplaba con su mirada severa y firme, sin el menor asomo de temor.

Pronto cambiaron la expresión y la actitud de la verdulera. Bien que le impusiera el continente grave y enteramente señoril de doña Marta, bien que reconociendo su iniquidad calculara las consecuencias si doña Marta diera cuenta al Alcalde, o bien que temiera perder definitivamente una buena parroquiana—pues doña Marta compraba mucho en la plaza y repartía sus compras entre todas las vendedoras,—por un esfuerzo poderoso la verdulera depuso la fiera y amenazadora expresión de su rostro, bajó la cabeza, aflojó la tensión de sus nervudos brazos, y en tono de capitulación, que en vano intentó ella dulcificar, respondió:

—Se me ha ido un poco la lengua, doña Marta. Por un lado el genio, y por otro el afán de vender y ganarse la vida, le hacen a una decir y hacer algunas veces lo que no quiere.

—Pues que no se repitan estas cosas—repuso doña Marta—porque están muy mal hechas y no favorecen a ninguna mujer.

Viendo ya desarmada de sus iras a la verdulera, doña Marta se cuidó de la niña, la cual, al ver los alarmantes movimientos de la verdulera, había saltado por encima de sus canastos y acercándose a la dama para resguardarse tras de ella como tras de un muro.

—No te asustes, pequeña, que no te va a suceder nada malo—le dijo para tranquilizarla poniéndole una mano sobre la cabeza.—Y ¿cómo es que estás aquí solita? ¿De quién eres, que yo no te conozco?

—Yo soy una chica de la inclusa—respondió la huérfana—que vine a casa del señor Clemente Asuncion....

—Basta, no sigas—interrumpió doña Marta, que tenía gran penetración y extremada delicadeza.—Ya me contarás todo en mi casa. Porque ahora vas a venir conmigo a mi casa. Todo eso que tienes para vender te lo compro yo, y vendrán luego a buscarlo. Por hoy—añadió sonriendo—no harás competencia en la venta a estas señoras. Ven, vámonos.

Y tomando de la mano a Alejandrita se la llevó a su casa, con indecible contento de la huérfana, que a pesar de aquel pacto de paz no las tenía todas consigo.

En casa de los señores de Areta, fué tratada

Alejandrita de la manera más amable, como correspondía a la bondad de aquella familia. Doña Marta contó a su esposo la escena que había presenciado en la plaza del mercado y su idea de llevarse a la niña a su casa para acabar de tranquilizarla y compensarla del disgusto con algún pequeño obsequio; todo lo cual le pareció al buen don Antonio admirablemente, por ser una buena obra y por ser obra de su amada costilla.

Se enteraron los esposos de lo concerniente al nacimiento de Alejandrita, de su vida en casa de Manuel y de los curiosos incidentes acaecidos con motivo del viaje a América, y hasta de los miedos tremendos que pasaba la huérfana a la sola idea de ir a la plaza.

Huelga decir, tratándose de personas de índole tan noble y caritativa, que la relación despertó en los señores de Areta sentimientos de conmiseración y afecto hacia la huérfana, a la cual prodigaron palabras de consuelo, la obsequiaron mucho y le hicieron prometer que iría algunas veces a verlos, y a contarles si algo de particular le sucediera. Y como Juana, la nodriza de don Antonio, tenía entrada libre, sin pedir permiso, en todas las habitaciones de la casa y le gustaba enterarse de todo, al ver llegar a doña Marta con la niña de la mano, y recibir la orden de que fueran dos criadas a recoger los canastos de la plaza, se figuró que algo raro pasaba, se incor-

poró al interesante grupo, se enteró de todo y rindió su parte de cariño a la huérfana.

Y después de pagar espléndidamente a Alejandrita el contenido de los canastos, la propia Juana fué con ella a llevar los canastos vacíos a casa de Clemente. ¡Y que hubiera salido entonces la terrible verdulera, y hubiera sabido lo que es bueno!

Con este motivo y en esta ocasión conoció Alejandrita a la respetable familia Areta-Arbayún y a la imponderable Juana, mujer bondadosísima que desde el primer momento miró con gran interés a la huérfana, y que al enterarse de la escaramuza de la plaza del mercado prorrumpió en lindezas contra la verdulera. Cuando Juana vió la viva simpatía que la huérfana despertaba en don Antonio y doña Marta, empezó a mirarla como si fuera una nieta suya; y en su afán de darle una denominación particular, de uso exclusivo, que demostrara su cariño, poco después la rebautizó con la denominación de «la brujilla», denominación que ya le hemos visto usar en los primeros capítulos de este libro.

Al día siguiente fué Carlota con la huérfana a la plaza; y después de colocar los canastos en su puesto se dirigió a la verdulera autora del atropello del día anterior, y en voz baja y tono de amistosa queja, le dijo:—«Mujer, ¿para qué hiciste ayer lo que hiciste con mi pobre moceta?».

Sin duda se había levantado la verdulera de

mal temple, cosa que les sucede con frecuencia a algunas personas, o se le había pasado la impresión que le produjo la oportuna y enérgica intervención de doña Marta; porque replicó con viveza:—«Hice lo que hice porque se metió con una parroquiana mía, y eso no se lo aguanto yo ni a ella ni a nadie, ¿entiendes bien?: ¡ni a nadie! Y para que no te coja de nuevas—añadió:—si tu moceta no se mete con mis parroquianas no le diré «ni por ahí te pudras»; pero como se meta con alguna, le arrancaré el moño de cuajo. Con que ya lo sabes: que se esté callada y tendremos paz».

No estaba el horno para bollos, ciertamente; y comprendiéndolo así Carlota, volvió a su puesto y dijo a Alejandrita:—«Pues nada, hija, no hables ni una palabra con nadie ni llames a nadie para que te compre. Si alguno viene le pides precio, y si le conviene bien, y si no paciencia».

Calladita y encastillada en la muralla de sus canastos se quedó Alejandrita aquel día y otros muchos días, sin hablar más que para contestar a alguna que otra persona que buenamente quería acercarse a su puesto. Entre tanto otras vendedoras llamaban a coro a toda compradora que aparecía a la vista, a coro pregonaban sus géneros, y a grito pelado y hasta a brazo partido se disputaban la venta; lo cual daba por resultado ¡naturalmente!, que Alejandrita vendía muy poco cuan-

do se quedaba sola en la plaza; y esto la disgustaba y mortificaba sobremanera.

También a Carlota le disgustaba mucho la falta de venta, así como el abuso que suponía el no dejar respirar a la moceta; pero no había más remedio que sufrirlo, so pena de que la insultaran y golpearan, y esto no quería Carlota de ninguna manera.

Desde su puesto contemplaba Alejandrita los zipizapes que se armaban en la plaza por cualquiera cosa: un ofrecimiento a una compradora, una voz anunciando que Fulana tenía las mejores berzas, o un pregón de otra diciendo que vendía cinco céntimos menos la docena de pimientos, daban origen a dimes y diretes que enseguida subían de tono y muchas veces se complicaban de diversas maneras: allí salía el *trapito sucio* si alguna lo tenía, allí se oían insultos de todos los calibres, y allí se veían unos tirones de moño que hubieran roto una sogá.

Por cierto que a Alejandrita le chocaba mucho que no se arrancaran el moño aquellas mujeres con semejantes tirones. Porque había que ver cómo tiraban de los moños con aquellas manazas.... A ella misma le dolía el cogote cuando las veía tirárselos con todas sus fuerzas. Y sin embargo, más o menos averiados y desordenados, los moños seguían viviendo. ¿De qué serían los moños de aquellas mujeres? ¡Ni que fueran de cáñamo de la mejor clase resistirían tanto!

Insensiblemente, sin que ella se diera cuenta, se fué acostumbrando Alejandrita a estar en la plaza y a presenciar las zambras que allí tenían lugar, sin sobresalto, sin miedo. Le sucedía lo que sucede a muchas personas frecuentando los espectáculos fuertes; por ejemplo, las corridas de toros.

El que va por primera vez a una corrida de toros está durante toda la corrida agitado, bajo una emoción penosa, de verdadero sufrimiento. Cuando ve salir al toro tan arrogante, tan soberbio, tan retador, buscando enemigos y lanzándose veloz y fiero sobre cuanto se mueve en la plaza, el expectador noble sufre un sacudimiento de nervios; cuando le vé que cierra contra un caballo, vuelve la cabeza para no ver nada de esa cruel suerte; cuando ve que embiste al banderillero, quien no tiene otra defensa que su arte y agilidad, cierra instintivamente los ojos; y cuando, llegada la suerte suprema, ve al maestro ejecutar su faena a dos pasos del toro, se tapa la cara con las dos manos y así permanece hasta que las voces o los aplausos del público le dan a entender que la lucha ha terminado. Si durante la lidia hay alguna complicación aparatosa—un picador que sale disparado de su silla, un torero que se cae o un banderillero que vuela—este espectador siente un deseo loco de echar a correr, de huir lejos de la plaza. Y al ver al último toro de la tarde caer muerto, completamente muerto, el hombre

descansa, respira con libertad, y es cuando verdaderamente se divierte.

Pero esa tensión de nervios, esa emoción penosa, de vago temor o de instintiva repugnancia, o de ambas cosas a la vez, desaparece en cuanto ese espectador asiste a tres o cuatro corridas: a la quinta se atreve a mirar un lance de la suerte de varas, la ejecución de un *punte trágico*, la del *pase de la muerte*, o la del pase a la enfermería *no más*; a la sexta se siente el hombre dispuesto a ver impávido todas las suertes y todas las desgracias que ocurran en el ruedo; y a la décima se encuentra tan a su gusto en la plaza de toros, tan en su centro, y se ha familiarizado y encariñado de tal manera con el espectáculo y sus peligros, que el ayer noble espectador sería capaz de saltar al redondel a dar unos capotazos por muy poco..., ¡por muy poco que aserraran los cuernos a los toros!

Algo de esto le sucedía a Alejandrita: a fuerza de frecuentar la plaza del mercado se iba familiarizando con aquel ambiente de lucha, muchas veces a viva fuerza. Iba ya a la plaza sin la agitación, sin el sentimiento de temor casi insuperable que la dominaba al principio; y ya no se alarmaba al oír levantar la voz, ni cuando proferían palabras gruesas, ni aún cuando intervenían en las cuestiones las consabidas manazas. No solo no se asustaba ya Alejandrita de tales incidentes, sino que, observándolos sin miedo, llegaban

a parecerle graciosos y entretenidos, y le divertían.

Porque, ¡cuidado que sabían reñir bien aquellas mujeres! ¡Qué salidas tan chuscas y tan aplastantes; qué réplicas tan oportunas y tan saladas; qué indirectas tan intencionadas y bien dichas, que cortaban como un cuchillo recién afilado...! Y cuando llegaban al cuerpo a cuerpo, había que admirar la destreza y la fuerza incomparables de aquellas mujeres para atacar y defenderse.

Miraba ya Alejandrita todo aquello, no solo con tranquilidad y de cierto modo hasta con gusto —pues se sentía mortificada por aquellas mujeres y no le desagradaba que se acariciaran mutuamente de palabra y de uñas,—sino también con cierta afición, casi con envidia. Y como, por otra parte, a medida que pasaba el tiempo iba ella adquiriendo desarrollo y fuerza,—pues era robusta y, además, los trabajos duros en que de ordinario se ocupaba contribuían a endurecer y vigorizar sus músculos—empezaba a sentir la tentación de bajar al Juedo, de desquitarse de las mortificaciones que le habían hecho sufrir, de intervenir en aquellos barullos y de ser allí tanto como las demás, con el mismo derecho a llamar a las parroquianas, a anunciar sus productos y a gritar cuando llegara el caso.

Lo de no llamar a las compradoras, como hacían las demás vendedoras; de no ofrecer a vo-

ces sus artículos, de no poder desplegar los labios sin que alguna mujer de aquellas se le echara encima, se le iba haciendo intolerable. Era una situación humillante y perjudicial impuesta por un abuso de fuerza y de descaro, situación que había soportado varios años porque no había más remedio, pero que debía terminar: por ser injusta—razón que era allí, como en otras muchas partes, la razón mínima o de menos fuerza,—y porque el débil empezaba a sentirse fuerte y se rebelaba.

En tal estado de ánimo y con tales pensamientos, raro había de ser que Alejandrita no encontrara o no se metiera pronto en compromisos. Los árboles y las personas suelen caer del lado a que están inclinados. Formada en una persona una inclinación, un deseo, de ambición o de protesta, raro será que no busque la manera de satisfacerlo, de ordinario sin pararse a medir las consecuencias hasta que el rudo choque con un obstáculo natural o el primer latigazo de los deseos o los intereses contrarios la detengan y se los den a conocer, y la induzcan a pararse y a meditar, o la revuelvan y subleven y la decidan a ir «a Roma por todo».

Respondiendo a esa ley de la fuerza de la inclinación, uno de aquellos días en que la huérfana fué a la plaza con buen temple, reanudó con calor las meditaciones acerca de su derecho a tener y usar voz en aquella respetable asamblea

en que predominaban los *ajos* y las *guindillas*, las hortalizas y los *genios* picantes. No es que no había pensado largamente en tan importante y transcendental cuestión, ni que hubiera dejado de resolverla en su imaginación, precisamente a su favor; ni que, en consecuencia, no hubiera nacido en ella el deseo y hasta un tímido propósito de hacer valer ese derecho; sino que en aquel momento se le ofrecieron algunos reparos: la presencia y el aspecto de las verduleras, y el recuerdo vivo de las angustias que pasó cuando un día vió a una de ellas en plan de acometerle.

Sintió Alejandrita una opresión en el corazón; una especie de paralización en la mente, de donde desaparecieron como por encanto las mil razones y consideraciones que ella se tenía pensadas repetidamente; y tal falta de bríos, que le temblaban las piernas. Hasta la boca tenía seca, a tal punto que se le pegaba la lengua al paladar, como si tuviera fiebre.

En las personas de ánimo impresionable—no digo cobarde porque no siempre es exacta esta palabra—esos desfallecimientos o emociones agobiantes y turbadoras en momentos que son o se les figuran críticos, suelen ser decisivos, de tal manera que hay personas que por haberlas sufrido una vez renuncian definitivamente a hacer cosas que su mismo juicio les dice que debieran hacer; pero las de ánimo entero, se sobreponen a esas emociones por un esfuerzo de la voluntad

o por una vibración del temperamento, y más o menos turbadas persisten en su propósito y van adelante.

A estos temperamentos enteros o tenaces pertenecía por lo visto Alejandrita, pues sobreponiéndose a su impresión de miedo se puso de pie, como estaban de ordinario las otras vendedoras; y dirigiéndose a una de las presuntas compradoras, que se entretenía en examinar el contenido de los canastos de unos y otros puestos, empezó a llamarla para ofrecerle sus artículos.

Pero, ¡cosa rara!, apenas salía la voz de su garganta: no salía más que un hilito de voz tenue y temblorosa, como sus piernas, que no se oía a dos pasos. Parecía que tenía en la garganta una nuez, como los pavos de engorde, o alguna otra cosa que se la tapaba casi por completo. Tosió con toda su fuerza para quitarse aquel estorbo de la garganta, donde no había más estorbo que su emoción; se sentó un momento y volvió a levantarse más resuelta, o más nerviosa.

El primer esfuerzo, cuyo resultado positivo era «haber roto el hielo», la había dado ánimos o la había excitado; y cuando llamó por segunda vez a la presunta compradora, la cual seguía mirando a unos y otros canastos antes de decidirse, Alejandrita emitía la voz casi naturalmente.

—Oiga usted, buena mujer—le dijo;—venga

a ver estos pimientos a medio colorear, que son «de morro de vaca»; y también tengo alubias «pochas», melocotones y tomates, ¡todo de casa! Y le venderé barato.

—Oye, tú, inclusera—clamó al punto la verdulera cerca de cuyo puesto se hallaba la compradora.—Si te propones que yo te arregle esa carga de mona que tienes, lo vés a conseguir pronto.

—¿Por qué me dice usted eso?—replicó airada y ya sin miedo la huérfana, mirando cara a cara a la insultadora.

—Ya sabes por qué te lo digo, y si no lo sabes te lo enseñaré yo. Guárdate de llamar a las parroquianas si quieres que acabe la fiesta en paz.

—También las llama usted y las llaman las demás, y tanto derecho tengo yo como todas.

—¡Repuñales!, con la borta del demonio, que se nos quiere subir a las barbas—gritó furiosa la vendedora mientras se dirigía amenazadora, con sus brazos remangados en alto, hacia la huérfana.—Ya te enseñaré yo a respetar a las personas mayores.

Llegado el momento culminante de la lucha, a Alejandrita le sucedió lo que sucede a casi todos los que riñen a golpes por primera vez: tenía miedo de pegar, se le hacía duro pegar, no sabía cómo ni dónde pegar. Se limitó a alargar al frente los brazos más bien en plan de defensa que de ataque, y a gritar a su adversaria: «no me pegue

usted». Pero la verdulera, mujer avezada a tales lances y expeditiva, se detenía poco ante las palabras: de una manotada, un verdadero zarpazo, no solo quitó el estorbo que ofrecían las manos alargadas de la huérfana, sino que le hizo dar a ésta una vuelta casi en redondo; le agarró el moño y le empezó a dar violentas sacudidas; y hubiera acabado por arrancárselo si las demás mujeres, viendo que la huérfana tenía ya *lo suyo*, no se la hubieran quitado de las manos y puesto fin a la pelea con la frase de rúbrica en tan movidos y despeluzantes casos: «haiga paz».

Profiriendo insultos y amenazas volvió a su puesto la verdulera, mientras Alejandrita se refugiaba en el suyo llorando: de vergüenza porque la hubieran insultado y golpeado de manera tan pública y ruidosa, y de ira al comprobar su impotencia o inferioridad en aquella riña. Ya no era una niña, sino una mocita; y aquellos insultos y aquellos vapuleos ante un público espectador le causaron efecto tremendo: tan tremendo, que apenas sentía el dolor de los golpes ni el escozor de los tirones de moño. ¡Y cuidado que se los había dado de buena gana la verdulera!

Desconcertada por la cólera y la vergüenza, y sin saber de momento qué hacer, la huérfana cogió sus canastos y se marchó a su casa. Quería por de pronto estar sola y pensar en lo que había pasado.

Una vez sola en su casa pudo recoger su imaginación y recordar al detalle lo que había sucedido en la plaza.

No había provocado ella la riña, pues se había limitado a llamar a una compradora y ofrecerle sus artículos, cosa que hacían otras muchas vendedoras, y que a ella le prohibían prevaleiéndose de que era o la suponían débil, pero que siempre había sido un abuso; no había dicho una palabra a aquella mujer, y aquella mujer se había hartado de llamarla inclusera y borta, hija sin padres, hija de mala madre. No había dado a la verdulera un golpe ni siquiera un pellizco; y la verdulera le había propinado unos golpes y unos tirones de pelo que le habían hecho ver las estrellas. Luego la verdulera había perpetrado en ella uno de tantos abusos de fuerza, sin que ella hubiera dado motivos al principio ni al fin.

Este exámen de lo sucedido dió a Alejandrita el convencimiento de que la habían tomado por un objeto de abuso, de desprecio y de chacota.

Y esto, ¿por qué? Pues por dos razones a cual más absurda y brutal: porque ella no tenía tan buenos puños como las verduleras, y porque era expósita, ¡porque era borta!

Ante estas ideas la huérfana se fué excitando hasta llegar a un verdadero acceso de ira, de venganza, casi de odio hacia las verduleras; y de profundo resentimiento, de crudo y despiadado

reproche hacia sus padres, para los cuales tuvo maldicientes y horribles frases.

Tomó su resolución: una resolución enérgica: volvería otro y otros días, siempre que pudiera, a la plaza y lucharía hasta hacer respetar su persona y sus derechos, o cuando menos hasta desquitarse de todos los insultos y todos los desprecios de que la habían hecho blanco aquellas mujeres, mas de los malos ratos que le habían proporcionado.

No dejó de pensar que lo procedente era contarle todo a su tía Carlota, como le había contado anteriormente cuanto le había pasado en la plaza; e ir a casa de don Antonio de Areta, donde siempre había encontrado cariño, consuelo y excelentes consejos; pero rechazó tal idea: con su tía Carlota justificaría su retirada de la plaza aquel día diciéndole que se había destemplado; y a casa de don Antonio no iría. A donde iría con ánimo resuelto y fiero, era a la plaza, a aquel motivo de sus miedos anteriormente, a aquella causa de sus disgustos, a aquel objeto de sus sentimientos de desquite o de venganza, que ahora absorbía su atención y la atraía irresistiblemente.

En Alejandrita se revelaba en ese momento un carácter enérgico, uno de esos caracteres denodados y vibrantes que son siempre factores activos en el centro en que actúan y quizá en la esfera social, si a tanto alcanza su vuelo, en sen-

tido conveniente o en sentido perjudicial, en sentido bueno o en el malo, según sean o queden definitivamente inclinados al bien o al mal; por lo cual se debe atender a su formación con sumo cuidado y tacto exquisito. Son caracteres naturalmente enteros y batalladores, capaces de llegar a los extremos en los extravíos y en los entusiasmos nobles: si se extravían pueden llegar, llegarán probablemente a los extremos en la depravación, en el odio, en la rebeldía o en el crimen; si se inclinan definitivamente a lo bueno llegarán al extremo en la abnegación, en el sacrificio o en el heroísmo. Cuando uno de esos caracteres es empujado a lo malo, no solo se ha perdido un ciudadano, sino que se ha formado un perturbador o un bandido; cuando se le conquista para lo bueno, además de un ciudadano se ha ganado un valor positivo, quizá un héroe, acaso un santo.

Hay momentos que contienen y nos plantean un problema, un conflicto o una cuestión de carácter perentorio que exigen una resolución inmediata, inaplazable. O de otro modo: todo problema, toda cuestión tiene su momento indicado y

preciso en el cual procede y aún se impone una resolución.

Existe también, sin duda alguna—especialmente para las personas de ciertas clases y determinadas circunstancias—el momento en que hay que decidirse por ser un valiente, en mayor o menor escala, o por ser o parecer un cobarde, con sus naturales consecuencias.

Miradas las cosas superficialmente, parece que esto puede resolverlo cada cual en cualquier momento, a su voluntad, a su comodidad, pero no es así, porque llega el momento preciso, no cuando el hombre lo desea, sino cuando llega por una u otra circunstancia; y cuando llega manda y se impone, y exige del interesado la decisión, en el acto, de hacer frente al peligro, o de echar a correr; de sentar plaza de sereno y valiente o de pasar por cobarde.

Claro es que el hombre puede enmendar más o menos a lo largo de la vida una cobardía, o un exceso; pero los fundamentos de su fama, y muchas veces su papel y su posición, están en la decisión que adopte en aquel momento indicado y propio de la cuestión.

Tal momento preciso, y en ocasiones único y decisivo, llega al presentarse el peligro de una manera indudable, como en pequeño se le ha presentado a nuestra expósita en la forma expuesta en el capítulo anterior. Es el momento en que desaparece toda duda respecto a la existencia del pe-

ligro, en que queda evidenciado que el peligro no es imaginario ni remoto, sino indudable y próximo.

Cuando se trata de peligros de gravedad, ese momento es interesante para un observador curioso: es cuando se aquilata el temple de los corazones y los espíritus, el temple de los hombres; y es cuando se ven casos y transformaciones extraordinarias y sorprendentes. Frente al peligro ya indudable, grave y próximo, hombres que pasan por valientes, y que ellos mismos se creen valientes, desmayan, y sin ser dueños de dominarse manifiestan el miedo que les infunde el peligro; y otros hombres de quienes se hubiera supuesto «que no aguantarían de pie una bofetada» o que son incapaces de matar una mosca, se crecen, se agigantan, miran sin temor al peligro y a la muerte y se muestran resueltos, si es preciso, a poner fuego a la mina que hiciera volar por los aires en pedazos, en fragmentos, millares de cuerpos y de vidas humanas.

Es ese el momento preciso de la prueba, momento siempre importante y para muchos trascendental, y al cual no todos saben cómo responderán; porque es indudable que nadie sabe cuántos quilates de fortaleza encierra en sí hasta que llega a ese momento, el que llega.

Por ese momento acababa de pasar Alejandrita y, como hemos visto, su resolución fué la que adoptan las personas de ánimo esforzado: hacer frente al peligro, defenderse y desquitarse. No se paraba a medir consecuencias ni se fijaba en que llevaba *las de perder*, porque las mujeres de la plaza eran todas más fuertes que ella y verdaderamente curtidas y prácticas en lo de sacudir la badana al prójimo, o a una prójima. Solo pensaba, y solo quería pensar en que yendo a la plaza se encontraría cara a cara con las verduleras, que podría devolverles los insultos aumentados y corregidos, y si había que pegar, pegaría y arañaría con toda su alma. Estaba Alejandrita sobreexcitada; y una persona que siendo naturalmente resuelta se halla sobreexcitada, es capaz, no solo de llevar a cabo una proeza, sino también alguna barbaridad.

Al día siguiente al de la riña referida se presentó Alejandrita en la plaza del mercado a la primera hora «más tiesa que un ajo», según la expresión de una de las verduleras. Con garbo extraordinario llevó en dos o tres veces sus canastos, los ordenó en su puesto y se colocó entre ellos; más no humilde como anteriormente, ni abatida y amedrentada, como esperaban verla las verduleras, sino con aire arrogante y decidido: con la cabeza alta miraba alternativamente a unas

y a otras sin señales de encogimiento; y cuando se fijaba en la que el día anterior la había vapuleado, parecía desafiarla.

—«La tunda de ayer—dijo una verdulera a otra retratando la actitud de la expósita—ha servido para estirar a la borta, que hoy está como un gallico que busca pelea».

A la hora de costumbre empezaron a llegar a la plaza las compradoras, a las cuales llamaban las vendedoras ofreciéndoles sus artículos. No se quedó atrás Alejandrita: empezó a llamar con toda la fuerza de sus pulmones a las compradoras por sus nombres, y a ofrecerles géneros hasta más baratos que otras vendedoras.

Pronto se fijaron las verduleras en sus voces y ofrecimientos, e inmediatamente se inició el tiroteo de palabras, que precedía a las agarradás. La huérfana contestó resuelta y aun *descarada*, como decían las verduleras, a las protestas e intimaciones que le dirigieron; devolvió insulto por insulto; y en el desenlace natural que estos incidentes tenían en aquel sitio, hizo lo que pudo con verdadero coraje: tiró cuantos bofetones le fué posible e hizo los mayores esfuerzos para devolver a su adversaria dolor por dolor, hasta que las otras mujeres las separaron y dieron por terminada la cuestión. Pero como su adversaria, al igual que la generalidad de las verduleras, era más fuerte y estaba acostumbrada a luchar, la huérfana sacó la peor parte del encuentro.

Tan colérica estaba la huérfana, más que por el daño recibido por no haber podido devolverlo con creces, que en su puesto se revolvía como una desesperada: siguió diciendo insultos a su adversaria—a pesar de que la asamblea había dado por terminada la riña y era reglamentario allí conformarse con tales decisiones, a reserva de desquitarse en otra ocasión; —empezó a decir disparates de sus padres, a maldecir la hora en que había nacido y a proferir otras atrocidades reveladoras de su furor.

La llegada de algunas parroquianas que se acercaron a comprarle la fueron distrayendo por el momento; y la concurrencia de público, a la vez que las atenciones de la venta, animada durante toda la mañana en los mercados, dieron lugar a que transcurrieran las horas hábiles sin más complicaciones. Pero la huérfana fué a casa con el corazón más enconado y rebelde que otras veces, y más resuelta a volver a la plaza y desquitarse.

En días sucesivos se repitieron las grescas entre la expósita y diferentes verduleras, grescas que se iban agravando, especialmente en lo que se refería a los insultos, en términos que eran un verdadero escándalo. A la huérfana le decían las verduleras que reñían con ella «hija de mala madre» en todas las formas conocidas, ladrona de huertas y otras lindezas; y la huérfana—que se había formado un repertorio estudiado e impo-

nente en que había incluido lo más insultante e hiriente que ella había podido encontrar en su vocabulario propio y en el florido que por allí se usaba,—soltaba a aquellas mujeres, que por la edad podían ser madres de ella y algunas hasta abuelas, los insultos que se podrían dirigir a una mujer perdida... si no tuviéramos el deber de ser caritativos con todo el mundo. De tal manera se le iban soltando la lengua y el genio a Alejandrita, que aquellas mujeres, tan curtidas en las disputas y en las riñas, empezaban a temer a la lengua y al geniecillo de «la borta de Ascunce», como ellas la llamaban.

Sin embargo, en la lucha cuerpo a cuerpo seguía llevando la expósita la peor parte, como la lleva generalmente el menos fuerte de los luchadores, y con más razón si es menos experto en la lucha que su adversario.

Pero esa inferioridad, esta impotencia provocaba en ella tan violentos arrebatos de ira, que empezaba a dar cuidado a las verduleras: al terminar una riña en que había recibido una verdadera paliza; en el momento en que debiera estar sobre molida, humillada, se revolvía en su puesto con la viveza y la fiereza de un tigre enjaulado, profiriendo insultos y amenazas y diciendo atrocidades. De su madre decía tales horrores y la maldecía tan rotundamente, que las verduleras, acostumbradas a oír y a decir cosas muy gruesas, sentían escalofríos al oirla y se

alegraban de haber tenido sus hijos como Dios manda, para no pasar por la prueba verdaderamente espantosa de que un hijo o una hija las maldigera y condenara con tal desesperación y tan horrible encono.

Y no eran fingidos los pataleos y los estallidos de cólera que daba la expósita en la plaza a raíz de las riñas, sino manifestación de su estado de excitación y de los sentimientos de venganza que la agitaban y trastornaban. Tán fuertes eran estos y tanto la alteraban, que su preocupación o pensamiento único era la manera «de poder» con las verduleras, de pagarles en buena moneda las *caricias* que le habían hecho en el transcurso de años y más particularmente en los últimos tiempos; ponerlas bajo la suela de sus zapatos, no de una manera metafórica, sino de manera efectiva, contundente y abolladora.

Pensando en esto se le ocurrió una idea luminosa: iría a la plaza del mercado armada, con algo que contrarrestara y aún sobrepujara la fuerza y la dureza de los puños más acreditados en lo de descoyuntar cuerpos y descomponer moños.

Su tío Clemente usaba, como la generalidad de los labradores, unas navajas fuertes, de hoja de gran temple, punta un poco vuelta hacia atrás y muy aguda, y mango «de cuerno de cabra»: unas navajas verdaderamente sólidas.

Clemente tenía siempre sus dos navajas muy

bien afiladas y cortantes, como necesitan tenerlas siempre los labradores, porque con la navaja cortan el pan y la carne, se arreglan las abarcas, componen la cincha del burro, cortan ramas de los árboles, y, en fin: hacen de la navaja un instrumento utilísimo en mil aplicaciones requeridas por su oficio y su permanencia en el campo; razones por las cuales los labradores suelen tener las navajas en disposición de cortar «un pelo en el aire».

De las dos navajas que tenía, Clemente llevaba al campo sólo una, y dejaba la otra en casa, bien guardada en la cómoda, que en casa de Clemente, como en casi todas las de su clase, hacía de ropero, de depósito de armas y de caja de caudales.

De esta navajita que su tío Clemente dejaba guardada en la cómoda se acordó Alejandrita. ¿Si estaría todavía en la cómoda o la habría puesto Clemente en algún otro sitio? Quería saberlo, porque si ella encontrara la navaja, encontraría a la vez una solución a los líos de la plaza, o por lo menos una ayuda que no le parecía despreciable.

Una impresión algo desagradable le dió el pensar en la intervención o en el uso de la navaja, pero la rechazó inmediatamente. El recuerdo de los disgustos sufridos en la plaza, que tanto sublevaba su temperamento altivo, se sobrepuso a

esa impresión importuna y la afirmó en su deseo de apoderarse de la navaja.

Aprovechó una ocasión en que Carlota no estaba en casa para dirigirse al cuarto en que dormía el matrimonio joven, en el cual estaba la cómoda, y buscar la navaja. Levantó febrilmente algunas ropas y vió con alegría que estaba allí, envuelta en un pedazo de papel. Se apoderó de la navaja con tanta agitación como si la robáse, volviendo la vista a un lado y a otro, temerosa de que alguien la estuviera mirando. Cerró el cajón de la cómoda y se fué corriendo a su cuartito para examinarla a su gusto.

La navaja estaba perfectamente afilada: se podía cortar un pan casero de diez libras y corteza de una pulgada, de un solo tajo. Pero aún quiso Alejandrita afilarla más, y fué a buscar la piedra de afilar que los labradores suelen tener para poner bien cortantes la segur, la hoz, las tijeras de podar, la azada y otros instrumentos de trabajo, amén de las navajas; echó agua en la piedra y se puso a pasar la navaja sobre ella cuidadosamente, concienzudamente, como si estuviera haciendo el trabajo más importante. Después de pasarla muchas veces por ambos lados la secó y la probó en uno de los palos destinados a hacer andar *derecho* al burro. La navaja penetraba en el palo tan fácilmente como si el palo fuera un tierno bollo de pan.

En la cara de la expósita se dibujó una son-

risita hija de un maligno pensamiento: la navaja estaba a propósito para afeitarse los bigotes a cualquiera verdulera. ¡pues también los tenían algunas!

Echa esta comprobación, la huérfana colocó la navaja entre los colchones de su cama y se dedicó a sus quehaceres, pero sin poder apartar su imaginación de la navaja y de la plaza, y deseando que llegara la hora de ir con su navaja en el bolsillo.

Carlota y Clemente, engolfados por completo en sus trabajos, no sabían el estado a que iban llegando las cosas en la plaza. Calculando la huérfana que si les decía lo que ocurría o si se quejaba de las tundas que le habían propinado, adoptarían sus tíos la resolución de no mandarla a la plaza o le dictarían reglas de conducta muy estrechas, había optado por no quejarse ni decirles una palabra, pues ella quería todo lo contrario y no podía conformarse con la idea de quedarse con los golpes y las humillaciones recibidas sin devolverlos cumplidos y aún colmados. Que estaba la huérfana más distraída que de ordinario, y que se olvidaba fácilmente de algunas cosas, ya habían notado Carlota y Clemente; pero no dieron a esto la menor importancia, ni remotamente les ocurrió la verdadera causa de aquellas distracciones.

Cuando se presentó Alejandrita en la plaza iba de verdad «más tiesa que un ajo». Llevaba

la navaja en el bolsillo y estaba como el que por primera vez se echa al bolsillo una pistola cargada: se consideraba invulnerable y fuerte, superior a todas las verduleras, en condiciones de dictar la ley y de cobrar el barato en la plaza.

Desde el centro de su puesto dirigía a todas las vendedoras, y especialmente a aquellas con quienes había tenido agarradas, miradas provocadoras, de desafío.

Llegó a poco una presunta compradora con su cesta al brazo, y siguiendo la costumbre de echar una ojeada general por los canastos para ver quién tenía la mejor clase de productos, empezó su exámen mirando desde cierta distancia al contenido de los canastos de Alejandrita.

—Oiga usted, señora Sinforosa—gritó con voz fuerte llamando a la compradora una verdulera desde el otro lado de la plaza.—Haga favor de venir que tengo que decirle un recado.

Era la voz de la señora Gervasia, la verdulera más imponente y caracterizada en Ezpelegui y en diez leguas a la redonda: la mandona de la plaza; una mujer de puños de hierro y de una habilidad inimitable para despeluzar a cualquiera y para desencuadernar el cuerpo «en un dos por tres»; una mujer a quien ninguna verdulera osaba replicar, que es cuanto se puede decir para ponderar su geniazo y sus formidables puños.

—Oiga usted también, vieja bruja—exclamó con voz vibrante la expósita dirigiéndose a la respeta-

ble verdulera.—Deje usted en paz a mis parroquianas si no quiere tener que sentir.

—¿Con quién hablas tú?—interrogó extrañada la señora Gervasia.

--Con usted misma; bien lo sabe usted—respondió altivamente la expósita.

—¿Conmigo? Y ¿qué decías?—preguntó de nuevo la verdulera sin dar crédito a sus oídos.

—Que es usted una entrometida y una indecente, que se mete con una parroquiana mía que no quiere ni mirar las porquerías que usted vende.

--¡Caracho! con la borta—estalló estentórea y furiosa la señora Gervasia mientras separaba a patadas sus canastos para dirigirse al pueblo de la huérfana.—¿Habrá una mal nacida tan cochina como esa?

—Sí que la hay—replicó colérica y silbante la expósita, como una víbora cuando le pisan la cola.—Usted misma es, perra asquerosa, puercaza, marranaza....

La verdulera bufó como un toro al cual acaban de poner banderillas de fuego; y haciendo rodar un canasto que le estorbaba, se lanzó como una fiera hacia la huérfana, con las manos crispadas, los ojos centelleantes, la boca llena de espuma, el pelo tieso, y con todas las trazas de ir dispuesta a deshacer a Alejandrita a zarpazos.

En la plaza había una espectación enorme; quizá la retrataríamos con más propiedad diciendo que había una espectación solemne.

Las verduleras de Ezpelegui no estaban exentas de una debilidad, de un sentimiento o curiosidad cruel, de un defecto por desgracia bastante común en las gentes de todas las clases y edades: el afán de ver reñir a otras personas; y presenciaban siempre las riñas que allí tenían lugar con la misma fruición con que los antiguos romanos presenciaban en sus colosales y espantosos circos las bárbaras matanzas por series. Al iniciarse una riña entre dos verduleras con el tiroteo de frases más o menos fuertes, las demás se quedaban mirando el desarrollo sin tratar de impedir complicaciones, y solo intervenían para separar a las contendientes, pero dejándoles amplio espacio de tiempo y de lugar para sacudirse bonitamente la ropa y arreglarse mutuamente el peinado.

Si esto era lo ordinario, no puede extrañarnos su insana curiosidad ante el espectáculo extraordinario que vamos refiriendo: la trifulca armada entre la mandona de la plaza y aquella atrevidilla muchacha que, a juicio de las verduleras, o se había vuelto loca, o había descubierto algún secreto para amansar fieras, o estaba buscando el pasaporte para algún cuartel de inválidos.

Fuera ya de su puesto llegaba la señora Gervasia, furiosa y espantable, a mitad de la plaza, cuando la huérfana metió rápidamente la mano en un bolsillo de su delantal, sacó la relu-

ciente y afilada navaja, la abrió también rápidamente, la tomó con su mano derecha en forma propia para herir, y fijando su mirada, viva y penetrante, en la verdulera, con aire resuelto y voz segura, le dijo:

—Como se acerque usted aquí, le meto la navaja hasta el corazón.

En cuantas mujeres presenciaban la escena, quedó suspendida la respiración ante el nuevo, inesperado y peligroso giro que tomaba la cuestión, porque todas leyeron en la cara de la huérfana y en su firme y gallarda actitud, que era capaz de hacerlo en aquel momento tal como lo decía. Fué un momento de intensa emoción y de profundo silencio, en que se hubiera oído el vuelo de una mosca.

La mandona de la plaza, mujer que había aprendido a conocer en la cara «los puntos» de entereza que calzaba cada cual, leyó también con toda claridad en la cara de la huérfana su resolución, y se paró en seco en medio de la plaza, turbada por la sorpresa y el temor, y mirando de hito en hito a la huérfana sin saber qué partido tomar.

La huérfana la miraba también sin pestañar, en la misma actitud, con el mismo aire de decisión, con la navaja fuertemente sostenida con su mano derecha, como un gladiador que observa atento y sereno a su adversario para esquivar sus ataques y asestarle una cuchillada al primer descuido.

De pronto sufrió una alteración notable la expresión del rostro de la huérfana: se contrajo, se tornó sombrío, ceñudo, duro, trágico, revelando una revolución honda y una resolución siniestra y temible. Irguió enérgicamente el cuerpo, apretó nerviosamente la navaja, y con voz estridente, exclamó:

—Y si no se acerca usted, también le voy a meter la navaja hasta el corazón.

Y dió un salto con el intento de pasar sobre sus canastos para lanzarse sobre la señora Gervasiá.

Se levantó en la plaza un clamor unánime, un grito atronador, agudo y prolongado, de alarma y de angustia, exhalado por todas las mujeres que allí se encontraban. Todas se tragarón que algo muy gordo, que nunca había ocurrido en la plaza, iba a hacer «la borta de Ascunce»; y horrorizadas lanzaban unos chillidos ensordecedores. Si en lugar de treinta mujeres hubiera habido en la plaza cien mil espectadores, como en los antiguos circos romanos, el clamor se hubiera oído en Pamplona.

La mandona de la plaza, no bien oyó las últimas palabras de la huérfana y se convenció de que no se trataba de una broma o de un simple ni de un complicado tirón de moños, sino de algo más serio, arrancó a correr despavorida, no hacia su puesto, donde no se hubiera considerado segura, sino calle adelante buscando una casa donde refugiarse. En aquel momento no le parecía la huér-

fana lo que le había parecido hasta entonces: una muchachuela a la cual vapuleaba ella de lo lindo cuando le daba la gana; sino un gigante armado de puñal y de odio implacable contra ella, hasta un demonio que la perseguía con las más aviesas intenciones. Aterrada, con la faz completamente descompuesta, la señora Gervasia volvía la cabeza mientras huía, y no se consideró con alguna garantía hasta que se vió en una tienda llena de gente, en la cual entró sofocada y pidiendo auxilio hasta la trastienda, que estaba al fondo.

Pero por el momento no tenía nada que temer: la huérfana se había enredado las sayas en sus canastos al intentar pasar sobre los mismos de un salto, y aún estuvo a punto de caer al suelo; y aunque procuró desenredarse a tirón limpio, dejando girones de sus ropas entre las cañas de los canastos, para cuando lo consiguió y para cuando se repuso del efecto que le produjeron los chillidos estridentes de todas las verduleras, la mandona de la plaza había desaparecido del alcáncce de su vista.

Al darse cuenta de ello, Alejandrita hizo un gesto de disgusto como el que sufre una gran decepción, pero debió hacerse reflexiones que contentaban o esperanzaban a sus deseos, porque dijo en voz que todas las verduleras le oyeron:

—No importa que se me haya escapado ahora, porque esa mujeraza tiene que volver a la plaza hoy u otro día, y nos veremos las caras.

Y satisfecha, en medio de todo, del valor que ella había tenido durante toda la cuestión, que la había hecho dueña del campo y le prometía triunfos rotundos y desquites cumplidos; y satisfecha también del primer resultado de la intervención de la navajita, cerró la navaja, la guardó en un bolsillo, y con aire arrogante, se metió entre sus canastos para aguardar a sus parroquianas, para observar en las caras y en la conducta de las verduleras el efecto de su hazaña, y para ver venir nueva ocasión de ponerle a la mandona de la plaza y a cualquiera otra «lás peras a cuarto».

Entre tanto afluía a la plaza gente de todas clases. Aquellos gritos unánimes y penetrantes lanzados por las verduleras, se oyeron desde lejos; se asomaron muchos vecinos a las puertas y ventanas para conocer la causa; y al ver que algunas personas próximas a la plaza corrían hacia este sitio, como quien se apresura a ver algo interesante, se echaron a la calle; y en el transcurso de pocos minutos llegaron a la plaza más de cien personas, que iban interrogando a las verduleras; que de las verduleras recibían explicaciones en voz baja; que miraban luego a Alejandrita, unas con expresión de curiosidad, otras con el ceño fruncido a tono de reproche; y que finalmente se ponían a comentar el suceso y a contarlo a otros vecinos y vecinas que iban llegando.

El rumor de las conversaciones que se sostenían en los diversos grupos, rumor sordo al principio porque las conversaciones se iniciaron en voz baja, aumentaba poco a poco, porque cada vez se comentaba con más calor y viveza el suceso extraordinario de haber querido una chiquilla acuchillar a una mujer con hijos barbados; suceso que no tenía precedente en la plaza de Ezpelegui y que realmente se prestaba a hacer verdaderos pinitos en los comentarios.

No se encontraba a gusto Alejandrita al ser objeto de tanta curiosidad y de tantas miradas, entre las cuales había algunas de reproche y hasta de hostilidad, y ninguna de aprobación a lo que ella acababa de hacer o de intentar. Estaba deseando que todas aquellas personas, que nada tenían que ver con ella ni con la cuestión surgida minutos antes, se cansaran de mirarla y de hablar y se marcharan a sus ocupaciones.

Mas no sucedía así, sino al contrario, porque al ver los grupos de gente formados en la plaza, otras personas que nada habían oído se aproximaban a preguntar, y así engrosaban los grupos y los rumores; y como entre tanta gente había genios más y menos vivos, empezaron a distinguirse voces que reprobaban francamente lo hecho por la huérfana.

Comenzaba ésta a intranquilizarse ante tales manifestaciones, aunque no percibía más que parte de lo que se expresaba, cuando oyó distinta-

mente que un vecino con todo el porte de persona acomodada decía en el grupo de que formaba parte:

—Pero, ¿cómo es posible que sucedan estas cosas? ¿Por qué no está ya esa mozuela en la cárcel? Con menos motivo hay gente en presidio para algunos años.

Alejandrita no aguardó más: se levantó con toda presteza, separó sus canastos, se dirigió a la boca-calle más próxima, y ligera como una corza perseguida por los perros, marchó a su casa y fué derechita a la cómoda para dejar la navaja donde antes estaba, «por lo que pudiera tronar». De todos modos, podría cogerla de allí cuando quisiera, porque los cajones de la cómoda no tenían ninguna cerradura buena.

Hecho esto suplicó a una vecina de confianza que fuera a la plaza a buscar sus canastos; y después se encerró en casa con el fin de pensar qué había de contestar si algo le preguntaban de lo ocurrido, y de dar lugar a que pasara lo más recio del chubasco. Eso era lo importante por el momento; pues ella no estaba arrepentida ni mucho menos: lamentaba el que a pesar de todo el barullo no había podido hacerle a la mandona de la plaza un buen dibujo en la piel. Pero en fin: había días por delante, y la plaza del mercado seguía donde había estado siempre.

Como es de suponer, la noticia de lo sucedido en la plaza se propaló rápidamente por todo el

pueblo. Al escabullirse la huérfana, se disolvieron los grupos que se habían formado, y las personas que los componían llevaron la noticia directamente a la barbería, a la carnicería, a tabernas y tiendas; y de estos centros irradió al resto del pueblo en pocos momentos.

Llegó también la noticia a casa de los señores de Areta, para quienes fué motivo de sorpresa y de pena, aún sin conocer antecedentes ni causas de la cuestión. Miraban a la huérfana con cariño y especial interés, y les disgustaba cuanto de malo le sucediera o ella hiciese; y ciertamente que el hecho de haber querido arremeter a navajada limpia a una mujer que casi podía ser su abuela, no favorecía mucho a Alejandrita, por más disculpas que hubiera en los antecedentes.

Movidos por su cariño e interés, los señores de Areta mandaron a Juana para que les llevara la huérfana a su casa, a fin de conocer exactamente lo sucedido, hacerle juiciosas reflexiones y procurar que no cometiera imprudencias de ninguna clase, mucho menos imprudencias tan granadas como la de aquel día, que estaba dando que hablar a todo el vecindario. Don Antonio y doña Marta juzgaron desde el primer momento que aquello había sido una imprudencia, una chiquillada más o menos atrevida; pero que aún siendo así, podían las imprudencias de ese género originar a la huérfana serios disgustos y situaciones comprometidas, por lo cual querían aconsejarla.

Un poco de trabajo costó a Juana convencer a Alejandrita para que fuera con ella a casa de los señores de Areta. No tenía la huérfana el menor deseo de ir a casa de don Antonio, y su primer impulso fué negarse a ir, a cuyo fin inició las evasivas; pero como Juana la acariciaba e insistía cariñosamente, y como se trataba de los señores de Areta, de quienes siempre había recibido pruebas de afecto que la obligaban, no supo negarse en redondo.

Fué, pues, Alejandrita con Juana, la cual dijo a sus señores mientras empujaba a «su brujilla» al medio de la sala en que aquellos estaban:

—Aquí traigo casi a rastras a la brujilla, a mi pícara brujilla, que por poco ha hecho esta mañana un *desgüesau*, como dice don Antonio.

—¡Vamos! Si digo yo que esta Juana tiene las entendederas al revés—exclamó don Antonio riéndose a carcajadas.—Más de cien veces te he repetido que se dice «desaguisado».

—Mire usted, señorito: no es extraño que una palabra tan larga no la recuerde una toda entera de una vez—arguyó alegremente Juana, a quien hasta los regaños de don Antonio le sabían a besos.—La cuestión es que le entiendan a una, y usted ya me ha entendido.

—Eso es porque te adivino los pensamientos, pero no porque tú dejes de hablar rematadamente mal.

Y volviéndose a la huérfana le preguntó jovialmente:

—Y tú, ¿qué nos dices, buena moza, simpática Alejandrita? ¿Qué nos cuentas?

Alejandrita se puso encarnada al oír las preguntas de don Antonio y bajó la cabeza, acaso para pensar lo que había de responder.

Doña Marta, que la observaba atentamente desde que llegó, se dirigió a ella en tono verdaderamente maternal:

—Ven, Alejandrita, siéntate aquí, a mi lado, y cuéntanos con toda confianza lo que ha pasado en la plaza del mercado. No nos ocultes nada: ni lo que te favorezca ni lo que te perjudique. Ya sabes que te amamos de veras, y queremos saber toda la verdad para decirte en lo que hayas faltado, para aconsejarte bien y para ayudarte con la mejor voluntad.

Al oír las bondadosas palabras de doña Marta, dichas en tono insinuante y afectuoso, la huérfana se acercó a doña Marta con los ojos arrasados de lágrimas.

—Siéntate, hija mía—insistió la dama tomándole una mano y besándole en la frente—y cuéntanos todo lo que ha ocurrido y por qué ha ocurrido un suceso tan desagradable.

La huérfana fué refiriendo minuciosamente los antecedentes del suceso y el suceso mismo: las burlas, los desprecios y los insultos crueles de que la habían hecho objeto durante años; el abu-

so que habían sostenido las verduleras no dejándola respirar; las golpinas que en numerosas ocasiones le había administrado y, finalmente, el suceso de aquel día, que era la consecuencia de todas las amarguras y humillaciones que había sufrido, las cuales habían ido elaborando en su corazón un sentimiento de odio hacia cuantos habían contribuido a sus sufrimientos.

A medida que recordaba y explicaba antecedentes e incidentes, la huérfana se iba alterando gradualmente; y cuando llegó al término de su explicación estaba tan irritada, que sin darse cuenta se levantó de su asiento nerviosa, con los puños crispados, apretando los dientes, tan colérica como en el momento en que había querido lanzarse sobre la señora Gervasia.

—Ven, vuelve a sentarte, Alejandra—le dijo con dulce acento doña Marta, tirándole suavemente de una mano.—Cálmate, tranquilízate, que todo eso ha pasado y no debe repetirse, ¡no se repetirá! No te acuerdes más de esas cosas, que tanto te disgustan y excitan; haz esfuerzos para rechazarlas y olvidarlas como rechazamos una mala tentación. ¡Que tentaciones son del demonio, para perturbar a las personas y ponerlas en plan de perderse! Pero afortunadamente tú tienes buen juicio y lo comprenderás así.

—Es que me han atormentado tan horriblemente entre unos y otros... que no puedo... ni

quiero sufrir más impasible—replicó la huérfana temblando de cólera.

—Mira, querida Alejandra—repuso doña Marta tras de unos instantes de pausa;—no podemos ser rencorosos, no podemos dar cabida al rencor, que es un sentimiento indigno de pechos nobles y cristianos. Tenemos el deber de ser generosos: generosos hasta el completo perdón, y aún más allá: generosos hasta amar al que nos ofende y devolverle bien por mal. Esta es una virtud superior y heróica, porque contraría nuestra natural propensión a vengar los agravios que se nos infieren; una hermosísima virtud que es muy dura de cumplir, pero que cuando se cumple generosamente deja el alma inundada de dulzura inefable. Eleva tu corazón, querida Alejandra, a la altura de esta excelsa virtud y perdona sin mezquinos regateos a cuantos te hayan hecho daño, a cuantos voluntaria o involuntariamente hayan sido causa de tus humillaciones y disgustos; y pide por ellos, ofreciéndole abnegadamente a Dios tus penas y sinsabores para la mayor eficacia de la súplica, que le será gratisima porque irá acompañada de una ofrenda valiosa, de la ofrenda de un sacrificio muy costoso al corazón humano: el perdón y el amor al que lo ha herido, cuando aún está sangrando de las heridas.

Esperaba, o mejor dicho, deseaba doña Marta que ante las consideraciones que acababa de hacer, la huérfana dijera alguna palabra o hicie-

ra un gesto de asentimiento; pero Alejandra permaneció callada y como petrificada en su silla.

—Me parece lo mejor—continuó doña Marta, quien, mientras hablaba, procuraba penetrar los sentimientos de la huérfana y el efecto que sus palabras producían—que no vuelvas a la plaza. No hay necesidad de que vuelvas, y yo le convenceré de esto a Carlota. Puedes venir aquí, a nuestra casa, y nos ayudarás en las mil labores y quehaceres que aquí tenemos, en los cuales ganarás más que en la plaza. ¡Y que nos vendrán mal tu disposición y tu garbo! Y de esta manera, tú estarás perfectamente, nosotros contentísimos y no habrá peligro de que nadie te dirija una palabra molesta. ¿No te parece así?

La huérfana había escuchado a doña Marta con la cabeza baja, que no levantó una sola vez, y sin hacer el más leve movimiento mientras la dama estuvo exponiendo sus hermosas consideraciones. Conservó, mientras escuchaba, las manos muy extendidas sobre las rodillas, y los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en el suelo. Parecía escuchar atentamente, o absorta en sus pensamientos.

Cuando oyó las últimas palabras de doña Marta y la pregunta que esta le hacía, se estremeció como si sufriera un sacudimiento, se levantó de la silla, se llevó una mano a los ojos como quien acaba de despertar, se pasó luego las dos manos hasta la nuca, como para dejar despejada de rizos y de

dudas la frente, y con una expresión de gran seriedad y los ojos fijos en el suelo, se quedó un momento sin contestar, con gran extrañeza de los dueños de la casa.

—¡Qué! ¿Te ocurre algún reparo a lo que te he dicho?—insistió doña Marta en el mismo tono persuasivo y afectuoso.—Pues dímelo con franqueza y verás qué pronto allanaremos la dificultad.

—Pues me ocurre, me ocurre...—empezó a decir con voz insegura la huérfana.—Me ocurre...

De pronto se reflejó en su rostro una rara animación, levantó y sacudió soberbiamente la cabeza, y en tono resuelto contestó:

—No debo engañar a ustedes, no quiero engañarles, porque tengo bien probado el cariño que me profesan y no sería justo que los engañara precisamente en el momento en que me están dando una nueva y muy grande prueba de ese cariño. Yo quiero ir a la plaza, verme cara a cara con esas mujerazas que se han pasado los años despreciándome y humillándome, y devolverles con creces todos sus insultos y sus golpes. Me han hecho sufrir tan cruelmente, pegándome y llamándome a cada momento «mal nacida», que hoy las odio y no pienso más que en hacerles tragar gota a gota toda la hiel que ellas me han hecho beber a bocanadas. Y todo—continuó trémula y exaltada hasta el furor:—lo pasado y el estar expuesta siempre a insultos y humillaciones;

todo por aquellos criminales que me dieron el ser. ¡Maldita sea la hora en que nacieron, malditos sus nombres y su memoria! ¡Hombre canalla y odioso; mujer perdida y miserable: malditos seáis mil veces! ¡Oh!, si aún vivieran esos infames que me dieron el ser, a los que no quiero llamar padres porque no supieron serlo y... porque los aborrezco. ¡Si aún vivieran y yo llego a saber quiénes son...!

—¡Por Dios y por la Santísima Virgen, Alejandrita!—interrumpió aterrada doña Marta.—No hables así porque nos horrorizas. No te dejes dominar por tan espantosos sentimientos, porque eso no conduce más que al extravío y a la infelicidad. Desecha tus peligrosos enconos y tus negras ideas, y vuelve a la razón. Felizmente estamos en condiciones de sustraerte a toda causa de molestia y de perniciosa influencia, y de ofrecerte el modo de vivir respetada, tranquila y dichosa. Antes hubiéramos puesto remedio si tú nos hubieras abierto tu corazón, pero parecía que huías de nosotros, y nada nos has dicho de esto, que para nosotros es tan nuevo; y en ello hay que cargarte una buena parte de culpa. Mas, todavía no hay nada perdido: vivirás con nosotros, alejada por completo de la plaza y tratando solamente a las personas a quienes quieras tratar; y con nosotros irás a pasar las temporadas invernales en Pamplona, donde, lejos de este teatro de tus batallas y enemistades, acabarás de olvidar

todo recuerdo ingrato. ¡Ea!, no hay más que hablar—agregó poniendo en su acento la mayor fuerza posible de persuasión:—aquí te quedas definitivamente, y corre por nuestra cuenta arreglar las cosas con Clemente y con quien sea. Tú no tienes que ocuparte ni preocuparte de nada más. ¿No es así, Antonio?—concluyó interrogando a su esposo.

—No solo conforme, sino completamente encantado por mi parte—asintió don Antonio en su habitual tono de jovialidad.—Aquí estarás con nosotros, y nosotros contigo, perfectísimamente. ¡Y que no se alegrará Juana de contar con un brazo derecho como tú! ¿Qué dices a eso, Juana?

—Que sí, señcrito, que usted me conoce bien—respondió la bondadosa Juana reflejando en su semblante la satisfacción.—Que me alegraré mucho, y mi brujilla lo sabe.

Y la buena Juana dió un paso para ir a abrazar a Alejandrita; pero la vió tan inconvencible, que la excelente mujer se quedó parada en su generoso ímpetu, e interrogando ansiosamente con la mirada a la brujilla, quien estaba conmovida ante tanto cariño, pero con todas las trazas de seguir irreductible en sus aviesos propósitos.

—Se interesan ustedes por mí más de lo que merezco, y lo agradezco de todo corazón—dijo la huérfana,—pero hay algo en mí superior ahora a mi voluntad, y es un deseo irresistible de buscar el desquite, o la venganza, de mis sufrimien-

tos: de devolver afrenta por afrenta, dolor por dolor, daño por daño, raudales de llanto a todo el que me haya hecho derramar una lágrima.

—Esas son alucinaciones de tu imaginación o malignas sugerencias del demonio—replicó doña Marta.—Ya te he dicho que debes desechárlas como una mala tentación.

—Serán lo que quieran—repuso la huérfana vivamente,—pero es el caso que me dominan y que me gustan, y voy a marchar por el camino que ellas me señalan.

—¡Eso no!: de ninguna manera—gritó enérgicamente don Antonio,—porque ese es un camino horrible: es el camino del abismo.

—Pues aunque así sea, ni quiero evitarlo ni lo temo.

Y al acabar de pronunciar tan trágicas palabras, la huérfana se dirigió decidida a la puerta de la habitación con todas las apariencias de querer dar por terminada la conversación, y si era preciso hasta sus relaciones con la familia de Areta.

—¡Ven aquí inmediatamente, insensata!—prorrumpió don Antonio en un tono que quería hacer autoritario, pero en el cual se percibían inflexiones inequívocas de ternura.—¡Ven aquí, infeliz, que estás pensando en tu perdición!

—¡Vamos, locuela!—asintió doña Marta an-

helante y bondadosa como siempre.—Ven aquí, y no pienses en hacer disparates.

—Obedece enseguida, brujilla—intervino incomodada Juana.—Ven a escape o no sé lo que te hago.

—Yo les agradezco todo y no lo olvidaré mientras viva—concluyó la huérfana;—pero he hecho mi resolución y no me vuelvo atrás. Adiós, bonísimos señores; adiós, señora Juana. A todos les quiero mucho.

Y echó a correr hasta perderse escaleras abajo.

Don Antonio y las dos mujeres se quedaron al desaparecer la huérfana mirándose a la cara, impresionados, casi sobrecogidos por lo que acababan de oír. Eran personas de tan generosos sentimientos y de ideas tan nobles que no comprendían que nadie pudiera aborrecer al prójimo ni premeditar un daño, ni mucho menos pensar en dedicar su existencia a causar mal, sin estar completamente desequilibrado, en plena locura. Al oírlo, con una claridad y una rudeza que no dejaban lugar a duda, de labios de una muchacha a quien hasta aquel momento habían considerado juiciosa, se quedaron estupefactos, tardando un gran rato en recobrase de la fuerte y desagradable impresión recibida.

Don Antonio fué el primero en recobrase y ponerse en condiciones de pensar en lo expresado por la huérfana y en lo que convendría hacer en vista de todo.

—Pues señor—dijo después de meditar sobre el particular,—esto es grave, ¡esto es muy grave! Esta chica ha llegado a un grado de irritación, de ansia de venganza y de daño, y tan fuertemente se han apoderado de su imaginación ideas siniestras, que constituyen en ella un estado de ánimo sumamente peligroso. En tal estado no se razona, ni se atienden consideraciones, ni se reconoce autoridad en nadie, ni se miden consecuencias. Creo que de esto acabamos de tener una prueba. Y una persona así desquiciada, e impulsada por la fiebre de vengarse sin medida, viene a ser el ente o el instrumento más dispuesto para hacer una barbaridad, incluso para cometer un crimen en la primera ocasión que se le presente, o que sin ser ocasión fundada le parezca que lo es. Por consiguiente, opino que sin pérdida de tiempo se deben adoptar medidas eficaces para que esta muchacha no haga alguna barbaridad, lo cuál juzgo muy probable después de lo que nos ha dicho y de su actitud mientras lo ha dicho.

—¡Por Dios, Antonio!—exclamó cuidadosa doña Marta.—Vayamos con tiento; no sea que con un paso imprudente llevemos a esa chica a la desesperación. Quizás será lo mejor tomarnos tiempo para pensarlo bien: de aquí a mañana, por ejemplo....

—No estoy conforme con tu manera de pensar—arguyó don Antonio.—O existe o no existe el peligro: si existe se debe prevenir inmediata-

mente, porque de aquí a mañana, o mañana por la mañana, puede hacer la barbaridad. En consecuencia, esta es nuestra cuestión: ¿existe el peligro de que esa muchacha haga algo parecido a lo que ha intentado esta mañana en la plaza? Tú, que la has oído y visto como yo, ¿qué opinas sobre este punto?

—Que existe, indudablemente.

—Pues existiendo el peligro no debe haber aplazamiento en la prevención; prevención que en este caso debe consistir en una medida radical, de cierto modo medida de fuerza.

—¿Qué crees, pues, que se debe hacer?—preguntó doña Marta con manifiesta alarma.

--No te alarmes, mujer, que no se trata de matarla ni de causarle el menor daño, sino de impedir que haga un mal, lo cual equivale a hacerle un bien, imponiéndoselo si es preciso contra su voluntad, o más bien contra sus descabellados pensamientos, pues voluntad verdad no tiene ahora. Lo que pienso es, a juicio mío, eficaz y sencillísimo de hacer: llevarla inmediatamente a la inclusa—y desde luego prohibirle que vuelva a pisar la plaza;—y dejarla en la inclusa bien recomendada para que la vigilen mientras no la vean tranquila, a fin de evitar que se escape o haga algún otro disparate. Esto es al parecer lo más indicado y práctico. ¿No te parece bien pensado?

—Mucho ha de contrariar tal medida a Ale-

jandrita, y por mi parte hubiera preferido que viniera a nuestra casa; pero no siendo esto posible, porque ella se ha negado en absoluto, considero también que es lo más pertinente, en el actual estado de las cosas, poner en práctica esa idea tuya.

—Tal me parece a mí cuanto más lo pienso, pero, no obstante, voy a decírselo al Párroco y al Alcalde, que son hombres más experimentados que yo, y dirán si esta idea es buena, o darán otra más acertada; y al mismo tiempo acordaremos la manera de llevarla a cabo oportunamente.

En efecto, una hora después se hallaban conferenciando el Párroco, el Alcalde y don Antonio. Este les explicó lo ocurrido en su casa, y expuso su opinión acerca de la conveniencia de adoptar rápidamente alguna medida eficaz, consignando la que ya había expresado en su casa.

Con la suma de antecedentes que ya conocían y con lo que don Antonio les refirió, el Párroco y el Alcalde convinieron con don Antonio en la opinión de llevar la huérfana a la inclusa a la brevedad posible, e impedir, desde luego, que volviera a la plaza; a cuyo efecto el Alcalde llamó a Clemente aquella misma noche y le dió órdenes terminantes.

Por virtud de estos acuerdos, Alejandrita se encontró, cuando menos lo deseaba, cuando más entusiasmada gozaba de su triunfo sobre la mandona de la plaza y con mayor decisión combinaba sus planes de desquite, con la noticia de que la

reclamaban de la inclusa con toda urgencia y sin más explicaciones que el derecho de dominio que la inclusa tenía sobre ella.

La inesperada noticia, que era una orden en toda regla, le produjo un disgusto soberano, el mismo efecto que un escopetazo a bocajarro, pues echaba por tierra sus aviesos planes; pero no había más remedio que obedecer, de grado o por fuerza, porque el cumplimiento de esa orden estaba encomendada nada menos que a la primera autoridad local, al Alcalde, que era un alcalde enérgico que hacía lo que debía hacer a rajatabla, sin vacilaciones ni aplazamientos.

Y a la inclusa fué llevada por tercera vez Alejandrita, la huérfana, la expósita, que es la joven de veinte años que vimos aparecer en la casa que don Antonio de Areta ocupaba por temporadas en Pamplona con su familia, y a la cual dejamos, y encontraremos de nuevo, a punto de saborear una taza de rico café, en unión de los dueños de la casa, en un buen día de Pascuas de Navidad.

Desde que Alejandrita fué llevada de Ezpelegui a la inclusa, hasta el día en que se presentó a visitar a los señores de Areta en su casa de Pamplona, habían transcurrido unos cuantos años, du-

rante los cuales la huérfana permaneció en la Inclusa.

Por espacio de algunos meses, a partir de su llegada a la inclusa procedente de casa de Clemente, Alejandrita se comportó de manera poco menos que insufrible: no quería tratar a ninguna de sus hermanas de orfandad; no atendía ni quería dar cara a las Hermanas de la Caridad; no había medio de hacerla trabajar; se negaba a comer durante días enteros; en fin: exteriorizaba su disgusto por que la hubieran llevado allí contra su voluntad, en todas las formas a su alcance.

Las Hermanas de la Caridad extremaban con ella sus atenciones y su trato delicado y afectuoso; le proponían ocupaciones y recreos que siempre agradan a una muchacha de buen gusto; le ponían a su lado, para distraerla y alegrarla con sus amenas conversaciones, otras huérfanas de su edad instruidas y de maneras agradables.

Todo resultó inútil durante algunos meses: Alejandrita se mantenía adusta, soberbia y desdenosa, sin darse a partido y sin hacer caso de nada ni de nadie. Su espíritu singularmente altivo y su corazón apasionado, heridos, exacerbados y conturbados por los agravios recibidos y por cuanto su acalorada imaginación suponía o agrandaba, no se decidían a transar con un olvido generoso y un generoso perdón; y al verse reducidos a la impotencia, a la imposibilidad de ven-

garse, se revolvían y patentizaban su protesta en cuantas ocasiones se les ofrecían.

Mas la criatura humana no puede vivir aislada o reconcentrada en sí mucho tiempo, y menos puede vivir aislada en medio de una familia o de una muchedumbre que a su lado ríe, llora, canta, juega y habla de mil cosas que recrean o entristecen el espíritu y conmueven de variadas maneras el corazón. La criatura humana podrá ser más o menos expansiva o más o menos expresiva—que en esto entra mucho el temperamento de cada individuo,—pero es siempre comunicativa en mayor o menor grado, y siente la necesidad de recibir noticias, ideas o impresiones; de exponer y comentar las suyas; de consultar sus dudas, de desahogar su corazón contando sus pesares y sus quejas; o de reñir; en resumen: de comunicarse con otras personas de alguna manera.

A uno de esos hombres sencillísimos que nunca han pensado en poner, como Diógenes el Ateniense, una tienda «para vender sabiduría», pero que son verdaderos filósofos, le he oído decir «que el hombre, cuando va entrando en años, necesita imprescindiblemente dos cosas: un sitio donde recrearse y otro sitio donde reñir». Se puede ampliar, sin duda alguna, esa sentencia afirmando que en todas las edades necesita el hombre centros o reuniones donde reír y recrearse o donde rabiar y reñir. A condición, ¡naturalmen-

te!, en este último caso, de que nadie tome en serio sus desahogos.

Por otra parte, el ambiente en que se vive ejerce una influencia decisiva en la generalidad de las personas. Ese ambiente—formado por los sentimientos, las ideas y las conversaciones del núcleo o población en que se desenvuelve nuestra vida, y su manera de ser y su manera de vivir;—ese ambiente que se aspira con el entendimiento y el corazón, se va apoderando gradualmente del individuo, dominándolo, modificándolo o ajustándolo al medio sentimental y mentalmente, de tal manera que al cabo del tiempo participa el individuo de los sentimientos e ideas comunes en su medio, siendo pocos los que se substraen a esa influencia y permanecen inalterables en ideas y sentimientos.

A esta ley de efectos generales y lógicos, además de a aquella necesidad de comunicación que decíamos en profunda e incontrovertible elucubración filosófica, fué obedeciendo y sometiéndose insensiblemente nuestra expósita. El ambiente de la inclusa—ambiente de paz, de caridad, de alegría angelical, de purísima y conmovedora ternura, y exento de negras y perturbadoras pasiones;—el cariño de las Hermanas de la Caridad; su solicitud maternal con los huérfanos; su delicadeza y suavidad para hacer una advertencia o una oportuna reprensión; su dulzura inalterable para hablarles, instruirles, proporcionarles

sencillas y gratas expansiones; su tino y discreción para dar un consejo o verter una idea elevada que sacuda saludablemente el espíritu; todo ello unido al concierto animado e inocente de la huérfana población, fueron ejerciendo en Alejandrita una influencia benéfica.

Sin darse ella cuenta comenzó a desfruncir el ceño, a presentar su bella cara sin la expresión de perpetuo enfado, y hasta a desplegar algunas sonrisas, las cuales demostraban que ya atendía las conversaciones de sus compañeras y que no le eran del todo indiferentes las cosas que a su alrededor se decían, se comentaban alegremente y se celebraban a carcajada tendida. Se iba poniendo accesible; y al verla accesible, sus compañeras y hermanas de orfandad, muchachas con sentimientos de niñas sencillas y buenas, se dirigían frecuentemente a ella en sus charlas, empezaron a consultarla en sus labores y, a fuerza de amables atenciones, rindieron aquella rebelde y erizada fortaleza y consiguieron reducirla, no solo a ser tratable, sino a ser atenta y afectuosa.

Acabó Alejandrita por ser uno de los elementos más útiles, bulliciosos y regocijantes de la inclusa, como era de esperar de su temperamento activo y vigoroso, una vez puesta en ese plano: tomaba buena parte en los trabajos y labores, participaba complacida de los comunes recreos, amenizaba con felices ocurrencias las conversaciones,

y despachaba en la mesa su ración con **apetito** envidiable.

Tenía una rara o extraordinaria **disposición** para las labores finas; y como entre las monjitas había en la inclusa, como suele haber donde quiera que haya Hermanas de la Caridad, excelentes profesoras de labores de todas clases, Alejandrita, que al cabo resultó una discípula dócil y aprovechada, hacía en tales labores importantes **progresos**.

De tan notable manera **influyó** sobre nuestra expósita el ambiente de la inclusa en las **manifestaciones** exteriores.

Qué modificación, qué cambio **determinó** ese ambiente en sus ideas y **sentimientos**, podremos apreciar al leer los capítulos siguientes, pues precisamente nos hallamos ya en una escena en la cual iremos viendo a Alejandrita tal como era a los pocos años de haber salido *a forciori* de Ezpelegui para reingresar en la inclusa.

No estará de más que recordemos, querido lector, que en un buen día de Pascua de Navidad, hallándose de sobremesa en su casa de Pamplona los señores de Areta, llamaron a la puerta de la habitación que ocupaban; que abrió dicha

puerta Juana y entró como un vendaval una muchacha que zarandeo de lo lindo a la buena anciana y la besuqueo irreverentemente, y que sin hacer caso de las voces de ¡alto! que ésta lanzaba, la muchacha se dirigió corriendo al comedor, donde se hallaban los señores de Areta, los cuales reconocieron en la visitante a la huérfana, a la endiablada Alejandrita, que algunos años antes quiso hacer un *desgüesau* en la plaza-mercado de Ezpelegui; y que los dueños de la casa la obligaron a participar de sus turronecillos y a tomar café con ellos «como una persona mayor».

Añadiremos que en esos años no se habían visto los señores de Areta y la huérfana, porque si bien en el primero de esos años la familia pasó el invierno en Pamplona, la huérfana estaba tan enfurruñada y conservaba tan frescos los recuerdos de Ezpelegui, que se consideró inconveniente que viera a los señores de Areta; y en los años siguientes, por haber muerto los padres de doña Marta no habían salido de su casa de Ezpelegui más que lo indispensable, siguiendo una costumbre inveterada en las familias de Areta y Arbayún siempre que fallecía alguno de sus deudos.

Sentados ya en torno de la mesa los señores de Areta, su hijo Fermín, Juana y Alejandrita, y servido un humeante y aromático café, bien acompañado de golosinas propias de los días de Navidad y de vinos generosos, don Antonio, en su tono siempre jovial, dijo a la huérfana:

—Ante todo, querida Alejandra, quiero verte bien, porque me parece que te has hecho una real moza. Hazme el favor de levantarte y de ir hasta allí y volver con todo tu garbo y toda tu sal para que yo te vea bien. Te advierto que soy voto de calidad.

La huérfana, en medio del general regocijo y riéndose muy a gusto, se levantó e hizo graciosamente lo que don Antonio le decía: ir y volver varias veces desde la mesa hasta la pared y viceversa.

—¡Magnífico!—comentó don Antonio entusiasmado.—Estás guapísima y saladísima; estás hecha una chica....

—Un portento de belleza—interrumpió alegremente la huérfana sin dejar terminar a don Antonio.

—Ni más ni menos: una joya, una perla preciosa y brillante.... Pero pasando a otra cosa—prosiguió don Antonio:—¿qué ha sido y es de tu vida? ¿Qué tal lo has pasado en estos años? ¿Cómo lo pasas ahora?

—Lo he pasado y lo paso muy bien: mejor de lo que merezco.

—¡Canario!—exclamó don Antonio.—No conviene exagerar en ciertas cosas. Ahí tienes una cosa que yo no diría nunca. ¡Buen pelo me luciría con estas mujeres si me oyeran decir que lo paso mejor de lo que merezco! Créeme que es una candidez decirlo, y que aunque una persona esté

convencida de ello debe reservárselo como un secreto. Conviene aprender algunas lecciones de estas porque son muy útiles en la vida. Pero no se trata ahora de esto, sino de que nos cuentes tu vida y milagros, si es que haces milagros. Cuéntanos, cuéntanos. ¡Ah! Y conste desde luego, mi buena Alejandra, que no te hemos tenido olvidada durante el tiempo en que no te hemos visto, pues en la temporada del año en que te trajeron de Ezpelegui, tratamos de visitarte diferentes veces, pero estabas tan intratable, según nos decían, y despedías a todo el que se acercaba a tí con tal brusquedad....

—Con verdaderas coces—confesó ingenuamente Alejandrita.—Estaba yo hecha una potra indómita.

—Y ¡vamos!, que no pensabas más que en peleas, y en la plaza de Ezpelegui, y en la señora Gervasia....

—¡Ay! No me recuerde usted aquello, don Antonio, que buenos remordimientos tengo—exclamó la huérfana con acento que revelaba gran pesadumbre.—¡Pobre señora Gervasia!: qué disgusto tan horrible le dí aquel día con mi maldita navaja. ¡Las veces que veo con la imaginación a la pobre mujer corriendo despavorida y pálida como una muerta...!

—Pues si tú te acuerdas, no digo nada lo que se acordará ella de aquel lance.

—¡Pobrecita! ¡Si supiera cuánto me pesa...!

—Bien, Alejandrita, bien: así me gusta oírte—intervino doña Marta.—¡Qué pena tan grande me diste hablando en nuestra casa como hablaste y poniéndote furiosa, trágica, verdaderamente imponente, el día de tu riña con la señora Gervasia! Y a propósito de la señora Gervasia—continuó dando otro giro a la conversación con aquella habilidad que la distinguía para apartar la atención de todo asunto enojoso, pero después de haber vertido una idea o comentario saludable:—aquí tenemos, de criada, una hija suya: la Simona.

—¿La Simona está aquí? Pues entonces, no he de irme esta tarde sin saludarla y sin encargarle que cuando escriba a su madre le diga que le pido perdón de todo, y que he de ir a Ezpelegui a pedirles perdón a todas de cuanto les he ofendido y faltado cuando... cuando yo estaba loca. ¡Qué indudablemente estaba yo loca entonces, porque una persona cabal no hace lo que yo hice ni piensa lo que yo pensaba.

—Ya te he dicho—expresó doña Marta—que me complace mucho oírte hablar de esa manera; pero no hay que extremar las cosas; no creo que sea necesario que vayas a excusarte personalmente, con el poquito de humillación que llevan en sí esos pasos, sino que bastará que en tu nombre se lo diga otra persona a las interesadas. Por ejemplo, yo misma: yo misma les diré a todas las de la plaza cuánto sientes haberles faltado, y

también que les perdonas lo que ellas te hayan ofendido a tí—pues ellas tienen conciencia y acaso les remuerde de algo;—y de este modo, cumples tu deber y ellas quedarán contentísimas. Será una liquidación propia de personas buenas.

—Muchas gracias, doña Marta—replicó la huérfana—pero quiero hacerlo personalmente. No será ello una humillación para mí porque pienso que en el cumplimiento de un deber no hay nunca humillación.

—¡Exacto!—asintió don Antonio.

—Por otra parte—continuó la huérfana—cuando se ha agraviado a otras personas públicamente, como yo lo hice, me parece que el desagravio o la reparación debe hacerse de manera que tenga la mayor publicidad, por lo menos la suficiente para que sea conocido de las personas que tuvieron noticia del agravio.

—Te voy a declarar doctor en Moral y Derecho Canónico—exclamó don Antonio.

—Y de todas maneras—agregó la huérfana—tengo el propósito de hacer una visita a Ezpelegui, una visita corta: de uno o dos días solamente.

—Pero oye, ¿piensas llevar la célebre navaja?—le preguntó don Antonio.—Si piensas llevarla dímelo con tiempo para prevenir a todo el que tema algo de tí.

—¡Pensando en locuras estoy ahora!

—Pues si prefieres ir a Ezpelegui,—le dijo do-

ña Marta—irás con nosotros, o cuando estemos allí, y estarás el tiempo que quieras. Ya sabes que cuanto más tiempo estés, más nos contentarás.

—Quiero ir, no sólo por lo que he dicho, sino también por otra razón... que les diré a ustedes otro día.

—Puedes guardarte ese secreto mientras te parezca conveniente, sin que nos disgustemos por ello—expresó don Antonio.—De modo que mientras llega la hora de comunicarnos ese secreto, que no dudo tendrá la importancia de un secreto de Estado, puedes contarnos qué tal te ha ido y te va. Creo que te lo he preguntado antes, ¿no?

—Sí, señor, pero usted mismo me ha distraído en la conversación. Voy a contarles todo, que todo ello se cuenta en pocas palabras: los primeros meses, luego de llegar de Ezpelegui, los pasé en la inclusa muy disgustada, pero no por causa de otras personas, sino por tontería mía: me empeñé en estar «con cara de pocos amigos», en desairar a cuantas personas me rodeaban, en molestarlas, en amargarles la existencia....

—Y te sucedió,—interrumpió don Antonio—que la única existencia desairada y amargada era la tuya. ¿No es así?

—Así es—contestó la huérfana mirando admirada a don Antonio.—Pero, ¿cómo lo sabe usted?

—Pero, chica, si eso es de clavo pasado: quien

sin motivo ni objeto racional se empeña en trastornar una sociedad, o una familia, no consigue más que trastornarse él.

—Pues eso sucedió en mi caso, y de ello me alegre mucho ahora: que nadie se disgustó en la inclusa más que yo, porque, salvo el compasivo disgusto que a todas producía el verme aislada y contrariada, en nada se alteraron la alegría ordinaria y la vida apacible de aquella casa, *de mi querida casa*—concluyó recalcando estas últimas palabras.—Mas, me dí por fin cuenta de que era una majadería vivir reconcentrada, intranquila y desazonada, entregada a negros pensamientos y repartiendo molestias sin motivo y sin objeto, como dice don Antonio, pudiendo y debiendo vivir tranquila y gratamente sin molestar a nadie; y, por otra parte, fueron cayendo sobre mi entendimiento y mi corazón, como lluvia benéfica en tierra sedienta, las enseñanzas y el amor de las monjas, que ¡vamos!, ¡tienen una gramática parda para atraer al buen camino! No les pagaré nunca el bien que me han hecho desde que nací, ni puede pagarles el mundo lo que hacen esas benditas mujeres para consolar al desgraciado y al afligido. Por ellas soy como soy: ellas me han regenerado, ellas me han hecho comprender cuán horribles eran mis ideas y sentimientos cuando vine de Ezpelegui, y cuán negro el camino que yo estaba dispuesta a recorrer desatinadamente,

como comprendieron ustedes aquel día en que dije cosas tan espantosas, que les horroricé....

—¡Canario!, Alejandra—interrumpió don Antonio.—Todo el mérito de tu conversión se lo concedes a las Hermanas de la Caridad, sin darnos una mínima parte, que creo nos corresponde en justicia, porque por lo menos hay en esa conversión un sermón que te echó «mi cara mitad», que hubiera ablandado a una piedra; y Juana y yo—no me acuerdo bien, porque nos tenías aquel día en brasas—también te habríamos echado otros de los que hacen época. ¿Y te parece justo que todo esto lo calle la historia?

—También ustedes han contribuído a traerme a la razón y a mi felicidad actual—exclamó regocijada Alejandra;—y ¡ojalá!, todas las personas se preocuparan como ustedes de consolar al que sufre y de encauzar al que se extravía. Es obra verdaderamente grande.

—Dá de lado los elogios a nosotros, que no los merecemos, aunque Antonio quiera apurarte; y continúa, porque te estoy oyendo complacidísima—le instó doña Marta, quien en efecto la oía con gran complacencia.

—Felizmente caí en la cuenta, como decía—continuó la huérfana—de que es una majadería vivir disgustada pudiendo vivir gratamente; y de que es una locura emplear la vida en odiar y hacer sufrir, en lugar de emplearla en amar santamente y en contribuir al bien ajeno, que es el empleo más

noble que podemos dar a nuestra existencia. Y comprendido esto, cambié diametralmente de conducta al cambiar de ideas: desde aquel momento he procurado ser atenta y afable con todo el mundo, aliviar un sufrimiento siempre que se me ha ofrecido ocasión, hacer un bien cuando he podido y difundir una alegría inocente a mi alrededor. Me he esforzado en proceder como siempre debí proceder: con humildad, con sumisión absoluta a los superiores, con espíritu de caridad, con amor hacia nuestros prójimos, amor tanto mayor cuanto más desgraciado sea el prójimo, y aún cuando más nos haya mortificado y hasta ofendido.

—Mira, Alejandra—interrumpió don Antonio: —eso que estás diciendo es parte, por cierto muy jugosa, del consabido sermón de mi amada costilla.

—Ya lo recuerdo; y es también el sermón frecuente de las Hermanas. Y puedo decir por experiencia que no solo por deber, sino hasta por egoísmo personal deberíamos practicarlo, porque ¡tiene tan íntimas y dulces compensaciones...!

—Es la compensación de Dios—observó doña Marta.—Es el premio que Dios da a nuestros buenos propósitos y a nuestras buenas obras.

—Yo puedo afirmar—confirmó la huérfana—que mientras, obcecada, me entregué a propósitos odiosos, viví en continua desazón, sin una alegría y sin una hora de grata tranquilidad; y desde que, lanzando de mí toda idea y todo sentimiento

avieso, me consagré por entero a hacer el bien, a pedir por cuantos me agraviaron, y a rogar con todo mi corazón por mis padres, vivos o muertos, no he tenido un momento de verdadero disgusto, y aún me parece que no puede haber nada que me lo produzca sin consuelo; y en cambio he gozado de una paz y un bienestar que me hacen verdaderamente feliz.

---Ven, Alejandra, hija mía—exclamó conmovida doña María,—que quiero pagarte con un beso esas manifestaciones, que reflejan los bellos sentimientos de tu alma, la cual ha estado perturbada, pero siempre ha sido buena; y especialmente esas hermosas palabras referentes a tus padres, de generoso perdón si faltaron voluntariamente contigo, y de homenaje de amor y de respeto. Así es como debe proceder una joven cristiana respecto de sus padres, cualquiera que haya sido la conducta de estos con sus hijos.

—¡Ah, sí!: así debe ser—expresó la huérfana con acento de absoluto convencimiento.—Porque, como dicen las Hermanas, un hijo no debe nunca condenar a sus padres, ni vituperarlos, ni desacreditarlos; sino compadecerles si han sido desgraciados y aunque hayan sido malos, y en todo caso respetarlos, amarlos, honrarlos en cuanto sea posible, y ayudarles con sus esfuerzos y sus oraciones. Sería imprudentísimo que yo condenara a mis padres por el hecho de mi abandono, que pudo obedecer a diversas causas; y, en todo caso,

nunca debería condenarlos yo. Dios, con su sabiduría infinita, nos juzga a todos exactamente en cada obra y en el conjunto de nuestra vida, y la sociedad juzga y sanciona también mil hechos; pero un hijo no puede en buena ley juzgar rigurosamente y condenar a sus padres. ¿No digo bien, don Antonio, señor abogado?

—Dices admirablemente bien: estás hablando como hablaría un moralista profundo y extremado en la delicadeza. Como que si la señora Gervasia y congéneres de la plaza de Ezpelegui estuvieran detrás de esa puerta y te oyeran sin verte, no creerían que eres tú aunque Juana se lo jurara tres veces. Porque has de saber, y te lo digo para tu satisfacción, que tanto como un diablo de cuerpo entero no te suponen, pero un diablillo con largas uñas y con medianas intenciones, sí.

—Y no dejan de tener su razón para pensar de esa manera,—asintió modestamente la huérfana.

—No, señorita, no la tienen—protestó enérgicamente Juana;—porque mi brujilla ha sentado ya el seso y es un modelo de muchachas. Y, además, ¿de quién tienen que hablar aquellas, que son unas pécoras y unas....

—¡Eh! ¡Cuidado con la lengua, Juana!—interrumpió bruscamente doña Marta.—Ya sabes que no quiero oír hablar mal de nadie, y te he dicho muchas veces que es preciso tener sujeta la len-

gua, porque una lengua suelta es un enemigo de la paz, de la fama ajena y del bien propio.

—Pero, doña Marta—alegó Juana un poco sofocada:—si la verdad es que mi brujilla está hecha una santica.

—No es por decir eso por lo que te he llamado la atención, sino porque apuntabas o disparabas contra la plaza de Ezpelegui.

Y dirigiéndose a la huérfana continuó doña Marta:

—Persiste firmemente toda tu vida, Alejandra, en seguir ese hermoso camino por el cual marchas, y yo te aseguro que jamás te has de arrepentir. Y cuando llegues a nuestra edad, será muy grande tu alegría por haber tenido el heroísmo de vencer toda inclinación mala y la virtud de ser buena. En los linderos de la vejez, y con más razón dentro ya de la vejez; esfumadas las falsas ilusiones, desaparecida la confianza engañadora de una larga vida y extinguido el fuego perturbador de las pasiones, se ve con claridad la realidad de la vida humana y se aprecian en su justo valor los actos todos: se comprenden la vileza y la ignominia de los vicios y de la maldad, y la responsabilidad de haber obrado mal; y quien ha obrado y vivido mal, deplora su pasado y quisiera borrarlo, no solo de su realidad y de la cuenta de su vida, sino hasta de la memoria de los hombres, de los cuales supone que le desprecian y le escarnecen. No hay la menor duda de que al cabo

de los años todos quisiéramos haber sido buenos y nadie se arrepiente de haberlo sido; ni de que las angustias del que ha sido malo son tan atroces, que aunque no fuera más que por no sufrirlas resultaría un verdadero negocio ser virtuoso desde el principio hasta el fin.

—Aunque un poco tarde, al fin lo he comprendido así—convino la huérfana con humildad.

—¡No, no!, no lo has comprendido tarde, sino muy a tiempo: si todas las personas lo comprendieran tan a tiempo como tú y, lo que es de la mayor importancia, se afirmarán como tú en los buenos propósitos, el mundo sería un paraíso. Mas vamos a otra cosa, Alejandra: cuéntanos qué has aprendido y cuáles son tus principales ocupaciones.

—Pues he aprendido de todo un poco, pero especialmente a hacer bordados, calados y otras laborcitas delicadas, las cuales constituyen mi principal ocupación. Desde pequeña tuve mucha afición a estas labores, afición que perdí u olvidé en el tiempo que estuve en Ezpelegui, y que se despertó con mucha fuerza al volver de allí. Hay que decir que tengo gran facilidad para comprenderlas y ejecutarlas, y quizá por esto las miro y las sigo con tanta afición y mucho placer. El caso es que me aplicaba más a estas labores que a otras cosas; y al ver las Hermanas mi preferencia, sin dejar de enseñarme todas las otras cosas prácticas me dedicaron especialmente a ellas. Par-

ticamente Sor Antonina, que es una verdadera profesora en tales trabajos, no me ha dejado ni me dejará, dice, hasta que yo sepa tanto como ella, ¡que ya es saber!

—Me parece perfectamente, porque teniendo tú afición tan decidida a esa clase de labores y particular disposición para aprenderlas y ejecutarlas, puedes llegar a ser una especialidad, lo cual puede serte muy útil en cualquiera circunstancia, y tener en ella una excelente base para vivir, pues esos trabajos son muy apreciados y se remuneran bastante bien. Debes, pues, cultivarlos con atención. Eso sí: sin dejar por ello de fijarte en todo aquello que indispensablemente necesita saber una mujer para estar en disposición de gobernar una casa.

—¡Ah! Por eso no descuidamos lo otro, que es esencial. Verá usted: ordinariamente empleo muchas horas en las labores, y hago ya trabajos presentables. Olvidaba decir que también me han enseñado un poco de dibujo y pintura, que son muy útiles en estas labores de mi predilección. Pero aparte de eso me han enseñado, como a todas las chicas de la Casa, lo que necesita saber una mujer de gobierno: confección y remiendo de prendas de vestir y ropas caseras, nociones de cocina, limpieza, aseo, etc. Y no menciono la instrucción primaria porque eso cae de su peso.

—Muy bien—comentó doña Marta.—Es una preparación completita y adecuada, pero necesaria.

Ya verás en la práctica de la vida que todos esos conocimientos te serán necesarios.

—Sin duda alguna; y por eso, ni las Hermanas descuidan la enseñanza ni yo dejo de prestarles la mayor atención.

—Pero tendrás que multiplicarte si has de atender a todo en la forma precisa....

—Para todo hay tiempo: un día da mucho de sí, si se distribuye y aprovecha bien. Hágase cargo, doña Marta, del empleo que hago, o que hacemos, del tiempo: las ocupaciones comunes, además de las especiales que cada una tiene, requieren gran parte de las horas del día, porque en el arreglo de las cosas de casa y en la atención de nuestras hermanitas pequeñas—que hermanitas nuestras son y como tales las considero—alternamos las mayores bajo la dirección y en colaboración con las monjas; y agregando las diversas devociones que tenemos, los ratitos de recreo y la preparación de fiestas y algunas veladas—que también son instructivos recreos—ya tenemos el tiempo distribuido y empleado útilmente y gratisísimamente, sin sentir cansancio ni molestia por el trabajo y el estudio. Tanto es así que aún me quedan ganas para hacer algún trabajito como obsequio especial a tal o cual chica: a esta un adorno en el pañuelo, a la otra un bordado bonito, en fin: cositas por el estilo, que contentan sobremanera a las chicas. Y ahí tienen ustedes—termi-

nó con infantil alegría—lo que hago y todo cuanto sé.

—Pues hija—repuso doña Marta—empleas el tiempo de manera provechosa y sabes todo lo que necesitas saber para ser, como decíamos, una mujer de gobierno: sabes lo bueno y lo práctico. Es lo que deberíamos saber las mujeres de toda condición.

—¿Y aún tienen valor de pensar mal de mi brujilla aquellas de Ezpelegui?—prorrumpió Juana indignada.—¿Cuándo han sido ellas capaces de hacer otro tanto? ¡Las grandísimas...!

—¡Chitón!, señora Juana—se apresuró a decir Alejandra, poniéndole un dedo sobre los labios.—Ya le ha dicho a usted doña Marta que una lengua suelta o desatada es un filtro por donde se cuela el diablo.

—No te canses—dijo don Antonio a la huérfana—en hacer recomendaciones a la lengua de Juana, porque la tiene incansable e indomable: es lo único que le queda fuerte. Ya ves: está hecha una ruina: para dar dos pasos tiene que pararse a descansar; para subir las escaleras tiene que colgarse materialmente del barandado; mas para la lengua no pasan años: la tiene siempre vigorosa y en todo su juego. Yo le digo que si en el infierno hay alguna tertulia especial para las murmuradoras—que me temo que la haya—nuestra Juana ha de figurar en lugar preferente de ese infernal corro.

—¡Malo ha de ser! ¡No lo permita Dios!— rezó la pobre Juana sudando ante tan aterradora suposición.

—Pero a todo esto, ¡qué sinsentido soy!—exclamó Alejandrita dando un salto.—He pedido un permiso de media hora para venir corriendo a visitar a ustedes, porque tenía muchísimas ganas de verles, y ya hace dos horas que estoy aquí charla que charla sin acordarme de volver a mi casa ni de la falta que hago allí.

—¿Pues? ¿Qué tienes que hacer hoy en tu casa?—le preguntó extrañada doña Marta.

—Le diré a usted: tenemos esta tarde una hermosa función religiosa, con sus correspondientes villancicos al Niño Jesús, bellos, risueños, sugestivos, y yo tengo que cantar; a continuación un desfile general por delante del «nacimiento», un nacimiento lindísimo que hemos hecho, en el cual adquiere un relieve extraordinario y un encanto particular el pesebre en que aparece humilde y grande nuestro Dios, y en el que hasta la mula y el buey parecen seres de un mundo más alto que el nuestro; después del desfile tendremos merienda, una verdadera merienda de Navidad; y finalmente una velada en que habrá cantos, versos y hasta una representación teatral en que yo tomo parte. ¡Con que vean ustedes si hago falta hoy en casa!

—¡Canario! Es un bonito programa el de vuestra fiesta de hoy—comentó don Antonio entu-

siasmado.—Y para mañana ¿qué programa tenéis?

—El programa de mañana será la función religiosa, parecida a la de hoy, el recreo y acaso también una veladita. Suelen asistir algunas personas de fuera de casa, especialmente señoras, a esas veladas, y por esta razón se repiten cuando resultan bien.

—De manera que mañana ¿no habrá merienda de Navidad?—interrogó don Antonio.

—Pero, ¿cuántas veces quiere usted que celebremos la Navidad? Anoche tuvimos la tradicional colación, en que abundaron los higos, pasas, nueces, castañas y una racioncita de mazapán; esta tarde tendremos merienda, que consistirá en una buena *untada* de compota de fruta, y de una pastilla de chocolate por barba, mas algunos higos o nueces. ¿Le parece a usted poco?

—No por cierto: me parece una merienda que ni las del famoso Vitelio—respondió jocosamente don Antonio.—Pero vamos a ver, porque me ha ocurrido una idea y no quiero darle paso sin que me aclares una duda: ¿os gusta el turrón a tí y a las demás chicas de tu casa?

—Sí, señor.

—¿A todas os gusta? ¿Estás segura?

—A todas: estoy segurísima—afirmó Alejandra adivinando la idea de don Antonio.

—Y ¿no crees que con la merienda estupenda de esta tarde se os quitará la gana de comer turrón mañana?

—No, señor: respondo de ello.

—Pues en eso consistía mi duda. Pero veo que sois lamineras a toda ley y te voy a decir mi idea: el programa de mañana lo completaremos nosotros con una merienda de turrónes para todas las chicas y chicos de tu casa, para las Hermanas si quieren hacernos el honor de acompañarnos, y para nosotros, que también merendaremos con vosotras. Por cierto, Juana—prosiguió dirigiéndose a esta—que aquí se te presenta la gran ocasión para colocar algunos pucheros de tu famoso mostillo y probablemente para ganarte algunos elogios, porque por malo que hagas el mostillo, como lo vas a regalar, siquiera por agradecimiento es de esperar que te lo elogiarán. Además, me da en las narices que toda esa gente menuda de la casa de Alejandra es gente de buen diente, y el que tiene buen diente pocas veces hace reparos a lo que le dán.

—Pues ya verá usted, señorito, cómo se chuparán los dedos de gusto—reglicó Juana contentísima de que se tuviera en cuenta su mostillo.

—Ya veremos. Mas volviendo al asunto, Alejandra, ¿te parece bien mi idea?

—Acertadísima, felicísima, y la acepto por todas mis hermanas, que se pondrán locas de contentas, hoy con la noticia y mañana con la merienda. Todo ello a reserva ¡naturalmente!, de que la señora Superiora lo apruebe, que no solo

lo aprobará, sino que se alegrará mucho, porque su mayor gozo es vernos contentas.

—En ese caso—observó doña Marta—puedes venir mañana a la misma hora que hoy, acabaremos de preparar lo que hayamos de llevar, y las muchachas lo irán llevando a tu casa para cuando nosotros lleguemos.

—Y yo también ayudaré—expresó Juana.

—Y yo—dijo sumándose Alejandra.

—¡Bien!, mejor: así acabaremos antes.

—Y me voy a escape. Me llegaré a la cocina a decir a la Simona el recado para su madre y me marcharé corriendo, muy contenta y muy agradecida.

Y tras una despedida afectuosa, la huérfana tomó el camino de la inclusa a escape, como ella había dicho; volando en alas de una alegría intensa y verdaderamente infantil de que habían colmado su inocente corazón la visita a la familia de Areta y la perspectiva de la merienda del día siguiente, perspectiva que la regocijaba más por lo que habían de disfrutar sus hermanas de orfandad que por ella misma.

No se le olvidó a Alejandra el convite propuesto por don Antonio y ratificado por doña Marta: puntualmente se presentó el día segundo de Pascua en casa de los señores de Areta para llevar a la inclusa la ofrecida merienda.

Estaban ya preparadas una porción de cestas bien rellenas de turrónes de diferentes clases,

cierto número de ricos bollos y unos cuantos pucheros del consabido mostillo hecho por Juana, la cual los miraba y custodiaba como si fueran un tesoro.

Con una diligencia y un cuidado dignos de un bien organizado Cuerpo de Intendencia fué transportada la dulce y sabrosa impedimenta a la inclusa, a donde llegó a hora conveniente la familia de Areta, la cual fué recibida por la Comunidad con esa amabilidad exquisita que caracteriza a las Hijas de la Caridad.

Comenzó la fiesta con una función religiosa breve y bellísima, durante la cual las niñas y niños expósitos, con entusiasmo indescriptible, elevaron sus voces límpidas, cantando y saludando en lindos y juguetones villancicos al Niño agosto que descansaba sonriente en el fondo del «nacimiento».

Terminada la función religiosa tuvo lugar el desfile ante el «nacimiento», acto tiernísimo y conmovedor en que huérfanos y huérfanas se acercaban a besar los pies del Dios-Niño con una expresión de radiante alegría y profunda veneración; con una expresión que reflejaba la confianza con que aquellas criaturas se acercaban y hablaban al Niño, y la fé y el amor con que adoraban y loaban a Dios.

Emocionó de tal manera a don Antonio ese acto de adoración, que saltaron de sus ojos las lágri-

mas impulsadas por un movimiento expansivo del corazón.

—«¡Santas y benditas mujeres las que saben formar corazones tan puros y amorosos!—comentó don Antonio para sí, pensando en las Hermanas de la Caridad, que habían educado a la huérfana muchedumbre».

Y llegó por fin la hora de la merienda, que fué saludada con ruidoso júbilo por la infantil población. Sin excepciones, todas aquellas angelicales caritas eran, a la vista de las cestas y los pucheros que contenían la merienda tentadora, verdaderas «caras de Pascua».

Sobre una mesa enorme se fué poniendo el contenido de las cestas: unos cuantos centenares de paquetitos que a cien leguas olían a golosinas de Navidad, y buen número de bollitos de pan dorados e incitantes; y sobre la misma mesa quedaron destapados los pucheros de mostillo, junto a los cuales estaba muy oronda, con un cucharón en la mano derecha, la buena Juana.

Bajo la dirección de la Hermana que en la inclusa desempeñaba el cargo de Ministro de Abastecimientos, se hizo la distribución de la merienda, en que intervenían Alejandra y otras huérfanas de las más granadas, amén de Juana, quien tenía su sección exclusiva o especial. Una barrita de turrón guirlache, dos de turrón de piñón, un tostón achocolatado de almendra molida y dos blan-

cos mazapanillos, se dió a cada uno de los huérfanos a la vez que algunas caricias; y además de esto, el bollito portando sobre su cara superior lo que podía contener del mostillo de Juana, que entonces se comprobó que no era un mostillo vulgar y plebeyo, porque además de la canela y el clavillo Juana le ponía nueces y trocitos de membrillo y de manzana que lo convertían en una compota delicada, en un mostillo aristocrático, que obtuvo un éxito rotundo entre la gente menuda de la inclusa. Niños y niñas se chupaban los dedos de gusto, como había presumido Juana; y al verlo, la excelente mujer se ponía más hueca que un pavo.

Mientras las huérfanas despachaban con buen apetito la merienda, la familia de Areta hablaba con la Superiora y Hermanas, de la fiesta del día, de la Casa-inclusa y de los niños y niñas recogidos por la misma. Hubo—como se puede suponer sabiendo el conocimiento de la familia de Areta con Alejandra y el afectuoso interés con que la miraban—párrafo particular respecto de nuestra huérfana, en el cual la Superiora elogió a Alejandra diciendo que era una muchacha humilde, obediente, laboriosa e inspirada en un espíritu de amor o de caridad que le sugería mil medios para hacer agradable la vida en derredor de su persona. Y Sor Antonina, la directora de Alejandra en labores, aprovechó la ocasión para consignar que su discípula era inteligente y apli-

cadísima, y que en poco tiempo había hecho progresos sorprendentes.

—¡Vaya! Ya nos ha dicho Sor Antonina que ella es una profesora incomparable—exclamó Sor Rafaela, una tudelana saladísima que se divertía apurando a Sor Antonina, la cual era la modestia personificada.—¡Y que no tenía ganas de decirlo! Hace rato que yo le conocía en la cara que estaba reventando por soltarlo. Pues ya le tengo advertido que la vanidad pierde a muchas personas.

—¡Oh, no, no!—protestó Sor Antonina, con la cara roja más que encarnada.—Le aseguro a Sor Rafaela que no lo he dicho por vanidad, sino por hacer justicia a Alejandra.

—Pero parece mentira—intervino la Superiora haciendo coro en la risa general—que Sor Antonina no conozca aún a este diablillo ribereño, que se ha propuesto imponernos la penitencia de la mortificación.

—Señora Superiora—dijo don Antonio una vez celebrada la ocurrencia de Sor Rafaela.—Después de oír ayer a Alejandra en nuestra casa y de oírles las alabanzas que de ella acaban de hacer, no vuelvo del asombro que me produce el cambio extraordinario operado en nuestra huérfana. Y dejando consignados todos los elogios que esta labor de ustedes merece, quiero preguntarles: ¿cómo se las arreglan ustedes para hacer tales milagros?

—No tiene nada de extraordinario el caso de Alejandra—respondió la Superiora rechazando delicadamente los elogios.—Es una chica de corazón y de carácter franco, aunque muy fuerte, que en cuanto se ha dado cuenta del verdadero objeto de la vida ha optado con el mayor entusiasmo por el papel más provechoso para el prójimo y para ella, e indudablemente el más grato: consagrarse por entero al bien. Hay casos o personas mucho más difíciles: cuando se trata de personas esquivas, hurañas, poco menos que inabordables, y sin embargo no es imposible encauzar su corazón. El de Alejandra es un caso sencillo y facilísimo, lógico, podríamos afirmar.

--No quite usted importancia al caso de Alejandra—repuso don Antonio,—porque aún me parece que la estoy viendo enloquecida de odio y de furor maldiciendo de sus padres y de sí misma, y dispuesta a despanzurrar a medio Ezpelegui. Y si aún hay casos más difíciles que ese, como usted dice y yo lo comprendo bien, mi pregunta resulta todavía más en su punto: ¿qué talismán incontrastable o qué varita mágica usan ustedes para tocar los corazones y encauzarlos?

—Pues toda la magia y todo el misterio en estos y otros casos parecidos se reducen a un remedio que todos conocemos perfectamente y que sabemos es infalible e insustituible para cuantos males aquejan a la humanidad: la caridad, que es amor sin mezcla de interés. La caridad—y ha-

blo en sentido general—nos hace fijarnos en los sufrimientos y extravíos del prójimo, nos sugiere algún medio para aliviarlos un poco o más que un poco, nos mueve a correr diligentes portando ese alivio que está a nuestro alcance y a aplicarlo con dulzura, con amor, y por estas razones con eficacia casi siempre; y en todo caso nos dá calma para soportar impertinencias y exabruptos, y a fuerza de paciencia suavizar caracteres y ablandár corazones. Todos sabemos que la caridad es un remedio precioso e insustituible en los males y trastornos del espíritu y en los dolores afectivos y físicos, porque no hay nada que disponga al que sufre como mostrarle interés en sus sufrimientos y atenderle con amor desinteresado. En muchas conquistas del corazón y del espíritu no hay más magia ni otro secreto que la caridad, que predispone favorablemente al doliente y al extraviado y acaba por ganarlos.

—Lo comprendo y me lo explico perfectamente, pero encuentro un punto tan difícil, que se me antoja casi un misterio, o por lo menos un problema no sencillo: saber y poder ser amorosos o caritativos hasta ese grado. La prueba es que de cada diez mil personas hay una que sea así, y aún creo que hecho de largo.

—No me parece que es lo difícil saber y poder serlo, sino querer serlo—replicó sonriendo bondadosamente la Superiora.—Es indudable que toda criatura humana desea naturalmente el bien

del prójimo y se compadece de sus males, lo cual indica que todos tenemos naturalmente un sentimiento de amor, que es a juicio mío la raíz o la semilla de la caridad que Dios pone en nuestros corazones. Lo que ocurre es,—me parece así— que unas personas cultivan esa semilla o esa raíz, y en ellas se desarrolla vigorosa y pletórica de amor, que llega a constituir en muchos casos una pasión nobilísima que sacrifica con placer bienes, comodidades, descanso, salud, cuanto tiene; y hay otras personas que la desatienden o la ahogan por pereza, por avaricia, por egoísmo en resumen, y en estas no se desarrolla la raíz, que queda raquí-tica y quizá infecunda, lo cual es un mal grande, no solo para los indigentes de todos los órdenes, sino también para estas personas, las cuales se privan de goces inefables y dejan de cumplir uno de sus deberes, ¡pues la caridad es un deber! Y aún diría más, extendiendo la idea: diría que muchos conflictos y muchos problemas que los hombres no pueden resolver en la sociedad y en la familia con reglas de proporciones o reglas de justicia—porque o no son problemas aritméticos, o no encuentran los hombres términos o bases de verdadera justicia, o no entienden todas esas reglas,—se resolverían sencillamente con las reglas más elementales de la caridad. Donde hay caridad no puede haber conflictos, porque estos nacen de la avaricia, de la ambición, de las pasiones: del egoísmo; y la caridad es todo lo

contrario: desinterés, generosidad, bondad, solicitud, abnegación, sacrificio: amor.

—¡Muy bien expresado!, y por mi parte, completamente convencido— exclamó con animación don Antonio.—Convencido de que la falta de atención y de cultivo de los sentimientos nobles que Dios ha puesto ¡indudablemente! en las criaturas humanas, o este pícaro egoísmo que siempre está pensando en el yo, son las causas que impiden el pleno desarrollo de la raíz de la caridad hasta llegar a las exuberancias y delicadezas propias del santo y a las intensas vibraciones propias del héroe; convencido también de que para conquistar plazas erizadas y curar dolencias agudas no hay otra arma ni otra panacea que el amor desinteresado e intenso: la caridad; convencido así mismo de que muchos problemas y conflictos que es punto menos que imposible resolver con cálculos aritméticos y prescripciones legales se resolverían sencillamente si todos nos inspiráramos en los principios de la caridad; y convencido finalmente de que ustedes sienten y practican la caridad, no solo con abnegación heroica y amor incomparable, sino también con el entusiasmo del artista que de un tronco nudoso o de un bloque de granito obtiene primero una figura humana, y al cabo la expresión de una alma. Después de oír a usted, señora Superiora, y de ver a esta bendita Sor Antonina—añadió en su tono festivo,—a quien Sor Rafaela ha inten-

tado en vano desacreditar hace un momento, no me extraña el cambio operado en Alejandra ni el hermoso concierto de humildad, de compostura y de fraternal cariño que nos ofrecen sus niñas y niños durante esta tarde, que no olvidaremos nunca. Y si yo no fuera casi viejo no desesperaría de ver a Alejandra elevada a los altares, porque de la educación que dan ustedes a las niñas y de sus ejemplos de abnegación y de virtud sublimes, se puede esperar todo eso....

—No siga usted, don Antonio—intervino alegremente Sor Rafaela,—porque se nos va a poner Sor Antonina tan ufana que no vamos a poder con ella.

Mientras las personas mayores sostenían estas pláticas, la gente menuda despachó su merienda muy a gusto, chupándose los dedos; y como la tarde avanzaba, se procedió a celebrar la representación teatral, durante la cual hicieron primores varias huérfanas, entre ellas Alejandra, en el canto y en el difícil arte de representar con propiedad a un personaje.

Satisfecha de la amabilidad de las Hermanas y de la encantadora gratitud de huérfanos y huérfanas, volvió la familia de Areta a su casa, no sin recabar de la Superiora que de vez en cuando, y en días en que Alejandra no tuviera quehaceres urgentes en la inclusa, le diera permiso para pasar algunos ratos con ellos; a lo que accedió gustosa la Superiora, si bien limitando convenien-

temente las salidas de la huérfana para que no pudieran constituir un mal precedente.

Volvió, efectivamente, algunas semanas después Alejandra a casa de los señores de Areta. Llamó discretamente dando dos golpecitos con el picaporte, suaves, tímidos, como llamada de persona que tiene miedo a que la oigan o poco aficionada a ruidos.

—¿Quién es?—preguntó Juana mientras recorría la mirilla de la puerta, más por costumbre que para conocer al visitante, pues apenas veía.

—Abra usted, señora Juana, que vengo a incomodarles un rato—respondió una voz agradable y conocida de Juana, la cual se dispuso a recibir en sus brazos a la que llegaba.

Y abrió gozosa la puerta, pero no tuvo tiempo para nada, porque Alejandra entró como un huracán, le dió a Juana un sobo más que regular y echó a correr hacia el comedor.

—¡Cómo se me escapa de las manos esta brujilla endiablada!—exclamó Juana echando tras de la huérfana.—Pero lo que es hoy, le tengo que dar un beso a mi gusto... ¡o le arranco una trenza!

—¡Buenas noticias, grandes noticias!—decía Alejandrita a los señores de Areta, a quienes había saludado ya reglamentariamente cuando Juana llegó al comedor, después de asegurar la puerta.

—¿Y se pueden saber?—preguntó sonriendo

irónicamente don Antonio.— ¿No son también secretos de Estado?

—Por eso las anuncio: porque se pueden saber y vengo a comunicárselas a ustedes.

—Pues suéltalas una a una si no puedes contarlas todas a la vez, porque somos todo oídos.

—La primera y principal es que viene mi madre—expresó Alejandra conmovida.—Viene mi madre Francisca a verme: ¡solo a verme, desde América!

Y al decir esto se le desprendieron de los ojos dos perlas brillantes, dos perlas de rara hermosura: ¡lágrimas de gratitud, que tanto escasean...!

—¡Muy bien, Alejandra! Me complace mucho verte tan amorosa y agradecida, porque esto es señal indudable de grandeza de alma—comentó doña Marta al ver conmovida a la huérfana.— Pero ¿cómo es eso?

—Muy sencillo: que desea verme, que desea conocerme como soy ahora, y que si quiero me llevará con ella, porque siempre me aman como de pequeña, como si fuera hija suya. Dice que han ahorrado bastante dinero, que ganan mucho, y que mi hermano Rufino está hecho un mozo guapísimo, muy formal y listo, y que gana lo que quiere. Esas y otras cosas le explican a la señora Superiora en una carta larga que le han escrito. Y más vale que han avisado por carta, porque si yo me la veo delante sin avisarme, me parece que me dá un patatús de puro gozo. ¡Los quiero tan-

to! ¡Han sido tan buenos conmigo! Verdaderos padres: tan cariñosos y tan buenos que no cabe serlo más con los hijos. Así es que estoy contando los días que faltan para verla, y pensando lo que he de hacer y lo qué le he de contestar. Porque, lo presumo, estoy segura de ello: se empeñará en llevarme a todo trance.

—Ese es un asunto—le dijo doña Marta después de meditar un momento—que has de resolver tú según tus inclinaciones, según tus deseos. Pero no te precipites: piénsalo con calma y decídelo atendiendo más a los sentimientos profundos de tu corazón que a ilusiones o impresiones del momento. Y si tienes dudas, exponlas francamente y consúltalas con la Superiora de tu casa, quien te conoce bien y es verdaderamente ilustrada para aconsejarte; y si aún quieres más, aquí estaremos a tu disposición para darte nuestra opinión, no ilustrada, pero sí sincera. No tengas reparos para consultar a personas que te merezcan el concepto de capacidad y confianza porque todos necesitamos consejo, y más tratándose de asunto que quizá decide el porvenir de una persona, como es muy probable suceda en tu caso. Es, pues, esencial que tú tengas calma para reflexionar, para pedir consejo si lo crees necesario, y para resolver.

—Así he de hacerlo, es decir: así lo hago ya: pensar con calma. Y, desde luego, prometo a us-

tedes tenerles al corriente de este proceso. ¿No se dice así, señor abogado?

—Así se dice, picaruela irónica, que vas adquiriendo las malas mañas de Sor Rafaela para tomarle el pelo a la gente pacífica—replicó don Antonio a la alusión.—Pero ya le diré a Son Antonina que te ajuste bien las cuentas, y que abra la gaveta del mal genio y os tenga a raya a Sor Rafaela y a tí. Porque habéis de saber que todos tenemos reservas de mal genio.

—Menos Sor Antonina, que no lo conoce ni por referencias. ¡Criatura más bondadosa...! Pero, como iba diciendo, tendré a ustedes al corriente de lo que piense en mi asunto. Ello dá tiempo para pensarlo porque aún han de pasar meses hasta que llegue mi madre.

—Mejor, para que puedas pensarlo despacio.

—Y ahora—prosiguió Alejandra—otra noticia sensacional. ¿A que no acierta don Antonio, con toda su ciencia y con todas las leyes que sabe, de qué se trata?

—¿Yo?—exclamó don Antonio riéndose a carcajada batiente.—¡Me gusta la salida! ¡Como si hubiera leyes o ciencias, ni legisladores ni sabios, capaces de saber y enseñar a qué llama sensacional una muchacha de veinte años... y una respetable señora de sesenta! Yo te aseguro que no hay congreso que pueda dilucidar ese tema. Tienen que aclararlo en cada caso las interesadas, o no hay medio posible ni probable de acertar. Con

que, ya puedes explicarte si hemos de salir de dudas.

—Pues la noticia es que voy a salir a servir, o a trabajar fuera: a ganar algunos dineritos, en una palabra.

—¡Canario! Sí que es sensacional. Te aseguro que no la creía yo tanto—comentó don Antonio.—Y ¿a qué se debe esa determinación?

—En primer lugar a mi deseo y a mi necesidad de ganar algún dinero: yo no me olvido nunca de las frutas que hace algunos años sustraía de las huertas de Ezpelegui—expresó Alejandra poniéndose encarnada.—Me queman la conciencia, me quitan la tranquilidad. Y como es deber ineludible restituir lo que se ha quitado a otros, ahora que puedo ganar con mi trabajo, quiero ganar por de pronto para restituir aquello con creces, y ganar un poquito más por lo que pueda ocurrir. Y este es, don Antonio, el que usted llamaba «secreto de Estado», la causa oculta de mi deseo de ir a Ezpelegui, además de aquella otra de pedir perdón a la señora Gervasia y a otras personas a quienes ofendí.

—Y a quienes no degollaste porque no te dimos tiempo—concluyó festivamente don Antonio.—Pero de todos modos me parece bien lo que has pensado y te aplaudo la idea, que revela un fondo de exquisita delicadeza.

—Indudablemente: está bien pensado—asintió doña Marta.—Lo que se quita a otros en bienes

o valores materiales o morales, se ha de restituir: no caben distingos ni escapatorias. Trabaja, pues, con entusiasmo para ganar con qué pagar hasta el último céntimo, hasta con creces, como has dicho bien. Y a este propósito me está ocurriendo una idea: que vengas a trabajar aquí. Serás la lugarteniente de Juana, y una grata compañía para nosotros. Y respecto de sueldo, te aseguro que no habrás de quejarte. ¿Lo damos por convenido desde ahora?

Alejandra, que había escuchado a doña Marta con gran atención y manifiesta complacencia, al oír sus últimas palabras se recogió en sí y se quedó un rato en la actitud del que medita.

Levantó luego la cabeza, miró a la dama con una expresión que revelaba claramente la gratitud, y contestó en tono de gran cariño.

—Es muy halagador lo que usted me propone, y mi primer impulso ha sido aceptarlo; pero después de pensarlo no me decido a aceptarlo porque... en ese deseo de salir a servir o a trabajar fuera de casa hay una segunda parte que quiero conozcan ustedes: hace algún tiempo tengo mis dudas y preocupaciones acerca de... no sé si decir mis inclinaciones o mi vocación; y estas dudas se han acentuado desde que se recibió la carta de mi madre Francisca, que me hace pensar mucho respecto de lo que debo hacer y me ha puesto en el caso de examinarme a mí misma, de analizar mis predilecciones para deducir cuál pue-

de ser o cuál es mi vocación. Quizás porque no he pensado seriamente hasta ahora en cuestión tan importante, no me he dado aún cuenta exacta de lo que quiero en definitiva, y en tal duda estoy a estas fechas.

—Eso no te extrañe ni te inquiete, querida Alejandra—le dijo doña Marta—porque es lo que sucede a la generalidad de las personas. Estas cosas, importantes, hasta graves podríamos decir, tienen su momento indicado, y pocos piensan seriamente en ellas hasta que llega ese momento, que ordinariamente lo trae o se produce por una circunstancia como ésta creada por los propósitos que presumes en tu madre; pero una vez llegado el momento, se piensa, se analiza, se profundiza en el problema—que verdadero problema es—y se llega a conclusiones con relativa brevedad. No tardarás tú en llegar a conclusiones, y aún me atrevería a suponer que, aunque no te des cuenta exacta a causa de la confusión de sentimientos y de ideas que en tales momentos suele haber, tengas algo adelantado en la solución.

—No sé, no sé.... En fin, verá usted: desde luego, percibo, me parece que con seguridad absoluta, que las vanidades y sus halagos, y el estrépito atornador del mundo, me ilusionan poco; que me atrae y me agrada mucho la vida retirada y tranquila consagrada a la virtud y al trabajo; y que me anima y conmueve un afán grande de hacer algo, de hacer mucho para consolar al que llora y ali-

viar al que sufre.... ¡Es tan triste la vida para el que sufre!

—Me parece, mi buena Alejandra—interrumpió doña Marta—que empiezas a sacar algo en limpio de tus meditaciones; y si eso no es una impresión de momento, me va pareciendo que tu vocación es....

—No es una impresión de momento—replicó vivamente la huérfana—sino un anhelo constante que busca a su alrededor tristezas para sustituir las con alegrías, y que siente a veces la necesidad, o la aspiración de un campo más amplio de sufrimientos para duplicar, para centuplicar si fuera posible sus actividades y sus consuelos. Este anhelo vive en mí hace bastante tiempo, y me anima y me transforma; y como lo siento de una manera constante, he pensado y me he preguntado algunas veces si quiere decir que mi vocación es....

—De monjita de la Caridad—concluyó doña Marta en tono que revelaba completo convencimiento.—Todas las trazas tienen de ello tus sentimientos, tus ideas y el entusiasmo con que los expones..

—Desde luego, puedo afirmar sin dudas que me entusiasma sobre todas las cosas del mundo el ejercicio de la caridad. Y dentro de este anhelo de caridad—continuó animándose mucho—percibo que siento cierta predilección por las niñas expósitass, a todas las cuales considero hermanitas mías, hermanitas necesitadas de amor y de auxilio, he-

rencia y propiedad natural y obligada de la caridad, y cuyo dueño y amparador ha de ser necesariamente la caridad, porque no tienen otro. Consagrar la vida a amparar a estas criaturas humanamente desamparadas, hacer de madre celosa para estas niñas sin madre, limpiar sus pañales, enjugar sus lágrimas, guiarlas dulcemente de la mano para que aprendan a andar, enseñarlas a balbucir y a ofrecer las primicias de su palabra a Dios y a la Santísima Virgen, educarlas sólidamente y prepararlas para que sean mujeres de provecho y de ejemplar vida, ¡oh!, cómo me conmueve y entusiasma esta idea! Esto es lo que más me atrae y entusiasma; pero, sin embargo, siento también el afán de socorrer a otros que sufren: al anciano decrepito del Asilo, al enfermo que gime en el Hospital, a la mujer desgraciada que delira en el Manicomio, y a aquella a quien sus extravíos han sepultado en una celda de la cárcel; y, hoy por hoy, me parece que me dedicaría con placer al ejercicio de la caridad en cualquiera de esos aspectos, dando de lado el de mi preferencia, porque juzgo que no es verdadera caridad la que tiene o dá preferencias y fija condiciones, como buscando la propia satisfacción; que no es verdadera caridad la que no se inspira y no se ciñe absolutamente a las necesidades y circunstancias que reclaman su intervención o su auxilio.

—¡Vaya, vaya si va saliendo algo en limpio de los ricos veneros de tu corazón y de tu inteligencia!—exclamó doña Marta.—Va saliendo algo tan cristalino, tan transparente, tan limpio y claro, que yo leo definida tu vocación; y estoy segura de que pronto te darás cuenta exacta de ello.

—Así lo espero y lo deseo, y precisamente por eso no me decido a venir a casa de ustedes, que sería para mí un pequeño paraíso donde no conseguiría lo que me propongo, que es depender de gentes extrañas, saber cómo son las gentes y qué es depender y servir, y conocer un poco el mundo, para ver si me gusta o me atrae, o si por el contrario la vista del mundo me fija definitivamente en mis actuales inclinaciones.

—Sea como tú quieres, porque indudablemente la cuestión que estás estudiando y resolviendo no es baladí. Y de todas maneras, ya sabes que si alguna vez te decidieras a venir a esta casa, has de ser recibida con mucho gusto de todos nosotros. Pero, entretanto, no nos has dicho si tienes colocación.

—Colocación ya determinada, no, pero muy probable, sí: entre las peticiones hechas a la Casa hay una que, según opiniones autorizadas que me juzgan bondadosamente, es indicada para mí: una familia que desea una muchacha educada y competente en toda clase de labores, y cuyas obligaciones principales serán: dirigir a unas señoritas

en las labores, finas y corrientes, y acompañar a una señora mayor cuando vaya a la iglesia, á sus visitas y a sus compras. Para mí es a propósito esa colocación, porque son trabajos que domino, porque los retribuyen bien y porque me dará ocasión para tratar a gentes y genios diferentes; por todo lo cual creo que iré a esa colocación.

—A propósito de retribución—intervino con cierta curiosidad don Antonio.—Por lo que te voy oyendo tú te propones disponer libremente de lo que ganes. Pues qué, ¿no lo entregáis a la inclusa?

—No, señor: lo que cada una gana cuando sale a servir, es para ella, y ella dispone libremente.

—¡Vamos!: es esa una de tantas ganguitas como hay por el mundo.

—Ni más ni menos: una ganga que probablemente no la merecemos.

—Eso es casi seguro—repuso don Antonio en su habitual tono de broma;—como generalmente sucede con las gangas: la mayor parte de los que las disfrutan no las merecen. Aún más: suelen ser personas incapaces de merecerlas... salvando lo presente.

—No acepto esta obligada paletada de cal—protestó la huérfana en el mismo tono—después de haberme lanzado tantas de arena. Ya sé a qué atenerme con usted, don Antonio. Y en vista de esto—añadió alegremente—y de que el tiempo se pasa aquí sin sentir, me despido...—no se asuste

usted, don Antonio, porque *ya* no soy vengativa,—me despido hasta otro día. Es probable que tardaré en visitarles, porque quiero estar una *temporadita* aislada de las personas de mi mayor cariño, a solas con mi trabajo, con mis pensamientos y con los sentimientos espontáneos de mi corazón —como me ha aconsejado doña Marta,—en medio de personas y cosas para mí extrañas, y en un ambiente nuevo y mundano, por decirlo así, para poder darme cuenta del efecto que me produce. Pero siempre vendré antes de que ustedes dirijan el vuelo a Ezpelegui. Puede ser que vaya de *pegote* con ustedes por uno o dos días, si me dan el correspondiente permiso.

—Desde ahora queda formalizado el compromiso—respondió doña Marta,—quedando a mi discreción el ampliar prudentemente la temporada.

—¡Ya veremos, ya veremos...!

Y gozosa y ligera, expresión espléndida de una juventud sana y robusta de cuerpo y de alma, Alejandra presentó su límpida frente a doña Marta, alargó con timidez una mano a don Antonio, quien la solicitaba con la efusión de un padre, aplicó tremendas fricciones en la cara a Juana, y escapó escaleras abajo para volver a la inclusa.

Transcurrió, efectivamente, algún tiempo sin que Alejandra volviera a visitar a la familia de Areta; y ya estaban estos señores en los preparativos para regresar a Ezpelegui, cuando de nuevo se presentó en su casa la huérfana.

Dió a Juana el acostumbrado sofocón al entrar, saludó a los señores de la casa y se sentó junto a la mesa en que estos acababan de comer, dejando sobre la mesa un paquetito que llevaba en la mano.

Era un paquete cubierto o hecho con un papel de impecable blancura y atado con una cintita de seda. La perfección con que se habían terminado los dobles del papel y el gusto con que se había colocado la cinta, la cual remataba en un lazo caprichoso, indicaba que en el arreglo del paquete se había puesto cuidado y cariño.

Don Antonio, que se paseaba por el comedor en aquel momento, se acercó al paquete, lo tomó en sus manos, lo levantó a la altura de sus ojos, lo aproximó a sus narices, o aproximó sus narices al paquete—pues en realidad no explica bien la historia este último extremo,—y en tal actitud dijo dirigiéndose a Alejandra:

—¡Canario! Veo que vienes a obsequiarnos. Esto huele a repostería a media legua de distancia. Te aplaudo la idea, no por mí, que no como dulces hace años, sino por Juana, que es cada vez más laminera. Si se trata de trabajar, a Juana le basta y le sobra con media tarea; pero si se trata de tomar chocolate o de comer dulces, ella es la que se atreve con mayor ración.

—Pues para que usted lo sepa, señorito—protestó Juana:—hace bastante tiempo que apenas tomo chocolate. Que lo diga doña Marta.

—¿De veras? Pues mira: haces rematadamente mal, porque el chocolate suele ser el encanto de las mujeres de tu edad... y de otras más jóvenes. Y en todo caso supongo que eso no quiere decir que no comerás muy a gusto un pastel o un buen trozo de tortada de los que contiene este paquete, que deben ser riquísimos, a juzgar por lo bien que huele el paquetito.

Ante la original salida de don Antonio no pudo reprimir Alejandra en el primer momento un gesto de sorpresa y de contrariedad, que trató de dominar inmediatamente, pero que sin embargo no se escapó a la fina observación de doña Marta, ni se le escapó a don Antonio, el cual insistía precisamente porque había advertido el gesto de la huérfana y quería apurarla.

Con el fin de sacarla del apuro intervino doña Marta diciendo a su marido:

—Deja en paz ese paquetito, Antonio, porque seguramente tiene su destino; tiene un destino muy bueno: lo he leído en la cara de Alejandra.

Al ver que habían descubierto su contrariedad ante las indirectas que don Antonio había largado acerca del paquete, a la huérfana se le puso la cara encendida; y tratando de salir airoso, y no queriendo por otra parte mentir, dijo sonriendo:

—Don Antonio tiene razón: lo mejor es que abramos el paquetito y comamos su contenido.

—¡No por cierto: no lo permito!—replicó vivamente doña Marta.—Tú llevas ese paquete para

cumplir algún compromiso, y aquí no tienes compromiso ni procede que tengas cumplidos. Dime con franqueza: ¿es cierto?

—Pues la verdad es que lo llevo a la inclusa. Son los postres que me han dado durante la semana. Como me dan de comer muy bien, no necesito comer postre, y guardo los postres que me dan para llevarlos a la inclusa y regalarlos a las chicas, unos días a unas y otros días a otras, sin guardar preferencias.

—Ya había adivinado yo que el paquetito tiene un buen destino—repuso doña Marta;—más veo que no es para cumplir compromisos, sino para fines de amor fraternal, dignos de tus directoras y de tí. Te lo llevarás juntamente con alguna otra cosilla que habrá sobrado de nuestros postres. No puede tener mejor destino. Mas, pasando a otra cosa: ¿qué tal te va en tu colocación?

—Muy bien: por lo que se refiere al trabajo mejor que en mi casa. Se puede decir con propiedad que estoy de profesora de labores, porque si bien hago yo algunas, mi principal ocupación es enseñar y dirigir a dos señoritas de la casa en las labores, y a dos o tres amigas suyas que también vienen con sus bastidores a trabajar y a aprender en casa. Son todas ellas unas señoritas perfectamente educadas y buenas, que me tienen un respeto como el que se tiene a las profesoras, y me tratan con la amabilidad y confianza con que se trata a las amigas. Y como no

quieren que yo trabaje, ni me dejan trabajar con sus preguntas y consultas, allí me tienen ustedes de Directora exclusivamente.

—Es decir—interrumpió don Antonio:—una segunda Sor Antonina, con la diferencia de que tus discípulas no han pensado nunca en degollar a nadie, cosa que no puede decir Sor Antonina de las suyas.

—Vaya, don Antonio, que se ha empeñado usted en amargarme la existencia; pero yo hago «oídos de mercader», que son mejores que «oídos sordos», porque aquellos no oyen... u oyen solo lo que quieren: una sordera que debe convenir en muchas ocasiones de la vida, y que a mí me conviene en este momento para decirle a usted que no he oído nada y que sigo contestando a la pregunta de doña Marta, para pasar luego a otras cosas muy interesantes. En casa, pues, no me ocupo más que de las labores en la forma que he explicado, y todo lo demás se reduce a acompañar a la señora a la iglesia, a dár un páseito, a tal o cual visita y a hacer alguna pequeña compra, cuando sus hijas no pueden acompañarla. En cuanto a ocupaciones eso es todo; y en cuanto a trato no puede ser mejor: toda es gente fina y amable que cuando manda parece que suplica; la mesa es casi de lujo; y en cuanto a libertad, tengo la que deseo para ir a la iglesia, para ir a mi casa cuando me parece bien y para venir aquí. En resumen: estoy como quiero.

—Me place mucho saberlo, aunque no me extraña porque todo te lo mereces—expresó doña Marta complacida.—Pero, vamos a ver: ¿qué cosas son esas tan interesantes que quieres contarnos?

—Con decirles a ustedes la primera comprenderán que son efectivamente interesantes: Desde hace ocho días está aquí mi madre Francisca.

—¡Interesantísima noticia, en efecto! Y ¿qué tal está? ¿Cómo te encuentra a tí? ¿Qué te ha dicho? ¿Se alegró mucho al verte?

—¡Oh! Fué un delirio, una locura la de la buena Francisca; y yo también me alegré y me afecté mucho. Les contaré a ustedes desde el principio: me mandaron recado de la inclusa para que fuera enseguida, porque había llegado una persona que tenía mucho deseo de verme. Como eran los días en que debía llegar mi madre, me figuré que era ella quien me buscaba y esperaba, y fui volando. Llegué a la inclusa, y allí estaba aguardándome una señora vestida con un buen traje y con una rica mantilla. Aunque han pasado una porción de años desde que nos separaron, la reconocí enseguida; y a pesar de lo que yo he crecido y he cambiado desde entonces, ella me reconoció en cuanto me vió. Dió un grito, que parecía que se le escapaba el alma por la boca, y se abalanzó materialmente a abrazarme y á besarme ansiosa, emocionadísima, riéndose y llorando de gozo, entregándose a tales transportes de ma-

ternal amor que conmovió a las Hermanas que estaban allí presentes ; Qué mujer es mi madre Francisca! Estoy segura de que si fuera preciso robarme otra vez para llevarme con ellos, otra vez me robaría, a pesar de la cárcel.

—Y tú, ¿qué impresión tenías?

—Una impresión de gozo muy grande, como debe sentir una hija cuando recobra a su buena madre. Pero sin embargo, no sé si por la emoción, por exceso de alegría o porque veía a mi madre con las lágrimas en los ojos, lloré también a lágrima viva. Al cabo de un rato nos tranquilizamos y pudimos hablar y contarnos respectivamente las noticias referentes a todos nosotros. Me contó la suerte que han tenido: desde que fueron a América no han estado un día enfermos; siguen mis padres en sus antiguas colocaciones, cada vez más estimados y mejor retribuidos; y respecto de Rufino, me ha dicho que entró de dependiente hace algunos años en un comercio de importancia y, como es listo y bueno y está preparado convenientemente, se ha hecho lugar en la casa hasta el punto de que hace dos años está interesado en las ganancias. En resumen: que con tanta suerte y con lo económicos que son tienen ya ahorrada entre todos una cantidad que supone más de quince mil duros; y como cada vez ganan más, especialmente Rufino, y además les 'reditúa bastante su capital, se van a hacer riquísimos en pocos años.

—En efecto—comentó doña Marta,—están en buen plan para hacer un capital de importancia. Por más que a veces la ambición rompe el saco. Si tienen ya quince mil duros, que no son una bicoca, sobre todo para ellos que no conocen lujos ni vicios, quizá les valdría más venir a su tierra a vivir tranquilamente con los réditos de su dinero que seguir trabajando allí, tan lejos de su país; no sea que pierdan la salud o se metan en algún negocio que los arruine.

—Esa misma idea he tenido yo, y se la he dicho a mi madre, pero hasta ahora no han pensado ellos nada sobre este extremo.

—Oye—interrumpió a estas alturas don Antonio.—Y tú, ¿le has contado a tu madre tu vida y milagros desde que se fué a América?

—¡Claro que sí! Y que no tenía ella pocas ganas de saber todo lo que me ha pasado, lo que he hecho, lo que he aprendido.....

—¿Le has contado todo, sin omitir detalles?

—Sí, señor: todo, sin omitir detalles.

—¿También le has contado tus planes e intentos de degollina en la plaza de Espelegui?

—También eso, sí señor. Por cierto que le dió tanta risa, que estuvo riéndose a todo reír más de un cuarto de hora, sin poder contenerse. ¡No se pueden figurar ustedes la gracia que le hizo!

—Te lo creo: le habría hecho muchísima gracia—exclamó don Antonio.—¡Canario con el sexo sentimental y débil: con qué tranquilidad ve ha-

cer tajadas y despachar para el otro mundo a media humanidad! Y en cambio, si a ellas les han de sajar un panadizo, hay que verlas, oirlas y, lo que es más grave, sufrirlas. Se parecen a ese mansísimo médico nuestro, que cuando tiene que sacarle a un enfermo la mitad del hígado o un riñón entero, si lo ve con su poquitín de pánico le dice muy serio y muy tranquilo: «¡Vamos, no sea usted niño, que no hay motivo para poner esa cara de angustia»; y cuando le han de sacar a él una muela, quince días antes se pone malhumorado e intratable. ¡Por el estilo de tu madre y de todas las Franciscas del mundo!

—Pero, ¿qué esposo tan poco galante tiene usted, doña Marta!—protestó en tono cómico Alejandra.—No desaprovecha ocasión de decir alguna lindeza de nosotras. Vamos a tener que ponernos serias.

—Y lo peor del caso, querida Alejandra—repuso doña Marta—es que esa enfermedad de mi señor esposo es general en su sexo, porque los hombres son así: agresivos, crueles, perversos, en una palabra. ¡No deberíamos mirarles a la cara! ¿No te parece que eso sería corresponderles dignamente? Pero sigue contando, porque cuanto les decimos no les hace el menor efecto: míralos al padre y al hijo reírse a carcajadas.

—Conste—replicó don Antonio—que solo nos reímos recordando al médico, y que no hay en esta risa alusión alguna al bello sexo. ¡No fal-

taría más! ¡Sería una libertad imperdonable! Por consiguiente sigue tu relación, que te estamos oyendo encantados.

—Pues para que vea usted que el bello sexo es generoso y de buen conformar—dijo Alejandra:—con esas explicaciones nos damos por convencidas y satisfechas... y prosigo: por mi parte le he contado de pé a pá a mi madre, toda mi vida; y las Hermanas han completado mi relato diciéndole qué se yo cuantos elogios de mí. Escuchaba la pobre con una atención tan grande que se le veía el alma en la cara; y se reía con las cosas alegres o agradables como si estuvieran pasando, otras veces se le saltaban las lágrimas, y al oír los elogios de las Hermanas se puso tan contenta como puede ponerse la madre más amante cuando elogian a una hija suya.

—Pruebas indudables de que te considera y te quiere como a hija, viene dándolas toda la vida—asintió doña Marta.—Este mismo viaje, sin otro objeto que verte y, si lo deseas, llevarte a participar de su bienestar y de su cariño, es una prueba más. Bien merece que la mires y la ames como a tu madre.

—Y así la miro y la quiero—asintió con vehemencia Alejandra. Y prosiguió:—Me ha traído mi madre una porción de regalos magníficos, que sin duda les han costado un dineral. Cuando los he visto me he incomodado. ¡Una gente que tiene que trabajar como negros para ganar la peseta

y privarse de mil cosas para ahorrarla, y gastarse un dineral en regalos para mí! ¡Vamos!, no sé lo que les hubiera hecho.. Figúrense ustedes que me ha traído un pulsera de oro, una cadena para el cuello con una medallita preciosa de oro también, un alfiler con una piedra muy buena, una peineta lindísima, un par de pendientes y un anillo de oro, varias faldas de género superior, tres blusas de seda de tonos tan delicados que dá miedo tocarlas por temor a mancharlas, y otras cosillas menudas. ¿Les parece a ustedes si eso habrá costado dinero?

—Sin duda alguna les habrá costado un pico muy regular—asintió doña Marta,—y ello es otra prueba de lo mucho que te quieren. Este es un aspecto, el de su cariño a tí, que debes tener en cuenta y apreciarlo mucho.

—Y ¿qué tal te sientan la peineta, el collar, la pulsera, etcétera?—preguntó don Antonio a Alejandra.—Porque no tengo la menor duda de que te las has probado y luego te has mirado al espejo. Todo ello por mera curiosidad, por una curiosidad si se quiere explicable. Pero te advierto que por una sencilla curiosidad han empezado grandes y peligrosas coqueterías.

—Pues está usted en un error: no me las he probado. ¡Ni me las probaré!—repuso luego:—me han producido una impresión desagradable. He mirado esos regalos porque son regalos, los he elogiado porque es de obligación hacerlo, he re-

prendido a mi madre por haber hecho semejante despilfarro, y los he aceptado porque de otro modo hubiera creído que la desairaba; pero le he entregado todo a la señora Superiora con el propósito de no usar jamás esas joyas y esos vestidos, que no me corresponden, y que por esta sola razón no debería nunca usar. Para que usted lo sepa, don Antonio: en estos tres días he pensado diferentes veces en las deslumbrantes joyas y en los brillantes vestidos y me he preguntado: pero ¿es posible que haya mujeres, como dicen que hay, que hagan locuras por tener y usar estas cosas que a mí me parecen tan insignificantes? ¿Es posible que haya quien se pague de estos relumbrones, que representan un sacrificio enorme de dinero, el cual siempre podría tener más alta aplicación? ¿Y es posible que nadie crea que por collar más o menos y por pulsera más o menos se atenúa una imperfección o se realza la natural belleza, cuando precisamente nada hay bello fuera de lo sencillo y natural?

—¡Canario!, chica, alguna vez habíamos de estar conformes—comentó don Antonio.—Iba a decir que «aunque la vistan de seda, la mona mona se queda», pero has conseguido modificar más justamente mi pensamiento. Tienes un talento portentoso. Porque, efectivamente: si una mujer medianamente fea se cubre de telas y adornos flamantes y de alhajas, se pone horrible, y el menor elogio que nos ocurre es decir: «¡qué lástima de

peana para ese diablo!»; y si una mujer hermosa se viste y adorna de la misma manera, atribuímos la belleza a las joyas y la mujer nos merece un juicio secundario. Es lo que sucede con las pinturas y los sobos en la cara, con los cuales se pretende mejorar la obra de la naturaleza o encubrir la acción del tiempo: que resultan contraproducentes; porque una persona que se disfraza o altera el rostro aunque sea joven y agraciada resulta siempre fea y además persona de poco gusto; una vieja desfigurada o disfrazada de joven y que además chilla, acciona y gesticula como una muchachuela, cuando los signos rigurosos y matemáticos de los años van pregonando la fecha del asiento parroquial de su nacimiento, resulta atrocemente vieja, y en concepto de los maliciosos, fatua; y una persona que se presenta al natural, bonita o fea, joven o vieja, con el cabello uniforme y lustroso de la juventud o con las blancas hebras que los años siembran en la cabeza, es más bonita cuando es bonita, parece más joven cuando es joven, resulta mejor en todas las edades, y siempre la encontramos seria, respetable y atractiva. Es una cosa que algunas personas no aprenden en toda la vida, y que tú has aprendido al asomarte a la vida; lo que te probará que aquello de tu talento portentoso no era una burla mía. Estamos conformes: no te pongas esos relumbrones, como has dicho con mucha propiedad, porque, aparte las

aficiones que por ahí se pueden despertar, te pondrías fea o ridícula, y esto no favorece a nadie.

—Piensas juiciosamente—confirmó doña Marta;—tienes por el despejo de tu entendimiento toda la comprensión que dá la experiencia. Porque, efectivamente, puede suceder con esas cosas que despierten la fiebre de lujo, el afán de lucir y llamar la atención, y eso es peligroso, pues sabemos que en algunos casos ese afán ha originado el sacrificio del pan de la familia y de la tranquilidad del hogar, y hasta ha llegado algunas veces a comprometer y a hundir los valores morales, que son algo más que palabras para quien no ha caído muy bajo. Es un peligro de grave transcendencia. Huye siempre de él como de los mayores males.

—Por hoy estoy libre de este peligro, gracias a Dios, porque, según he dicho, la impresión que me han causado los regalos de mi madre ha sido de desagrado; pero si alguna vez se despertara en mí una tentación en ese sentido, me acordaría de los consejos de ustedes y la rechazaría enérgicamente. Espero que en este respecto no daré motivos para que don Antonio me reconvenga... o me satirice.

—Me alegraré mucho, porque de haber de hacerlo sería implacable.

—Y volviendo a tu madre—expresó doña Marta:—¿no te ha dicho algo más que lo que nos has contado?

—¡Ya lo creo! : me ha dicho algo muy interesante....

—Me lo figuraba: te habrá dicho, supongo, que quiere llevarte a América....

—En efecto, eso me ha dicho: que quiere llevarme a América, a su casa, a todo trance. Lo dijo repetidas veces el primer día y lo repitió varias al día siguiente; y como yo le contesté, desde que expuso ese deseo, que no me decidía, qué por lo menos quería pensarlo con calma, temiendo ella que no quiera yo ir, en su afán de llevarme insinuó una idea que me dejó con la boca abierta, quizá por lo inesperada: que verían con gusto que yo me casara con Rufino.

—¡Caramba! Eso es más serio... Aunque tampoco me sorprende, o mejor dicho: no me extraña, porque tal es el cariño de esa familia hacia tí, que se percibe en ellos la idea fija de llevarte a su compañía para siempre; e indudablemente ese medio es el más seguro. He ahí por qué no me sorprende.

—Pues a mi me ha sorprendido mucho. Comprendo también que esta idea se la ha sugerido el cariño acendrado que me tienen, como última solución para unirme definitivamente a ellos, a su fortuna, a su bienestar, tratando con ello de asegurarme un gran porvenir y una familia amorosa y buena; pero jamás había pasado por mi imaginación que me propusieran solución semejante.

—¿Y qué es lo que tu madre te ha dicho a este respecto?—preguntó doña Marta con extraordinario interés.

—Se extendió en muchas explicaciones acerca de mi porvenir probable a su lado: tienen ya un capitalillo que, tal como es hoy, basta para vivir con relativa abundancia, y que así como es hoy, o aumentado como parece probable, habría de ser para nosotros; los padres disfrutan de muy buenas colocaciones, están aún en edad de trabajar una porción de años, y solo por esta razón ha de ir aumentando su capitalito. Pero, además, está lo que se refiere a Rufino: Rufino es listo para el comercio, tiene cumplida preparación para el mismo, está en una casa en que lo han asociado ya a los negocios y en que obtiene ganancias importantes, que ahorra casi íntegramente porque no es dispendioso o derrochador; y, según las impresiones que ha recibido en las conversaciones con sus principales, le irán aumentando la participación y está llamado a ser uno de los jefes de la casa; de modo que le espera un porvenir económico brillantísimo. En otro aspecto, dice mi madre—y se lo creo, porque ella es incapáz de mentir y porque se trata de mi hermano, del hijo formado al calor de las virtudes sólidas de mis padres—que Rufino es formal porque sí, bueno de toda bondad, juiciosísimo, retirado y amante de la familia como no puede ser más ningún otro; y sobre todo esto me tiene un cariño inmenso, que no se ha

enfriado, sino al contrario acentuado y enardecido, al saber o comprender que yo soy una criatura de padres desconocidos, abandonada luego de nacer y completamente extraña a él; y que a pesar de los años y la distancia no se ha olvidado un día de su hermana Alejandra, ni de niño ni de mayor. Y no digamos nada de mi padre, del excelentísimo Manuel, pues dice que no ha pasado un día sin que haya exclamado muchas veces: «¡Aquella moceta!, ¡aquella moceta tan maja y tan cariñosa! ¿Cuándo llegará la hora de traerla con nosotros, ahora que la podríamos tener como una reina?». Y al despedirse mi madre para venir a verme, la recomendación única, el único encargo de Manuel, como respondiendo a una idea única y fija, fué decirle: «no te presentes aquí sin la moceta; traétela de cualquiera manera que sea». Créan ustedes que lloré cuando mi madre me contaba estos recuerdos y estas exclamaciones de aquel hombre tan buenazo y tan noblote.

—No me extraña—expresó doña Marta conmovida,—porque son las expansiones y el lenguaje de un corazón sencillo que ama de veras. Pero dime—agregó con marcado interés:—respecto de su proposición, ¿qué has contestado a tu madre? Porque eso es importantísimo; puede ser decisivo en tu vida.

—Y decisivo ha sido ya: ¡lo conozco perfectamente!—contestó Alejandra mientras su rostro adquiría una expresión de alegría purísima y una

claridad luminosa, radiante; —mas no en el sentido que quizá están suponiendo ustedes. Trataré de explicarme: en primer lugar, yo he reconocido en todas las manifestaciones de mi madre el cariño de siempre, extremado e inalterable: el cariño que buscando mi bienestar decidió a mi padre a sacrificar la vida apacible que llevaba en su pueblo y a lanzarse a la aventura de marchar a América, y que impulsó a mi madre, tan sensata, a aprobar ese arriesgado proyecto y a exponerse a la cárcel por no separarme de ellos; y al reconocerlo así en la misma posición brillante que me ofrecen, alhagadora para cualquiera muchacha de posición y de buena familia, muy superior a cuanto yo pudiera imaginar y lógicamente esperar, no puedo menos de agradecerlo profundamente. Mas yo quiero a Rufino como a hermano, como hermano muy bueno digno de ser correspondido con fraternal cariño, y no podría amarlo de otro modo. En segundo lugar, ante el problema fundamental ya planteado para mí, mi espíritu ha estado en plena y aún extraordinaria actividad: en horas he sentido, pensado, analizado y vivido espiritualmente más que en años enteros; y he podido comprender las aspiraciones predominantes en mi alma, he podido fijar con seguridad el objeto de mi existencia...

—Permíteme una pregunta—**interrumpió** doña Marta,—porque la cuestión es importantísima para tí y quiero hacerme cargo lo más exactamente po-

sible:—¿has dicho o contestado algo a tu madre?

—Le he dicho lo mismo que acabo de explicar a ustedes, e insinuado algo más que luego diré, lo que equivale a una negativa; pero ante sus instancias y súplicas, mezcladas con lágrimas, para que lo piense despacio, para que no lo decida sin pensarlo detenidamente, por complacerla convinimos en que seguiré pensando en el asunto, y en que después de pensarlo nuevamente, le contestaré en definitiva. Mas, no solo lo tengo pensado—añadió con jubilosa exaltación,—sino que lo tengo decidido: lo he decidido firme y definitivamente..

—Permíteme todavía—insistió doña Marta:—esas interesantísimas conversaciones con tu madre ¿tuvieron lugar a solas, o en presencia de otras personas?

—A solas. Como mi madre es la delicadeza personificada, supongo que habría advertido a la señora Superiora lo que iba a proponerme, y que la señora Superiora, también por delicadeza, se abstuvo de asistir a estas conversaciones para no cohibirme, para que yo pensara con libertad y con libertad manifestara mi deseo. Conociendo a ambas se puede presumir esto.

—¿Y te ha sugerido alguien alguna idea o insinuado algo para inclinarte en un sentido o en otro?

—No, señora: nadie me ha dicho una palabra a estos respectos, ni ahora ni antes.

—De modo que tu resolución, la que dices que ya has adoptado y que aún no conocemos, ¿la has adoptado espontánea y libremente?

—En absoluto: espontánea y libremente.

—¿Y podemos saber cuál es tu decisión?

—¡Oh, sí!, porque ya no tengo dudas—respondió entusiasmada:—quiero dedicar mi vida a recorrer un camino que tendrá sin duda asperezas y abrojos que durante el tránsito lastimarán los pies del caminante, pero que tiene en las márgenes flores cuyos aromas le embriagan y satisfacen dulcemente, y al cabo ofrece la vida sin aflicciones ni impurezas, la luz y la belleza sin sombras, la felicidad sin término; quiero consagrar la vida a Dios y al prójimo desvalido o doliente; quiero ser, desde el puesto más humilde, más obscuro y más penoso, una auxiliar o una colaboradora de la caridad.

Entusiasmada también y conmovida, doña María se levantó de su asiento y se dirigió a la huérfana con los brazos abiertos, exclamando:

—Sin duda alguna tu vocación tiene los fundamentos y caracteres de la verdadera vocación religiosa: una joven que adopta una resolución como la tuya precisamente en el momento en que le proponen una boda brillantísima desde el punto de vista económico y sugestiva por la bondad del muchacho y de la familia que se la propone, tiene sin duda el espíritu y el corazón elevados sobre todo atractivo mundano. Serás una exce-

lente religiosa y un verdadero angel de caridad. Querida Alejandra: te admiro y te felicito con toda mi alma.

Y se confundieron en un abrazo tiernísimo la aristocrática y opulenta señora que representaba una historia de cien generaciones nobles, y la humilde expósita que no conocía a sus padres.

—Pues señor—dijo don Antonio tratando en vano de ocultar tras de una broma la emoción que embargaba su ánimo,—cuando le contemos esto a la señora Gervasia, creerá que nos hemos vuelto locos o que ella sueña.

—¿De quién tienen que pensar mal aquellas de Ezpelegui?—estalló Juana, quien hacía rato buscaba ocasión de reiterar su cariño y admiración a la huérfana.—Más les valía a ellas...

—A estar callandico, señora Juana—le interrumpió la huérfana abrazándola y acariciándola como una nieta cariñosa a su abuela.—Pero callandico en ese punto para siempre, ¿eh? Tenemos que ser considerados y afectuosos de pensamiento, de corazón y de lengua.

—No son más que salidas de mi genio, brujilla—replicó Juana contentísima por las caricias que le hacía la huérfana.—Pero has de saber que no hablo de nadie más que en casa, donde todos me conocen. Y desde hoy no he de hablar de nadie ni en casa. Te lo prometo por estos besos.

Y estampó media docena muy sonoros en las mejillas de la huérfana.

Al día siguiente, muy de mañana, corrió la huérfana a la inclusa para enterar a la Superiora—si no estaba enterada—de la inesperada proposición de su madre y de la resolución que ella, la huérfana, había tomado; y para suplicarle que hiciera saber esto último a Francisca a fin de que no insistiera en su proposición ni en su empeño de llevársela a América.

No es que le faltara a Alejandra valor para decírselo a su madre directa y francamente, sino que presumiendo que dándole la noticia de manera brusca o ruda le produciría el efecto de un escopetazo, le pareció más acertado que se la diera la Superiora, en la cual reconocía Alejandra dotes de diplomacia y persuasión de que ella se consideraba desprovista.

En su conversación con la Superiora supo Alejandra que, como ella había supuesto, la Superiora estaba al tanto de lo ocurrido: antes de hacer su proposición de boda, Francisca informó a la Superiora de su propósito, como última solución para llevarse la huérfana; y el no haber asistido la Superiora a esas conversaciones obede-

ció a su deseo de que Alejandra decidiera libremente en cuestión de tan vital interés para ella.

A la Superiora no le sorprendió poco ni mucho la resolución de Alejandra: venía leyendo en el corazón de la huérfana, como en un libro abierto, el proceso de su depuración y de su vocación religiosa. Alejandra necesitó para darse cuenta de ello, para conocerse, un sacudimiento enérgico de su espíritu, que se lo produjo la proposición de boda hecha por su madre; pero la Superiora comprendía hacía tiempo cuál era la vocación de la huérfana y no tenía duda de que al llegar el momento oportuno esa vocación se fijaría y manifestaría clara y firme. Cuando la huérfana le comunicó su vocación, la Superiora se sonrió como se sonríe aquel a quien dan como nueva una noticia que él ha conocido antes que nadie. Se lo dijo así a Alejandra, a la cual proporcionó una gran alegría porque en ello recibió la seguridad de que no se había equivocado en su resolución.

Convinieron la Superiora y la huérfana en que cuando Francisca fuera a la inclusa, aquella le daría la noticia de la resolución de Alejandra, y mandarían a buscar a esta para que la confirmara.

Así lo hizo aquel mismo día: Francisca fué a la inclusa a hora conveniente para hablar con la huérfana; y la Superiora, poniendo a contribución todas sus habilidades diplomáticas, le fué dando la noticia completa.

Tampoco sorprendió del todo esta noticia a Francisca: a pesar de lo embarullada y angustiada que estaba en aquellos días ante la negativa de la huérfana a ir a vivir con ellos, había conservado en la memoria algunas palabras de ésta que habían hecho nacer en ella, primero la idea y luego casi una convicción de su vocación religiosa; idea y convicción que se convirtieron en certeza absoluta en su conversación con la Superiora.

Todo esto sumió a la buena Francisca en un conflicto afectivo y en un mar de confusiones.

Por un lado se encontraba con los requerimientos de su marido y su hijo. Aún resonaban en sus oídos las palabras de Manuel, expresión de un amor santo, y que eran para ella un mandato siendo un deseo de su marido: «No te presentes aquí sin la moceta. Tráetela de cualquiera manera que sea».

Por otro lado estaba su cariño a Alejandra. Siempre había querido mucho a la huérfana, pero a la sazón la quería más que nunca. Sea que con los años aumentara su sensibilidad, como sucede a muchas personas buenas, quienes instintivamente buscan, cuando van entrando en años, una compensación al acortamiento de la vida en la intensificación de los afectos; sea que la acuciara el noble afán de marchar a tono con el deseo de su marido y su hijo; sea que la hubiera entusiasmado y se hubiera enardecido su sentimiento y

orgullo de madre al ver a la huérfana guapísima, lista como ella sola, perfectamente instruída y admirablemente buena, el caso era que Francisca sentía por la huérfana un cariño extraordinario, inmenso, casi fanático. Cualquier sacrificio personal hubiera encontrado pequeño Francisca, a fin de llevarse para siempre la huérfana a su casa, porque veía en ella la felicidad permanente de su familia y de ella misma.

Pero a este fin y a esta solución que a Francisca le parecía la felicidad, se oponía, no un desvío de la huérfana, no una falta de correspondencia en el cariño, sino una vocación religiosa, que tendría siempre alejada de su hogar a aquella criatura angelical que encarnaba y llevaba en sí, a juicio de Francisca, la alegría, la paz, la virtud, el amor puro: la felicidad en suma.

Y Francisca era profundamente cristiana. Tan profundamente cristiana que si hubiera sido preciso dar la vida por confesar y glorificar a Dios, Francisca la hubiera dado. No debía, pues, ni quería combatir la vocación de su hija, como ella llamaba y consideraba a Alejandra, porque sabía que bajo ningún título puede nadie torcer ni violentar tales vocaciones.

Más el corazón no cedía a la primera: el corazón batallaba y defendía sus pretensiones, produciendo a Francisca congojas agobiantes. El corazón humano difícilmente renuncia de pronto a sus anhelos. Y en esto está precisamente el mé-

rito de sus sacrificios: en que ama con pasión y ambiciona con vehemencia y, sin embargo, al cabo renuncia y se sacrifica en aras de un buen fin.

Agudizadas estaban en Francisca estas luchas de los afectos, que la agitaban y turbaban mucho, en el momento en que llegó la huérfana, a quien había mandado a buscar la Superiora para que personalmente confirmara la noticia de su vocación, según habían convenido en la mañana de aquel día.

Al verla, Francisca intentó levantarse del sofá en que estaba sentada y trató de hablar, pero no pudo articular una palabra ni acabar de ponerse en pié. Cayó de nuevo sentada en el sofá y rompió en sollozos.

La huérfana corrió a ella apresuradamente, se sentó a su lado, y rodeándole la cabeza con sus brazos empezó a acariciarla mientras le decía con tiernísimo acento:

—Pero, ¿por qué llora mi bonísima y querida madre de esa manera? ¡Si no hay motivo para tal desconsuelo! Yo he de ser la misma para ustedes y ustedes los mismos para mí: ustedes serán siempre mis padres amantísimos que pensarán cada día y cada momento en su hija, y yo seré siempre la hija que conservará para sus padres y su hermano un lugar preferente en su corazón. Mire usted, madre: el corazón humano es tan grande que puede multiplicar sus afectos sin que haya confusión ni pierdan unos y otros intensidad: yo

puedo multiplicar mis afectos con los pobres sin que el amor a mis padres se confunda con otros ni pierda absolutamente nada de su fuerza. Además, ese egoísmo, esa avaricia del corazón que quiere absorber totalmente los afectos, las atenciones y las actividades de aquellos a quienes ama, y consagrar a ellos exclusivamente cuanto tiene, es anticristiano, porque tenemos deberes con el prójimo. Yo soy una prueba viva de que usted comprende esos deberes y los cumple, pues por mí—niña desamparada y extraña a ustedes—ha hecho usted sacrificios sin cuento, y por mí ha multiplicado sus afectos, regalándome siempre con uno tan tierno y tan grande que ahora mismo se está manifestando en esas lágrimas, que me hacen sufrir extremadamente; sin que por eso haya padecido el cariño de usted a mi padre y a mi hermano. ¿Será, por ventura, querida madrecica, amadísima madre mía, que se arrepiente usted de todo esto?

—¡No!, ¡no!—protestó Francisca con voz entrecortada.—¡Si no sé por qué tengo oprimido el corazón! ¡Si me parece bien lo que haces! ¡Si me alegro mucho, porque me parece que eres una hija que hemos criado para el cielo! Pero, ¿qué he de decirles a tu padre y a tu hermano?

—Pues eso mismo: que su hija y hermana emprende directamente el camino del cielo; que por inspiración y amor de Dios va a repetir con el prójimo desvalido o doliente lo que ellos y

usted hicieron conmigo; y que si algún mérito contrajera yo, rogaré a Dios que les haga a ustedes partícipes, como me hicieron ustedes de su pan, de la alegría de su hogar, del calor vivificante de su cariño y de estas santas ideas que han cristalizado en mi vocación. Y yo le aseguro a usted que ellos, que son cristianos antes que todo, se alegrarán mucho; y que el corazón de mi padre, tan sencillo y tan hermoso, acabará por saltar de gozo por la vocación de su «moceta», como él me denomina invariablemente para llamarme de manera más cariñosa y familiar, más íntima y expresiva.

—¡Qué buena y qué lista eres!—exclamó Francisca un tanto serenada.—Ya me has quitado la congoja que me atormentaba. Tienes razón: tú debes ser monja, porque eres demasiado buena para nosotros. Lo que siento es que no puedas hablar a tu padre y a tu hermano y convencerles como a mí.

—No se preocupe usted por eso, y déjelo encomendado a Dios, que se encargará de convencerles.

Al cabo de algún tiempo, después de las escenas que hemos referido en el capítulo anterior,

Alejandra, nuestra expósita, hacía su profesión religiosa en una de las Congregaciones más humildes, pero no por eso menos admirables, de cuantas se dedican al sublime ejercicio de la caridad.

Había hecho sus pruebas o noviciado de la manera más completa y ejemplar, extremando, en cuanto dependiera de su voluntad, los sacrificios en los servicios más oscuros y penosos, en la asistencia a los enfermos y en las privaciones personales; y al terminar su noviciado se sintió más convencida de su vocación, más firme, más resuelta, más santamente entusiasmada que nunca en su propósito de ser religiosa de la caridad.

Al acto conmovedor de la profesión religiosa—promesa sublime de tremendos sacrificios y de admirables renunciaciones, acto de un heroísmo sobrehumano— asistieron los señores de Areta, Juana—quien, a pesar de estar ya cayéndose de vieja, sacó fuerzas de flaqueza para ir a acompañar a su «brujilla» en día tan solemne,—y Manuel, que había venido expresamente desde América para ver a «la moceta» y asistir a su profesión. En la imposibilidad de venir toda la familia, porque Rufino estaba ya al frente de su casa de comercio y no podía abandonar por entonces su puesto, Francisca se quedó allí con su hijo y vino Manuel, si pesaroso de separarse temporalmente de su mujer y su hijo, ilusionado y gozosísimo a la idea de ver a «su moceta», de

quien Francisca le había hecho un retrato maravilloso.

De manera que el día de su profesión, Alejandra estaba rodeada de personas que la amaban de veras.

Diremos de paso que la familia de Areta y Manuel habían costado por partes iguales lo que la huérfana necesitó para su ingreso en la Congregación, que no fué precisamente un capital. Manuel, invocando su título y aún más su amor de padre, quería costear él solo todo, pero la familia de Areta insistió en participar de ese pequeño gasto; y al cabo tuvo que poner fin la huérfana al generoso pugilato, decidiendo que hicieran el gasto las dos excelentes familias por partes exactamente iguales.

Alejandra hizo sus votos o promesas serena y firme, como quien está seguro de que cumplirá lo que promete; y con la pura y luminosa alegría de quien ve realizada una aspiración santa y legítima.

De sus sentimientos participaban todos los circunstantes, quienes se hallaban poseídos del noble entusiasmo, de la purísima alegría de la profesora.

Hay seres—seres superiores—que irradian y transfunden sus sentimientos con una fuerza irresistible. Una vez en que el esforzado y glorioso rey de Navarra, don Sancho García se hallaba

con su ejército al otro lado de los Pirineos, tuvo noticia de que los moros, sabedores de que don Sancho estaba lejos, se habían metido de improviso en sus reinos, presentándose ante Pamplona con numerosas fuerzas y cercádola con el propósito de apoderarse de tan importante ciudad. Don Sancho quiso correr, volar si era posible, a defender su querido reino y la población más importante del mismo, pero a ello se oponía un inconveniente más que mediano: ocurría esto en pleno invierno, y habían caído tan copiosas nevadas que la nieve alcanzaba una altura de algunos palmos en las tierras bajas y unas cuantas varas en las montañas. En los Pirineos había tanta nieve que en opinión de la gente que los conocía estaban infranqueables. Pero don Sancho tenía, sobre un ánimo extremadamente valeroso, un patriotismo ardiente y profundos sentimientos religiosos, amores nobilísimos que cuando tienen fuertes raíces no se detienen a medir la magnitud de los obstáculos, amores los más a propósito para hacer héroes y mártires; y a pesar de todas las dificultades y los peligros que ofrecía el paso de los Pirineos, don Sancho resolvió intentarlo para socorrer a Pamplona. Hizo buscar a toda prisa gran número de pieles de buey y hacer abarcas para todo el ejército, por ser este calzado el más adecuado para andar sobre la nieve; y él dió el ejemplo calzándose con abarcas. Y adoptadas otras medidas pertinentes al caso, don San-

cho se lanzó a pié el primero, con ánimo resuelto, sobre la nieve a buscar las cumbres del Pirineo, haciendo senda para que sus soldados pudieran seguirle. Y efectivamente: el ejército navarro siguió a su rey loco de entusiasmo, cruzó los Pirineos sobre varas y varas de nieve, y llegó a las proximidades de Pamplona tan fuerte y denodado, que del primer empujón arrolló a los moros, hasta el punto de que no pudieron ordenarse y solo pensaron ya en huir; y con la colaboración de la juventud pamplonesa, que en cuanto se dió cuenta de la llegada de su rey y de su ejército salió de la cercada plaza para ayudarles, los navarros aniquilaron a los moros en forma que no debió quedar vivo ni uno de los que cercaban a Pamplona, pues los que huyendo de la terrible matanza escaparon a campo traviesa, dejaban las huellas de su paso en la nieve, y sobre las huellas los perseguían los navarros como el cazador a una liebre.

Viniendo, pues, a la deducción que buscábamos; don Sancho García comunicó, transfundió a sus soldados todo el ardor de sus sentimientos, su intrepidez incontrastable y su resolución de afrontar y superar todos los peligros para salvar a Pamplona de las garras de los mahometanos, o morir en la patriótica demanda.

De la misma manera, Alejandra comunicaba a cuantos asistían a su profesión el entusiasmo cálido de su fé, su sublimes anhelos y su jubilosa

alegría; y sobre entusiasmados y contentos, todos se sentían animados del noble afán de imitarla en la forma que permitieran sus respectivas circunstancias.

Manuel estaba «que se le caía la baba»: miraba y remiraba embelesado a su «moceta»; y su corazón, sencillo y hermosísimo—como había dicho bien Alejandra—saltaba de gozo al contemplarla hecha un ángel de inocencia y de bondad en quien solo cabían puros amores. Alejandra había tenido razón: Dios había convencido a Manuel de modo absoluto. Si alguien hubiera hablado entonces a Manuel de la posibilidad de que la huérfana fuera a vivir con ellos, hubiera contestado con sincera convicción: «Más vale que sea monja, porque es demasiado buena para nosotros».

Terminado el programa de tan solemne acto, y en plan ya de despedida, Manuel—a quien rodeaban todas las monjitas de la Casa y la familia de Areia con la inseparable señora Juana—dijo a la nueva monja:

—Mira, moceta....

—Se llama ya Sor Alejandra—le advirtió Juana, la cual quería que se dieran todos los honores a su «brujilla».

—Tiene usted razón, señora Juana, pero me parece que me va a costar bastante trabajo acordarme de llamarla así—replicó Manuel con una naturalidad que hizo soltar la carcajada a todos

los presentes, y que no fué Sor Alejandra la última en celebrar.—Mas vamos al caso: escribenos a menudo, porque cada carta tuya será un mes de alegría para nosotros; y lo que te encargo particularmente es que si necesitas algo, para tí o para tus limosnicas, nos lo digas enseguida para que te lo mandemos.

—Amigo Manuel—comentó festivamente don Antonio:—eso que acaba usted de decir es una imprudencia, una imprudencia temeraria. A las monjas no se les puede decir esas cosas. ¡Buenas hormiguitas son ellas para pedir y arrimar a casa sin necesidad de que se les hagan ofrecimientos tan explícitos! Yo le aseguro que los pobres de Sor Alejandra van a ser para usted un verdadero censo.

—¡La vida que nos pidiera esta moceta, se la daríamos sin pensarlo más!—exclamó Manuel con acento de absoluta sinceridad.—Así que si ahora nos pide alguna cosica para sus pobres, pensaremos que pide a cuenta de su dote y se la daremos más a gusto que todas las cosas. Y además—añadió sonriéndose y mirando con expresión del mayor cariño a Sor Alejandra—en ley de justicia no tendríamos más remedio que darle lo que pida porque en los intereses y en el cariño que hay en casa, ésta tiene tanta parte como cualquiera de nosotros. ¡Va!, ¡ya lo sabe ella! Y mire us

ted, don Antonio, qué a gusto se ríe porque se lo digo.

Algunos años después de la profesión de Sor Alejandra, en uno de los cuartitos del cuerpo del edificio destinado a las religiosas que cuidaban de los enfermos en un hospital de incurables—cuartito modestísimo en que no había tocadores, ni espejos, ni nada supérfluo, pero blanco, limpio y alegre como la inocencia,—se hallaba grave, mortalmente enferma una monjita de la Comunidad: era Sor Alejandra, nuestra expósita.

Sor Alejandra, como todas las valerosas mujeres que forman las Congregaciones dedicadas a la caridad, se había entregado desde su profesión, con abnegación y entusiasmo imponderables, al cuidado y socorro de los enfermos: a aliviar sus miserias y padecimientos, a consolar sus aflicciones, a alegrar sus tristezas, a llenar sus corazones de santos afectos, a reanimar los espíritus embotados o abatidos y a inculcar el acatamiento a las inexcrutables disposiciones divinas. Ni los peligros de un mortal contagio, ni las enfermedades más repugnantes, ni las vigiliass, ni las fatigas incesantes y lógicamente superiores a la resistencia humana, detuvieron el celo de Sor Alejandra: por

endulzar o atenuar una amargura era capaz de imponerse ella, abnegada y alegre, dolorosos sacrificios.

En este heroico ejercicio de la caridad en las formas más penosas y admirables—admirables, no solo por lo terriblemente penosas y expuestas, sino también por lo humildes,—contrajo Sor Alejandra una enfermedad mortal que acabó de agotar su robusta naturaleza—ya quebrantada por el continuado desvelo y por el esfuerzo realizado al grado máximo en su santa misión;—y que en poco tiempo la puso en el estado preagónico en que la encontramos en el comienzo de este último capítulo.

Velaban y acompañaban a la enferma, por turno, sus Hermanas de Comunidad; y la acompañaban también sus padres adoptivos: Francisca y Manuel.

Esta familia había redondeado en pocos años un capital que se contaba por cientos de miles de pesetas, que para ellos, gente de gustos y costumbres sencillísimos, era un capital fabuloso.

La mayor parte de ese capital lo había ganado, como podemos suponer, Rufino. Rufino, además de excelente muchacho y naturalmente laborioso y activo, tenía notables aptitudes para el comercio, verdadero genio comercial; y se hizo apreciar tanto de sus principales, que después de interesarlo en los beneficios de la casa a poco de haber entrado en ella, lo elevaron a la categoría de socio

gestor con el aumento natural de participación en las ganancias. Y como la casa tenía buenos negocios y estaba bien dirigida, las ganancias eran importantes; por lo que Rufino aumentaba cada año su capital con un pico respetable.

Debido a lo que ganaba Rufino, a lo que también ganaban sus padres y a lo que les reedituaba el capital—que era ya considerable—la familia de Manuel estaba en camino de hacerse inmensamente rica en pocos años si seguían trabajando; pero no eran demasiado ambiciosos, veían que tenían de sobra para vivir de rentas y sentían la natural y razonable aspiración de volver a España para pasar la vejez en su tierra, y también para vivir cerca de Sor Alejandra, pues, como decía Manuel, «el quería ver a la moceta de cuando en cuando». Y Francisca y Rufino, también.

Por estas razones decidieron venir a España los padres y el hijo, lo que se apresuraron a participar a Sor Alejandra, y en tiempo oportuno vinieron los padres para buscar y preparar residencia; mientras Rufino ultimaba en América sus escrituras de disolución de sociedad y la liquidación de cuanto tenía que liquidar la familia.

Cuando llegaron a España, a casa de Bernarda—a quien ya conocemos—Bernarda les enteró de la gravedad de Sor Alejandra, la cual hizo que escribieran a Bernarda encargándole que en cuanto le fuera posible avisara a sus padres de su grave enfermedad. Quería Sor Alejandra vivir, aurt-

que estuviera agonizante, hasta que llegaran Manuel y Francisca para expresarles siquiera con una palabra, o con una sonrisa, o con una mirada, cuanto agradecía y estimaba su cariño y como lo correspondía hasta la muerte.

Dios concedió a la enferma la satisfacción de ese legítimo deseo, pues Francisca y Manuel se pusieron a escape en camino y consiguieron alcanzar algunas horas de la hermosa vida de aquella criatura angelical, tan amada por ellos, que dejaba la tierra para volar a las regiones luminosas que son la mansión natural de las criaturas tan puras, tan espiritualmente bellas, tan santas como Sor Alejandra.

Después de acoger y saludar a sus padres con una expresión de inmensa gratitud y de entrañable, filial cariño—que colmó de dulce emoción los corazones de aquellos dos seres ya abocados a la ancianidad, pero sencillos como los de dos niños,—Sor Alejandra, exhausta ya de energías, quedó en completa inmovilidad. Tenía los ojos cerrados, sin fuerzas para mirar y ni aún para resistir la luz; y su rostro aparecía iluminado por una sonrisa celestial que reflejaba la paz de su espíritu, su fé y esperanza en las promesas del Redentor, la tranquilidad con que aguardaba la hora de rendir cuentas de su vida, y su alegría por estar acompañada de personas amadas y amánten: aquellos dos ancianos que siendo extraños para ella la habían regalado desde su nacimiento

con los desvelos y las efusiones de un tierno y apreciabilísimo amor paternal, y aquellas monjitas humildes, afectuosas, bondadosísimas, que la habían tenido siempre rodeada de delicadas atenciones y de cariño, y que siempre habían sido para ella, no solo compañeras abnegadas y generosas, sino hermanas verdad, hermanas buenísimas que parecía ponían empeño en dar a «la expósita», a la criatura sin familia, una familia numerosísima, amorosa y distinguida: distinguida por su clase y por sus virtudes.

En realidad el cuartito de Sor Alejandra no ofrecía el verdadero cuadro de la muerte. Los tonos característicos del cuadro de la muerte son de desolación, de honda tristeza, cuando no de salientes e impresionantes terrores.

Pero nada de esto se veía en aquel cuartito: no había allí desolación, ni tristezas, ni se percibía en ninguna de las personas allí reunidas asomos de terror. La enferma reflejada en su semblante sonriente y plácido la alegría inefable e intensa de una alma purificada y segura de sí misma; y esta alegría se extendía a los corazones de todos los reunidos, quienes veían en la extinción de aquella vida, no la muerte ni el aniquilamiento o la derrota, sino el triunfo: el triunfo magnífico del ser humano sublimado por ese concepto que encierra y compendia tantas eminentes, excelsas virtudes: LA CARIDAD.

De pronto, sin perder su sonrisa y plácida ex-

presión, el rostro de Sor Alejandra empezó a adquirir tonos cadavéricos. Sor Alejandra había expirado sin un sacudimiento, sin una contracción, sin un estertor, sin una fatiga. Había pasado a la eternidad tan suave y tranquilamente como se entra en un buen sueño.

Al darse cuenta de ello, la buena Francisca no pudo reprimir el llanto, que afluía abundante a sus ojos, y le dió rienda suelta, sollozando. Aún cuando había muerto de manera tan santa y envidiable, al fin Sor Alejandra era un pedazo, una prenda queridísima del corazón de Francisca; y el corazón sentía el dolor de perderla y se quejaba.

Manuel miró a su mujer, y con gran ingenuidad y con una convicción admirable, le dijo:

—¡Qué!, ¿por la moceta lloras? Pues no llores, mujer, porque nuestra moceta está ya en el Cielo, como ella se merece. Quien ha vivido como ella, y al morir se ha quedado con esa cara de santa, de seguro tenía el alma más blanca que la nieve, y se ha ido derechica al Cielo sin tener que pasar por el Purgatorio. Y en el Cielo está—¡no tengo ninguna duda!—rogando de rodillas para que sea allí posible lo que no ha podido ser en este mundo: que viva con nosotros.

CON CENSURA ECLESIASTICA